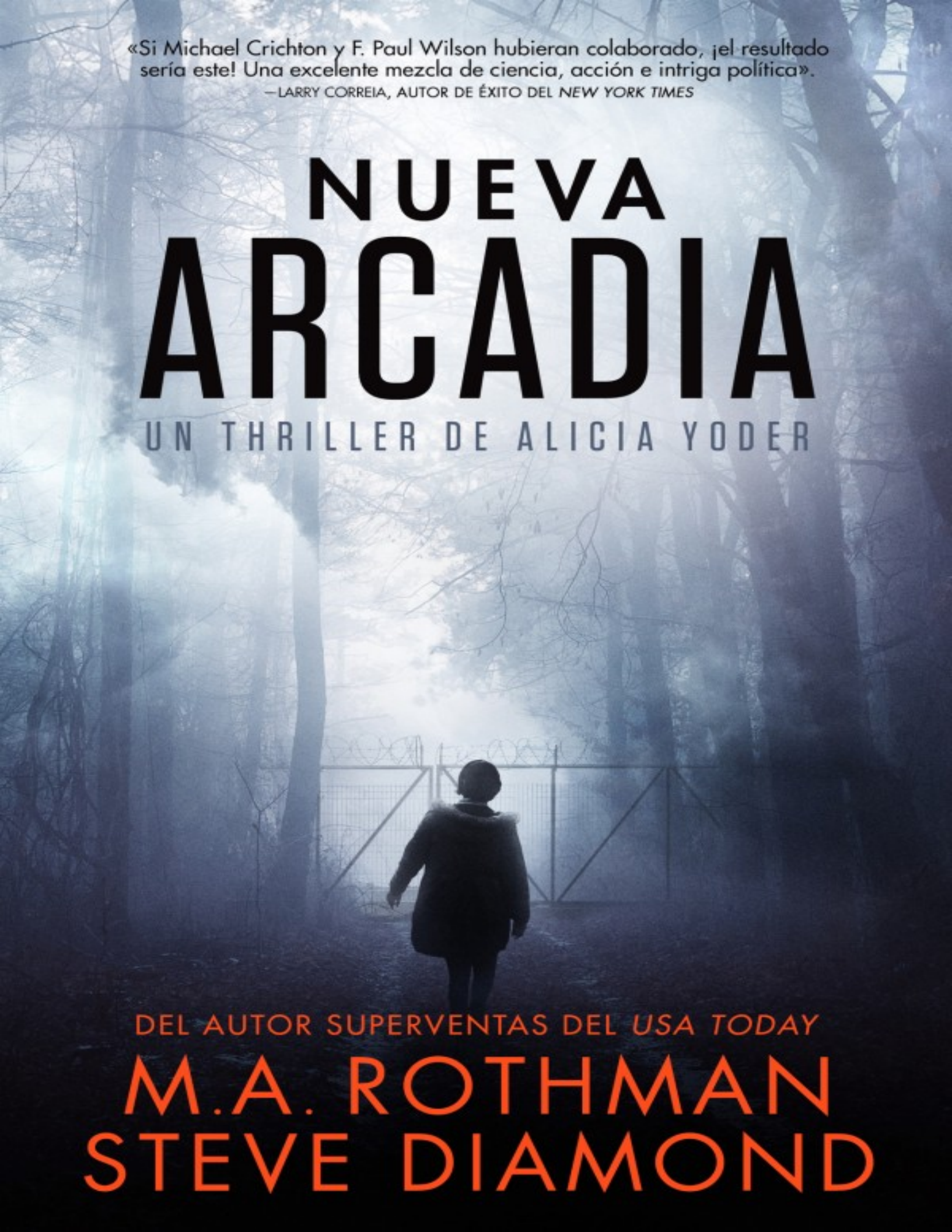
«Si Michael Crichton y F. Paul Wilson hubieran colaborado, ¡el resultado sería este! Una excelente mezcla de ciencia, acción e intriga política».
—LARRY CORREIA, AUTOR DE ÉXITO DEL *NEW YORK TIMES*

NUEVA ARCADIA

UN THRILLER DE ALICIA YODER



DEL AUTOR SUPERVENTAS DEL *USA TODAY*

M.A. ROTHMAN
STEVE DIAMOND

NUEVA ARCADIA

UN THRILLER DE ALICIA YODER

LIBRO 2

M.A. ROTHMAN

STEVE DIAMOND

Traducido por

MERCÈ DIAGO ESTEVA

Primordial Press

Título original: *New Arcadia*

Copyright © 2023 Michael A. Rothman y Steve Diamond

Traducción de Mercè Diago Esteva

Diseño de cubierta de M.S. Corley

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los establecimientos comerciales, los lugares y los acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve

Nota Del Autor
Avance De Encadenados
Apéndice

CAPÍTULO UNO

La niebla cubría la parte baja del bosque y las pisadas del agente al chapotear en la tierra húmeda levantaban olor a turba: un aroma terroso, oscuro, intenso, que recordaba al de la lana mojada, con un toque de putrefacción. A lo lejos vio una valla con alambre de espino, la primera señal del campo de alta seguridad que no tendría que haber estado allí.

El agente siguió avanzando agachado hacia el campamento, pero se quedó paralizado al oír un crujido y un chasquido bajo sus pies. Sintió un miedo terrible al reconocer el sonido del crujido de huesos infantiles.

Los restos quebradizos delataban la presencia de una tumba superficial más en los alrededores del campamento de nombre en clave Nueva Arcadia.

Pese a lo siniestro de la situación, el agente dio otro paso.

No oyó la bala del francotirador al surcar el aire al doble de la velocidad de la luz antes de impactar en él.

El mundo se volvió negro.



En una sala insonorizada a quince metros por debajo de Fort Meade, Doug Mason observaba a dos de sus especialistas trabajar en un paciente tendido en una camilla de hospital.

Uno era neurocientífico y comprobaba una pantalla plana de la que salían unos cables que estaban conectados al cuero cabelludo del paciente. El otro, un hombre menudo y con gafas, había ejercido de anestesiólogo antes de que Mason lo fichara para la Panda.

Como agencia gubernamental clandestina sin existencia oficial, la Panda y sus miembros eran un grupo de élite, elegidos por sus habilidades especiales. Aquellos dos procedían del sector privado y ahora estaban al servicio de algo mayor… algo que implicaba distintas tareas inusuales en las que la seguridad nacional siempre estaba en juego. Hoy no era una excepción.

Mason desvió la mirada hacia la cabeza de la camilla.

—Jerry, podrá responder preguntas, ¿no?

—Por supuesto que sí. —El neurocientífico señaló el monitor, que mostraba varios patrones irregulares—. Ahora mismo tenemos una imagen clásica de EEG de inconsciencia. Mohan inmovilizará al agente Xiang con fármacos y, cuando el sedante que le hemos administrado pierda efectividad, despertará.

—Debe de ser raro despertarse y no poder ni parpadear —comentó Mason. Nunca había presenciado una sesión de programación, sobre todo porque solo se había llevado a cabo unas pocas veces, y siempre cuando él no estaba en las instalaciones.

—Es mejor que no pueda moverse por varias razones, pero la más importante tiene que ver con las secuencias visuales y auditivas de la programación. —El neurocientífico ajustó un parámetro de lo que parecía un casco de realidad virtual que llevaba el paciente—. Cuando empezamos a experimentar con la programación neurológica, los individuos no podían soportarlo. Los resultados eran terribles.

—¿A qué te refieres con lo de que no podían soportarlo? ¿Era doloroso?

El hombre, de pelo cano, se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Antes de que empezáramos a inducir la parálisis en los individuos, tenían una reacción involuntaria al proceso: no paraban de sacudir brazos y piernas y, ni aun estando atados a la cama, podíamos llevar a cabo un sellado completo de la

programación. Es un asunto delicado, innovador. Y los individuos ni siquiera se dan cuenta de lo que sucede durante el proceso.

El anestesiólogo intervino. Tenía un marcado acento indio, pero resultaba inteligible.

—Empecemos ya. —Limpió la válvula de la vía intravenosa con un algodón impregnado de alcohol e inyectó un líquido claro—. Es Quelicin —le explicó a Mason—. El bueno. Lo dejará totalmente inmovilizado. Conectaré una bomba de infusión a la vía para que reciba cuatro miligramos por minuto de forma constante durante el procedimiento.

Mason observó a los hombres trabajar juntos de forma fluida, como un equipo. Jerry Caldwell era el neurocientífico y Mohan Patel, el anestesiólogo. Los dos sabían cómo comunicarse y se relacionaban de forma fácil y calmada. Él no compartía su tranquilidad y la situación lo incomodaba. Comprendía la necesidad del procedimiento, porque las noticias procedentes de China eran cada vez más desalentadoras y la Panda necesitaba al agente Xiang para una misión muy especial, pero aquello no le templaba los nervios.

—Le he inyectado un antídoto del sedante —informó Caldwell—. Debería despertarse ya. —Rompió una cápsula bajo la nariz del paciente y el olor a amoniaco inundó la estancia—. ¿Ha respondido?

—Sí. Está despierto, Mohan —contestó Caldwell sin apartar la mirada del monitor.

Patel empezó a hablar, vocalizando bien y midiendo sus palabras.

—Agente Xiang, le habla el doctor Patel. ¿Me oye?

Mason no tenía ni idea de qué aparecía en el monitor, pero quedaba claro que significaba algo para el neurocientífico, que dijo:

—Te oye.

—Agente Xiang, estamos a punto de empezar la sesión. Relájese. Cuando acabemos, no recordará nada de todo esto.

Caldwell abrió una nueva pantalla en el monitor, en la que aparecían una serie de patrones.

—Enviando un grupo de señales de referencia…

El casco del agente emitió un zumbido. En pantalla apareció una representación giratoria en 3D de su cerebro con varias partes

resaltadas.

—¿Los resaltes marcan donde fijas los recuerdos? —preguntó Mason.

—Sí. —Caldwell dio un toquecito a una de aquellas zonas—. Esta será la primera parte de la programación de las tres necesarias.

—¿Por qué hay que hacerlo tres veces?

—Hemos descubierto que la repetición ayuda a fijar los recuerdos. Y no es una mera repetición. En la tercera pasada inducimos un sueño de baja frecuencia para consolidar el recuerdo…

—Pensaba que para eso se necesitaba la fase REM del sueño —comentó Mason.

—No. El sueño de baja frecuencia que sucede al momento en que nos quedamos dormidos es el que permite consolidar los recuerdos. Por ello induzco ese estado con una generación de bajas frecuencias y luego provoco ondas delta con unos diez miliamperios de corriente a través de los electrodos conectados a la frente y a la base del cráneo del agente.

—No es que sea una gran analogía —continuó Caldwell—, pero conceptualmente es como cuando el ordenador se actualiza y tienes que reiniciar para que procese los cambios. A veces hay que reiniciar otra vez cuando ya has configurado lo que querías. El cerebro sigue un proceso similar.

El científico dio un toquecito a ciertos elementos de la pantalla y fue apareciendo un texto rápidamente, junto con imágenes de lugares y de gente. Todo relacionado con la siguiente misión.

—Bueno, Mohan, ya he orientado las señales. Voy a darle a enviar. ¿Va bien?

—La presión sanguínea está a una media de 117/78; el oxígeno, al cien por cien, y el ritmo cardiaco, a 45. Todo conforme.

—Vamos allá.

Una parte de la pantalla del neurocientífico quedó borrosa por la sucesión de patrones con caracteres irreconocibles, más o menos como lo que se ve en la película *The Matrix*. Mason miró al agente y vio que la pálida piel de Xiang se volvía rosada, como si estuviera sufriendo una reacción alérgica o un sofoco.

El anestesiólogo ajustó el respirador y el ritmo cíclico se aceleró, lo que hizo respirar al agente más veces por minuto.

—Ahora la presión sanguínea está a 165/80, y el ritmo cardiaco ha subido a 115. Seguimos bien.

Mientras la programación continuaba, la piel del agente pasó de rosa a roja. Afloraban gotas de sudor.

—¿Cuánto falta? —preguntó Mohan, ajustando de nuevo el respirador con expresión tensa. Ahora la tensión es de 205/84 y el ritmo cardiaco está a 185.

Mason apretó la mandíbula sin dejar de mirar de los médicos al agente Xiang.

—Ya casi estamos —informó Jerry—. Cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Fin!

El ruido blanco que había inundado la sala se apagó y solo quedó el sonido del respirador al intentar satisfacer la demanda de un paciente al que habían hecho pasar un mal trago.

Mason exhaló un suspiro que no había sido consciente de contener y se sintió embargado por un sentimiento de culpa. No le extrañaba que hubiera habido que inmovilizar al agente. ¿Por qué clase de torturas hacía pasar a la gente? Y lo que es más, ¿merecía la pena?

—Las constantes del paciente están volviendo a la normalidad. La presión sanguínea está en 135/78 y el ritmo cardiaco es de 70. Ambos van bajando.

Mason se volvió hacia el neurocientífico.

—¿Me oye?

Jerry asintió.

—¿Chris? Agente Xiang, soy el director Mason. ¿Está bien para continuar?

El neurocientífico seguía observando la pantalla.

—¿Puedes volver a hacer la pregunta? No estoy seguro de que la haya oído. Su cerebro aún está procesando la agresión.

Mason se le acercó más.

—Agente Xiang, ¿está bien para continuar?

El neurocientífico asintió.

—Las ondas del EEG concuerdan con las respuestas afirmativas que registramos antes del inicio de las pruebas. Está bien.

Mason dio un paso atrás e indicó a los médicos que continuaran. No había leyes que se opusieran a lo que estaban haciendo, pero sintió que probablemente debería haberlas.

Todo ello en nombre de la seguridad nacional.



A Alicia le pareció que las llamas del infierno no serían tan horrorosas como la quemazón que notaba en la cara por culpa de las sustancias químicas con las que la habían rociado. Corrió a su puesto y oyó al resto de los reclutas tosiendo y luchando contra los efectos del gas pimienta. Parpadear ni siquiera ayudaba; notaba los párpados como papel de lija ardiente. Lo único que podía hacer era apretar los dientes e intentar ignorar el dolor dando saltos arriba y abajo sobre las almohadillas anteriores de los pies.

—¡Muévete, muévete, muévete!

Uno de los instructores la empujó hacia la pista y Alicia tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no propinarle un puñetazo en la sien.

Ella y una docena de reclutas de la Academia del FBI se encontraban en una zona remota de la base de los marines en Quantico. Solo hacía tres días que había empezado aquellas clases. No obstante, a pesar del entorno polvoriento, de las sustancias químicas que le abrasaban la cara y de la agonía física que sentía, sabía que había una cosa que no podía hacer.

Permitir que aquellos cabrones pudieran con ella.

—Cuanto más sudéis y sufráis aquí, menos sangraréis en las misiones. Quiero que todos corráis dos kilómetros. Son seis vueltas para vosotros, que sois medio tontos.

Parpadeando para ahuyentar el dolor y las lágrimas, Alicia empezó a correr.

—¡Yoder, Sánchez y Smith!

Alicia y otros dos agentes se giraron hacia el instructor.

Hizo con el dedo un gesto en el sentido contrario a las agujas del reloj.

—Hacia el otro lado, zopencos.

Alicia presionó con un dedo una aleta de la nariz, sacó un moco increíblemente grande en dirección al instructor, y se afanó para alcanzar al resto de la clase.



Al terminar la carrera, Alicia se sentía mucho mejor, aunque seguía notando una quemazón en la garganta. No había sido la primera en acabar las nueve vueltas, pero había terminado entre el primer tercio de reclutas, lo cual no estaba mal. A media carrera había notado dolor en la parte inferior del abdomen. No parecía un dolor de regla normal, pero ¿qué podía hacer? Ni por asomo pensaba mencionarlo; teniendo en cuenta que era la única mujer de la clase, no pensaba usarlo como excusa.

En la universidad nunca había corrido con más de un kilo de pesas en los tobillos, y nunca habría imaginado lo agotador que resultaba correr cargando con todo el equipo táctico. Habían dado el equipo completo a todos los reclutas, desde las botas de combate a un chaleco de combate avanzado con inserciones balísticas, un sistema de distribución de peso y lo que el instructor denominaba SAPI y ESBI, inserciones de protección para armas pequeñas y placas balísticas laterales mejoradas. Probablemente, todo aquello no pesaba más de ocho o diez kilos, pero Alicia los había notado en sus carnes a lo largo de las seis vueltas.

Los dos últimos reclutas volvieron de la pista rendidos. Tenían los ojos inyectados en sangre, mocos medio secos en la nariz y a saber qué más les corría por la cara y por el pelo. Presentaban un aspecto deplorable.

Alicia conocía la sensación… demasiado bien.

Cuando todos los futuros agentes hubieron completado la carrera y se hubieron acomodado en los bancos, un instructor se colocó ante ellos y habló.

—Bueno, reclutas. Hoy tenemos algo especial.

Señaló con el pulgar hacia el centro de entrenamiento que tenía a la espalda, un pueblo fantasma construido a unos quinientos metros. Tenía una disposición en forma de cuadrícula, con una calle principal que lo dividía de norte a sur. El día anterior, cuando habían entrado para repasar varios escenarios de combate en recintos cerrados, habían visto el armazón de vehículos quemados a lo largo de la calle. Hoy Alicia veía otra cosa. Algo metálico. Pero no era capaz de identificarlo desde lejos.

El instructor sonrió.

—Unos investigadores de la DARPA han desarrollado una nueva unidad de inteligencia artificial y la hemos conectado a uno de nuestros robots artificieros.

Los artificieros eran los que manejaban explosivos. Y entonces Alicia se dio cuenta de qué era el objeto metálico de la calle principal. Hacía un par de semanas había trabajado con un grupo de ellos y había tenido ocasión de probar una de sus unidades de desactivación de bombas en remoto. Era genial. Le había recordado al robot de la película *WALL-E*. Incluso tenía brazos que podía manipular por control remoto.

—Con toda esta mejora de IA, se supone que el robot detecta e identifica combatientes sobre el terreno. Ya ha superado muchas pruebas, pero antes de que pueda trabajar en circunstancias reales hay que afinarlo. Hoy os toca intentar engañarlo. Lo único que tenéis que hacer es tocarlo sin que levante la bandera roja, lo cual significaría que os ha visto. ¿Alguna pregunta?

Uno de los aprendices levantó la mano.

—¿Señor? ¿Hasta qué distancia ve?

—Buena pregunta. El robot detectará todo lo que tenga a un radio de trescientos metros.

En el cinturón del instructor sonó una voz procedente de lo que parecía un *walkie-talkie*.

«Estamos preparados».

El instructor habló por un micro que llevaba sujeto al hombro.

—Oído. —A continuación, señaló al hombre que había formulado la pregunta—. Smith, como veo que eres curioso, puedes ir el

primero.

El recluta salió disparado del banco y corrió en dirección norte, bordeando el pueblo artificial hasta que desapareció entre los edificios. Al cabo de un momento, el robot giró hacia el este, porque lo había detectado.

De repente, el recluta pasó corriendo y el brazo del robot se propulsó hacia arriba, con algo rojo en el extremo.

«Individuo detectado —graznó el *walkie-talkie*—. Envía al siguiente agente».

El instructor señaló a otro aprendiz.

—Darby, te toca a ti.

Scott Darby, un rubio gigantesco, se levantó y dio una palmada en el hombro al tipo que estaba sentado a su lado. Carl algo.

—Oye, ¿quieres jugar al pilla pilla con Robo Machaca?

—Venga.

Los dos hombres hablaron en susurros antes de esprintar. Se separaron y se aproximaron a su objetivo en direcciones opuestas.

¿Iba uno de ellos a sacrificarse para que el otro tocara al robot?

Cuando entraron en el pueblo, el robot se mostró inquieto, escaneando adelante y atrás, detectando el movimiento. Pero los hombres se escondían detrás de edificios antes de que pudiera dirigir la atención hacia ellos.

Entonces, Carl lanzó una piedra más allá de su objetivo.

Sin embargo, en lugar de seguir el movimiento de la piedra, el robot se giró, levantó el brazo y se puso a dar vueltas, con lo que levantó una nube de polvo.

Alicia no estaba muy segura de qué había ocurrido, pero la voz del *walkie-talkie* anunció:

«Ambos agentes identificados. Envía al siguiente».

—Cortez, te toca.

El hombre que estaba sentado al lado de Alicia se levantó de un salto y corrió hacia delante. Igual que los demás, se agachó detrás de los edificios y así fue retrasando la inevitable derrota. Su táctica fue lanzar una nube de tierra para distraer al robot. Pero, en cuanto resultó visible, el robot lo delató.

«Joder, qué rápido es».

—Yoder, te toca.

Alicia se levantó e inclinó la cabeza hacia el cobertizo de suministros.

—¿Puedo usar la tela mosquitera? —preguntó.

El instructor se encogió de hombros.

—Puedes usar cualquier cosa que tengas a mano.

Alicia desenrolló casi quince metros de una bobina de tela mosquitera y se envolvió en ella. El instructor y los reclutas la observaban con interés y confusión hacerse un traje abombado.

En cuanto lo tuvo bien sujeto, miró su sombra. Apenas veía nada a través de las capas de malla, pero había conseguido crear el efecto deseado: su sombra era redonda, disimulando cualquier forma humana. Alicia esperó que la IA no supiera cómo identificarla.

Con las manos en el interior del traje, empujó hacia fuera la malla para parecer aún más redonda y se encaminó fatigosamente hacia el norte.

No se molestó en bordear los edificios. Avanzó en línea recta hacia el robot, bamboleándose. El corazón le latía con fuerza.

Cuando la tuvo al alcance, el robot se giró ligeramente.

Alicia siguió avanzando.

El robot se movía adelante y atrás como si tuviera un tic nervioso. Sin duda, detectaba que algo se le acercaba. Pero ¿iba a identificarlo como un combatiente?

Alicia oyó el silbido del sistema hidráulico del robot. Vio el trapo rojo sujeto en su mano robótica.

«Está a punto de levantarlo».

Pero era demasiado tarde. Alicia chocó con él y gritó.

—¡Pillado! —Se sintió triunfante.

Dos hombres salieron de detrás de un edificio. Iban vestidos de paisano, con la insignia de identificación sujeta al cuello. Uno parecía molesto y el otro se reía.

—¿Cómo supiste que tu marca de calor no se detectaría a través de la malla?

Alicia se encogió de hombros.

—No tenía ni idea. Imaginé que, si no le mostraba una silueta humana, podría engañarlo.

—Pura chiripa —dijo el otro hombre entre dientes.

—No, ha sido perfecto —afirmó el primero. Levantó el pulgar hacia Alicia para darle el visto bueno—. Nunca se me habría ocurrido. —Habló por un dispositivo manual—. Parece que la recluta ha encontrado una grieta en la armadura. Nos queda trabajo por hacer.

«Oído. Dejaré descansar al resto por hoy. Yoder, buen trabajo. Volvemos al aula a las ocho de la mañana».

Mientras los científicos se disponían a desatornillar uno de los paneles del robot, Alicia se fue quitando las capas de mosquitera. Pese a su pequeña victoria contra WALL-E, el Robo Machaca, no lograba despojarse de la ansiedad que sentía al pensar en las actividades de entrenamiento que le quedaban por delante. A diferencia de sus clases en la universidad, donde sabía exactamente qué entraba, allí no tenía ni idea de lo que la Panda le tenía preparado.

Ni siquiera estaba del todo segura de qué suponía ser una agente de la Panda. La formación no parecía seguir ninguna lógica. La semana anterior había trabajado con los marines en ejercicios de acondicionamiento. Esta semana entrenaba en la Academia del FBI. ¿Y la siguiente? Vete a saber.

Deseó tener al menos alguna nota que le sirviera de referencia, porque no sabía si lo estaba haciendo bien o mal. Pero quizá eso cambiara al día siguiente. Tenía una sesión de valoración de mitad de curso con Mason en la sede de la Panda y no lograba evitar preguntarse qué le diría sobre su rendimiento.

CAPÍTULO DOS

Habían transcurrido tres meses desde que Alicia aceptara entrar en la Panda, en lo que había sido una decisión muy trascendente para ella. No solo le había significado mudarse a un nuevo apartamento en D. C., sino dejar Princeton sin terminar el máster en neurociencia. Lo de no haber terminado los estudios le dolía y ahora, al dejar atrás Lincoln Park, cruzar el National Mall, pasar por Foggy Bottom y entrar en el viejo Georgetown, le asaltaban las dudas acerca de su decisión.

Hizo una llamada en su teléfono y activó el manos libres del coche.

—¿Qué tal, hija?

Oír la voz grave de su padre adoptivo debería haberla tranquilizado, pero no fue así.

—Papá, ¿en qué demonios estaba pensando? Tengo la impresión de que ayer mismo estaba en clase, era una estudiante normal, y ahora me estoy preparando para ser… jolín, ni siquiera sé para qué me estoy preparando. Prácticas de tiro, formación en combate en espacios cerrados, y hace unos días participé en una sesión entera de tácticas de manipulación de vehículos para aprender a conducir y disparar a la vez, maniobra de evasión, simulacros de emboscada… Papá, esto es una locura.

Su padre se echó a reír.

—Alicia, respira hondo. ¿Dónde estás?

Ella respiró hondo y exhaló, lo cual la hizo sentirse un poco mejor.

—Voy camino de la central para mi evaluación trimestral con Mason. Tengo el estómago revuelto. Joder, tengo ganas de vomitar.

—No tienes por qué estar nerviosa. Ya has cumplido. Además, he estado curioseando y, hasta el momento, todo el mundo alaba tus progresos.

—Si tú lo dices... Tampoco te iban a decir a ti si lo hago fatal. Eres Levi Yoder, superespía. Y yo no soy más que… yo. —A Alicia se le formó un nudo en la garganta y el corazón se le aceleró—. Papá, yo… no recuerdo por qué accedí a esto. Y lo digo muy en serio… tengo la mente en blanco. Creo que estoy perdiendo la chaveta.

—Te aseguro que no estás perdiendo nada. Y esos lapsus… Cariño, digamos que te pasan con razón.

—¿Qué quieres decir?

—Es difícil de explicar. A veces, cuando sufrimos experiencias traumáticas, ciertas cosas quedan bloqueadas de nuestra conciencia. Es de lo más normal.

Alicia notó un escalofrío y empezó a sentirse mareada.

—No hace falta que me cuentes cómo funciona el cerebro, soy neurocientífica, ¿recuerdas? O iba a serlo. Pero… ¿qué trauma, papá? ¿Me… —tragó saliva— violaron… o algo así? ¿Qué estoy bloqueando?

—No, no, nada de eso. Es que… conseguiste involucrarte en algo relacionado con la Panda. Eres una *crack*, Alicia. Pero fue duro para ti. Mason y yo pensamos que quizá perderías recuerdos del incidente y, a decir verdad, me alegro de que así fuera. Es lo mejor, créeme. Y si este asunto te pone nerviosa, habla con Mason. Él lo entenderá a la perfección.

—Vete a saber.

—Como quieras. Escucha, hoy estoy en D. C. para una reunión breve. ¿Quedamos en la planta de arriba para comer algo? ¿Qué te parece a las doce?

—Genial, papá. —Alicia se secó unas lágrimas de frustración de las mejillas. Respiró hondo y luego espiró lentamente en un intento de apaciguar su miedo, ansiedad y nervios—. Perdona, me estoy

comportando como una niña pequeña. Es que estoy nerviosa… y un poco histérica.

—Alicia, no tienes de qué preocuparte. —La chica intuyó la sonrisa en su voz.

Colgaron y aparcó en una plaza a un lado de la carretera del viejo Georgetown. Curiosamente, había encontrado muy poco tráfico y llegaba una hora antes a la reunión, por lo que sintonizó una emisora de canciones antiguas e intentó apaciguar los nervios.

Ni siquiera la música de *Earth, Wind & Fire* consiguió disipar las emociones que la embargaban. Al cabo de media hora, se rindió y salió del coche.

—Guapa, ¿tienes algo de comida para darme?

Se giró y vio a un anciano con la ropa raída que le gritaba desde calle abajo. Sonrió al acercarse a él. Reconoció al «mendigo» porque era miembro de la Panda, y lo que gritaba era en realidad un código que informaba a quien se acercara a la central de que no había nada raro. Pedir comida era señal de que todo iba bien. Si hubiera pedido algo de beber… pues entonces Alicia habría tenido que marcharse de allí de inmediato.

Más adelante, Alicia vio un letrero que le resultaba familiar. Había un gallo a la izquierda y una cabeza de toro de largos cuernos a la derecha. Aquella zona no era precisamente acomodada, pero Alicia le había acabado cogiendo cierto cariño a la fachada roñosa.

Entró en el Rooster and Bull, y la inundó el olor a cerveza rancia y cera para madera. El local era un antro… así como la entrada a una de las organizaciones más clandestinas del mundo.

Las pocas mesas y reservados estaban vacíos a aquellas horas del día, y el local estaba tan poco iluminado como de costumbre. Detrás de la barra, un hombre secaba una copa. Asintió hacia ella cuando se dirigió al fondo del establecimiento.

Alicia entró en el servicio para hombres. Un hombre canoso sentado en un taburete cerca del lavamanos la miró por encima de sus gafas de estilo John Lennon.

—¿De vuelta, chiquilla?

Ella sonrió.

—Harold, ¿cuántos pantalones de vestir marrones y camisas de cuadros tienes? Siempre te veo con la misma ropa.

—¡Bah! —Harold le tendió una toalla blanca—. Mi mujer siempre me daba la vara con lo mismo.

Alicia cogió la toalla. Parecía una toalla normal y corriente, pero sabía que tenía una serie de etiquetas RFID cosidas y que servía como una especie de llave.

—Ya veo que tu mujer era inteligente —dijo, guiñándole el ojo.

Por aquel guiño, el hombre esbozó una sonrisa antes de mascullar algo ininteligible mientras la despedía con un gesto de la mano.

Alicia rio al entrar en el tercero de los tres inodoros que había, el que tenía el cartel de «No funciona» enganchado con celo. Cerró la puerta tras de sí, colocó la toalla especial en la palanca de vaciado de la cisterna y la accionó.

El suelo descendió de inmediato, llevándose con él a Alicia y al inodoro. Se aferró a la cisterna para mantener el equilibrio mientras bajaba a una velocidad de vértigo por un hueco sumamente profundo. Había hecho aquel recorrido docenas de veces, pero seguía revolviéndosele el estómago.

Tras unos segundos que se le hicieron muy largos, las paredes se desprendieron y el ascensor inodoro fue frenando. Alicia se concentró en recuperar el equilibrio para bajar a una estancia anodina situada en las profundidades del viejo Georgetown. La plataforma se detuvo en un hueco del suelo y Alicia se bajó.

El ascensor inodoro subió con la misma rapidez con la que había bajado y desapareció por el hueco del techo.

Alicia tiró la toalla de mano a un cesto y luego se dirigió a la única salida de la sala: una puerta de acero con un panel de seguridad montado a un lado. Colocó la palma de la mano extendida en el panel y una línea azul la barrió de un lado a otro hasta que se encendió un led verde. Un clic resonó desde el interior del muro.

«Apártate», advirtió una voz digitalizada.

Tres cerrojos enormes se deslizaron desde los bloques de retención situados en el lado derecho de la puerta, que se entreabrió hacia fuera.

Alicia recordó la primera vez que su padre y el director Mason la habían llevado allí. El lugar le recordaba a un refugio antiaéreo de la década de 1950, aunque no sabía de ningún refugio antiaéreo que tuviera en la entrada una puerta de una aleación de tungsteno y acero de más de un metro de grosor y que pesara dieciocho toneladas.

Pasó por la abertura, dobló una esquina y bajó por un pasillo que conducía a otra puerta, provista de un escáner de retina. Acercó un ojo al recuadro de la pared y, tras emitir un destello de luz verde, la puerta hizo clic.

Alicia la empujó para abrirla y entró en el sanctasanctórum de la sede estadounidense de la Panda.

Se encontraba en una sala más grande que la mayoría de los almacenes. De pie en una pasarela metálica situada a unos seis metros sobre el suelo, Alicia disfrutaba de una vista completa de los cubículos dispuestos en forma de cuadrícula por debajo de ella y que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista. Independientemente de la hora del día o de la noche a la que llegara, allí siempre había hombres y mujeres trabajando como si les fuera la vida en ello. Y lo más probable era que, en algún lugar del mundo, la vida de alguien sí que dependiera del trabajo de aquella gente.

Cuatro pantallas enormes, de quince metros cada una, colgaban del techo en el centro de la sala y mostraban información, mapas, fotografías, imágenes vía satélite y demás, y la pasarela en la que estaba bordeaba la gigantesca sala y conducía a las oficinas, cuyas ventanas también daban a la zona de trabajo central.

No era la primera vez que aquel lugar le recordaba a la sede central de la película *Men in Black*, con la diferencia de que allí no había alienígenas, al menos que ella supiera.

Bajó por una escalera de metal al conjunto de cubículos e inició la larga marcha hasta el extremo opuesto del complejo cavernario. Cuando por fin llegó a la sala de reuniones C1, donde tenía previsto reunirse con Mason, las mariposas que sentía en el estómago amenazaban con salirle volando por la boca.

Aunque llegaba temprano, encontró al director esperando, observando una fotografía. Levantó la vista hacia el reloj de pared y

se quedó boquiabierta al ver que no llegaba un cuarto de hora antes, sino cuarenta y cinco minutos tarde.

—Oh, Dios mío, no…

—¿Cambio horario? —preguntó Mason—. ¿Se te ha olvidado que esta noche había cambio de hora?

Él la miraba con sus ojos claros, plateados. Tenía cincuenta y pico de años, el pelo castaño claro y entradas. La mayoría de los hombres con su aspecto habrían sido considerados aburridos o normaluchos. Mason, no. Tenía un porte especial… Su presencia llamaba la atención. Aquel hombre era el miembro más antiguo de la Panda en Estados Unidos, al menos que ella supiera, y allí estaba ella presentándose casi una hora tarde a su evaluación.

—¡Cuánto lo siento! ¿Pasamos la reunión a otro día?

Mason ignoró la propuesta y le deslizó la foto que había estado mirando desde el otro lado de la mesa de reuniones.

—Dime qué ves.

Alicia tomó asiento frente a él y cogió la foto. Parecía una reunión de negocios.

—Bueno, hay mucha gente asiática, pero supongo que eso no es lo que quieres que te diga.

—¿Reconoces a alguien?

Estaba a punto de negar con la cabeza cuando una mujer le llamó la atención. Se la veía de perfil y estaba bastante lejos de la cámara, pero…

—No estoy segura, pero creo que sí.

Sintió cierto recelo. Su jefe esperaba una respuesta de ella, una respuesta sincera, pero Alicia no quería traicionar la confianza de aquella mujer. A fin de cuentas, estaba implicada en el lado turbio del negocio.

—Cre... creo que mi padre la conoce.

—Una forma muy diplomática de decirlo, jovencita. —Mason suavizó su expresión pétrea y asintió ligeramente—. Muy bien. Hablaré con Levi dentro de un rato.

Mason miró el reloj de pared y se levantó de la silla.

—Lo siento, pero tengo otra reunión a la hora en punto, así que tendremos que dejar la valoración para otro día. Mi equipo

concertará una cita. —Se acercó a la puerta, agarró la maneta y se volvió para mirar a Alicia—. Y la próxima vez no llegues tarde.

Ella asintió.

El teléfono de Mason sonó cuando abría la puerta y se lo acercó al oído.

—Oye, Levi. Enseguida subo. Mi despacho. —Volvió la vista hacia Alicia—. Esta sala está libre hasta dentro de dos horas, por si te quieres quedar aquí.

Cerró la puerta tras él silenciosamente.

Alicia se cogió la cabeza con las manos. Había sido una perfeccionista toda la vida. Siempre llegaba antes a las citas, a las reuniones, a clase, a todo. No podía creer que hubiera cometido aquel error tan tonto. La formación de las últimas semanas había sido tan intensa que había olvidado por completo el mundo exterior… y cosas tan mundanas como el cambio horario.

Había imaginado que la reunión de aquel día aliviaría su tensión. Que recibiría orientación acerca de su rendimiento, aunque fuera malo, y que así se sentiría más tranquila. Sin embargo, había llegado casi una hora tarde a una reunión con uno de los hombres más importantes de toda la Panda. Y, de no haberse quedado tanto rato sentada en el coche, casi habría llegado puntual.

Recordó el consejo de su padre y respiró hondo.

No ayudó.

CAPÍTULO TRES

—¿Alicia?

Alicia se despertó sobresaltada cuando alguien le dio un toquecito en el hombro.

—Vamos, chiquilla. —Su padre le hizo un gesto para que se levantara—. Salgamos de aquí.

Alicia se levantó y parpadeó para quitarse el sueño de los ojos.

—No puedo creerme que me haya quedado dormida. —Se sonrojó al salir de la sala de reuniones detrás de su padre en dirección a una de las salidas laterales de la sede central. Primero llega tarde a la evaluación y luego se queda dormida en el edificio. El día no podía ir a peor.

—¿Ha comentado el director Mason que casi me pierdo la reunión?

—Ha dicho que daba la impresión de que el alma se te salía del cuerpo cuando te has dado cuenta de lo que había pasado. —Su padre rio, le pasó el brazo por encima de los hombros y la estrechó contra su cuerpo—. Eres perfeccionista y siempre has sido supercrítica con tu rendimiento. Sé que siempre intentas tenerlo todo controlado, pero a veces demuestras que eres imperfecta como el resto de los mortales.

Su padre subió las escaleras metálicas de dos en dos y a Alicia le costó seguirle el ritmo a pesar de tener veinte años menos que él.

Al llegar a la calle, Alicia señaló hacia su coche.

—Yo conduzco.

—¿Tienes el depósito lleno?

—Creo que sí, ¿por qué? Pensaba que íbamos a comer algo por aquí cerca. —Abrió el coche y los dos entraron.

—Pequeño cambio de planes. Cogeremos algo para comer por el camino, pero tenemos un trayecto largo por delante.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa.

Alicia se volvió hacia su padre con el ceño fruncido.

—¿Tu casa en el Helmsley? ¿Vamos a ir a Nueva York? Papá, son cuatro horas de viaje. Podríamos coger el tren o…

—¿Tienes algo en contra de viajar en coche con tu padre?

—No, pero…

—Sin peros, vamos.

Alicia giró la llave del encendido y el BMW naranja cobró vida con un rugido. Tocó en un trayecto guardado en el navegador y se incorporó al tráfico.

—Papá, ¿de qué va esto?

—Mason está con algo que quizá me haga ausentarme del país durante un tiempo, y quiero asegurarme de que tu formación vaya lo mejor posible. Así que vamos a casa para que este fin de semana yo vea qué has aprendido.

Alicia frunció el ceño.

—¿Para que veas qué he aprendido? ¿A qué te refieres?

El navegador del coche iba soltando indicaciones por los altavoces.

«Gira a la derecha en la Calle M Noroeste y luego gira a la izquierda en la US-29 Sur».

—Te faltan tres meses de instrucción antes de que te encarguen alguna misión. En el hipotético caso de que yo no estuviera aquí cuando se produzca esa transición, quiero saber en qué fase de formación te encuentras.

«Continúa en dirección sur durante ochocientos metros y luego gira a la izquierda en Langston Boulevard».

Alicia silenció el navegador.

Su padre recorrió con los dedos la parte inferior del techo del coche.

—¿Sabes qué? Hace casi siete años que te regalé este descapotable. ¿Has tenido que cambiar la lona?

—Papá, olvídate del mantenimiento de mi coche durante un rato. ¿De qué habéis hablado Mason y tú sobre mí? ¿Qué ha dicho?

Cuando el coche giró hacia otra calle, Levi puso la mano en forma de visera para protegerse del sol.

—Cariño, por increíble que parezca, teníamos otros temas de que hablar. Deja de preocuparte y céntrate en hacer tu trabajo. Es todo lo que se te pide.

—Aparte de presentarme puntual a las reuniones —masculló Alicia para sí.

—Eso también. Me fastidia especialmente que me hagan esperar. —Bostezó ruidosamente y reclinó el asiento—. Despiértame cuando estemos llegando. Llevo casi treinta y seis horas sin dormir.

Alicia se llevó una gran sorpresa cuando vio que su padre se quedaba dormido en cuestión de segundos.

«¿Ver qué he aprendido? ¿Por quién me ha tomado, por una cría?».

Se incorporó a la I-395 Norte y se preguntó qué le tendría preparado su padre.



—Papá, despierta. Estamos llegando.

Levi se incorporó rápidamente en el asiento y parpadeó para quitarse el sueño acumulado. Cogió el teléfono, marcó un número y se lo llevó al oído.

—Frankie, ¿quién se encarga hoy de la recepción? —Hizo una pausa y observó los letreros de las calles por las que iban pasando —. Llegamos en un minuto. Dile a Tony que se prepare. Y, si puedes, dile a Carlo que vengo con Alicia. Hay que aparcar su coche.

Circulando por Park Avenue, Alicia redujo la velocidad al llegar a la calle 86 Este. Se detuvo delante de un edificio majestuoso cuya

entrada estaba flanqueada por dos columnas de mármol. Las palabras «The Helmsley Arms» estaban estampadas en pan de oro por encima de las puertas de tres metros de altura.

Cuando paró el coche, un hombre bajito que le recordó a Joe Pesci de joven salió corriendo del edificio, atisbó al interior del vehículo y abrió la puerta del lado del pasajero.

Levi bajó y le estrechó la mano a aquel hombre moreno y pequeñín, que dio la vuelta por delante del coche y abrió la puerta de Alicia. Le tendió la mano. Ella la observó un instante antes de permitir que Carlo la ayudara a salir del coche.

—Encantado de conocerla, señorita. Soy Carlo Moretti. —Carlo observó el interior del coche y asintió—. Ah, es automático. ¿Algo más que deba saber?

Alicia negó con la cabeza.

—Ah, no. Que lo trates con cuidado, supongo.

—Por supuesto. —Carlo desplegó una sonrisa, subió al coche y el juguetito de Alicia salió disparado hacia delante emitiendo un chirrido de neumáticos. Giró a la derecha a toda velocidad al final de la calle y desapareció de la vista.

Mientras seguía a su padre hasta el vestíbulo del lujoso bloque de apartamentos, Alicia intentó no pensar en lo suelto que Carlo tenía el pie. Un guarda de seguridad asintió hacia ellos cuando cruzaron el suelo de mármol en dirección al ascensor.

—Vamos, Alicia —instó Levi—. Cámbiate de ropa.

A lo largo de los años, ella y unas cuantas de sus hermanas habían acumulado bastante ropa, tanto informal como de vestir, en la habitación de invitados del apartamento de su padre. ¿Qué tocaría hoy?

—¿Por qué tengo que cambiarme? —preguntó Alicia.

—Porque no creo que quieras luchar con eso que llevas.

—¿Luchar? —Alicia enarcó una ceja.

—Sí, luchar. Tú y yo vamos a pelear un rato, para que vayas calentando, y luego quiero ver cómo te va en una pelea real.

—Aquí no tengo ropa de deporte, papá. Y ¿a qué te refieres con lo de una «pelea real»?

—No te preocupes. Te puedes poner un *gi* que tengo de sobra. Lo de la pelea, ya lo verás. No sé qué tipo de instrucción te hace seguir Mason y quiero asegurarme de que ciertas cosas se te queden grabadas para siempre en esa cabeza dura que tienes.

Alicia entornó los ojos sabiendo que era inútil discutir con él. Cuando tenía algo en mente, era imposible cambiarlo.

—Bueno, ¿con quién voy a pelear? Porque, si es contigo, no es muy justo que digamos, teniendo en cuenta que eres mi *sensei*.

—¿Te acuerdas de Tony Montelaro?

Alicia recordó al hombre fornido que había conocido en una de sus visitas. Era el jefe de seguridad del edificio.

—¡Papá! ¡Está el doble de cachas que yo!

Las puertas del ascensor se abrieron y Levi entró, se dio la vuelta y la miró con expresión divertida.

—A menos que ocultes unos cuantos kilos que no veo, yo diría que abulta más del doble que tú. Tómatelo como un entrenamiento realista al que Mason probablemente no te sometería.

Alicia negó con la cabeza y siguió a su padre al ascensor.

Cuando las puertas se cerraron, él le guiñó un ojo.

—Es por tu bien, y lo sabes.

El teléfono le sonó en el interior de la americana.

—Un momento.

Cuando se acercó el aparato al oído y habló en un susurro, Alicia observó al hombre que hacía años las había rescatado a ella y a sus hermanas de las calles. Era un hombre con muchas cualidades contrapuestas. En Nueva York llevaba vida de soltero, pero su familia adoptiva, Alicia y sus hermanas, vivía con la abuela Yoder en una comunidad de granjeros amish en Lancaster, Pensilvania. Y aunque se presentaba ante el mundo como un impecable hombre de negocios, Alicia se había enterado hacía poco de que en realidad era agente de la Panda.

Levi Yoder, superespía.

Incluso antes de saber aquel secreto, Alicia sabía que tenía fama de no estar para tonterías. Había visto a su padre enfadado alguna vez… y algo de su expresión, o quizá de su manera de comportarse, hacía encoger a las personas. Porque, a diferencia de mucha gente

que habla por hablar, él te miraba de una forma que te dabas cuenta de que aquello iba en serio.

Sin embargo, también le veía, incluso ahora, esa sonrisa cálida que reservaba para los momentos tranquilos en la intimidad. Siempre había sido un padre cariñoso, incluso a pesar de no existir entre ellos un vínculo de sangre.

Y a veces esas dos personalidades distintas se fusionaban. Siempre que iba a la granja enseñaba a las chicas algo sobre disparar un arma, artes marciales o técnicas de supervivencia. Era como si las preparara para algo. Padre cariñoso, instructor militar, superespía. Todo en un solo hombre.

El ascensor emitió un *ding* y las puertas se abrieron. Levi salió e indicó a su hija que lo siguiera pasillo abajo, sin dejar el teléfono, aunque ahora sí que Alicia captó algo de lo que decía.

—Reserva para dos el domingo… y sí, sé que es imposible conseguir mesa. Habla con Frankie, él te pondrá en contacto con nuestro hombre. Devuélveme la llamada cuando esté confirmado.

—¿Vamos a ir a un sitio especial? —preguntó Alicia cuando colgó.

—Paso a paso, jovencita. Primero cámbiate.



Cuando Levi le ajustaba las cintas del casco acolchado, Alicia notó que un reguero de sudor le caía por la nuca. Había despedido a las pocas personas que estaban haciendo ejercicio en el sótano del edificio, y se quedaron los dos solos para pelear los últimos veinte minutos.

El sótano era un espacio diáfano convertido en gimnasio y provisto de aparatos de musculación, bicicletas estáticas, cintas para correr y estaciones de levantamiento de pesas de última generación. Pero en el centro había un espacio abierto lleno de colchonetas de dos metros cuadrados para luchar.

Su padre le dio un golpecito en el lateral acolchado del casco.

—Este equipamiento reducirá las posibilidades de que acabes con cortes y moratones. No va a impedir que Tony te deje inconsciente.

Mantente atenta y no te reprimas, ¿entendido? Quiero que estés al ciento diez por ciento.

Entonces se acercó a su bolsa del gimnasio, sacó el móvil e hizo una llamada.

—Baja, estamos preparados.

Alicia se elevó y bajó apoyándose en el tercio anterior de los pies. Notó cómo le subía la adrenalina y un cosquilleo en la piel.

El ascensor emitió un tintineo y apareció un hombre fornido.

—Hola, Tony —saludó Levi.

Al ver acercarse a aquella mole, Alicia sintió que le fallaba la determinación. No es que Tony fuera cachas, es que era un gigante. Casi dos metros y probablemente unos ciento cincuenta kilos. Le sobraban unos cuantos, pero parecía estar en forma. Aunque tenía cincuenta años cumplidos, la diferencia de edad no le proporcionaría una gran ventaja contra aquellos brazos gruesos y aquel pecho descomunal. Supuso que sería capaz de levantar más de doscientos kilos.

Lanzó una mirada a su padre, que mantenía una expresión impertérrita y se había cruzado de brazos.

Tony se retorció las manos. grandes y rechonchas.

—Levi, ya sé lo que me dijiste… pero es que quiero entender…

—Tony, es muy sencillo. El trabajo de mi niña va a llevarla a sitios en los que quizá se encuentre con tipos desagradables. Es muy buena luchadora, pero quiero que comprenda los límites de su formación. Tú eres perfecto para eso. ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos?

El grandullón hizo una mueca.

—Sí, casi me rompes la muñeca.

—Cierto. Y te dije que nunca infravaloraras a un contrincante, independientemente de su envergadura. Tony, la situación que quiero que imagines es la siguiente: eres un maleante callejero y has visto a una chica mostrando billetes en un bar. Ahora estás en la calle y quieres quitarle el dinero. Lo único que tienes que hacer es quitarle el cinturón del *gi*. Y dado que la mayoría de los encuentros del mundo real son rápidos, tienes un minuto para hacerlo. No la subestimes.

—Entendido. —Tony entró en la zona de lucha y ladeó la cabeza a derecha e izquierda, lo cual hizo que le crujiera el grueso cuello. Balanceó un poco los brazos adelante y atrás, rotó los hombros y dedicó a Alicia una ligera inclinación de cabeza, que ella le devolvió.

Para sorpresa de la chica, Tony adoptó la postura de preparación de un experto en artes marciales.

—¡Eh, *stunad*! —espetó Levi; aquello significaba «imbécil» en la jerga italiana—. ¿Cuándo fue la última vez que te colocaste en esa postura para atacar a alguien en la calle? A ver si te entra en la cabeza. Estás en la calle. Vas a por ella. Quítale el cinturón.

Tony asintió y se abalanzó sobre Alicia.

Ella dio un salto a la derecha, le cogió dos dedos de la mano extendida, se los estiró y le apretó las articulaciones.

Tony apartó la mano enseguida y flexionó los dedos con expresión sorprendida.

—El *yubi waza* no funcionará —ladró Levi a Alicia desde el borde de la esterilla—. Tiene las manos y los dedos demasiado grandes para ti. Cincuenta segundos, Tony.

El grandullón lanzó un revés a Alicia. Ella lo bloqueó, pero la fuerza del impacto la hizo retroceder y apenas consiguió saltar a un lado cuando él intentó embestirla.

—Las leyes de la física siguen vigentes, Tony. —Su padre estaba agachado e iba soltándoles comentarios—. Ella tiene menos fuerza que tú. Va a…

Alicia le dio una patada contundente al gorila en el plexo solar justo cuando él se giraba para situarse de cara a ella.

Tony soltó un gruñido, pero ella rebotó en él y no le hizo retroceder más que un paso. Alicia se percató de que había calculado mal la eficacia de sus ataques en alguien de semejante tamaño.

—Treinta segundos —anunció su padre.

Tony dio un paso hacia ella. Su mirada tenía ahora un brillo de depredador.

Alicia se centró en todos sus movimientos sabiendo que, de lo contrario, acabaría bocabajo en la esterilla con una conmoción.

Él se abalanzó sobre ella.

Alicia volvió a dar un salto a la derecha, pero esta vez Tony anticipó el movimiento. Chocó con ella de pleno y la hizo saltar por los aires. Cayó en la esterilla, Tony se le colocó encima y tuvo la sensación de que le faltaba aire en los pulmones.

Antes de que pudiera impedirlo, Tony desató el nudo con destreza y le quitó el cinturón.

Su padre dijo algo, su voz resonaba en el gimnasio, pero no sabía qué era. Estaba demasiado ocupada intentando recuperar el aliento y preguntándose por qué veía estrellitas por todas partes.

—¿Estás bien? —preguntó Tony.

La voz parecía proceder de muy lejos y tuvo que parpadear para librarse de las manchas que veía. Al alzar la vista, vio que Tony se cernía sobre ella con la mano tendida. Alicia se la cogió y él la ayudó a levantarse suavemente.

Se desenganchó las cintas de velcro del casco, lo lanzó al suelo e inspiró hondo.

—Te mueves más rápido de lo que esperaba.

—Eso forma parte de la lección —explicó su padre. Le ahuecó la mano bajo la mandíbula, la miró fijamente a los ojos unos segundos, asintió y luego la envolvió en un abrazo rápido.

—Tal como le he dicho a Tony, nunca infravalores a tu contrincante, independientemente de su envergadura. No supongas que un tipo grande como Tony no es ágil. Pero ¿has aprendido algo más de esto?

—Hay que ir siempre armada. —Alicia puso el dedo en forma de pistola, apuntó a Tony y apretó el gatillo imaginario.

Tony soltó una risotada y golpeó a Levi en el hombro.

—Habla como tú.

—No, en serio. —Observaba a su hija con una expresión ilegible —. ¿Qué más has aprendido?

Levi estaba en modo instructor militar. Intentaba enseñarle una lección y la ligereza no formaba parte del plan.

Esta vez Alicia le respondió en serio.

—Siempre habrá alguien contra quien mis métodos habituales no basten.

—Cierto. Pero no siempre es cuestión de técnica. ¿Cuánto pesas?

—Unos sesenta kilos.

Miró a Tony.

—¿Y tú?

—Ciento cuarenta. No hay manera de bajar de los cien. Son los *cannoli*, están demasiado buenos.

Levi señaló con el pulgar a Tony sin apartar la mirada de Alicia.

—No te creas las películas en las que el maestro de karate delgado como un palo arroja al gigante a la otra punta de la sala. Tus recursos son limitados contra un contrincante de la envergadura de Tony. La física es muy importante en una pelea. Y no solo en el caso de Tony, por mucho que sea una excepción. Ten en cuenta que el americano medio mide 1,75 m y pesa casi cien kilos. Aunque esté un poco fofo, tendrá ventajas claras con las que tendrás que…

—Papá, lo sé, lo sé. No las subestimaré. ¿Y si ataco en las rodillas, ingles y cuello? Como si quisiera talar un árbol a trozos…

—¿Ingle? —Tony empalideció y dio un paso atrás—. No pienso entrenar para llevarme golpes en las pelotas, Levi.

Su padre sonrió.

—Alicia, si tienes que enfrentarte a alguien en condiciones desiguales, entonces sí, estoy de acuerdo en que tales ese árbol. Pero sería más inteligente evitar ese tipo de peleas en la medida de lo posible.

Tony levantó una mano.

—Tengo un gran aprecio por mi árbol, gracias. —Dedicó a ambos una sonrisa torcida—. ¿Hemos terminado?

—Ya puedes marcharte —dijo Levi—. Luego nos vemos. Tenemos que hablar de ciertos temas.

—Tony —dijo Alicia—, gracias por la diversión.

El grandullón soltó una risotada y sacudió la cabeza.

—Mira que sois raros, los Yoder.

Cuando Tony se marchó, el padre de Alicia le pasó el brazo por los hombros.

—Basta de luchas por hoy. Para mañana he planeado algo totalmente distinto.

—¿Ah sí? ¿Qué?

—Voy a ver cómo tienes la vista.

—Veo perfectamente.

—*Doveryay, no proveryay*.

Alicia no hablaba ruso pero su padre le había enseñado aquel refrán hacía años. Más o menos venía a decir algo así como «Confía, pero no dejes de comprobar».

Su padre le dio un beso en la sien.

—Créeme, te divertirás. Hoy lo has hecho bien. Estoy orgulloso de ti.

Alicia se quedó mirando a su padre unos instantes, pues no se creía lo que acababa de salir de su boca.

«Estoy orgulloso de ti».

No era del tipo de persona que soltara halagos, así que, cuando decía algo halagador, resultaba chocante.

A Alicia se le hizo un nudo en la garganta de la emoción y, de repente, un recuerdo olvidado se abrió paso desde algún rincón de su mente.

Recordó una ocasión en que sostenía un teléfono junto a la oreja y oyó que sonaba al otro lado de la línea. Entonces su padre había respondido:

—¿Diga?

—Papá, te necesito. Ha ocurrido algo muy malo.

CAPÍTULO CUATRO

Como Alicia pasó la adolescencia en una comunidad amish rural, la abuela Yoder le enseñó todo lo que sabía sobre la Biblia y la oración, y tenía por costumbre rezar cada noche antes de acostarse. Pero cuando la cosa se ponía fea, lo que le parecía más adecuado era rezarle al Todopoderoso en cualquier momento. Y ahora, tras una noche de pesadilla, era un momento tan bueno como cualquier otro para pedir ayuda. Las pesadillas eran habituales en su vida, incluso ahora, años después de sus días en la calle. A veces le llegaban en forma de siluetas borrosas que la cogían, dedos crueles que cortaban y manoseaban. En otras ocasiones, como esa misma noche, se despertaba acosada por recuerdos olvidados. Sobre los que su padre le había dicho que mejor que no se inquietara.

Alicia se arrodilló al lado de la cama y al inclinar la cabeza para rezar pasó automáticamente al alemán de Pensilvania.

«Dios mío, me postro ante ti para pedir tu ayuda con los recuerdos olvidados que me acosan. Hay momentos de mi vida que soy incapaz de recordar, y eso me provoca una gran angustia. Hay recuerdos que desearía recordar pero que, por algún motivo, se me resisten.

»Sé que sabes lo doloroso que resulta olvidar cosas importantes. Y por eso pido tu gracia y compasión para que me ayudes a recordar lo que he perdido.

»Señor, rezo para tener la fuerza necesaria para afrontar esos recuerdos olvidados que se me resisten. Sé que no puedo cambiar el pasado, pero confío en tu poder para sanar y restaurarlo todo. Te pido que me des valor para enfrentarme a esos recuerdos y encontrar la paz.

»Por último, ruego me des consejo y sabiduría para ayudarme a crear nuevos recuerdos que me duren toda la vida. Que agradezca cada momento y cree recuerdos que tenga en gran estima para siempre. Gracias, Dios mío, por atender a mi oración. Amén».

Llamaron a la puerta y su padre le habló desde el otro lado.

—Alicia, ¿quieres algo del mercado?

Alicia abrió los ojos.

—¿Tienes zumo de naranja?

—Compraré más. Vuelvo enseguida y prepararé el desayuno.

Alicia volvió a cerrar los ojos intentando recuperar el recuerdo que la había asaltado el día antes pero, nuevamente, lo único que consiguió evocar fue haber llamado a su padre. Todo lo tangible se le escapaba como una voluta de humo y volvía a sentirse frustrada y vacía. Sin embargo, rezar la había ayudado a suavizar las emociones negativas.

Cogió una muda de ropa y entró en el baño. No tenía ni idea de en qué consistiría la «prueba de visión» que su padre le tenía preparada, pero decidió que ella también haría sus planes.

Alicia estaba dispuesta a sacarle unas cuantas respuestas a su padre, aunque le costara sangre, sudor y lágrimas —verdaderas o falsas, ya que había tenido años para perfeccionarlas ambas.

Le resultaba imprescindible llenar aquellas lagunas de su memoria.

~

—Papá, ¿dónde está el rallador de caja? —preguntó Alicia desde la cocina.

Levi apareció en el umbral.

—¿Para qué demonios necesitas un rallador de caja?

Alicia sostuvo en alto un par de patatas rojas que había encontrado en la alacena.

—Quiero hacer los pastelitos de patata que hacía la abuela.

Él negó con la cabeza.

—Hace años que no los como. Por desgracia, no tengo rallador.

Ella lo miró con cara de decepción, que él no percibió porque estaba muy ocupado secándose el pelo con una toalla.

—¿Don Comiditas no tiene un utensilio básico de cocina? ¿En serio? Pues muy mal, papá. ¿Cómo es posible que tengas patatas y no?… Bueno, da igual, haré una *frittata*.

Alicia cortó en dados las patatas, una cebolla blanca y otras verduras que encontró en la nevera de su padre, y empezó a saltearlas con una mezcla de aceite de oliva y mantequilla. Él miró por encima de su hombro y asintió en señal de aprobación.

—¿Sabes qué quedaría bien con eso?

—¿Qué? —preguntó ella.

—Un poco de *guanciale.* He comprado esta mañana.

Alicia salteó las verduras en la sartén con movimientos de muñeca expertos mientras su padre sacaba de la nevera un pedazo de carne grasa envuelta en papel encerado y empezaba a cortarlo en daditos en la tabla de cortar.

—Parece panceta —dijo ella.

Su padre balbuceó como si Alicia hubiera dicho una absurdidad.

—¿Panceta? El *guanciale* es lo que la panceta aspira a ser y nunca conseguirá. Es carrillo de cerdo sazonado y curado a la perfección. Normalmente lo añado picadito a la pasta carbonara, y a esto le quedará bien.

Alicia apartó parte de los dados de patata con una cuchara de madera y su padre echó los trocitos de carne en la sartén. El *guanciale* empezó a chisporrotear casi de inmediato y el delicioso aroma de lo mejor del cerdo inundó el ambiente. Levi puso la mesa para dos. Ella agradecía el tiempo que él había dedicado a enseñarla a disparar, a dar puñetazos y a sobrevivir en la naturaleza. Pero enseñarla a cocinar había sido un gran regalo. Ella se burlaba de él diciendo que era un esnob con la comida, pero su buen gusto se le había pegado.

A pesar de los intensos aromas de la comida, Alicia tenía la cabeza en otra parte.

—Papá, tengo que hacerte una pregunta importante y tienes que ser sincero conmigo. Me he pasado la noche en vela.

Él le pasó la mano por encima del hombro para coger dos vasos del armario de cocina y los colocó en la mesa antes de volverse para mirarla.

—Claro, cariño. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Quiero saber lo que ocurrió entre que estuve en la universidad y me alisté a la Panda. —Vertió media docena de huevos batidos en la sartén—. Todo ese intervalo es como un enorme vacío en mi mente.

Su padre le dedicó una mirada amarga y sacudió la cabeza.

—No intenté eludir la pregunta la última vez que hablamos de esto. La verdad es que no tengo muy claro lo que ocurrió, sobre todo porque estuve buena parte de ese tiempo en el otro extremo del mundo. Te dije que hablaras con Mason…

—Lo sé, pero la cagué el día de la reunión con él y esto me está corroyendo —interrumpió Alicia. Con una espátula, separó la *frittata* de los bordes de la sartén y la colocó en la rejilla del horno—. Después de que se marchara de la sala de reuniones y de que yo me quedara dormida, reaparecieron fragmentos de algunos recuerdos. Creo que son de ese período de tiempo olvidado. Una llamada que te hice.

Sintió un nudo en la garganta y habló con voz temblorosa.

—Lo siento, pero tengo pesadillas y…

—No pasa nada, cielo. —Su padre se le acercó, le dio un beso en la sien y señaló el horno—. Ese gratinador se pone a una temperatura mucho más alta que el de tu abuela, así que vigila que no se queme la *frittata*. Acabaré de poner la mesa y te contaré lo poco que sé mientras desayunamos—. Cogió un cartón de zumo de naranja y llenó los vasos de la mesa.



Alicia abrió unos ojos como platos cuando su padre le dio la asombrosa noticia.

—¿Que yo maté a una persona? —repetía incrédula.

Levi dio un sorbo al zumo de naranja y siguió comiendo *frittata*, aparentemente impávido ante la bomba que acababa de soltarle a su hija.

Mientras Alicia intentaba por todos los medios digerir la situación, preguntó:

—¿Llamasteis a la policía? ¿Cómo es posible que pasara una cosa así y yo no tenga constancia de ello? Tiene que haber habido algún tipo de… —Se quedó sin palabras y notó un escozor en la piel fruto de la preocupación. ¿Cómo podía haber matado a alguien y no terminar en la cárcel, o enjuiciada o… algo?

La respuesta de su padre no hizo más que aumentar su confusión.

—No lo sabe nadie más —afirmó con una sonrisa que hizo que Alicia sintiera un escalofrío en la espalda—. La Panda se encargó de todo. Cariño, no tienes de qué preocuparte.

Alicia se recostó en el asiento. ¿De verdad podía la Panda esconder el asesinato de una persona? Mientras barajaba las distintas posibilidades, respondió a su propia pregunta asintiendo en silencio. Si lo que había visto de la Panda servía de indicación, eran capaces de mucho más de lo que era capaz de imaginar.

—¿Recuerdas lo que te dije en esa llamada? —preguntó ella.

—Por supuesto, me acuerdo perfectamente.

—¿Y bien? —Alicia hizo un movimiento circular con la mano y dio un mordisco a su porción de *frittata*. Masticó con rapidez, sin apreciar los sabores, porque esperaba ansiosa la respuesta de su padre.

—Me llamaste a las tantas de la madrugada, claramente angustiada —relató él—. Me dijiste que estabas en la habitación de la residencia, que dos hombres habían entrado y te habían agredido, y que uno llevaba una especie de aerosol que creíste que era para dejarte inconsciente. Entonces te pregunté dónde estaban y dijiste que habías matado a uno de ellos y noqueado al otro. También me dijiste que estabas asustada.

El rostro de él asumió una expresión peligrosa, como si reviviera el momento.

—Te puse en contacto con Brice, y la Panda te ayudó a superar ese momento de peligro inminente.

Alicia se inclinó hacia delante, totalmente centrada en su padre.

—¿A quién maté?

Él se encogió de hombros.

—Ahí es donde Mason aportaría más información, porque él entiende el trasfondo. Lo único que sé es que unos canallas iban a por ti. Nunca obtuve una respuesta clara acerca de cómo acabaste en su punto de mira.

—¿Y ya está? —preguntó Alicia—. ¿Eso es todo lo que sabes?

—Se puede decir que sí. —Su padre hizo un gesto desdeñoso.

—Supongo que no recuerdas cuando tú y yo fuimos en una furgoneta juntos durante una misión, ¿no?

—Cariño, no lo sé. —Levi cogió su plato vacío y su vaso y se levantó de la mesa—. Para entonces, Mason ya había trabajado contigo, por lo que creo que será él quien pueda llenar tus lagunas. Si es que quiere y si le parece que sirve de algo.

—¿Cómo es que yo no recuerdo nada de eso, pero tú sí?

—No sé. Lo único que sé es que no sabías de qué iba la cosa, pero te implicaste a fondo, y eso que aún no habías hecho la formación. —Miró el reloj de pared—. Date prisa. Vamos a llegar tarde.

Aturdida por la noticia de que había matado a una persona, Alicia se metió un buen trozo de *fritatta* en la boca, terminó de recoger los platos y siguió a su padre a la cocina, mascullando con la boca llena.

—¿Adónde vamos?

—Al campo de tiro.

Alicia parpadeó, sorprendida.

—Vale, suena guay.

Su padre rio y sacudió la cabeza.

—A ver lo guay que te parece cuando hayamos acabado.



Tardaron dos horas en llegar al campo de tiro en el coche y el padre de Alicia se pasó todo el trayecto interrogándola acerca de todo lo relacionado con el tiro: el uso del objetivo, desviación, minuto de arco y todo lo que le había enseñado a lo largo de los años. Eso les ayudó a pasar el rato en el aburrido trayecto hacia el norte, y evitó que Alicia se ofuscara pensando en la noticia bomba sobre sus recuerdos que su padre le había soltado.

Estaban justo al oeste de Poughkeepsie cuando Levi le indicó que girara a la derecha en Samsonville Road.

Los árboles invadían ambos lados de la carretera, lo cual hizo aumentar la sensación de claustrofobia que Alicia sentía. No cabía la menor duda de que estaban en una zona indómita de Nueva York.

Alicia miró a su padre.

—¿Falta mucho?

Él asintió y señaló hacia delante.

—Busca un portón metálico a la derecha. No debería estar cerrado con llave.

Al cabo de unos minutos, Alicia vislumbró el destello del sol en el metal y enseguida apareció un portón de aspecto robusto.

—Es aquí —confirmó él.

El portón no tenía cadena. Estaba abierto y daba paso a un camino privado. Alicia giró hacia el sendero de gravilla que se internaba en el bosque, haciendo caso omiso del letrero que advertía de lo que suponía entrar sin permiso.

—Espero que este camino no esté muy embarrado, papá. Mi coche no es precisamente un todoterreno.

—Yo no me preocuparía mucho de eso. Vas por una pequeña pendiente y te estás acercando a un llano. Aunque llueva, el agua se drena enseguida. Sigue adelante, Esther nos espera.

—¿Esther está aquí? —A Alicia le salió un gritito agudo.

—Sí. —Cuando Alicia traspasó otra verja y llegó a un claro enorme situado en lo alto de la colina, su padre señaló un cobertizo de madera—. Es aquí.

A Alicia le costaba disimular la sonrisa mientras conducía hacia la figura rotunda de Esther, que sacaba una caja metálica de munición

de la parte trasera de una furgoneta Ford color plata. Aparcó cerca de la furgo, bajó y gritó:

—¡Esther!

La fornida mujer mayor dejó la munición y abrió mucho los brazos.

—¡*Bubalé*!

Alicia corrió a dejarse dar un abrazo sofocante.

Esther Rosen era la propietaria de una tienda de material deportivo en Little Italy, o «el viejo barrio» tal como su padre lo llamaba. Casi en todas las visitas que Alicia había hecho a su padre habían pasado por la tienda de Esther. Así, Alicia había tenido la oportunidad de hablar con ella, de mujer a mujer. Hasta que fue más mayor, no se había enterado de la debilidad de ella por las armas y otras cosas no exactamente legales. Para Alicia, Esther era como una matrona judía moderna, en claro contraste con la abuela Yoder, que prácticamente nunca había ido más allá de un radio de setenta kilómetros desde la granja en la que se había criado.

Esther alargó los brazos para repasar a Alicia de arriba abajo.

—¡Estás como un palillo! —Pasó los dedos por la melena oscura y lacia para separársela de la cara y se le humedecieron los ojos al susurrar—: Qué guapa eres. Menos mal que has venido a entrenarte. Necesitarás algo más que un bate de béisbol para mantener a los chicos a raya.

Dedicó una mirada acusadora a Levi.

—¡A ver si alimentas bien a la chiquilla! ¡Suerte que he traído un montón de comida para mientras trabajamos el juego largo de nuestra niña! —Señaló una larga mesa de madera llena de rifles distintos, con una gran cesta de pícnic en un extremo.

Alicia miró a su padre.

—¿Mi juego largo?

—Esther fue tiradora olímpica en su día. —Se dio una palmada en el pecho, donde Alicia sabía que tenía una pistola en la cartuchera del hombro—. Te enseñé a manejar una pistola de mano y estoy convencido de que nuestros amigos se están centrando especialmente en perfeccionar tu juego en las distancias cortas.

Tenía razón. El entrenamiento al que la Panda la había sometido incluía mucho combate cuerpo a cuerpo, así como práctica con varias armas cortas.

—¿Nuestros amigos? —Esther enarcó una ceja y miró a Levi—. No habrás metido a la niña en algo que…

—No, Esther. —Meneó la cabeza sin que su expresión delatara nada. Nadie que no perteneciera a la Panda debía saber siquiera de su existencia—. Alicia está haciendo un trabajillo para unos amigos de D. C. y quiero asegurarme de que esté bien preparada. Ya tiene las nociones básicas del manejo de rifles, pero quiero que valores sus conocimientos y decidas si necesita perfeccionarlos. Al fin y al cabo, tú eres la experta.

—Con que de D. C., ¿eh? —Esther asintió y se volvió hacia Alicia —. ¿Nociones básicas, dice? Vamos a ver. —Señaló los rifles de encima de la mesa—. ¿Cuántas veces has disparado con un rifle?

Alicia se encogió de hombros.

—He disparado a unos cuantos ciervos con el rifle de mi padre y, cuando él no estaba en casa, cogía una escopeta para librarme de las alimañas que ponían en peligro al ganado, pero eso es todo. A mi abuela no le gustan los rifles.

Escudriñó la mesa y uno de los rifles le llamó la atención. Tocó la culata y sonrió.

—Bonito, ¿no? —dijo Esther—. Es uno de mis preferidos de largo alcance. Lleva incorporada una acción Defiance Deviant, un cañón Creedmoor de 6.5 Hawk Hill y una culata Foundation Centurion con un objetivo extraordinario Vortex Razor Gen 3. Ya llegaremos a eso más tarde, pero antes… oye, ¡no te comas todos los bollos, bandido!

Levi cerró la tapa de la cesta de pícnic con la boca llena de un trozo del donut de chocolate que tenía en la mano. Tenía una expresión avergonzada, como de crío al que la abuela Yoder hubiera pillado in fraganti robando una galleta.

—Levi, ¿has enseñado a tu hija algo sobre el ajuste del visor con el cañón o la mira láser, a calibrar el rifle o cualquier otra tarea de preparación para disparar?

Él sacudió la cabeza.

—Hemos hablado de esas cosas, pero todo lo que le he hecho usar ya estaba calibrado para cien metros.

—¡Puaj! —Esther cogió un rifle de cerrojo alimentado por cargador con una pequeña mira telescópica acoplada—. Bueno, Alicia vamos a repasar unas nociones básicas para preparar un rifle para disparar.

Fue a uno de los bancos de tiro y señaló el asiento. Alicia se sentó obedientemente y Esther le tendió su rifle.

—Aquí tienes un rifle de cerrojo Savage Arms. —Esther adoptó un tono profesional—. Dispara una de calibre 308 y como rifle de caza es bastante bueno, a pesar de que solo tenga miras de hierro. Es una combinación bastante habitual y, ya que aquí tenemos mira telescópica, dime qué sabes de la alineación del cañón con la mira.

—Se alinea el cañón con la mira para que el rifle y la mira apunten en la misma dirección —respondió Alicia.

—¿Y cómo se hace?

Alicia observó el rifle, miró por la mira telescópica y se encogió de hombros.

—En este rifle, parece que podría sacar el cerrojo, mirar por el cañón para ver el objetivo y ajustar la mira para que también esté sobre el objetivo.

—Hazlo y enséñamelo.

Alicia examinó el rifle con cuidado porque no conocía aquel modelo en concreto.

—No te preocupes, te avisaré si veo que haces algo mal o peligroso. Ve explicándome lo que haces.

—De acuerdo —dijo Alicia—. Primero tengo que sacar el cargador —. Encontró un botón junto a la caja del cargador y lo pulsó. El cartucho que contenía la munición le saltó a la mano. Lo dejó encima de la mesa y observó la palanca del mecanismo de cerrojo—. Parece que hay un botón en la parte posterior del cerrojo. Lo pulsaré para abrirlo.

La palanca se deslizó con suavidad y Alicia tiró al máximo hacia atrás. Entonces vio un botón metálico con varios surcos en la parte posterior del arma.

—Supongo que esto es el liberador del cerrojo.

Pulsó el botón metálico del lado izquierdo y el cerrojo salió sin gran esfuerzo.

—Muy bien. —Esther levantó el pulgar en señal de aprobación y luego señaló hacia el blanco—. Allí, a cien metros, hay una silueta metálica. Dispara.

Alicia miró por el orificio del cañón y apoyó la culata en el hombro.

—Intento establecer un contacto visual… —Vio el blanco a través del cañón—. Ya está.

Miró por la mira telescópica y Esther chasqueó la lengua para advertirla.

Se inclinó hacia delante y dio una palmada en uno de los saquitos de arpillera del tamaño de un puño que tenían delante.

—Cuando tengas el objetivo en la mira, necesitarás algo parecido a estos sacos de arena para estabilizar el rifle. De lo contrario, con solo mover la cabeza del cañón a la mira cambiarás la posición del cañón.

Levi chasqueó la lengua.

—Supongo que tendría que haberte enseñado el proceso en vez de limitarme a comentártelo.

Alicia colocó varios sacos de arena bajo la parte delantera del cañón y encajó otros más hacia la parte posterior, con lo que formó una especie de lecho para el rifle.

—Bueno, creo que está fijo. —Verificó a través del cañón que daba en el blanco y fue desviando la mirada con cuidado hacia la mira—. La cruz de la mira está sobre el blanco.

—Bien. Vuelve a montar el rifle, a ver si es verdad.

Mientras Alicia recolocaba el cerrojo, Esther le indicó los pasos siguientes.

—Como has dicho, el proceso de alineamiento del visor con el cañón sirve para colocar la mira telescópica en una aproximación de la dirección correcta. No te servirá de nada no tener ni idea de adónde va a ir la bala. Con un poco de suerte, en tu primer disparo, darás en el blanco. Luego iremos haciendo ajustes para que tu mira telescópica esté calibrada para una masa central situada a cien metros.

Alicia volvió a encajar el cargador en su sitio y Esther le tendió protección para los oídos y la vista.

—Protejámonos todos los ojos y los oídos. Empieza la acción.

Esperó a que todos estuvieran preparados para ordenar a Alicia que empezara a disparar.

Con el mecanismo de cerrojo, Alicia cargó la primera bala, ajustó el rifle para que la culata reposara cómodamente contra su hombro y quitó el seguro. Miró por la mira y dijo:

—Bueno, allá va…

Apretó el gatillo. El rifle rebotó hacia atrás y casi de inmediato se oyó el sonido del metal silbando contra el objetivo.

—¡Diana! —exclamó el padre, que miraba con unos prismáticos.

Alicia se giró hacia Esther, orgullosa de haber dado en el blanco en su primer disparo.

La mujer, que miraba por un telescopio de observación, emitió un ruido de succión entre los dientes.

—Quince centímetros por debajo, siete centímetros a la izquierda. —Señaló la línea de tiro—. ¿Ves esa bandera naranja que cuelga en el poste de madera?

Alicia asintió.

—No hay viento, por lo que tenemos las condiciones ideales. Más tarde hablaremos de los ajustes para el viento y la distancia. Pero antes vamos a acercarte a un disparo al centro del cuerpo. ¿Ves la mancha oscura adonde fue a parar tu bala?

Alicia miró por la mira telescópica.

—Sí.

—Vale. Esa mira tiene dos mandos de ajuste de deriva, para izquierda y derecha, y para la elevación, arriba y abajo. Has apuntado al centro del objetivo. Mantén el punto de mira en el centro y encaja bien el rifle entre los sacos para inmovilizarlo.

Alicia reajustó el rifle y los sacos de arena hasta que le pareció que estaba bien encajado.

—Hecho.

—Sin mover nada más, ajusta los mandos de la mira para que la cruz encaje con el punto donde alcanzó el disparo.

Concentrada para mantener el rifle estable, Alicia escuchó los clics de los mandos de la mira a medida que la cruz se movía lentamente hasta la posición deseada.

—Vale. Estoy justo donde fue a parar la bala que disparé.

—Ahora apunta para disparar al centro del cuerpo. A ver qué pasa.

Alicia recolocó la mano, apuntó y apretó el gatillo.

El rifle volvió a recular y la voz de Esther se oyó entre el estruendo del disparo.

—Has accionado el gatillo bruscamente.

—¿Que qué? —preguntó Alicia mirando por la mira telescópica. No veía ninguna marca en la diana—. ¿Adónde ha ido a parar?

Esther sacudió la cabeza.

—Has disparado sin control y la bala probablemente haya pasado varios centímetros por encima del blanco. Tienes que ir lenta y sobre seguro al accionar el gatillo. Estabas tensa y eso ha hecho que el disparo se desvíe. Y son solo cien metros. Si haces eso cuando tu objetivo esté a mil metros, dispararás a otro país. Los disparos de precisión exigen paciencia y disciplina en el manejo del gatillo. Tu padre tenía que habértelo enseñado. Vuelve a probar. Y esta vez, despacio… respira.

Alicia recolocó la mano y, al observar por la mira, se centró en el dedo que tenía en el gatillo. Lo accionó lentamente, el rifle reculó y la bala recorrió el campo de tiro a toda velocidad.

—¡No! —gritó Esther por encima del ruido—. No has controlado bien el rifle y he visto el retroceso. Tienes que mantener una presión constante en el hombro para controlar el culatazo y gestionar las agrupaciones cerradas. Repite el tiro.

Alicia se sonrojó, avergonzada. Aquello no era tan fácil como había imaginado. Inspiró y espiró lentamente. Reajustó su postura en el banco, apoyó con cuidado la culata del rifle en su hombro, miró por la mira, apuntó y se centró en apretar el gatillo con suavidad.

El retroceso del rifle la empujó hacia atrás y oyó el sonido del metal al impactar.

—¡Diana! —gritó Esther—. Le has dado de pleno. Buen disparo.

—Déjame repetir.

Alicia se había dado cuenta de lo distinto que había sido el disparo la segunda vez. Era casi como una extensión de su brazo. Se recolocó, apuntó y accionó el gatillo lentamente.

—¡Diana! —volvió a gritar Esther—. Otro buen disparo. Cincuenta más como ese y pasaremos a los doscientos metros.

«¿Cincuenta?» —Alicia abrió unos ojos como platos. Iba a ser un día largo.

CAPÍTULO CINCO

Alicia frunció el ceño al ver la ampolla alargada y enrojecida que le había salido en el antebrazo. Al final de la maratón de disparos del día anterior, en la que acabó aprendiendo a alcanzar un objetivo a más de mil metros, el latón caliente le había rozado la camisa. Un casquillo caliente le había entrado por la manga tres cuartos y le había tocado el antebrazo, donde le había hecho la fea quemadura.

Estaba sentada con su padre en la parte posterior de un sedán de lujo, y se fijó en que tomaban la salida 5 del FDR Drive. Los letreros indicaban que era la salida para Houston Street/Holland Tunnel, lo cual implicaba una visita a Nueva Jersey.

—Papá, ¿adónde vamos?

—El Paul's Casablanca está en el SoHo —dijo Levi. Se inclinó hacia delante y dio un toquecito en el hombro del conductor—. Vincenzo, ¿dónde estarás?

—He… encontrado *un posto*… eh, *parcheggiare* —dijo el hombre mezclando el inglés y el italiano. Levantó dos dedos de la mano derecha—. *Due* bloques *di distanza*. *Aspetterò* su llamada.

—¿Has encontrado un sitio donde aparcar a dos manzanas de distancia y esperarás mi llamada?

—Sí. —El conductor asintió con energía—. Lo… lo siento, mi inglés no ser bueno.

Levi sonrió y le dio una palmada en el hombro.

—*Non ti preoccupare*, Vincenzo. Solo llevas dos meses en Estados Unidos. Poco a poco.

Vincenzo giró a la izquierda en Washington Street y luego de nuevo a la izquierda en Spring Street, una calle estrecha llena de gente. Alicia leyó «McGovern's Bar» en unas luces de neón que relucían por encima de la multitud. Vincenzo paró el coche como pudo, teniendo en cuenta el gentío.

Alicia observó el grupo de gente bien vestida que esperaba en el exterior de un edificio de aspecto destartalado.

—¿Seguro que es aquí?

Su padre rio.

—Las apariencias engañan.

La cantidad de gente y su vestimenta apuntaban a que aquel local aparentemente modesto estaba de moda, para quienes lo conocieran. Pero Alicia no era una de ellos. No es que no conociera el lugar, sino que la vida nocturna de las élites de Nueva York no parecía tan atractiva para una joven que había pasado buena parte de su vida anterior con boñigas de vaca hasta las rodillas y cosas peores.

Un hombre alto con un traje a medida avanzó desde la multitud y se dirigió a su coche. Levi abrió la puerta y el hombre exclamó, con ligero acento italiano.

—Señor Yoder, ¡qué alegría verle!

Intercambiaron besos en las mejillas, tal como Levi le había contado a su hija que era habitual en algunos países europeos.

—Fabrizio, te presento a mi hija Alicia.

Alicia también bajó del coche y el caballero le tomó la mano y le besó los nudillos.

—*Incantato*. —Hizo un gesto con el brazo—. Bienvenida al Paul's Casablanca.

Se dirigió a su padre.

—Paul está en un avión de regreso de Nápoles. Me ha pedido que te transmita que lamenta mucho no estar hoy aquí.

El padre de Alicia rodeó con el brazo los hombros de Fabrizio.

—Alicia y yo necesitamos un buen sitio para observar, como siempre.

—Por supuesto.

Fabrizio les hizo un gesto para que lo siguieran y avanzó con paso un tanto agarrotado mientras otro hombre, fornido y de tez oscura, el portero probablemente, les despejaba el camino hasta la entrada. Alicia no vio el nombre del club en ningún sitio.

—¿Cómo sabe la gente que existe este local? —preguntó.

—Ahí radica parte de su encanto —respondió Fabrizio entre risas —. Este local es para quienes lo conocen o querrían conocerlo. Nos gusta que funcione así.

«¿Nos gusta que funcione así?». El hombre hablaba como si el club nocturno perteneciera a una sociedad secreta, y los tres fueran socios. Alicia se dio cuenta entonces de que estaba viviendo algo nuevo de lo que solo había oído hablar. Cuando Fabrizio le abrió la puerta a su padre, ella echó una mirada al grupo de gente que ansiaba pasar al otro lado de la cuerda de terciopelo. Parecía un sueño, pero de algún modo aquella chica de la calle había pasado a formar parte de una minoría selecta. Le entró cierta ansiedad cuando se preguntó adónde la había llevado su padre.

Fabrizio los acompañó al interior del edificio, tenuemente iluminado, y Alicia advirtió que el Paul's Casablanca no tenía nada que ver con el exterior destartalado. Estaba bien decorado, con arcadas de tipo oriental, una barra larga y una zona abierta bajo una bola de discoteca con un montón de gente guapa bailando al ritmo de la música.

Fabrizio se detuvo ante un reservado vacío con el letrero de «Reservada» en la mesa. Desde ahí se disfrutaba de una buena vista de la pista de baile y de todo lo que allí pasaba.

—Espero que os vaya bien —dijo, casi a gritos para hacerse oír por encima de la música.

—Está bien. —Levi asintió—. Gracias por tu hospitalidad.

—¿Un agua de Seltz para usted, señor Yoder?

El padre de Alicia asintió.

—¿Y para usted, señorita? Tenemos de todo y puedo pedirle a Francisco que le prepare lo que desee.

Alicia sonrió ante la idea de tomarse una copa. Quizá le templara los nervios.

—¿Puedo pedir un *amaretto sour*?

—Por supuesto. Solo utilizamos *amaretto* Disaronno. ¿Tiene alguna preferencia para el limón? Creo que Francesco suele mezclar una parte de jarabe y otra de zumo de limón recién exprimido.

—Lo que él recomiende ya me va bien.

—Les traerán las bebidas enseguida. —Fabrizio giró sobre sus talones, se abrió paso entre la multitud y se desvaneció.

Alicia miró a su padre de reojo. Estaba recostado en el reservado, observando a la clientela con detenimiento.

—Papá, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Alicia se arrimó más a él.

—¿Por qué te hace la pelota ese tío? No me malinterpretes, te quiero con locura, pero ¿de qué te conocen aquí?

Levi se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa torcida.

—Conozco al dueño por temas de negocios del pasado. Eso es todo. Y saben que me gusta observar a la gente. Por eso te he traído aquí. Como agente, tendrás que aprender a mezclarte con distintas personas en lugares que no sueles frecuentar.

Una rubia despampanante se acercó a su mesa y Alicia abrió unos ojos como platos. «No puede ser ella, ¿no?».

—Levi, qué sorpresa verte. —La escultural rubia parpadeó ante él y luego miró a Alicia con expresión desconcertada.

La chica tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse boquiabierta. Era la actriz que interpretaba el papel de Verónica en un culebrón al que se había enganchado por culpa de su compañera de habitación de la universidad.

—Buzzie —dijo su padre—. Te presento a mi hija Alicia.

—Oh… oh, ¡tu hija! —La mujer ensanchó la sonrisa y le estrechó la mano a Alicia—. Encantada de conocerte. ¿Estás de visita en la ciudad?

—Buzzie, hablamos luego, ¿de acuerdo? —dijo Levi.

La mujer puso los brazos en jarras y le dedicó un mohín.

—Dijiste que me llamarías, pero nada. ¿Sigues teniendo mi número en tu teléfono?

Él recitó un número de memoria y dijo:

—Te llamaré.

Buzzie le lanzó un beso y sonrió hacia Alicia.

—Un placer haberte conocido. —La estrella en ciernes se dio la vuelta y se fundió entre el gentío.

Alicia miró a su padre, asombrada.

—¿Conoces a Buzzy Henderson? ¿Eres consciente de que es candidata a un Emmy? Es… es ¡famosa!

—¿Ah sí? No sabía que se siguieran entregando los premios Emmy —respondió tan tranquilo—. Es una chica agradable, pero va un poco desesperada. Ya me entiendes.

—Eh, papá. No hace falta que me digas estas cosas.

Una camarera les trajo las bebidas y desapareció antes de que Alicia tuviera tiempo de dar las gracias.

Su padre dio unos sorbos al agua de Seltz y se inclinó hacia su hija.

—¿Me equivoco si digo que nadie de la Panda te ha explicado técnicas de recogida de inteligencia humana?

Alicia negó con la cabeza.

—Aún estamos con los guepardos y los leopardos. Los humanos nos tocan la semana que viene.

Levi entornó los ojos.

—Eres demasiado joven para soltar chistes malos. Como agente, tendrás que interactuar con un objetivo y conseguir información. Este es un buen sitio para practicar habilidades sociales. Yo vengo aquí para mantenerme alerta. Tú y yo nos parecemos más de lo que te piensas. En circunstancias normales, no me gusta mariposear pero, si tengo que echar mano de mis encantos, sé hacerlo. Es un comportamiento aprendido. Cuanto más lo practiques, mejor te saldrá, igual que otras cosas. Te sorprendería saber cuánta información da la gente sin que se lo pidas. Te lo demostraré. —Dejó el vaso de agua de Seltz y se levantó de la mesa.

Alicia dio un sorbo a su cóctel, que era excelente, y observó a su padre llegar a la pista de baile, escudriñar la zona y acercarse a una

chica que aparentaba una edad similar a la de ella.

Le sonrió, se inclinó hacia ella y le dijo algo.

La chica pareció sorprendida, pero luego le devolvió la sonrisa.

Alicia observó con ojos como platos a la veinteañera repasando a su padre de arriba abajo y pasándole la mano por el brazo con una sonrisa cada vez más amplia que resultaba de lo más elocuente. Ella sabía bien lo que la chica estaba pensando y le pareció asqueroso.

Sin duda su padre era un hombre de buen ver. Además, cuando salía, se enfundaba un traje estiloso. A pesar de su edad, cercana a los cincuenta, fácilmente podía pasar por un treintañero. Aun así, una cosa era entender que las mujeres —y los hombres— lo encontraran atractivo, y otra muy distinta estar ahí sentada viendo cómo una chica lo devoraba con la mirada.

Él volvió a inclinarse y le habló a la chica al oído. Ella asintió con vehemencia, sacó el teléfono y le enseñó algo. Entonces dijo unas palabras, de las que Alicia solo captó «tu teléfono» por el movimiento de los labios, sacudió la cabeza y señaló con el pulgar hacia su mesa.

La chica asintió y siguió a Levi con mirada hambrienta mientras regresaba y volvía a sentarse junto a Alicia.

—Bueno, ya tengo el número de la chica, aunque ella quería darme su cuenta de Instagram, o lo que sea. Ahora quiero que hagas tú lo mismo. —Papá, ¿te has vuelto loco? —Alicia notó que se le encogía el pecho. La idea de pensar en acercarse a un desconocido y pedirle el número iba a provocarle un ataque de pánico—. Para ti es fácil, pareces salido de una imagen retocada con Photoshop. Yo no puedo.

—No tengo ni idea de qué es eso del Photoshop —reconoció su padre—, pero cualquier tipo aprovecharía la oportunidad de darle su número a una chica guapa como tú.

De repente, Alicia se sintió embargada por el miedo. Sacudió la cabeza.

—Soy incapaz de hacer una cosa así —declaró con voz temblorosa.

Su padre cambió su expresión dura por una más comprensiva. Se inclinó hacia ella y le dio un abrazo, y Alicia hizo acopio de fuerzas

para no echarse a llorar.

—De acuerdo, Alicia. Veo que te ha entrado el pánico. A ver qué te parece esto: vamos a relajarnos y a observar a la gente. Tal vez podrías tomarte otra copa. Y si no te sientes preparada, no pasa nada. Pero tienes que ser consciente de que, tarde o temprano, vas a tener que aprender a interactuar con un objetivo. Quizá hoy no sea el mejor día.

Alicia tenía el corazón desbocado y notó que un reguero de sudor le caía por la columna. Respiró hondo y exhaló despacio.

No recordaba la última vez que le había entrado un ataque de pánico. ¿Por qué sentía que se derretía por dentro?

En lo más profundo de su ser, sabía por qué. Odiaba reconocer que quizá todavía le afectaba. Como víctima de tráfico sexual infantil, había sufrido en carne propia toda desviación imaginable cometida contra niños.

Ella creía que lo había superado.

Tal vez no fuera así.



—¡Eh, Levi! ¿Qué tal?

La voz de Mason crepitó por la débil conexión telefónica. Levi se encontraba en Park Avenue, viendo el coche de su hija salir del aparcamiento.

—Alicia vuelve a D. C.

—¿Has aplacado tus preocupaciones durante el fin de semana?

—En buena medida, sí. Es una chica dura y estoy convencido de que le irá bien. Solo quiero asegurarme de que reciba una formación completa. Sin embargo, hay un tema…

—¿Ah sí?

—Hay una parte de su formación en la que no puedo ayudar. La relacionada con la obtención de información.

—Te refieres al trato interpersonal, ¿no?

—Sí.

Mason soltó una risita.

—Sí, reconozco que puede ser un poco violento entre padre e hija.

—Mason, este tema me preocupa. Ya conoces sus orígenes. No lo sé seguro, pero creo que nunca ha salido con un chico. Su vida en la calle la ha marcado de un modo que no soy capaz de asimilar. Ni siquiera ella es plenamente consciente. Necesita superarlo y aprender a interactuar con un posible objetivo. De lo contrario, correrá peligro sobre el terreno.

Mason habló tras una larga pausa.

—¿Qué me dices de Annie?

—¿La Viuda Negra? Pensaba que se había retirado.

—Mi idea no es ofrecerle un trabajo, pero seguro que estaría dispuesta a formar a Alicia.

Levi caminó por la acera y recordó la última vez que había trabajado con aquella mujer.

Annie levantó la vista al cielo y sacudió la cabeza.

—Estás loco. Pero eso te hace supersexy. Y yo me planteo cada vez más qué tal eres bajo las sábanas.

Levi se echó a reír.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Tan descarada. No es especialmente agradable, ¿sabes?

Annie exhaló un suspiro.

—Es un defecto de personalidad, pero he aprendido a convivir con él. Aunque probablemente no me importaría follarte. ¿Sales con alguien?

—¿Y tú?

—Es difícil de saber. Hay un tío con el que no coqueteo porque lo cierto es que me importa lo que piensa.

—Me parece que no es el doctor Spears. No es precisamente tu fan número uno.

Ella hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Le fastidia que para mí fuera un lío de una noche.

—A las mujeres no les gusta cuando los tíos hacen eso, así que ¿por qué iba a gustarle a un hombre cuando lo hace una mujer?

Annie sacudió la cabeza.

—Mira que eres ingenuo. A la mayoría de los hombres les encanta que no haya compromiso, sexo puro y duro.

—Pues está claro que a Spears no. Además, da por culo.

—¿Da por culo? No soy de las que les va eso. Vaya, ¿a ti te va?

Levi negó con la cabeza.

—Quizá deberías coquetear un poco con el tío que te gusta y no tanto con el resto de la población masculina. ¿Te has planteado emplear esa estrategia?

—Venga, cállate. Ya veo que eres demasiado estirado para divertirme contigo.

Levi negó con la cabeza.

—No, mejor no meter a Annie en esto. Tengo en mente a otra persona.

El sonido del bufido de Mason hizo sonreír a Levi.

—Sé en quién estás pensando, y podría ser una elección ideal, si consigues que coopere.

—Ya veremos. Bueno, de momento ya casi he acabado el trabajo preparatorio para el tema de los rusos del que hablamos. La próxima vez que nos comuniquemos estaré en Vladivostok.

—Bien. Buena suerte. Tenemos recursos limitados en esa zona, así que no hagas nada que pueda acabar contigo.

—Hablamos desde el otro lado.

Levi colgó y miró en la dirección por la que Alicia se había marchado. Notó una ansiedad creciente al recordar a la niña asustada a la que había rescatado de la calle.

La noche anterior había visto esa misma expresión de miedo, incluso después de tantos años.

Resultaba obvio que Alicia no había conseguido exorcizar esos demonios personales.

CAPÍTULO SEIS

—¿Qué quieres decir con lo de que mis recuerdos se han corrompido? —preguntó Alicia.

El director Mason estaba sentado frente a ella en la mesa de la sala de reuniones.

—Sé que esto va a ser difícil de entender, sobre todo viniendo de mí, que no soy físico. Pero hace aproximadamente un año, el gobierno estuvo desarrollando un proyecto que habría tenido consecuencias nefastas para el mundo tal como lo conocemos.

Hizo una pausa y se rascó el mentón. Aunque adoptó una expresión neutra, Alicia sabía que aquel hombre tenía en todo momento una mente muy activa. En cierto modo, le recordaba a su padre; su expresión nunca dejaba traslucir sus pensamientos, pero siempre hablaba y actuaba con resolución.

—¿Sabes lo que significa el concepto de «multiverso»? —continuó él.

Alicia asintió.

—Sí. Es la idea de que la decisión que tomas en un momento determinado crea un nuevo universo de posibilidades, lo cual básicamente significa que existen otros universos que se desarrollan para toda decisión distinta que una persona podría tomar en la vida. Es como si a la vez existieran líneas histórica alternativas.

—Ese es el meollo de la cuestión. —Mason tamborileó con los dedos en la mesa y observó a Alicia con sus ojos grisáceos—. Y el

multiverso no solo es real, sino que, de alguna manera, tú has interactuado con él. Cuando estabas en la universidad, en la época en que tú y yo nos conocimos, recibiste mensajes —recuerdos— de uno de nuestros posibles futuros. Esos mensajes te advirtieron de ese proyecto gubernamental… y como consecuencia de ello ese futuro se evitó. Sé que parece mera fantasía, pero tal como me lo explicaron…

—¿Quién te lo explicó? —interrumpió Alicia.

Mason ignoró la pregunta.

—Me dijeron que era muy probable que aquellos nuevos recuerdos que habías recibido se desvanecieran y que, si así era, dejarían lagunas. Eso es lo que te está pasando ahora. Como te decía, datos corruptos. No te lo conté porque no quería complicar el asunto. Y, si te soy sincero, porque no pensaba que te creerías lo que te estoy diciendo ahora.

Alicia no sabía si creerse aquella historia tan descabellada. ¿Mensajes del multiverso? ¿Un proyecto gubernamental clandestino? Pero, de todos modos, le alivió tener una explicación para sus lagunas de memoria, por muy inverosímil que fuera.

—Créeme —prosiguió Mason—, esos recuerdos no te interesan. Céntrate en crear nuevas experiencias. En vivir tu vida real. Por ahora lo estás haciendo de fábula. —Sonrió—. He estado siguiendo tu evolución. De hecho, tengo una misión de prácticas para ti. Te vas a emparejar con una agente veterana.

Deslizó hacia ella un sobre grande estampado con el sello «Top Secret». A pesar de lo mucho que le emocionaba la idea de una misión de prácticas, mantuvo la compostura.

—¿Una agente veterana?

—Sí. Es alguien a quien ya conoces. Le diré que venga para que os presentéis oficialmente. Mientras tanto, quiero que te quedes aquí y repases el contenido del sobre. —Se levantó y suspiró estirando la espalda—. Ahora, si me disculpas, tengo otra reunión más a la que asistir.

En cuanto Mason salió de la sala de reuniones, Alicia vertió el contenido del sobre en la mesa. Era una mezcla de fotografías,

documentos escritos en chino e informes de inteligencia de la CIA que cubrían actividades recientes en el sudeste asiático.

Alicia apenas había tenido ocasión de catalogarlo todo cuando la puerta de la sala se abrió y una mujer alta y escultural de origen asiático hizo acto de presencia.

Alicia abrió unos ojos como platos.

—¿Señorita Lucy? ¿Qué está haciendo aquí?

Lucy habló a toda velocidad en cantonés.

—Ya no eres una niña de doce años. No tienes por qué dirigirte a mí con tanta formalidad, querida pilluela.

—Pero…

Alicia parpadeó ante aquella mujer a la que conocía desde su época en las calles. Lucy tenía un origen curioso, hablaba inglés con un ligero acento ruso, y era la viuda del fundador de una de las mayores Tríadas de Hong Kong, una mujer de la que Alicia sospechaba que seguía implicada en actividades criminales. De repente, pensó en todos los datos confidenciales que tenía desperdigados por la mesa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, apilando todos los documentos rápidamente.

Lucy sonrió al tomar asiento al lado de Alicia.

—Voy a ayudar en tu formación.

—¿Que vas a qué? —Alicia se quedó boquiabierta.

—Doug te ha hablado de una agente veterana, ¿verdad? —Lucy amplió su sonrisa—. Pues soy yo.



Alicia entregó a Lucy una imagen vía satélite de una zona boscosa.

—Se supone que esa es la sede de Nueva Arcadia. Está a unos cinco kilómetros al este del templo del Dragón Verdadero, en el distrito de Shanzhi, en Taiwán.

Lucy frunció el ceño mientras contemplaba la imagen. Se la acercó tanto a la cara que casi la tocó con la nariz.

—Me cuesta ver que haya algo en ese bosque. Sea lo que sea que haya en ese campamento, lleva ahí décadas y ha quedado oculto por la vegetación... o bien alguien ha conseguido camuflarlo muy bien.

Se volvió hacia Alicia.

—¿Qué sabes del complejo del templo?

—Nada de nada. Nunca había oído hablar de él.

—Es un cementerio. En concreto, un columbario, un edificio que conserva urnas llenas de cenizas. ¿Y qué sabes de esa zona en general?

—Pues tampoco nada. Nunca he estado en Taiwán. —Alicia hizo un gesto de barrido por encima de la mesa—. El director Mason me soltó todo esto justo antes de que llegaras. Acabo de empezar a revisarlo.

—Resúmeme la información que has recopilado hasta ahora.

Alicia advirtió una ligera expresión divertida en el rostro de Lucy.

—Ya te han informado sobre este asunto, ¿no?

Lucy se encogió de hombros.

—Quiero oír tu interpretación. ¿Cuál es el trasfondo de Nueva Arcadia?

Alicia sacudió la cabeza. En ese sentido, Lucy era igual que su padre: todo, absolutamente todo, era una lección.

Alicia recuperó una de las copias impresas que sí había tenido tiempo de leer.

—Este informe de inteligencia da una introducción. Ahora Arcadia es conocida sobre todo por su belleza bucólica y por su escarpado terreno montañoso. Pero en la mitología griega se consideraba que Arcadia era el lugar de origen del rey Pan, el dios de los pastores, el ganado y la naturaleza salvaje. La región también era conocida por su relación con el dios Apolo, de quien se decía que la había visitado y que albergaba un templo dedicado a él. La primera mención a Arcadia aparece en la época de Alejandro Magno en relación con las rutas comerciales que fundó, aunque ahora los historiadores consideran que el comercio de la seda y especias entre las civilizaciones orientales y occidentales se inició en el siglo VI a. C., o antes, con anterioridad a la época de Alejandro Magno.

Alicia dejó el informe a un lado y cogió otro que también había leído.

—Arcadia apareció recientemente en una comunicación interceptada procedente de la China continental. El mensaje incluía unas coordenadas específicas de geolocalización —un satélite tomó la foto que tienes en la mano de esas coordenadas— y también hablaba de la propiedad robada a Chiang Kai-shek y de que fue un traidor.

Lucy soltó un bufido.

—Por supuesto que lo consideran un traidor. Es un traidor para la República Popular China, pero un héroe para Taiwán. Y los rumores de que robó «tesoros» en la época de la guerra civil china, allá por 1949, no son más que la típica propaganda que siempre difunden los gobiernos comunistas. Bueno, sigue.

—Claro —dijo Alicia, cogiendo otro documento, escrito en chino —. Mira esto. Es una llamada interceptada entre un general chino y uno de los agentes sobre el terreno. El general confirma que Nueva Arcadia está a cinco kilómetros al este del templo del Dragón Verdadero y dice —entonces Alicia leyó directamente el documento —: «Tienes permiso para llevar a cabo el protocolo del Aliento del Dragón».

Lucy se limitó a asentir, sin reaccionar de ninguna otra forma. Alicia se preguntó si ejercer un control férreo sobre la expresión facial era una habilidad que le había enseñado la Panda o una característica adquirida por el hecho de ser agente.

La puerta se abrió y entró Mason. Lanzó sobre la mesa un puñado de documentos de identificación emitidos por el gobierno, incluidos un par de pasaportes negros.

—Son credenciales diplomáticas para ambas. —Miró a Lucy—. La cosa ha ido a más. Necesitaré tus dotes especiales.

Lucy agrió la expresión.

—Doug, no pienso follarme a nadie por ti. Vete a buscar a la Viuda Negra o a cualquier otra zorra que tengas en la reserva para ese tipo de mierda.

—Yo no he…

—Me da igual lo que no hayas pensado ni pedido. Tampoco pienso cargarme a nadie por ti. He dejado atrás esa parte de mi vida. Estoy aquí porque Levi me pidió que ayudara en la formación de Alicia. Eso es lo único que pienso hacer. ¿Queda claro?

Alicia contempló la escena boquiabierta. Nunca había visto a nadie dirigirse a Mason de ese modo, ni siquiera a su padre.

De todas formas, cuando Alicia era niña el apodo de Lucy en la calle era «la Ogresa». No temía a nadie.

Daba la impresión de que la ogresa se estaba afilando las uñas.

—¿Puedo hablar? —dijo Mason. Para sorpresa de Alicia, habló con tono calmado y con cierta mueca de divertimento.

Lucy entornó los ojos y lo señaló con impaciencia.

—Me queda claro, Lucy. Ni trabajo clandestino ni operaciones húmedas. Lo que sí te pido es que nos ayudes hablando con unos funcionarios taiwaneses. Tienes mano con esa gente y a Alicia le iría bien acompañarte. Necesitamos acceder a esa «Nueva Arcadia» y averiguar qué se esconde en ese bosque.

—¿Por qué? —espetó Lucy.

Alicia intuyó algo en la expresión de Mason. ¿Enfado?

—El departamento de Estado mantiene esto en secreto, pero hemos visto movimientos de tropas chinas que podrían apuntar a una invasión de Taiwán. La Panda tiene gente en el continente, pero está pasando algo entre los funcionarios de alto nivel del EPL y lo que creemos que son células durmientes en Taiwán.

—¿EPL? —preguntó Alicia.

—Ejército Popular de Liberación —explicó Mason—. Sea como sea, no sabemos si los movimientos de la tropa guardan relación con lo que pasa en ese lugar, pero los taiwaneses no quieren que nadie se acerque a Nueva Arcadia y tenemos que averiguar por qué ciertos miembros del EPL están tan interesados en ella. Dicho esto, este viaje no es más que un esfuerzo diplomático. Ya hemos perdido a un agente intentando reconocer la ubicación y no me interesa perder a más. —Se centró en Lucy—. No se me ocurre una persona mejor a quien enviar que tú… y no se me ocurre mejor práctica para Alicia que observar tu trabajo. ¿Aceptas?

Lucy se volvió hacia Alicia y le habló en cantonés.

—No creas jamás a este hombre. Podría ser peligroso. No tienes por qué venir.

Alicia sintió que un escalofrío le recorría la espalda y que el corazón le latía con fuerza. Tuvo que esforzarse al máximo para mantener la compostura.

—Sí que voy.

Lucy volvió a dirigirse a Mason.

—Billetes en primera clase para las dos. No pienso hacer cola ni aceptar que me sienten en la cola del avión. ¿Queda claro?

Mason sonrió.

—Esta vez será lo mejor para las dos. Mientras tanto, preparaos. Imagino que saldréis hoy mismo.

Mason salió de la estancia y Lucy se levantó y señaló el desorden de la mesa.

—Recógelo todo; lo guardaremos en el contenedor de información confidencial al salir. Tenemos que ir corriendo a tu apartamento a hacer la maleta. Conociéndote, seguro que no tienes nada decente para esta misión, así que quizá también tengamos que ir de compras con la tarjeta de crédito de Doug.

—Sí que tengo ropa decente —protestó Alicia, intentando sonar convincente.

Lucy repasó a Alicia con la mirada y sacudió la cabeza.

—Lección número uno: pantalones holgados y un suéter te hacen parecer una bolsa de basura alta. Si eso es una indicación de lo que tienes en el armario, necesitas un cambio de vestuario completo. Vamos.

~

—El transporte para la Base Conjunta Andrews os espera en el aparcamiento. —La voz que emitía el teléfono de Alicia pertenecía a Brice, uno de los agentes de operaciones de la Panda—. ¿Alguna pregunta de última hora?

Alicia iba y venía de un lado a otro de su apartamento.

—¿Y el informe que me prometieron?

—Tengo dos paquetes esperándoos a ti y a Lucy. Contienen detalles importantes e información que he conseguido recopilar para vosotras.

—Vale, pues habrá que esperar a ver qué contienen.

—Buen viaje.

Lucy salió del baño vestida con un traje chaqueta y con aspecto de ejecutiva consumada. Alicia se miró en el espejo y deseó resultar la mitad de convincente. Lucy le había comprado seis conjuntos, todos ellos ajustados y que dejaban entrever mucha más carne de la que ella se sentía cómoda mostrando.

Bajaron en el ascensor y, al salir del edificio, vieron a un hombre con el uniforme de la Fuerza Aérea junto a una furgoneta oscura con luces de policía. Un logo en la puerta delantera del lado del pasajero decía «Policía» y «Departamento de la Fuerza Aérea».

—Señora Chen, el jet tiene el depósito lleno y está preparado para el despegue —informó—. Señorita Yoder, encantado de conocerla.

Sostuvo una moneda de plata sujetándola entre el pulgar y el índice. En una cara de la moneda había una conocida pirámide que representaba el Ojo de la Providencia, uno de los identificadores de la Panda. Mientras el piloto seguía sujetando la mitad de la moneda, Alicia colocó la otra. Al cabo de unos segundos, el Ojo se iluminó.

Repitió el proceso con Lucy y sucedió lo mismo.

El piloto se guardó la moneda en el bolsillo y las dos subieron al vehículo; Lucy se acomodó delante y Alicia, en el asiento trasero. El piloto se puso al volante.

Mientras circulaban en dirección este, el piloto miró a Alicia por el retrovisor.

—Al lado de tu asiento hay dos maletines para vosotras. Ambos cumplen las medidas de seguridad de la Panda. —Entonces miró a Lucy—. ¿Lleváis las dos la identificación emitida por el departamento de Estado? La necesitaréis para cruzar la puerta principal y subir al avión.

—Entendido. —Lucy sacó su documento de identidad y se lo sujetó en la solapa del traje. Alicia hizo lo mismo.

La furgoneta giró a la derecha en Dower House Road y pasaron junto a un letrero que anunciaba que el horario de Pearl Harbor Gate era de las 5.00 h a las 21.00 h. Enseguida llegaron a un control de seguridad bien iluminado.

El piloto detuvo el vehículo y bajó la ventanilla. Todos entregaron sus documentos de identidad al guarda y, tras una breve comprobación, él se los devolvió y, con un gesto, les dio paso.

Entraron en la base, dejaron atrás la East Perimeter Road y se acercaron a un gran jet. Tenía una bandera de Estados Unidos en la cola, un logo de la Fuerza Aérea en el motor y las palabras «Estados Unidos de América» pintadas por encima de las ventanillas de los pasajeros. Alicia nunca había subido a un jet, ni militar ni privado.

Lucy sonrió.

—Esto sí que es un avión bonito. No te acostumbres, Alicia. Mason suele ser más agarrado. Te enviará en un transporte militar sin lujo alguno o te meterá en cualquier asiento libre de un vuelo comercial. Esto es nuevo.

Al bajar de la furgoneta, cada una con un maletín en una mano y una bolsa de viaje en la otra, se abrió una escalera del avión que dejó entrever la silueta de un hombre que las esperaba. Lucy empezó a subir las escaleras y Alicia la siguió.

El hombre que las recibió vestía un uniforme de la Fuerza Aérea. Les pidió los documentos de identidad, los comprobó, se los devolvió y les dio la bienvenida a bordo.

—Tengan la amabilidad de abrocharse los cinturones enseguida, despegaremos en cuanto recoja la escalera.

El interior de la cabina era exactamente como lo que Alicia esperaba de un jet para ejecutivos: todo comodidad y profesionalidad. Incluso olía a cuero nuevo. Se preguntó qué personalidades del gobierno habrían viajado en él.

Se oyó una voz por los altavoces.

«Bienvenidos al jet empresarial Gulfstream G650. Mientras se familiarizan con las características de esta aeronave…».

La voz se cortó de repente y un hombre asiático de corta estatura, bien vestido, se levantó de su asiento. Había una docena

de asientos pero, al parecer, él era el único pasajero además de ellas.

Señaló los altavoces.

—Aún no está todo configurado según los estándares militares. Y no es que me queje. Los estándares militares no incluyen reposacabezas de cuero. —Extendió la mano—. Soy John Woo, jefe de misión adjunto del IAT.

Se dieron la mano y Lucy y Woo se sentaron frente a frente, con una pequeña mesa lacada de por medio. Allí no había más asientos, así que Alicia se sentó al otro lado del pasillo.

Mientras Lucy hablaba con el diplomático en mandarín, Alicia se fijó en el cambio de actitud de ella. Parecía más pequeña, más reservada, y estaba muy atenta cuando el hombre hablaba. Nunca la había visto en ese papel.

El hombre hablaba de sí mismo y Alicia, que lo escuchaba atentamente, se enteró de que era el número dos de lo que sería la «embajada de Estados Unidos» oficiosa en Taiwán. Por supuesto, Estados Unidos no tenía una embajada oficial ahí porque, a ojos de China, Taiwán no era un país independiente. Era más bien una provincia descontrolada de la China, un elemento clave de su visión de «una sola China». Estados Unidos sabía que no podía reconocer a Taiwán como país si quería seguir manteniendo relaciones diplomáticas con la República Popular China. De modo que habían creado una organización llamada «Instituto Americano de Taiwán», el IAT, que cubría las funciones de una embajada, aunque sin recibir esa denominación.

La voz del capitán se oyó por los altavoces de la cabina.

—Les habla el capitán Roger Fleming, su piloto en este vuelo a Taipéi. Estamos en primera posición para el despegue. Volaremos a una altitud de 48.000 pies a una velocidad aerodinámica de 500 nudos hasta nuestra primera escala para repostar, en Anchorage, Alaska. La duración del vuelo entre el despegue y el aterrizaje será de aproximadamente seis horas. Después de repostar, volaremos directamente al aeropuerto internacional de Taoyuan, manteniendo la misma altitud y velocidad, y esperamos llegar aproximadamente ocho horas después de partir de Anchorage. Cuando lleguemos,

serán las tres de la mañana del miércoles, hora local. Esta será la única comunicación hasta que aterricemos en nuestro destino.

«¿De la mañana del miércoles?» Era lunes por la noche. Alicia frunció el ceño al contar las horas y entonces se dio cuenta de que iban a cruzar la línea internacional del cambio de fecha, y por eso pasarían al día siguiente.

Cuando los motores empezaron a revolucionarse, Lucy se levantó del asiento y volvió a estrecharle la mano al adjunto Woo.

—Tengo ciertas cosas de que tratar con mi colega durante el vuelo. Espero que más tarde tengamos ocasión de seguir hablando de su casa de veraneo en las afueras de Taipéi.

Con un gesto, Lucy invitó a Alicia a seguirla al fondo del avión, donde se acomodaron en un par de lujosos asientos de cuero.

—¿Casa de veraneo? —preguntó Alicia.

Al abrocharse el cinturón, la ogresa soltó un bufido.

—Sí. Parece muy interesado en invitarnos a visitarla cuando terminemos nuestro trabajo con el embajador taiwanés.

Alicia notó el impulso contra el asiento cuando el piloto soltó los frenos y el jet aceleró por la pista. En cuestión de segundos se encontraron en el aire, elevándose hasta la altitud adecuada a una velocidad muy superior a la de un avión comercial.

Alicia recostó la cabeza en el reposacabezas. Woo tenía razón. El cuero era muy suave.



Alicia observó el maletín que tenía en el regazo, pero no veía la manera de abrirlo. Lanzó una mirada a Lucy, que ya había abierto el suyo y estaba revolviendo entre el contenido.

—¿Cómo se abre esto?

Lucy dio un toquecito en la parte superior del maletín de Alicia.

—Esta placa es un escáner biométrico. Pon el pulgar.

Alicia miró la placa de bronce. En ella estaba grabada la pirámide con el Ojo de la Providencia. Presionó el pulgar en el logo y notó un clic en el interior. Se abrió con un chasquido.

Dentro había papeles, fotos y mapas. Pero encima de la pila había un papel rojo con un mensaje escrito en negrita: «Antes de salir del avión, vuelve a meterlo todo en la caja y ciérrala con tu huella dactilar. El contenido será incinerado, y entonces tanto el maletín como lo que contiene podrán desecharse de forma segura».

—¡Uau! ¿Nuestros maletines se autodestruyen?

Lucy asintió sin levantar la vista del informe que tenía en la mano.

—Es bastante normal.

—Pues yo diría que es típico de *Misión: Imposible*.

Lucy sonrió. —A tu padre le encantan las comparaciones con 007. Pero ¿qué esperabas? No estamos en este avión para servir bebidas ni hacer mamadas a políticos. —Enarcó una ceja—. Aunque estoy segurísima de que al señor Woo le encantaría. Si crees que los maletines que se autoinmolan son especiales, espera y verás lo que acabaremos teniendo que hacer en nuestro destino.

—¿Qué quieres decir?

Lucy sacudió la cabeza.

—Más tarde. Ahora limítate a memorizar todo lo que hay en ese maletín. De lo que recuerdes podría depender que salgamos o no con vida de esta misión. —No había absolutamente nada en su tono, en su expresión o en sus palabras que sugiriera que lo decía en broma.

Alicia cogió el primer documento y su título, «Uso de los candidatos manchúes», le recordó una película antigua que había visto con su padre. Iba de lavarle el cerebro a un tipo y convertirlo en asesino. Aquel documento había empezado flojo en comparación, pues sobre todo hablaba de que aquella era una misión de investigación basada en aprovechar relaciones diplomáticas.

La cosa no se puso interesante hasta un pasaje al final de la primera página:

«La Panda capturó a un funcionario chino de alto rango y lo sometió a técnicas de implantación de memoria. Sin que el funcionario fuera siquiera consciente de lo que había ocurrido, lo convertimos en un activo eficiente. Por desgracia, fue asesinado en el exterior de la finca de Nueva Arcadia.

»Vuestra misión es recoger información para determinar qué se esconde exactamente al este del templo del Dragón Verdadero, en el distrito de Shanzhi, Taiwán. Necesitamos saber qué ocultan allí los taiwaneses y por qué los chinos se arriesgarían a desestabilizar las relaciones para conseguirlo.

»El tiempo es de suma importancia.

»La información que recojáis servirá para impulsar las misiones de varios agentes desplegados en ubicaciones críticas de esa parte del mundo».

A continuación, el documento hablaba del Ministerio de Seguridad del Estado de la RPC, o MSS. Era el equivalente chino de la KGB, y en su sello oficial aparecía la amenazante imagen de la hoz y el martillo por encima de lo que parecía un edificio chino.

Alicia se dio cuenta de que aquella misión no iba a consistir en estrecharles la mano a políticos para quedar bien. Ya había muerto una persona por culpa de Nueva Arcadia.

Volvió a mirar la primera parte del documento.

«Candidatos manchúes».

«Técnicas de implantación de memoria».

¿Podía ser aquella la verdadera causa de sus lagunas de memoria? ¿La habrían sometido a aquel proceso en una misión que ni siquiera recordaba? ¿Se habría inventado Mason aquella descabellada explicación sobre el multiverso?

Recordó lo que Lucy había dicho en el cuartel general de la Panda.

«No creas jamás a este hombre. Podría ser peligroso».

Alicia notó que su incertidumbre y temor iban en aumento.

¿A qué se había apuntado?

CAPÍTULO SIETE

Era por la mañana temprano en el pueblo de Zhaoli. Ping ya tenía ocho años y su madre la dejaba ir sola a la orilla a buscar animales marinos para el almuerzo. Ping esperaba encontrar algún molusco o quizás un cangrejo.

Se llevó una buena sorpresa al ver a un animal forcejeando en la orilla.

Era grande. Más que ella. Y estaba cubierto por una maraña de algas.

El monstruo se tambaleó hacia delante y Ping retrocedió mecánicamente varios pasos. Estaba a punto de ir a pedir ayuda a uno de los pescadores que estaban cerca de los muelles cuando una ola gigantesca rompió en la orilla y cubrió a aquel ser. La niña pensó —esperó— que el agua lo arrastraría de vuelta al océano, pero no. Cuando la ola retrocedió, levantó la cabeza intentando recuperar la respiración.

Y resultó aquello no era un monstruo, sino un hombre.

Sus ojos se encontraron y ella vio la mirada de desesperación en el rostro de él. Estaba atrapado, medio enterrado en la arena, y la marea iba subiendo.

—Socorro… —exclamó con voz débil, apenas audible por encima del sonido de las olas y los chillidos de las gaviotas.

Ping llevaba unos zapatos anchos que su madre le había tejido para impedir que se quedara atrapada en la arena, pero el hombre

estaba demasiado lejos.

—Socorro… —repitió, justo antes de que otra ola lo derribara.

Ping corrió hacia él pisando la arena con fuerza.

El agua volvió a retirarse y por fin vio bien al desconocido. Bajo la maraña de algas, llevaba una camisa blanca hecha jirones que se le adherían al cuerpo.

—Vete —dijo él—. No tienes fuerza suficiente para ayudarme…

—¡Sí que tengo fuerza! —protestó Ping.

Le tendió la plancha de madera en la que solía colocar sus utensilios para cavar.

El hombre la miró primero a ella y luego la plancha. La agarró, la plantó en la arena y la utilizó de palanca para sacar medio cuerpo de la arena que lo engullía.

—¡Retrocede, que las olas no te alcancen!

Ping corrió hacia atrás justo antes de que la siguiente ola rompiera en la orilla. Esta vez el hombre no desapareció del todo. Ella vio cómo se retorcía entre la espuma y cómo manejaba la plancha para liberarse.

El agua se retiró y, a pesar del evidente agotamiento, el hombre consiguió avanzar, escapar del agarre mortal de la arena mojada y arrastrarse hasta la seca, un poco más allá.

—Ping, ¿qué ocurre?

Ping se volvió y vio al Viejo Pu renqueando hacia ella, con expresión preocupada en su rostro enmarcado por unas patillas canosas.

La niña señaló al hombre que salía del mar a rastras.

—Ese hombre había quedado atrapado en las arenas movedizas.

El anciano entrecerró los ojos para verlo y le dio a Ping una palmada en el hombro.

—Corre al muelle y diles a unos cuantos hombres que vengan aquí.

—Pero…

—¡Ve, niña! Haz lo que te digo.

Ping se marchó corriendo porque no quería provocar la ira del Viejo Pu. Miró por encima de su hombro a tiempo de ver cómo el desconocido seguía avanzando trabajosamente por la playa. Deseó

poder quedarse a hablar con él pero los niños del pueblo sabían que, cuando el Viejo Pu daba órdenes, tenían que obedecer.



El Viejo Pu esperó a que Ping no pudiera oírle y gritó en coreano al desconocido.

—¿Has huido?

El hombre se puso en pie, pero cayó enseguida de rodillas.

—¿Cómo? —preguntó en mandarín.

El Viejo Pu sacudió la cabeza, desconcertado. De vez en cuando, algún norcoreano aparecía de aquella manera en una playa china. Muchos estaban tan desesperados que huían por mar y acababan apresados por las mareas. Pocos sobrevivían. Pero aquel hombre no parecía norcoreano. Ni su camisa andrajosa ni su ropa interior —no llevaba pantalones—eran las típicas.

—¿Quién eres, forastero?

Valiéndose de la plancha de madera, el hombre volvió a levantarse. Esta vez se mantuvo de pie. Se acercó tambaleando al anciano.

—¡Suelta la plancha! —gritó el viejo blandiendo su bastón.

El forastero parpadeó con expresión confundida, pero enseguida soltó la plancha en la arena seca.

—¿Quién eres? —preguntó el Viejo Pu—. ¿De dónde vienes?

El hombre estaba casi al alcance de su mano. Iba lleno de arañazos y moratones y tenía una mejilla muy hinchada. Estaba en un estado deplorable, pero fue la pregunta la que le hizo parar de repente.

—No… no lo sé —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabes? ¿Cómo te llamas?

El hombre arrugó la frente.

—No… no me acuerdo.

Entonces Ping reapareció corriendo, con dos pescadores.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de ellos.

—Ha salido del mar —dijo el Viejo Pu—. Llevadlo al edificio del comité. Llamaremos a la policía.

Los pescadores cogieron al hombre por los brazos sin que él opusiera resistencia. De hecho, se desplomó, casi agradecido por el agotamiento, y les permitió que les quitaran peso a sus cansadas piernas.

—Probablemente un desertor coreano —dijo el otro pescador.

El Viejo Pu no dijo nada, pero sacudió la cabeza. El hombre estaba apaleado, medio desnudo y exhausto, pero se le veía bien alimentado. No era un desertor norcoreano.

¿Quién podía ser entonces?



El sin nombre. Así fue como los lugareños empezaron a llamarlo. Y no le extrañaba. Realmente no se acordaba de su nombre. No recordaba nada anterior al momento en que la niña lo había encontrado en la playa, medio ahogado y sin fuerzas para oponer resistencia de ningún tipo. Un agente frustrado de la policía popular lo apaleó por no revelar su identidad —no habría podido hacerlo—, y ahora estaba sentado en una celda en la comisaría del puerto.

El estómago le gruñía. Tenía un hambre canina, pero no tenía ni idea de cuánto tiempo hacía que no comía ni bebía. Cuando había pedido algo de beber al policía, este se había limitado a arrojarle una taza de té a la cara.

No saber qué había hecho, dónde había estado y ni siquiera quién era le producía desazón. No obstante, sabía otras cosas de manera instintiva. Por ejemplo, le bastaba ver la insignia roja del hombro y el cuello del policía para saber que era sargento. Y, a pesar de los gritos insistentes del hombre en mal coreano, sabía que el sargento era chino.

Estaba claro que la policía lo tomaba por un desertor de la nación paria de Kim Jong Un. Cuando una mujer ataviada con uniforme de cabo acudió a tomarle una muestra de sangre, el sargento dijo:

—Tienes mi permiso para sacarle toda la sangre a este esclavo. Kim Jong el Gordo no tiene soldados, solo esclavos y putas.

Eso había sido por la mañana, y desde entonces lo habían dejado asarse solo en aquel edificio que era como un horno, con las puertas y ventanas cerradas.

Se apoyó en la pared de hormigón y cerró los ojos para centrarse en la respiración. Poco a poco fue captando sensaciones de lo que sucedía en el exterior del edificio. Notó las vibraciones de un camión al pasar y, de vez en cuando, oía voces de transeúntes.

No sabía a ciencia cierta cuánto tiempo llevaba meditando cuando oyó el portazo de un coche. La puerta de la comisaría se abrió de repente y el sargento entró corriendo. Su actitud había cambiado por completo. Sacó las llaves, abrió la celda y tendió al cautivo una botella de agua.

—Por favor, camarada, bebe esto. Ahora te traeré algo de comer.

El sin nombre engulló con avidez el líquido transparente, caliente porque probablemente llevara todo el día expuesto al sol en el salpicadero del agente. Estaba más rico que cualquier otra cosa que recordara… que en ese momento no era gran cosa.

El sargento levantó la mano.

—Deja que te ayude a levantarte.

El hombre aceptó la ayuda y pudo levantarse. Le temblaban las piernas y, por un momento, le pareció que la estancia estaba inclinada. El policía lo enderezó y le aseguró con voz tranquilizadora que todo iría bien.

Otros cuatro hombres entraron en la diminuta comisaría, todos con el uniforme del Ejército Popular de Liberación. El prisionero vio que uno de ellos era capitán.

El sargento se cuadró cuando el agente del EPL echó un vistazo a la sucia celda y sacudió la cabeza.

—¡Déjanos solos, ya!

El sargento salió corriendo por la puerta.

El capitán sostuvo un trozo de papel y fue mirando alternativamente del prisionero al papel. Su expresión airada fue dejando paso a la sorpresa.

—Señor, ¿es verdad que no recuerda quién es?

El prisionero asintió.

—Sí, señor. No recuerdo nada anterior a esta mañana.

El capitán entró en la celda abierta y miró al prisionero a los ojos.

—Increíble —susurró.

Para asombro del prisionero, el capitán retrocedió un paso, se cuadró e hizo el saludo militar. Los otros tres hombres hicieron lo mismo.

—Coronel Xi, lleva dos semanas desaparecido. Estamos aquí para llevarle a un lugar adecuado donde pueda recuperarse.

«Coronel Xi…».

El nombre parecía acertado. Y le traía recuerdos. Sus padres. La formación para entrar en el MSS. Ser ascendido a teniente coronel. Una misión secreta.

«Caminar por un bosque cubierto por una espesa capa de niebla…».

El capitán lo sostuvo mientras salían de la sórdida comisaría al día brillante y soleado. Le ayudaron a sentarse en el asiento delantero de un vehículo militar.

Pero Xi seguía en aquel bosque sofocante incluso al abrocharse el cinturón. Y en aquel bosque lo sintió: el golpe atronador de una bala al agujerearle el pecho.

Y cuando el conductor puso el coche en marcha, el coronel Xi notó cómo otro recuerdo se abría paso en su interior, vinculado a un nombre curioso: Nueva Arcadia.

CAPÍTULO OCHO

El teléfono del escritorio del director Mason sonó cuando estaba leyendo el informe vespertino de inteligencia sobre el sector del Asia Oriental. Echó una mirada al identificador de llamada y levantó el auricular de la horquilla.

—¿Qué sucede, Brice?

—Tenemos noticias de nuestro agente desaparecido.

Mason se irguió en el asiento. El rastreador de emisiones del agente llevaba dos días inactivo y había temido lo peor.

—¿Qué tienes?

—Señor, de las comunicaciones entre la central provincial de policía y un puesto de avanzada militar de la misma provincia se deduce que el agente Xiang fue arrastrado por las corrientes, que lo desplazaron muchas millas. Ahora ha sido localizado y enviado a un hospital militar del distrito.

Mason exhaló un suspiro de alivio.

—¿Sabemos en qué estado se encuentra?

—Negativo. Pero, basándonos en las marcas de tiempo, el agente debe de estar llegando al hospital en estos momentos.

—Mantenme informado de lo que averigües. —Mason tamborileó en el escritorio con los dedos—. ¿Han llegado ya a su destino La agente Chen y su protegida?

Al otro lado de la línea telefónica se oyó el sonido de unas teclas.

—El avión aterrizó en Taipéi hace quince minutos.

—Bien. Recemos para que esas dos tengan menos problemas que Chris Xiang.

—Tendrá que disculpar mi cinismo, pero Lucy Chen siempre causa problemas. Es casi tan famosa como Annie por dejar tras de sí cadáveres que luego nuestros hombres tienen que recoger.

Mason se recostó en la silla.

—Solo espero que esa característica de la ogresa no se le pegue a Alicia. Es buena chica. Y, hablando de Annie, ¿cómo está el bebé?

—Cuando me he marchado esta mañana el pequeño Brice estaba mamando alegremente. Y, antes de que haga algún comentario, estoy tan sorprendido como el que más de que Annie se haya adaptado a la maternidad de un modo tan natural. Es fascinante, lo de la fábrica de leche en casa. ¿Sabías que la leche humana es dulzona?

Mason soltó un bufido.

—Es más de lo que necesito saber. Mantenme informado sobre Chen y la evolución de Xiang. Luego hablamos.

Mason colgó, lanzó una mirada al reloj de pared y suspiró. Era casi la hora de marcharse, y en esta ocasión no podía saltarse la reunión, porque ya sabía lo que había puesto en pie de guerra a los burócratas de D. C.

Los informes procedentes de China sobre cientos de uigures muertos por culpa de armas biológicas bastaban para provocar sarpullidos. La gente del Pentágono siempre se ponía histérica cuando aparecía algo relacionado con armas biológicas. Y aunque tenía información como para refutar que fuera cuestión de eso, no podía divulgar aquellos datos. Hacía su aparición en la reunión de representantes veteranos de inteligencia extranjera en calidad de agente de la CIA. La Panda no existía…

La paz que se había mantenido durante más de cincuenta años en el sector del Asia Oriental amenazaba con desmoronarse, y había que tener mucha mano izquierda para sortear aquellos momentos peligrosos. Como mínimo, estaba decidido a asegurarse de que no pasaría nada que interfiriera con los planes que tan concienzudamente había urdido.

Pero evitar la III guerra mundial también estaría bien.

~

Después de aparcar en el lado sur de Constitution Avenue, entre Delaware y Louisiana Avenue, Mason se fue tensando a medida que aceleraba el paso por entre la neblina vespertina en dirección al Capitolio. Los mandamases de D. C. habían cambiado el lugar de la reunión del Pentágono, que disponía de una cómoda zona de aparcamiento, al único emplazamiento de D. C. que garantizaba que tendrías que caminar casi un kilómetro para llegar a la entrada del edificio.

Afortunadamente, tenía a su disposición un vehículo con permiso de aparcamiento para congresistas y, tras pasar por seguridad, se le permitió la entrada en el edificio en el que, a pesar de lo tarde que era, había varios miembros del personal de la Casa Blanca. El único motivo por el que había gente correteando por el edificio además del personal de seguridad era que la sesión de la Cámara, dedicada a algún punto de la legislación, aún no había terminado.

Mason entró en la Rotonda del Capitolio y se detuvo un momento para asimilar las vistas, sonidos y olores de lo que tenía delante. Pese a la limpieza constante y al estado de restauración, el edificio olía a biblioteca vieja. No era exactamente olor a mustio, sino un olor que evocaba una época, lo cual resultaba apropiado para el edificio, de casi doscientos años de antigüedad. Estirando el cuello para mirar la cúpula, de cincuenta y cinco metros de altura, admiró los cuidadosos detalles de la construcción del edificio. El estilo emulaba la arquitectura de la antigua Roma, y le recordaba al Panteón.

Las paredes curvadas de arenisca estaban divididas por columnas dóricas acanaladas, con coronas de ramas de olivo talladas en el friso de la parte superior. El suelo estaba formado por aros concéntricos de arenisca de Seneca encerada dispuestos alrededor de una losa circular de mármol blanco en el centro. Mason miró a su derecha y admiró la estatua de bronce de George Washington situado en un pedestal de piedra con la palabra «Virginia», el estado que representaba, tallada en él.

Mason se giró justo cuando alguien cruzó desde el lado opuesto de la Rotonda dirigiéndose a él.

—Doug, disculpa el cambio de última hora pero, no sé cómo, el senador Harkin, presidente del comité de relaciones internacionales del Senado, se enteró de la sesión informativa que ibas a dar en el Pentágono y le ha dado un ataque.

Mason frunció el ceño ante el funcionario del Congreso, que era miembro de la Panda, y se preguntó por enésima vez cómo sería posible hacer algo en la capital de la nación cuando era imposible mantener un secreto.

—Bueno, entonces ¿con quién me reúno exactamente? Supongo que el general Metcalf no está aquí…

El funcionario hizo una mueca.

—Lo siento, pero hemos tenido que aplazar lo del general. Harkin amenaza con informar a los medios de que una comunidad de inteligencia se ha descontrolado si no se le informa de lo que está pasando «en este puto momento», como siempre dice. Ha reunido a unos cuantos miembros del comité de relaciones internacionales para una sesión informativa, así que…

—Es decir, quieren a alguien de la comunidad de inteligencia que baile al son que ellos toquen. —Mason apretó la mandíbula con fuerza y se permitió el placer momentáneo de imaginar lo que le gustaría hacerle al arrogante senador del estado de Massachusetts —. De acuerdo, ¿dónde es la reunión?

—En el ala del Senado, sala 116 de la primera planta. Te acompañaré.

Se dio la vuelta y Mason lo siguió. Salieron por el extremo norte de la rotonda y, en cuestión de minutos, entraron en una sala de seis metros por seis.

Estaba enmoquetada de rojo y había una docena de personas, unas sentadas tranquilamente alrededor de una larga mesa de reuniones con la vista clavada en sus teléfonos y otras garabateando en blocs de notas, mientras que unos cuantos senadores se habían agrupado en distintos rincones para mantener conversaciones privadas.

Un senador bajito y regordete con un bigote muy fino miró en dirección de Mason e inmediatamente interrumpió la conversación que mantenía con una mujer alta para acercarse a él.

—¿Director adjunto Mason?

—El mismo. —Mason sonrió y le estrechó la mano—. Me alegro de conocerlo por fin, senador Harkin.

El interpelado resopló y le dedicó una sonrisa hipócrita.

—Siento que sea tan tarde, pero estos asuntos de la inteligencia extranjera no tienen horarios. —Dando una fuerte palmada con sus manos rechonchas, Harkin llamó la atención de todo el mundo y señaló la mesa de reuniones—. Acomodémonos, la sesión está a punto de empezar.

Con un gesto, Harkin invitó a Mason a ocupar el asiento que estaba a su lado mientras los demás senadores se acomodaban y los funcionarios salían de la sala, cerrando la puerta tras ellos.

Mason recorrió la sala con la vista y no reconoció muchas caras. En el pasado se había esforzado por familiarizarse con los senadores, porque servían un mínimo de seis años y, aun sin ser conscientes, solían resultar útiles a la Panda de distintas maneras.

Varios de los senadores estaban un poco desaliñados, como si se hubieran levantado de la cama para asistir a aquella reunión a horas intempestivas. Mason cruzó su mirada con la de un senador de rostro rubicundo que se sentaba delante de él. Era el senador Martínez, del estado de Texas, que asintió en su dirección. A él sí que lo conocía, pues había asistido a unos cuantos asados de lechón en su casa antes de que fuera senador, y sin duda Martínez pertenecía al conjunto de personas a las que recurrir en caso necesario, sobre todo porque antes de su paso al Senado había sido congresista durante casi veinte años. Era un político sagaz que se dedicaba a enterarse de lo que se cocía en D. C.

Como mucho, Mason podía suponer que probablemente tuviera a Martínez como aliado dentro del grupo: Harkin era un traidor y no era de fiar, y del resto no sabía qué pensar.

El senador Harkin dio un buen golpe de mazo antes de hablar en una voz bien alta que llenó la sala.

—Bueno, amigos/chicos, sé que estáis todos quejosos por hacer la reunión tan tarde, pero algunos de los informes procedentes del sector del Asia Oriental estaban muy incompletos y no incluían la información más reciente procedente de China. Os recuerdo a todos que esta sesión es cerrada. Trataremos material confidencial y, como de costumbre, tenéis que desconectar los móviles y todos los dispositivos electrónicos.

Varios senadores se movieron incómodos en el asiento, sacaron los móviles y los apagaron ostentosamente para que todo el mundo lo viera.

—Empecemos. Hoy mismo, varios miembros de nuestro comité se han enterado de que ha salido de China algo llamado «protocolo del Aliento del Dragón».

«¿Quién coño ha pasado esa información a esa comadreja?»

Mason mantuvo una expresión afable, aunque los pensamientos se agolpaban en su mente. Aquella reunión iba a ser rara, pero esa era la última de sus preocupaciones. Alguien había filtrado información a la que solo tenían acceso un puñado de personas, y lo último que quería era que la verdad saliera a la luz.

Además, dependiendo de cuánto se hubiera filtrado y hasta quién, ahora la Panda tenía a gente en posible peligro.

—Que yo sepa, no existe ese compartimento clasificado, y no he encontrado a nadie que reconozca saber nada de tal cosa. Es muy extraño que nadie dentro de la comunidad de inteligencia parezca saber algo que está pasando y que incluso tiene un nombre en clave asignado. Acabé hablando con una persona que me informó de que nuestro invitado de hoy podría ofrecernos algunas respuestas. —Harkin señaló a su izquierda, a Mason, y dijo—: Director adjunto Mason, soy consciente de que ha sido convocado en el último momento y de que probablemente no haya preparado comentarios de ningún tipo. A decir verdad, lo prefiero así. Somos un grupo bastante informal, sobre todo cuando no hay cámaras presentes y los fanfarrones no tienen ante quien pavonearse. ¿Puedes presentarte ante el comité, hablarnos de tus funciones y contarnos lo que está pasando en el sector del Asia Oriental?

Mason volvió a recorrer la larga mesa de reuniones con la mirada y los senadores allí reunidos se la devolvieron con expresiones que iban desde el interés genuino a lo que parecía el hastío más profundo.

—Senadores, me llamo Doug Mason y soy el director adjunto de la división de actividades especiales de la CIA. Nos responsabilizamos principalmente de las acciones encubiertas y otras de tipo especial.

—¿Acciones encubiertas? —dijo una senadora con un fuerte acento sureño—. ¿Se refiere solo a acciones encubiertas fuera del país? ¿Y qué son exactamente las actividades especiales?

—Senadora, toda la comunidad de inteligencia, incluida la CIA, se rige para todas sus operaciones por la orden ejecutiva 12333, que establece las pautas de nuestra actividad.

»La CIA solo opera fuera de Estados Unidos en casos excepcionales. Y, tal como estipula el apartado 1.8a de la orden ejecutiva 12333, toda recopilación de inteligencia extranjera o contrainteligencia en territorio estadounidense debe coordinarse con el FBI, tal como exigen los procedimientos aprobados por el director de Inteligencia Central y el fiscal general. Con respecto a las actividades especiales, tienen una definición bastante vaga, pero también se rigen por el apartado 1.8e de la misma orden ejecutiva y deben ser aprobadas directamente por el presidente.

La mujer, que aparentaba unos sesenta años, mantuvo una expresión de desagrado y negó con la cabeza. A nadie le gustaba que le recordaran el reglamento.

—A mí me parece una descripción de sus funciones un tanto vaga, ¿no?

—Entendido, senadora. Rendimos cuentas al servicio clandestino nacional y le aseguro que nuestras actividades resultan claves para mantener la seguridad nacional.

—Harriet, déjale hablar. —Un senador barbudo con acento de Boston se dirigió a la senadora, que estaba a su lado—. Me da la impresión de que se encargan de lidiar con las amenazas.

Mason se dirigió al bostoniano.

—Señor, en cierto modo, sí, exactamente eso es lo que hacemos. Nuestras operaciones se centran sobre todo en contrarrestar el terrorismo.

Algunos senadores empezaron a murmurar entre sí y, antes de que alguien tuviera la oportunidad de decir nada más, Harkin golpeó con el mazo varias veces y se aclaró la garganta.

—Quiero recordar a mis compañeros senadores que no estamos aquí para comprender o debatir los méritos de la función de la CIA, sino que la idea es hablar del sector del Asia oriental y lo que está pasando allí. Por favor, déjenle hablar antes de atosigarlo con todo tipo de preguntas, o no acabaremos nunca. —Se volvió hacia Mason y asintió—. Señor Mason, por favor, continúe.

Aprovechando el silencio momentáneo de la sala, Mason carraspeó y siguió hablando.

—Presidente Harkin, secretario Smith, distinguidos miembros de este comité: gracias por darme la oportunidad de dirigirme hoy a ustedes.

»Con respecto al tema que nos ocupa —la República Popular China, y el llamado «protocolo del Aliento del Dragón»—, como todos sabéis, todo lo relacionado con la China supone un reto geopolítico y, sinceramente, lo que está sucediendo pondrá a prueba la diplomacia americana como pocos otros asuntos del pasado reciente.

»En primer lugar, unos antecedentes: la República Popular China es nuestro único competidor en cuanto a intención y medios para remodelar el orden internacional. Lo demuestran las provocaciones de ese país en el Mar de China; sus violaciones de los derechos humanos; el uso que hace de la coerción económica; su comportamiento amenazador contra Taiwán, y, por supuesto, algunas de las cosas que hemos visto recientemente cernirse sobre nuestro país.

»La semana pasada el pueblo americano vio el último ejemplo de esa realidad: el gobierno estadounidense detectó, persiguió y derribó un globo aerostático de vigilancia en altura de la República Popular China que había entrado en nuestro espacio aéreo, lo que

supone una violación flagrante de nuestra soberanía y del derecho internacional. Y no era la primera vez.

»La administración actual respondió con rapidez para proteger a los americanos y evitar que el globo recabara información sensible.

»Dejamos claro a los funcionarios chinos que la presencia de esa serie de globos de vigilancia era, simple y llanamente, inaceptable. Mientras tanto, nos enteramos de un par de cosas, que estoy dispuesto a revelar en este entorno confidencial, sobre cómo la República Popular China emplea esos globos.

»Creemos que esos aparatos los envían a modo de prueba para la liberación en un futuro de sustancias tóxicas. Dentro de los globos encontramos cápsulas explotadas llenas de algo parecido a polvos de talco…

—Disculpe —interrumpió Harkin—. ¿Ha dicho polvos de talco? ¿Como los que se ponen en las nalgas de los bebés?

—Sí, señor, a eso voy. Aunque esta prueba liberara una sustancia inocua en nuestro territorio, eso no significa que futuras incursiones tengan por qué seguir siendo inofensivas.

—Entendido. — Con su dedo regordete, Harkin señaló en dirección a Mason—. ¿Es esa la alusión incluida en el término «Aliento del Dragón»? ¿Envenenar a nuestra ciudadanía? ¿Napalm en nuestro territorio? ¿Qué piensa que pueden enviar?

—En estos momentos no sabemos cuáles son los planes. Tenemos a gente bien infiltrada en ese sector, esperando recabar más información y girarles las tornas. No somos el único país al que China ha hecho algo así… Muchos globos de altura han sobrevolado también Taiwán.

—Señor Mason —dijo un joven senador con un corte de pelo de estilo militar que estaba sentado a la izquierda de Mason y mostraba una expresión preocupada—. ¿Cree que están planeando una campaña en distintos frentes para sembrar el caos?

—Senador, en estos momentos no podemos saberlo. Tenemos a gente estudiándolo. Mientras tanto, hay elementos políticos en juego para advertir públicamente a China sobre acciones futuras.

»El viernes pasado, el secretario Horowitzh llamó al director Wang Yi para decirle que no sería adecuado visitar PekínPekín en

estos momentos, y lo mismo hicieron los representantes de otros cinco países miembros de la OTAN.

—El sábado, como todos saben, por orden del Presidente, el ejército de Estados Unidos derribó la media docena de globos que estaban sobrevolando nuestro territorio. Hay otros elementos gubernamentales cuya función es interceptar futuros elementos que se aproximen a nuestro país.

—Hijo —un senador de edad avanzada situado en el extremo opuesto de la mesa hizo un gesto para llamar la atención de Mason —. ¿La población corre algún riesgo cuando se derriban esas cosas? Sobre todo, en nuestro territorio.

—Esta acción legítima y deliberada se realizó sin causar daños a la población civil ni al personal militar. Con respecto a riesgos futuros, eso dependerá de la carga que puedan llevar los globos y de nuestra capacidad para interceptarlos mucho antes de que alcancen nuestras costas.

»Tengan en cuenta que mi gente es el brazo de recogida de información para buena parte de este esfuerzo. Mi equipo trabaja en cooperación con muchas otras partes de nuestro gobierno, incluidas la Seguridad Nacional, el ejército y otros miembros de la comunidad de inteligencia. Nuestra respuesta colectiva a este incidente reafirma nuestras principales prioridades: siempre actuaremos con determinación para proteger al pueblo americano. Nunca vacilaremos a la hora de defender los intereses estadounidenses y el orden internacional reglamentado. Afrontaremos los peligros que plantea China sin contemplaciones y seguiremos demostrando que no aceptamos que se viole la soberanía de ningún país.

»Ese acto irresponsable dejó bien claro lo que hace tiempo que vemos, que China se ha vuelto más represiva en casa y más agresiva en el extranjero.

»Reforzó la necesidad de que redoblemos la apuesta por nuestra estrategia de invertir, alinear, competir.

»Nos estamos alineando con aliados y socios afines en el extranjero: con el G7 y con la UE.

—¿Y qué ocurre con Taiwán? —preguntó Harkin.

—Tenemos a gente en ese sector y, obviamente, debido a su proximidad a China, mantener un espacio aéreo seguro para la isla nación supone un reto. Reto que abordamos de forma activa.

»Hemos realizado un esfuerzo conjunto para compartir información que refuerce la envergadura de las amenazas que plantea China y la necesidad de unidad para enfrentarnos a ellas.

»Seguimos oponiéndonos a las acciones ilegítimas de Pekín en los mares Oriental y Meridional de China; pedimos explicaciones a quienes violan los derechos humanos en el Tíbet y Xianjiang; apoyamos a la gente de Hong Kong, y hacemos todo lo posible por devolver a casa a estadounidenses injustamente detenidos.

»Al mismo tiempo, tenemos y seguiremos teniendo líneas de comunicación abiertas para poder gestionar de forma responsable la competencia entre nuestros países.

»No buscamos el conflicto con China. Creemos en el poder de la diplomacia para evitar errores de cálculo que puedan provocar conflictos.

»Estamos dispuestos a trabajar juntos en ámbitos en los que la cooperación resulta vital: tráfico de personas y salud pública, seguridad alimentaria, narcóticos, etc. Allí donde beneficie a los intereses estadounidenses, así como a la paz y seguridad globales.

»Con el apoyo bipartita, nos mantendremos unidos ante este desafío. Muchas gracias, señor Presidente y resto de los miembros del comité.

»Estoy preparado para responder a sus preguntas, si las tienen, pero tengan en cuenta que están pasando muchas cosas a la vez, por lo que quizá no tenga todas las respuestas. No obstante, haré todo lo posible por responderlas de la manera más completa posible.

Al entrar en la sala, Harkin había dicho al comité que Mason no tenía los comentarios preparados. «Esa es la diferencia entre esta gente y yo —pensó—. Yo siempre estoy preparado».

Harkin se recostó en la silla y observó solemnemente a Mason durante cinco largos segundos antes de permitirse que una sonrisa asomara a su rostro.

—Le seré sincero… no esperaba una intervención tan ingeniosa y elocuente de la Central de Espías. La gente de su gremio suele ser

tan dicharachera como un sordomudo en coma, así que, o bien es usted muy bueno en su trabajo o está totalmente fuera de lugar. —Harkin dirigió la mirada al resto de los asistentes a la reunión—. Chicos, adelante, quizá formule alguna pregunta concluyente cuando terminéis.

—Empezaré con un comentario y una petición. —La voz del senador Martínez sonó con fuerza por toda la sala—. Hace casi veinte años que conozco a Doug Mason y, a pesar de la fama que tienen algunos miembros de la CIA, sé que él es de lo más directo y sincero. Si dice que la agencia está haciendo lo que puede, comunicándose con otras agencias según las necesidades de información, y que la situación está en un estado de cambio constante, entonces es que así es. —Desvió la mirada hacia el presidente del comité—. No tiene sentido querer exprimir la información cuando solo obtendremos un vacío. Presidente Harkin, propongo que pospongamos esta conversación y convoquemos al señor Mason dentro de una semana para que nos presente una actualización de la situación.

—Secundo la propuesta —repuso otro senador.

Harkin puso cara de sorpresa durante unos instantes y asintió.

—Muy bien, ¿todos a favor de la petición del senador Martínez?

La mayoría de los reunidos alrededor de la mesa corearon «sí» al unísono.

—Los que estén en contra.

Se oyeron varios «no».

Harkin dio un golpe de mazo.

—Ganan los síes. —Desvió la mirada hacia Mason y le dedicó una sonrisa torcida—. Director adjunto Mason, al comité le gustaría que regresara en una semana y nos hiciera una actualización.

Mason asintió mientras el presidente decía unas pocas palabras de despedida y la reunión se aplazaba. Le daba exactamente igual que lo llamaran o no para volver a hablar ante aquel comité. Para él no significaba nada. Les seguía la corriente para que algunos de sus miembros no la armaran con los medios.

Lo que tenía intrigado a Mason era quién había mencionado el protocolo del Aliento del Dragón a algún miembro del comité.

Había una filtración en algún sitio y tenía que encontrarla.

CAPÍTULO NUEVE

El sonido de una campanilla en la cabina dio paso al anuncio del capitán.

—El personal de aduanas está disponible y los pasajeros tienen permiso para desembarcar.

Alicia cerró el maletín y, de acuerdo con las instrucciones del papel rojo, presionó el pulgar contra el Ojo de la Providencia y oyó el mecanismo de cierre del maletín.

Al cabo de unos segundos detectó un ligero olor a quemado pero, aunque el maletín enseguida se notó caliente al tacto, no llegó a calentarse en exceso.

Alicia cogió la bolsa de viaje y, junto con su compañera, se dirigió a la parte delantera del avión justo en el momento en que un miembro de la tripulación abría la puerta de los pasajeros.

El olor del aire fresco y del combustible del jet entraron en la cabina en cuanto Alicia salió del avión y se encontró con una escalera con alfombra roja que bajaba hacia la pista. Recorrió con la mirada el espacio que la separaba de la terminal más cercana e inhaló profundamente la brisa de primera hora de la mañana. Pese a haber viajado en el avión más lujoso de su vida, recorrer medio mundo en un tubo volador no era exactamente un viaje relajante. Y, para añadirle diversión al asunto, el servicio de seguridad del aeropuerto internacional de Taoyuan las retuvo casi dos horas tras el

aterrizaje, porque tuvieron que esperar a que los agentes de aduanas llegaran a la terminal destinada a los aviones privados..

Eran las cinco y media de la mañana y el aeropuerto empezaba a despertarse.

Durante el vuelo, el señor Woo había intentado entablar conversación con Alicia y Lucy, pero Lucy había rechazado todo intento de charla, y al final había relegado al jefe de misión adjunto a la mitad delantera del avión.

El hombre, con su bolsa colgada del hombro, dejó atrás a Lucy y a Alicia y bajó rápidamente las escaleras sin siquiera dedicarles una mirada.

Alicia miró a Lucy y sonrió.

—Creo que has herido sus sentimientos.

—¿En serio? —dijo con voz temblorosa y, durante unos instantes, pareció preocupada. Enseguida recobró la expresión divertida—. Lo superaré. —Señaló el edificio hacia el que se dirigía el frustrado diplomático—. Salgamos de aquí.

Alicia siguió a Lucy escaleras abajo, cruzaron la pista y entraron en un edificio que tenía un letrero en inglés y chino que indicaba la ubicación de la zona de aduanas de la terminal privada.

Como era muy temprano, todo aquello estaba prácticamente vacío, pero era obvio que incluso en la zona privada de la terminal había mucha actividad, tal como ponían de manifiesto los dos caminos acordonados, uno para viajeros extranjeros y nacionales, y el otro con un letrero rojo reservado a los diplomáticos.

Alicia siguió a Lucy por el camino serpenteante que conducía al oficial de aduanas encargado de la fila para diplomáticos.

Al señor Woo acababan de sellarle el pasaporte y se marchó sin siquiera mirar atrás una sola vez cuando ellas llegaron ante el oficial.

Lucy enseñó su pasaporte negro de diplomática y, cuando Alicia hizo ademán de mostrar el suyo, el hombre la ahuyentó con expresión molesta.

—De una en una, por favor —dijo en un inglés bastante decente —. Colóquese detrás de la línea amarilla.

Alicia miró detrás de ella y retrocedió tres pasos. Aunque había nacido en China, nunca había viajado al extranjero. El recuerdo de

su llegada a Estados Unidos le hizo evocar una época horripilante de su vida. Los recuerdos oscuros y fugaces de cuando la metieron en un barco, luego la pasaron a una camioneta en mitad de la noche y por último la dejaron en la calle para que se ganara la vida para otros. Le costaba conciliar la idea de haber llegado ahí en un jet privado, fingiendo ser diplomática, con la primera época de su vida.

—¡Adelante! —bramó el hombre.

Alicia parpadeó para deshacerse de sus sombríos recuerdos al darse cuenta de que el oficial le hacía señas con impaciencia.

Dio un paso adelante y le tendió el pasaporte.

—¿Qué asuntos la traen a la República de China?

«República de China» era el nombre oficial de Taiwán.

Las palabras que había memorizado brotaron en su mente al recordar las instrucciones que la Panda le había dejado en el maletín.

—Estoy aquí en representación del departamento de Estado de Estados Unidos, en visita oficial al consulado de Estados Unidos en Taiwán.

El oficial de aduanas pasó su pasaporte por un escáner y frunció ligeramente el ceño.

—¿Cuánto va a durar su visita?

—Una semana aproximadamente.

El oficial lanzó una mirada a la bolsa de viaje que llevaba colgada al hombro.

—¿Es su equipaje?

—Es una valija diplomática precintada. —Alicia señaló el logo del águila americana. A lo largo de la circunferencia del logo ponía «departamento de Estado» y «Estados Unidos de América». Debajo del mismo estaban las palabras «valija diplomática» en inglés, francés, ruso y chino. Y más abajo un mensaje solo en inglés que decía: «Propiedad del consulado de EE. UU. Solo se permite su apertura a personas autorizadas».

El oficial no se molestó en volver a mirar la bolsa y se limitó a sellarle el pasaporte y devolvérselo.

—Bienvenida a la república de Taiwán, señorita Ting.

Alicia asintió hacia el oficial y fue adonde la esperaba Lucy con expresión divertida.

—Has salido airosa.

—No soy tonta, ¿sabes? —El informe que había leído en el avión especificaba claramente que tenían que sentirse cómodas con los nuevos nombres que figuraban en su pasaporte, pero no decía realmente por qué.

Mientras seguían los carteles que anunciaban la zona de transporte, Alicia habló en un susurro.

—Eh, señorita Li.

Lucy la miró de soslayo.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué nos han cambiado el nombre?

Lucy se encogió de hombros mientras cruzaban varias puertas automáticas antes de darse de bruces con la humedad de Taiwán como si fuera una pared.

—Ten en cuenta que no será la primera vez que te cambien el nombre cuando viajes. Ya sea en casa o en el extranjero, acostúmbrate a fingir otra identidad. Registrarse en un hotel, pasar por la aduana, todo eso deja rastros que pueden seguirse. El cambio de nombre es por nuestra seguridad. —Señaló a un hombre que esperaba junto a una parada de taxis, frunció los labios y soltó un silbido para captar su atención.

El hombre se acercó corriendo y preguntó rápidamente en mandarín.

—Sí, ¿adónde van?

—Al Instituto Americano —indicó Lucy.

—Entendido. —El hombre tocó un silbato que llevaba colgado al cuello e hizo un gesto hacia una fila de taxis aparcados. Uno de los vehículos amarillos avanzó a trompicones desde la cabeza de la fila y, en cuestión de segundos, alcanzó el bordillo con un ligero chirrido de los frenos. El encargado de los taxis abrió la puerta trasera y asomó la cabeza por la ventanilla del conductor para indicarle el destino.

Alicia entró en la parte trasera después de Lucy mientras el taxista daba un toque a lo que parecía el navegador.

El encargado cerró la puerta detrás de Alicia y el navegador empezó a dar instrucciones al taxista en mandarín.

«Tome Hangqin North Road y luego Hangzhan North Road hasta la Autopista Nacional 2».

El taxi emprendió la marcha y Alicia observó el navegador. El trayecto cubría unos cincuenta kilómetros y la duración aproximada era de una hora y veinte minutos.

A Lucy le sonó el teléfono, lo sacó de un bolsillo de la americana y se lo acercó al oído.

—¿Diga?

Alicia no lograba entender nada por culpa del crepitar que emitía el teléfono, pero Lucy ensombreció la expresión.

—¿Cuándo llegará?

Más crepitación por el teléfono.

—Bueno, nos registraremos en el hotel. Avísame si hay más retrasos inesperados. —Lucy colgó, se inclinó hacia delante y se dirigió al taxista—: Cambio de planes, vamos al Regent Taipéi.

—¿En el distrito de Zhongshan? —preguntó el conductor.

—Sí.

El taxista actualizó las indicaciones en el navegador.

«Manténgase a la izquierda para continuar por la Autopista Nacional 2, siga las indicaciones para Luzhu. Utilice los dos carriles de la derecha para tomar la salida 8-Airport System en dirección a la Autopista Nacional 1 hacia Taipéi».

Lucy se inclinó a la derecha y susurró en inglés.

—El embajador ha tenido que ausentarse y no llegará al IAT hasta última hora de la tarde.

Alicia asintió.

—¿Qué haremos después de registrarnos en el hotel?

Lucy le dio una palmadita en la rodilla.

—Te enseñaré la ciudad. Creo que te parecerá interesante.

Alicia se volvió para mirarla, pero Lucy apoyó la cabeza en el reposacabezas y cerró los ojos.

Alicia estaba bastante convencida de que Lucy y ella tenían distintas ideas de lo que era «interesante».

Después de lo que había leído en el maletín, las técnicas de lavado de cerebro, la preocupación por la ubicación secreta de Nueva Arcadia y la inestabilidad provocada por el ruido de sables de China, a Alicia le preocupaba el contenido de la reunión que mantendrían por la noche con el embajador.

Oficialmente, ellas iban en misión diplomática o algo parecido. Era un intento de obtener información de los diplomáticos taiwaneses con los que iban a reunirse. De hecho, aquella era la misión de Lucy. La función de Alicia era observar y aprender, pero no podía evitar preguntarse qué más estaba pasando que necesitara saber, aunque no se lo hubieran dicho.

«No creas jamás a este hombre. Podría ser peligroso».

Tenía muy presente la advertencia de Lucy sobre Mason.

Miró el navegador y exhaló un suspiro. El hotel estaba a una hora de camino.

La respiración acompasada de Lucy y su expresión relajada ponían de manifiesto que había conseguido dormirse.

Ansiosa a más no poder, Alicia sacudió la cabeza y se preguntó si sería capaz de relajarse lo suficiente para dormirse.

En esos momentos, en lo último que pensaba era en dormir.

¿Qué ocultaban los taiwaneses en aquellos bosques como para estar dispuestos a matar a uno de los agentes de la Panda por ello?



Tras registrarse en el Regent Taipéi, Alicia salió a pasear por la calle Guangzhou acompañada de su mentora, que le hacía de guía turística.

Lucy señaló el ornamentado edificio de estilo chino antiguo de la derecha y dijo en cantonés:

—Es el templo de Lungshan. El edificio original fue construido hace casi trescientos años por los primeros inmigrantes de la provincia de Fuijan, en la China continental. —Señaló más allá de la caseta donde vendían las entradas—. Probablemente desde aquí no lo veas, pero si miras las columnas de la parte delantera del templo

verás cangrejos herradura. Estaban muy presentes en la vida diaria, tanto como alimento como como fertilizante.

Aminoraron el paso para avanzar entre los turistas de delante del templo.

—¿Me estás diciendo que esta gente venera a los cangrejos? —preguntó Alicia con apenas un susurro.

—¡Qué asimilada estás! —Lucy se echó a reír meneando la cabeza.

—¿Asimilada?

Lucy la miró de reojo al dejar atrás al grupo de turistas.

—Amarilla por fuera y blanca por dentro. Aunque no sea evidente por tu aspecto, eres americana de pies a cabeza, igual que Levi.

—Asimilada… —Alicia soltó un bufido divertido—. Nunca lo había oído, pero tomo nota y llevaré el insulto con dignidad.

Lucy chasqueó la lengua e hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—No es un insulto, me estoy refiriendo a una realidad. No, la gente que acude al templo no venera a los cangrejos… por así decirlo. No, es que… a ver cómo lo explico… es un tipo de templo aconfesional. La gente acude a rezar por lo que considere necesario. Ya sea para honrar a sus antepasados, la cosecha o incluso a los pobres cangrejos. —Señaló el edificio al que se acercaban—. De hecho, nosotras también vamos a presentar nuestros respetos al cangrejo, pero de forma distinta. —Miró a Alicia—. ¿Tienes hambre?

—Muchísima.

—Vamos. —Lucy la invitó a seguirla y se encaminó hacia un local que tenía un letrero dibujado a mano encima de la puerta.

Alicia observó el cartel e hizo un esfuerzo por interpretar las palabras, escritas en una caligrafía elaborada.

—¿Dragón azul?

—Correcto. —Lucy asintió—. Me alegro de que seas capaz de leer tu lengua materna. —Abrió la puerta y en un punto del interior del edificio tintineó una campana.

Alicia siguió a Lucy al interior y observó lo que parecía una especie de vestíbulo. Las paredes estaban llenas de docenas de cuadros, la mayoría de los cuales mostraban imágenes de cangrejos

herradura en distintas playas. Cada foto tenía una tarjeta en la que se describía algo de la misma.

Se acercó a una de las imágenes y le costó entender los caracteres chinos garabateados debajo.

Keelung Harbor – 1955

Alicia miró a Lucy y preguntó:

—¿Lo estoy leyendo correctamente? Creo que dice «Luz nítida ilumina la colina del gallo después de la lluvia, el sol suave centellea en la playa de cangrejos herradura por la mañana». —Contempló las palabras, negando con la cabeza—. No tiene sentido.

Lucy desvió la mirada hacia la fotografía.

—Es un poema.

—¿Ah sí? —Alicia adoptó su típica expresión que denotaba que no la impresionaba.

—Por supuesto que sí. —Lucy sacudió la cabeza ligeramente—. Debías de ser demasiado pequeña como para estudiar poesía clásica china antes de que te sacaran del país, así que no me extraña que no la identifiques.

—¿Señorita Li?

Las dos se giraron y una mujer de mediana edad vestida con una bata blanca de laboratorio las miró con expresión perpleja.

—¿Sí? —Lucy asintió— Llamé para quedar.

—Por supuesto. Está todo preparado. —La mujer asintió con vehemencia y, con un gesto, les indicó que la siguieran. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida trasera, que había quedado oscurecida por unos abalorios colgantes.

—¿Preparado para qué? —susurró Alicia en inglés al cruzar la barrera de abalorios, que conducía a una trastienda más parecida a un laboratorio que a una tienda.

Ignorando la pregunta de Alicia, Lucy siguió a la mujer más allá de un largo banco de laboratorio con docenas de cangrejos herradura sujetos firmemente a un dispositivo inclinado. Bajo cada uno de ellos había un recipiente de cristal con un líquido azul.

—Disculpe. —Alicia señaló los cangrejos—. ¿Qué está pasando aquí?

La mujer se giró con expresión sorprendida.

—¿Quieres saberlo?

—Pues sí. —Alicia miró a Lucy, que había adoptado su típica expresión gélida—. Si no le importa.

La mujer dedicó a Alicia una sonrisa desdentada.

—Claro que no... En el Dragón Azul somos, cómo decirlo, una instalación médica y de conservación. El líquido azul que ve es la sangre de los asombrosos cangrejos herradura que vamos recogiendo en nuestra empresa de cultivo. La industria médica lo utiliza como parte de un ciclo de producción y prueba de distintas cosas, incluidos el virus del Covid y muchas otras cosas.

Alicia frunció el ceño.

—La sangre de cangrejo es una cura…

—No, no, no… —la mujer movió rápidamente las manos adelante y atrás como si intentara borrar las palabras de Alicia del ambiente —. La sangre contiene una proteína especial, llamada «lisado amebocitario de Limulus», que solo se encuentra en el cangrejo herradura. La utilizan las empresas farmacéuticas y los fabricantes de dispositivos médicos para ayudar a detectar la contaminación bacteriana. Ciertos ingredientes de esa sangre ayudan a garantizar que lo que le metemos a la gente, ya sea una vacuna o incluso —se dio una palmada en la cadera—, una articulación artificial, no contenga ningún tipo de contaminación potencialmente mortal. El uso del elemento que nos ofrece el cangrejo herradura ha salvado un sinfín de vidas.

Alicia miró a Lucy y se preguntó por qué demonios la había llevado a aquel lugar.

Movida por una curiosidad mórbida que iba en aumento, Alicia contempló a los pobres cangrejos alineados a lo largo de la mesa. De cada uno salía un tubo casi invisible del que goteaba la sangre azul que se recogía en los recipientes de cristal.

—O sea que se sacrifica a estos animales para…

—No, no los matamos —declaró la mujer con énfasis—. Todos se devuelven a su lugar de origen. Muy parecido a cuando nosotros

donamos sangre para otras personas. Por tanto, así es como honramos a los cangrejos. —La mujer les hizo una señal para que la siguieran mientras subía por unas escaleras estrechas.

Alicia se giró hacia Lucy, que le devolvió la mirada con expresión divertida.

Su mentora señaló las escaleras.

—Adelante, será divertido.

Las escaleras desembocaban en un estrecho pasillo flanqueado por varias puertas. La del final estaba abierta y la mujer las esperaba pacientemente allí.

Al entrar en la sala, Alicia notó que el ambiente olía a algo sabroso. Al fondo había una mesa puesta para dos personas con un hornillo con una olla en la que burbujeaba una especie de líquido, así como varios platos con ingredientes crudos apilados aparentemente al azar.

Entonces fue cuando Alicia recordó que Lucy le había preguntado si tenía hambre, por lo que se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Vamos a comer aquí?

—Por favor —llamó la mujer desde el fondo de la sala, invitándolas a tomar asiento—. Señorita Li, espero que todo resulte de su agrado.

Lucy se acercó a la mesa, echó un vistazo a la olla humeante y a los alimentos crudos, asintió y tendió a la mujer un fajo enrollado de billetes de la moneda de Taiwán.

—Gracias, ¿podemos mi amiga y yo disfrutar de un poco de privacidad?

—Por supuesto. Muchas gracias por su generoso donativo. —La mujer le hizo una profunda reverencia a Lucy y se embolsó el dinero. Cuando Alicia se acercaba a la mesa, le dedicó a su vez una ligera inclinación camino de la salida. Como mensaje de despedida, le dijo por encima del hombro—: Soy la única persona que estará en el edificio durante las próximas cuatro horas. Si me necesitan, estaré abajo.

La mujer cerró la puerta tras de si y dejó a Lucy y a Alicia solas en aquella sala, bastante espaciosa pero más bien espartana.

Lucy señaló la silla del otro lado de la mesa.

—Siéntate. Empecemos a cocinar y, mientras tanto, vamos hablando de lo que está por venir.

Alicia se sentó y observó a su compañera mientras, ayudándose de unos palillos largos, trasladaba todo tipo de verduras y cortes de carne a al gran recipiente metálico que estaba al fuego, que tenía un separador curvado que formaba el símbolo del ying y el yang. A un lado de la olla humeante había un caldo amarillo y al otro, otro caldo de un fuerte tono rojizo.

Lucy señaló con los palillos uno de los caldos, que parecía lava:

—Este es del estilo de Sichuan; está hecho con cerdo, aceite de chile y una buena cantidad de granos de pimienta de Sichuan. Es un poco picante y tiene un efecto adormecedor. El otro es un caldo de pollo más al estilo americano. No es para nada picante, pero sí muy sabroso. —Miró a Alicia y sonrió—: ¿Has tomado caldo chino alguna vez?

Alicia asintió.

—Unas cuantas veces, pero… —Cogió un palillo y señaló el primer cuenco, del tamaño de un puño y lleno de algo parecido al caviar, pero no era negro ni de un tono dorado, como otro que había visto; este tenía un aspecto extraño—. ¿Qué son esas bolitas verdes y azules? ¿Son comestibles?

Lucy soltó una risa ronca y echó el contenido del cuenco en el caldo de pollo.

—Son huevas de cangrejo herradura.

—¿Que son qué? —Alicia abrió unos ojos como platos—. ¿Se pueden comer? Me refiero a que ¿no están en peligro de extinción o algo así?

Lucy negó con la cabeza.

—No están en peligro de extinción, pero por eso dispuse venir aquí. Este sitio está dedicado a la conservación del cangrejo herradura. Estos fósiles vivientes son muy poco comunes y muy difíciles de criar. Digamos que, si el salmón en cierto modo recuerda dónde nació y vuelve a desovar allí, los cangrejos herradura hacen algo parecido. Y necesitan que se les dediquen más áreas para fomentar su crecimiento y desove. He dado a estos conservacionistas un modesto donativo para que compren más

líneas de playa y las destinen a que la población de cangrejos aumente. —Señaló los platos de comida cruda y la olla con el caldo burbujeante—. Esta es su manera de agradecérnoslo.

Con sus palillos, Alicia empezó a introducir en el caldo bocados de *bok choy*, y de zanahoria, rodajas de rizoma de loto, varios trozos finos de carne y gambas.

—Alicia, ahora estamos realmente solas por primera vez. Debes de tener preguntas sobre mí que llevas años guardándote. Responderé a lo que quieras saber.

—¿Incluso a preguntas personales? —Alicia arqueó una ceja y observó el rostro de Lucy, buscando alguna reacción identificable.

Con los palillos, Lucy pescó algunos de los ingredientes del lado sichuanés de la olla.

—Lo que quieras.

Alicia sintió un escalofrío en la espalda y sonrió.

—¿Por qué no estáis juntos mi padre y tú? Sé que le gustas.

—¿Qué te hace pensar que no lo hemos estado?

Alicia se quedó mirando a Lucy unos instantes antes de sonreír.

—No, no… ¡no quiero saber eso! Me refiero a por qué no os habéis casado.

—Oh. —Lucy exhaló un suspiro—. Vaya, tenías que preguntar eso precisamente, ¿no? —Jugó un poco con unos bocados de comida que habían empezado a flotar en el caldo—. No es que no me interese. No sé qué decir, porque no lo he decidido yo. Él sabe que, si me quiere, me tiene.

—¿Te tiene? —A Alicia le sorprendió aquella forma de expresarlo, se preguntó si lo había entendido mal y cambió al inglés—. ¿Qué quieres decir con eso de que si te quiere, te tiene? ¿Como una esclava?

Lucy sonrió y sacudió la cabeza.

—Quizá seas demasiado joven para entender. Haría cualquier cosa por tu padre, y estoy prácticamente convencida de que él también lo haría por mí. La verdad es que este tema me entristece un poco. ¿Alguna otra pregunta?

Alicia cogió un trozo de salchicha china del caldo de Sichuan, la sopló y la mordió. Estaba muy rica, pero luego notó la extraña

sensación de entumecimiento provocada por la pimienta de Sichuan. No le desagradaba la comida picante, pero no estaba acostumbrada al efecto que esa provocaba. Pescó una rodaja de rizoma de loto de la olla más suave, le dio un mordisco y apreció la familiaridad de la verdura rica en almidón. Era casi como el cruce entre una patata para hervir y un boniato. Miró al otro lado de la mesa y se fijó en que Lucy cogía bocados de la olla de Sichuan.

—Todo esto de la Panda es nuevo para mí. ¿Desde cuándo estás con ellos?

—Hace casi veinte años —respondió Lucy tan tranquila cogiendo una gamba y pasándola por un cuenco lleno de algo parecido a copos crujientes de chile—. Pero no es igual que contigo.

—¿A qué te refieres?

—Nunca me he dedicado exclusivamente a ellos. Digamos que siempre que he trabajado para ellos ha sido como «autónoma».

—Ah, ¿y qué otras cosas haces cuando no trabajas para la Panda? —preguntó Alicia, que a duras penas supo disimular lo incómodo que le resultaba preguntarle aquello. Hacía años que la conocía y nunca le había parecido oportuno hablar de su profesión. Lo único que realmente sabía de ella era que se ganaba bien la vida, y sospechaba que tenía vínculos con algunas personas de mala reputación. A qué se dedicaba había sido siempre un misterio, más o menos como su padre, hasta que se enteró de que él trabajaba para la Panda.

Lucy se recostó en el asiento y observó a Alicia con la expresión impertérrita que la caracterizaba.

—Voy a decírtelo, pero ten en cuenta que es peligroso que dispongas de esa información, sobre todo si se lo cuentas a alguien.

—¿Incluido mi padre?

—Él ya lo sabe —dijo Lucy tan tranquila—. Es casi como si hubiera sido en otra vida, pero mi marido me compró.

Alicia abrió desmesuradamente los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para no soltar un grito.

—Era joven, muy joven, y un hombre importante me compró a mis padres, que no podían mantenernos a todos. —Lucy cogió unos cuantos bocados de la olla y los dejó en el plato para que se

enfriaran—. En la China rural no era tan raro que pasaran esas cosas. Estoy segura de que aún pasan. El hombre que me tomó como esposa siendo niña fue bueno conmigo. Me procuró los mejores tutores, me enseñó todo lo que sé y enseguida me enamoré de él. Solo había un problema: era el jefe de una de las bandas más importantes de la Tríada.

Alicia escuchaba atentamente a Lucy, con el corazón en un puño. La Tríada era un tristemente famoso sindicato del crimen organizado en China.

—Vivíamos en Hong Kong, un tanto aislados de lo que sucedía en otras partes del mundo criminal, por así decirlo. Sin embargo, me convertí en la mano derecha de mi esposo. Yo estaba al corriente de las operaciones. Todos los generales que dirigían a los grupos de soldados rendían cuentas a mi marido.

—¿Generales? ¿Soldados? —Alicia inclinó la cabeza—. ¿Como si fuera un ejército?

—No. —Lucy negó con la cabeza—. Las bandas de la Tríada son jerárquicas y usan ese vocabulario. Mi marido era el jefe supremo, luego estaban los generales que estaban bajo su mando, y cada general tenía a su gente, a la que llamaban «soldados». Mi marido incluso me alistó como miembro de la Tríada.

—¿Qué suponía eso de alistarse como miembro? —preguntó Alicia.

Lucy se metió una gamba en la boca, masticó un rato y luego le dedicó una sonrisa.

—De hecho, fue un poco tonto. Me dio vino mezclado con su sangre y me lo tuve que beber. Luego hice un juramento a unos dioses o algo así… —Levantó la vista al techo con el ceño fruncido—. Recuerdo algunas partes, que decían algo así como «Hago un juramento de por vida a Liu, Guan y Zhang. Me dedicaré a proteger el país…» —arrugó la nariz—, había alguna absurdidad más sobre una hermandad y varias normas, pero acababa con «es un juramento que realizo ante el sagrado emperador Guan como testigo».

»A pesar de lo anticuado del ritual, mi marido era muy moderno para su época. Era consciente de que yo tenía ciertos talentos de los

que él carecía, por lo que me pidió que, mientras él se centraba en el tráfico de drogas, los chanchullos de protección y otras cosas, yo me dedicara al negocio de la prostitución.

Alicia se quedó boquiabierta, porque no daba crédito a sus oídos. Y que lo contara de esa manera, tan tranquila. ¿Qué tipo de persona era capaz de algo así?

Lucy levantó la mano, como si supiera lo que Alicia estaba pensando.

—Tienes que comprender que, si no me hubiera encargado yo de las chicas, lo habría hecho alguien que las despreciara. Si no recuerdo mal, tú sufriste en manos de personas de esas. Quizá también recuerdes que intenté ayudar a algunas de tus hermanas cuando estaban haciendo la calle.

Alicia se remontó mentalmente a más de una década atrás. Fue poco después de que su padre empezara a rescatar a niños de la calle. Alicia había sido la primera, pero ni mucho menos la última. Nunca había conocido a Lucy mientras vivía en la calle, pero resultó que algunas de sus hermanas pequeñas sí que se habían cruzado con ella. Como la mayoría de las chicas de la calle, todas habían sido víctimas de hombres inhumanos que había abusado de ellas. Pero siempre había oído historias sobre una mujer llamada «señorita Lucy». Así es como la llamaban sus hermanas. Hablaban de una señora que les daba dulces cuando los chulos no miraban, o que realizaba otras buenas obras que eran casi impensables en las peligrosas calles de Chinatown, en Nueva York.

—Pero entonces mi marido fue asesinado y me convertí en un objetivo. —Lucy frunció los labios e hizo una pausa; se miró el regazo y, por un breve instante, su expresión denotó las emociones que bullían en su interior—. Era una amenaza para los generales que habían trabajado a las órdenes de mi marido. No querían trabajar para alguien como yo.

—¿Como tú? ¿Te refieres a una mujer?

Lucy asintió.

—Y los cabecillas de las otras bandas de la Tríada vieron la muerte de mi esposo como una oportunidad. Tenía que huir de Hong Kong, y eso fue lo que hice… Pero tardé mucho tiempo en

encontrarme segura, en asumir el control de mi vida. —Lucy apretó los labios, que formaron una línea fina. Observó a Alicia—. Tu padre me ayudó de una manera que ni siquiera soy capaz de describir, y así es como supe que era el hombre para mí, aunque él no quiere lo que le ofrezco.

Alicia sintió la tristeza y el anhelo que destilaba la mujer. Su padre era un tipo de persona capaz de comprenderlo prácticamente todo, pero ¿sería capaz de tolerar a alguien que seguía implicada en el crimen organizado? Lo dudaba.

—¿Sigues metida en el mundo de las bandas?

Lucy sonrió.

—Gracias a tu padre, he dejado atrás casi todo eso. Como bien sabes, el tráfico infantil existirá mientras haya desviados dispuestos a pagar por ello. Pero, tal como le dije a tu padre hace años, no es posible salvar a todo el mundo y, al fin y al cabo, a la única persona que puedes salvar es a ti misma. —Hundió los palillos en el caldo, sacó un racimo de bolas amarillas y las dejó en el plato de Alicia—. Pruébalas, creo que te parecerán algo único.

Alicia se quedó mirando a Lucy, intentando asimilar todo lo que había dicho. No estaba segura de que le hubiera respondido la verdad a la pregunta de si seguía involucrada con las bandas. Cogió el racimo de bolas amarillas con los palillos, las olisqueó y no notó nada más que el olor del caldo. Ya no tenían el color pastel de su estado crudo y parecían yemas de huevo diminutas. Sopló varias veces para enfriarlas, se las metió en la boca y masticó.

Enarcó las cejas casi hasta el nacimiento del pelo.

—Están muy duras.

Lucy asintió con expresión divertida.

Alicia masticó y sacudió la cabeza.

—No me gustan. Es como comer pelotas de caucho saladas. —Estuvo a punto de levantarse de un salto cuando le sonó el teléfono. Lo cogió, miró la pantalla y se lo acercó rápidamente al oído.

—¿Sí?

—Alicia, ¿estás con Lucy?

Era Brice.

«¿Quién es?», preguntó Lucy moviendo los labios.

—Sí, ¿por qué? ¿Qué ocurre, Brice?

—Os tengo controladas por satélite y hemos enviado a un equipo a vuestra ubicación. Lucy no responde al teléfono.

A Alicia empezó a latirle con fuerza el corazón, se inclinó hacia delante y susurró:

—Comprueba tu teléfono. Dice que está desconectado.

Lucy cogió su teléfono y frunció el ceño.

—No tengo señal.

—Escucha, ¿puedes pasarle el teléfono a Lucy un momento? —Brice habló con tono calmado, aunque Alicia detectó tensión.

Le pasó el teléfono a Lucy.

—Oye, Brice, no sé qué le pasa a mi teléfono, no tengo señal.

Alicia se le acercó más y captó fragmentos de conversación del otro lado de la línea.

—Saben… ubicación… comprometidos. Marines… IAT.

—Mierda. ¿Estás seguro? —Lucy parecía sorprendida.

Alicia oyó un grito de mujer en el exterior de la sala y se levantó de la silla notando un hormigueo de pies a cabeza, probablemente producido por una subida de adrenalina en la sangre. Algo pasaba en la planta de abajo.

La puerta se abrió de repente y, mientras la señora de la bata blanca profería obscenidades hacia unos hombres que entraban en la sala, Lucy también se levantó y dijo:

—Están aquí. Te llamo cuando lleguemos a la ubicación. —Le devolvió el teléfono a Alicia, cogió el suyo y lo aplastó contra el suelo, clavándole la punta del tacón con un fuerte crujido.

Alicia se quedó boquiabierta al verla hacer aquello, se guardó el suyo y se giró hacia el grupo de seis hombres asiáticos, sin saber muy bien cómo reaccionar. Todos llevaban trajes oscuros y cinco de ellos se quedaron atrás mientras el sexto se acercaba a ellas. Les dedicó un ligero asentimiento de cabeza. La técnica de laboratorio del Dragón Azul no dejaba de golpearle en los brazos y los hombros y les gritaba a todos que se marchasen.

Lucy lanzó una mirada a Alicia y dijo en inglés:

—Vámonos.

Alicia hizo ademán de decir algo, pero cerró la boca enseguida, consciente de que no era momento de discutir ni hacer preguntas.

Lucy rodeó a la airada mujer con un brazo y le susurró algo al oído. Lo que le dijo, fuera lo que fuera, pareció calmarla. Lucy le tendió unos billetes taiwaneses más y todos salieron de la sala del segundo piso.

Uno de los hombres habló hacia su muñeca y Alicia le oyó decir en mandarín:

—Estamos bajando.

Alicia se colocó rápidamente al lado de Lucy y preguntó:

—¿Por qué has roto el teléfono?

—Seguramente me están siguiendo el rastro —respondió Lucy con expresión sombría.

—¿El rastro? ¿Quién?

Lucy hizo caso omiso de la pregunta.

—En la embajada estaremos a salvo.

A Alicia se le heló la sangre cuando asimiló lo que Lucy acababa de decir.

¿A salvo? ¿A salvo de qué?

CAPÍTULO DIEZ

Alicia iba sentada al lado de Lucy en la parte trasera de una furgoneta panelada sin ventanas en un banco soldado al suelo de metal desnudo. El equipo de seguridad que las había ido a buscar estaba al mando de unos marines uniformados. Mientras sorteaban el tráfico del mediodía de Taipéi, la chica se preguntaba cuánto tiempo llevaban en el vehículo. La única persona que iba con ellas en la parte trasera era un marine con el equipo completo, rifle a punto incluido.

Alicia señaló el arma del marine.

—No es un M4, ¿qué es?

—No, señora. Es un M27. Básicamente es el mismo rifle, pero un poco más pesado, más preciso y con plena capacidad automática.

Alicia había utilizado un M4 en el centro de adiestramiento del FBI.

—El M4 con el que entrené también podía usarse como arma automática.

—Probablemente fuera un M4A1. —El marine dio una palmada a su rifle con un gesto casi afectuoso—. Antes de tener uno de estos, me asignaron un M4 estándar, que solo tenía la opción de semi y un selector de ráfaga de tres disparos.

—Estamos en Jinhu Road, acercándonos al IAT. —La voz del conductor crepitó por el altavoz empotrado en el techo de la

furgoneta—. Acabamos de pasar por la entrada sur. Control de tráfico del IAT, Dragonfly regresa al nido.

La furgoneta giró a la derecha y botó un poco al pasar por encima de dos baches de la carretera.

Paró enseguida y Alicia parpadeó cuando las puertas traseras se abrieron y la luz del garaje subterráneo iluminó el habitáculo del vehículo.

Un hombre trajeado, flanqueado por dos marines, las recibió con una sonrisa.

—Señorita Chen, señorita Yoder, bienvenidas al Instituto Americano de Taiwán. Soy Charles Han, uno de los mediadores del IAT. Acabo de enterarme de lo especial de su situación, por lo que estamos haciendo las gestiones pertinentes.

El hombre le tendió la mano a Lucy, que se la agarró para bajar de la furgoneta.

Alicia rechazó que la ayudaran y observó el lugar donde estaban.

Se trataba de un garaje subterráneo de unas treinta plazas, de las que solo la mitad estaban ocupadas.

—Charles, ¿por casualidad sabes dónde están las cosas que dejamos en el hotel? En algún momento me gustaría cambiarme de ropa.

El hombre se giró hacia ella y, durante un brevísimo instante, la repasó de arriba abajo, antes de dar un paso adelante.

—Lo siento, me habría encargado personalmente de que trasladaran sus pertenencias, pero la seguridad de D. C. puntualizó que lo harían ellos. —Señaló las puertas de cristal que tenía detrás —. De hecho, me pidieron que las trajera a nuestro SCIF en cuanto llegaran.

Un SCIF era un Centro de Información Sensible Compartimentada. Era el nombre que el gobierno daba a los lugares seguros donde podía verse y hablarse de información confidencial.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes? —El hombre miró de nuevo a Lucy, que se encaminaba hacia las puertas de cristal—. Por alguna de ustedes.

—Sí —afirmó Lucy al abrir una de las puertas—. Por ahora, deja de flirtear con la señorita Yoder y llévanos al SCIF.

Alicia se quedó boquiabierta y notó que se sonrojaba cuando el hombre aturullado tartamudeó una disculpa y corrió a la entrada subterránea de la embajada oficiosa en Taiwán.

Cuando Alicia se acercó a Lucy, que le mantenía la puerta abierta, ella le guiñó el ojo y dijo susurrando:

—Le has gustado, a lo mejor deberías hacer algo al respecto después de la reunión de esta noche con el embajador.

—¿Qué te hace pensar que haría algo al respecto? —espetó Alicia en un susurro cuando se apresuraban para alcanzar al llamado «mediador».

Lucy le puso una mano en el hombro y le dio un ligero apretón.

—Estás muy nerviosa, quizá te relajaría.

Alicia se fijó en que su compañera arqueaba las cejas dos veces, lo cual seguro que significaba que no hablaba del todo en serio.

—Señoras, es aquí. —Charles deslizó la tarjeta de identificación por el lector situado junto a una puerta. Se oyó un pitidito y la gruesa puerta empezó a abrirse lentamente. Pulsó una secuencia de números en la pantalla táctil de encima del lector, señaló en dirección a la puerta y dijo—: La conexión con el equipo de seguridad externo se activará en cuanto la puerta se cierre.

Alicia siguió a Lucy a la sala y la puerta empezó a cerrarse automáticamente sobre sus bien engrasadas bisagras.

La sala de reuniones estaba dominada por una gran mesa con capacidad más que suficiente para doce personas. En la pared del fondo había tres grandes monitores y varias cámaras de vídeo que parecieron seguir a Alicia y a Lucy hasta que se sentaron a la mesa.

En cuanto Alicia se acomodó en la mullida silla de cuero, la pantalla central se encendió y mostró el logo del departamento de Estado, con la característica águila.

Alicia señaló una pantalla táctil que había centro de la mesa y miró a Lucy.

—¿Tenemos que hacer algo?

—No parece. —Lucy señaló el monitor cuando en la parte inferior de la pantalla apareció la frase «Conexión segura establecida».

De repente apareció en pantalla el director Mason, con aspecto un tanto desaliñado. Llevaba la corbata un poco torcida y tenía toda

la pinta de haberse acabado de levantar de la cama y haberse peinado de cualquier manera. Y no era de extrañar teniendo en cuenta que en la Costa Este era más de medianoche.

—Veo que habéis llegado al complejo del IAT sanas y salvas. Qué bien.

Lucy se recostó en el asiento con cara de enfado.

—Doug, ¿qué ha pasado?

—Brice me informó de las intercepciones de inteligencia y parece que algunos de tus amigos tienen contactos en el aeropuerto de Taipéi.

Mason se movió en el asiento y quedó claro que se encontraba en una sala de reuniones equipada de forma similar porque la cámara lo mantuvo en el centro de la pantalla incluso cuando alargó la mano para coger unas copias impresas que tenía delante.

—Doug, le he contado mi historia a Alicia, así que puedes hablar claro. ¿Significa eso que la Tríada se ha infiltrado en el gobierno taiwanés?

—No. Al menos que nosotros sepamos. Tengo que decirte que hoy en día el *software* de reconocimiento facial ya no es de uso exclusivo de los gobiernos. Vamos a rastrear cómo se comprometieron las cámaras de seguridad de la aduana, pero baste decir que no solo está implicado Sun Yee On, sino que también hemos interceptado comunicaciones entre soldados de Shui Fong.

Alicia reconoció aquellos nombres, Sun Yee On y Shui Fong, porque eran los que recibían algunas de las bandas más importantes de la Tríada.

—¡Cabrones! —Lucy enrojeció de ira. Respiró profundamente y exhaló poco a poco—. Los dos competían por un territorio cuando yo estaba en Hong Kong. ¿Qué demonios están haciendo en Taiwán?

Mason se rascó el mentón.

—Probablemente ya sepas la respuesta. Allá por 2020, China empezó a aplicar mano dura a los ciudadanos de Hong Kong…

—Ah. —Lucy abrió mucho los ojos y dio una fuerte palmada en la mesa—. Y las restricciones sobre los ciudadanos fueron acompañadas de mano dura también contra los miembros de la

Tríada. Así que se escabulleron a un lugar más seguro para hacer sus negocios.

—Más o menos. Y queda claro que aún te recuerdan. No es una desgracia, pero exige un ligero cambio de método. He hablado con el embajador hará más o menos una hora y se celebrará una reunión informal a la que te llevará. Habilitaremos medidas de seguridad y Brice allanará el camino con los ordenadores para que tu rostro no dispare ninguna alarma en las cámaras de seguridad del edificio.

—¿Una reunión informal de quién? —preguntó Alicia.

Mason sonrió.

—Por increíble que parezca, estarán presentes el ministro de Cultura de Taiwán y varios de sus funcionarios. Él es el encargado de todos los elementos históricos y culturales de la isla, y debería ser un buen punto de partida para saber qué sucede en Nueva Arcadia. Que yo sepa, habrá unos cuantos funcionarios de alto rango. He visto que incluso se ha invitado al comandante del ejército de la República China. Uno de nuestros hombres informará al embajador acerca de las cuestiones de seguridad relacionadas con tu presencia, Lucy. Ya sabes qué hay que hacer. Y, Alicia, tú haz lo que ella te diga. No podrías tener mejor mentora para tratar con esos políticos. ¿Tenéis alguna pregunta?

—Um —Alicia levantó la mano—. Sí. ¿Van a traernos nuestras cosas del hotel?

—Sí. —Mason asintió y miró su teléfono—. De hecho, hace un minuto que he recibido un mensaje informándome de que vuestro equipaje ha llegado a las instalaciones del IAT. ¿Alguna otra cosa?

—Pues la verdad es que sí. —Lucy se giró hacia el monitor—. ¿Qué ha pasado con mi móvil? ¿Cómo ha sucedido?

—Supongo que Brice no ha tenido tiempo de informarte. Está claro que la Tríada consiguió rastrear el IMEI de tu teléfono y manipuló los filtros de la torre de conexión para evitar que pudiera usarse en la isla. Probablemente Brice pueda explicarte los entresijos técnicos, pero las dos tenéis unos teléfonos de repuesto junto con vuestro equipaje. ¿Algo más?

Lucy negó con la cabeza.

—Doug, vete a dormir, tienes una pinta horrible.

Mason rio.

—¿Y tú, Alicia? ¿Alguna duda?

Alicia negó con la cabeza.

—Entendido. Que tengáis suerte y consigáis la información que necesitamos.

El monitor se apagó. Lucy se levantó y se dirigió a la salida.

Alicia la siguió y, en cuanto salió del SCIF, se fijó en Charles, que tenía la vista clavada en ella y le sonreía.

—Vale ya, risitas —le espetó Lucy al intermediario que había estado esperándolas—. Deberían haber llegado nuestras cosas del hotel, llévanos adonde estén y a lo que sirva de alojamiento en este sitio.

Con expresión sorprendida, Charles se acercó un teléfono al oído y habló rápidamente en mandarín con alguien acerca del equipaje de ellas.

Lucy se acercó a Alicia y susurró:

—No le dediques ni medio minuto. Es débil y patético. No necesitas a alguien así, ni siquiera para una noche.

Alicia sacudió la cabeza y soltó una risa nerviosa. Para sus adentros se recordó que nunca había pasado la noche con un hombre y no pensaba estrenarse con un desconocido, pero entonces le vinieron a la mente imágenes del pasado y fue consciente de que aquello era una mentira flagrante.

Recuerdos largamente enterrados la hicieron estremecer y le entró un sudor frío.

La idea de volver a estar tan cerca de alguien otra vez le hizo sentir una opresión en el pecho y necesitó hacer acopio de todas sus fuerzas para evitar un ataque de pánico.

Charles se guardó el móvil en el bolsillo y les hizo una señal para que lo siguieran.

—Bueno, vuestras cosas están en las suites de invitados. Os llevaré hasta allí.

El codazo que Lucy dio a Alicia la hizo salir de su estupor.

—Vamos.

Charles les dio la espalda y recorrió el pasillo de mármol, sin esperar, pero suponiendo que lo seguirían.

Alicia apretó los puños mientras seguía a Lucy pasillo adelante, no tanto porque estuviera enfadada como porque no quería que se notase que le temblaban las manos.

Nada más recoger sus cosas, se encaminaron al evento que Mason había mencionado.

Al principio, saber que estaba allí sobre todo para acompañar a Lucy y aprender de su forma de actuar le había resultado tranquilizador, pero la idea de asistir a una fiesta llena de gente importante aún la ponía nerviosa.

No tenía experiencia en fiestas más allá de la de la fraternidad a la que había pertenecido. La mitad de la gente había acabado borracha y la otra mitad, pendiente de la aparición de la policía del campus.

Lo más difícil de aquella velada sería intentar parecer que estaba en su salsa. Prácticamente no había acabado la universidad y no tenía motivos para estar ahí.

—La suite de invitados está en la cuarta planta —anunció Charlie pulsando el botón de subida de los ascensores.

Ella no era más que una chica amish y toda aquella intriga y misterio no era propio de su vida. Aun así, pese a tener la sensación de que aquella vida no le pertenecía, Alicia ordenó a su voz interior que se callara.

En algún sitio sonó una campanilla y las puertas del ascensor se abrieron.

Alicia respiró hondo, ordenó a la chica campesina que se guardara sus pensamientos para si y entró en el ascensor.

~

Sentada en un taburete delante del espejo del baño, Alicia observaba a Lucy aplicarle productos en el rostro.

—¿Qué me estás poniendo ahora?

Lucy le aplicaba maquillaje en polvo en el rostro con una esponjilla, con expresión concentrada.

—Es la base. Es para igualar el tono de piel.

—Bueno, mejor esto que casi sacarme el ojo, como has hecho antes. —Alicia toleraba mucho mejor los polvos que el afilado lápiz que Lucy casi le había metido en el ojo.

—Deja de comportarte como una niña, era el perfilador. Me cuesta creer que nunca te hayas maquillado.

—¿Lo dices en serio? —Alicia frunció el ceño, intentando no mover la cabeza mientras su amiga trabajaba—. Me he pasado la última década en una granja amish o estudiando. Ninguno de los dos sitios es muy propicio para ir maquillada.

De repente le asaltó una imagen.

Era la de su padre maquillándola en una ocasión, igual que hacía Lucy. No recordaba de cuándo era el recuerdo, pero brotó con tal claridad que fue como si estuviera sucediendo en aquel mismo instante.

—¿Te sorprendería si te dijera que creo que papá también sabe de maquillaje?

Lucy sonrió al inclinar la cabeza de Alicia y darle una palmada bajo el mentón y en el cuello.

—Para nada, ¿por qué lo preguntas?

—No sé, pero tengo la impresión de recordar a papá maquillándome. Lo que pasa es que no recuerdo cuándo fue…

—Tu padre tiene muchos talentos ocultos. —Lucy se inclinó hacia atrás para observar su obra y dio unos toquecitos más al rostro de Alicia con la esponjilla—. Levi me ha dejado anonadada varias veces con su habilidad para disfrazarse y maquillarse. Estoy segura de que tu padre podría aparecer delante de nosotras sin que lo reconociéramos. —La expresión concentrada de Lucy al ir dando toquecitos de maquillaje en el rostro de Alicia con un aplicador con el extremo mullido y húmedo resultaba un tanto cómica .

—¿Qué es eso?

—Es corrector. Lo aplico donde hay rojeces y cosas así para disimular las imperfecciones. A veces las cubrimos por vanidad. En

otros casos, la gente en nuestra situación se las tapa para que no pueden identificarlos por alguna imperfección.

Alicia observó a Lucy siguiendo varios pasos: aplicar la base, definir, iluminar y ponerle el colorete.

Lucy metió la mano en el neceser y sacó lo que parecía un lápiz de color.

—¿Te has pintado los labios alguna vez?

Alicia frunció el ceño.

—No con eso, no. Solo con ChapStick. ¿Qué es eso?

—Es un perfilador labial. Junta los labios y relájate. —Lucy no consiguió disimular su sonrisa mientras se acercaba al rostro de Alicia con el perfilador. Tenía la impresión de que estaba disfrutando —. Así se definen bien los labios. —A continuación, le aplicó el pintalabios y le tendió un pañuelo de papel—. Dale un beso al papel.

—¿Un beso?

Lucy se echó a reír.

—Oh, cielo. ¿Aprendiste algo aparte de a ordeñar vacas, en esa granja tuya? Haz como si le dieras un suave beso al papel. Es para eliminar el exceso de pintalabios.

Alicia obedeció y vio la huella de sus labios en el papel.

Lucy sostuvo un pequeño espray y dijo:

—Cierra los ojos, es un espray de fijación para que el maquillaje te dure toda la noche. Lo notarás como una bruma en la cara. Aguanta la respiración.

Alicia oyó más que sintió el espray.

—Vale. Ya está.

Alicia se levantó del taburete y se miró al espejo. La persona que le devolvía la mirada no se parecía en nada a la Alicia Yoder que conocía.

—¿Esa es la pinta que tengo con maquillaje?

Lucy se retocó su propio maquillaje y miró a Alicia.

—Malditas seáis tú y tu juventud. Estás fantástica. Yo veo que con el paso de los años cada vez necesito más maquillaje para estar apenas pasable. —Se volvió a Alicia, que seguía contemplándose en el espejo—. Bueno, ¿qué opinas? ¿Crees que sabrías hacerlo sola?

Alicia se maravilló al encontrarse con la imagen de aquella bella joven. Toda la vida le habían dicho que era guapa, su familia y algún chico desesperado de Princeton, pero por algún motivo en aquel preciso instante vio algo en el espejo merecedor de tal calificativo.

—Me gusta. Supongo que, si practico, acabaré aprendiendo, pero tendrás que darme una lista de todos esos potingues que me has puesto. No tendría ni idea de qué comprar.

—Te haré una lista de la compra, pero antes déjame mirarte. —Lucy dio un paso atrás y repasó a Alicia de arriba abajo. Alargó la mano y sujetó el collar que llevaba—. Esto no sirve.

—¿Por qué? Me gustan. —Alicia tocó los colgantes que llevaba en el collar y de repente sintió cierta vergüenza—. Hace años que los tengo. El de Hello Kitty me lo regaló un amigo de papá y la cruz egipcia es de papá.

Lucy frunció el ceño palpando los dos colgantes.

—Son bonitos pero no pegan con tu indumentaria de devoradora de hombres. A ver… ¿Hello Kitty? Pesa bastante, así que debe de ser de platino y oro, pero ese lazo rosa esmaltado… no resulta adecuado. Quítate el collar, vuelvo enseguida.

Alicia se desabrochó el collar y observó los colgantes. Se sintió desbordada por la emoción de un modo irracional porque no le gustaba la idea de quitárselos. El amigo japonés de su padre le había enviado el colgante de Hello Kitty para ahuyentar a los malos espíritus por su decimoctavo cumpleaños, y la cruz egipcia era un símbolo de vida que su padre había dado a todas sus niñas, de manera que ambas piezas le proporcionaban cierta tranquilidad. Guardó el collar con sus colgantes en el bolso de mano, decidida a conservar parte de aquella serenidad durante la noche.

Lucy entró en el baño y le tendió un collar de perlas.

—Toma, es elegante y combina con ese vestido de matadora. —Cuando Alicia se puso el collar, su compañera supervisó el resultado y asintió—. Me parece perfecto. Vas a ser el centro de todas las miradas.

Alicia se volvió hacia el espejo del baño y se colocó lo más lejos posible para ver lo mismo que Lucy. La imagen que le devolvía el

espejo era irreconocible para la chica amish con la que siempre se había identificado.

El vestido negro ajustado resaltaba su esbeltez y acentuaba su cintura de avispa. El collar de perlas le quedaba un poco apretado, pero el color nacarado brillante contrastaba de maravilla con el negro del vestido y de su melena.

Alicia pasó los dedos por las perlas y asintió.

—Queda bien, ¿verdad?

Aunque fuera a regañadientes, a Alicia no le quedaba más remedio que reconocer que el platino, rosa y dorado de su collar no combinaba con la ropa que llevaba.

—Supongo que nunca me había planteado qué accesorios llevar con cierta ropa. Es que… nunca ha sido una prioridad.

Alguien llamó a la puerta del apartamento de invitados que les habían dejado en la embajada.

—Es la hora. —Lucy cogió su diminuto bolso de mano y dijo—: Vamos a dejar anonadados a esos políticos y a sacarles el máximo de información posible.

CAPÍTULO ONCE

Después de que una limusina las dejara en el lugar acordado, Alicia entró en el ascensor con Lucy y el director del IAT hecha un manojo de nervios.

—Las señoras van vestidas para matar. —Mark Simpson sonrió al pulsar el botón de la planta 89 del edificio más alto de Taipéi.

Alicia lo miró sin decir nada. Probablemente fuera el hombre más guapo que había visto en su vida. Tendría cerca de cincuenta años, las sienes plateadas, y llevaba un traje a medida que resaltaba su cuerpo atlético y su espalda ancha. Incluso su tono de voz era como miel caliente fluyendo por el ascensor.

Lucy le guiñó un ojo y dijo:

—No te preocupes, Mark, hoy no tenemos a nadie en nuestra lista de víctimas.

Alicia se había quedado muda en presencia de aquel hombre y le sorprendió la familiaridad con la que Lucy le respondía. Cualquiera habría pensado que se conocían desde hacía tiempo, pero era la primera vez que se veían.

—¿Habíais estado alguna vez en el Taipéi 101?

Alicia negó con la cabeza, igual que Lucy.

El hombre sonrió y, a ojos de Alicia, el espacio se iluminó más aún con la blancura de sus dientes.

—Bueno, este rascacielos se inauguró en 2004 y fue el edificio más alto del mundo durante unos cuantos años, hasta que los

árabes le arrebataron la corona con el Burj Khalifa.

El ascensor subía a tanta velocidad que a Alicia enseguida empezaron a tapársele los oídos.

—El edificio cuenta con un centro comercial, muchas oficinas, un muy buen restaurante y al menos una docena de plantas dedicadas a emisoras de telecomunicaciones.

Sonó una campanilla y las puertas del ascensor se abrieron.

Mark mantuvo las puertas abiertas y les hizo un ademán.

—Las damas primero.

Alicia salió y el hombre cruzó el vestíbulo hacia otra batería de ascensores.

Deslizó una tarjeta por una especie de lector y pulsó la flecha ascendente.

—Aún nos queda otro cambio de ascensor después de este.

Entraron en otro ascensor y pulsaron el botón correspondiente a la planta 93.

—Algunas plantas están destinadas a mantenimiento y no se abren al público.

Volvieron a cambiar de ascensor y, cuando se cerraron las puertas, Simpson pulsó el botón que marcaba 101.

—El sitio al que vamos se llama Summit 101. Es una especie de club VIP que suele albergar fiestas especiales a las que a veces acuden dignatarios extranjeros.

—Supongo que tú sí que lo conoces, ¿no? —Lucy enarcó una ceja y dedicó a aquel una mirada seductora.

—Sí, funcionarios del gobierno taiwanés me han invitado en alguna ocasión. —Sonrió—. Aunque yo nunca he organizado nada. Ese nivel de presupuesto no está al alcance de nuestra delegación.

Las puertas se abrieron y los asaltó una avalancha de imágenes y sonidos. Conversaciones, tintineo de vasos y el sonido de un piano por el fondo.

Un hombre de aspecto agobiado, vestido con frac, se les acercó *tablet* en mano nada más salir del ascensor.

—¿Me dan sus nombres, por favor? —dijo en mandarín.

El embajador respondió con un mandarín perfecto.

—Mark Simpson, representante estadounidense del Instituto Americano en Taiwán. —Y refiriéndose a Alicia y Lucy—: Estas damas son mis invitadas. No necesita sus nombres.

El otro repasó la lista de invitados del dispositivo electrónico y miró en dirección a las chicas. Dedicó una inclinación de cabeza a Mark e hizo un gesto de barrido que abarcaba toda la planta—. Ya están registrados. Caballero, espero que usted y sus invitadas lo pasen bien. Gracias.

Alicia dejó atrás al hombre, que le dedicó la misma inclinación de cabeza. Detrás, el ascensor anunció otra llegada con un pling.

El azafato se dirigió de nuevo al ascensor y Alicia se centró en lo que tenía delante.

En su campo de visión había por lo menos dos o tres docenas de personas, hombres en su mayoría, casi todos ellos vestidos al estilo occidental. Uno o dos lucían el estilo tradicional chino, con el tipo de cuello corto que le recordaba al aspecto de Mao Zedong, lo cual a Alicia le extrañó teniendo en cuenta que estaban en Taiwán.

La mayoría tenían una copa en la mano y se habían distribuido en pequeños grupos de entre dos y cinco personas.

—Señoras —el embajador las invitó a seguirlo—. Permítanme que les presente a la persona que creo que vienen a ver.

Alicia siguió a Lucy por entre la gente, el embajador les abrió camino hasta un grupo de tres hombres de mediana edad. Saludó a uno de ellos con una cálida sonrisa, le estrechó la mano y le dio un breve abrazo.

El hombre llevaba en la solapa una pegatina con el arco iris y, escrito en chino de «Hola, me llamo», aunque el nombre resultaba ininteligible por culpa de una mancha de tinta.

Mark le puso la mano en el hombro y se lo apretó.

—Martin, te veo fantástico, amigo. ¿Qué tal? ¿Y tu marido?

—Todo bien, embajador Simpson. —La sonrisa del embajador se contagió al resto del grupo.

—No, no, no… —Mark blandió el dedo y regañó al hombre, bromeando—. Estados Unidos no tiene embajada oficial en la República China. Ya lo sabes. No soy más que el director del IAT—. Se volvió hacia los otros dos hombres y se presentaron rápidamente.

Martin se giró hacia Alicia y Lucy y se aclaró la garganta.

—Mark, ¿son ellas las mujeres que mencionaste antes?

—Oh, Dios mío. Qué maleducado soy. —El embajador se sonrojó al asentir—. Sí, son…

—Calla… calla… —Martin levantó una mano—. No lo digas. —Se giró hacia sus dos acompañantes y dijo—: Disculpadnos un momento. —Les hizo una seña para que lo siguieran y se pararon cerca de una maceta decorativa, lejos del resto de los invitados a la fiesta. Se volvió hacia las damas, les dedicó una ligera inclinación de cabeza y dijo—: Soy Martin Lu, ministro de Cultura.

El embajador saludó a alguien del otro lado de la sala y dirigiéndose a las mujeres, preguntó:

—¿Todo bien?

Lucy lo despidió con un gesto de la mano.

—Gracias, Mark. Ve a divertirte.

Martin observó la marcha de Mark y a continuación les habló en un susurro.

—Mark dijo que el departamento de Estado de Estados Unidos tiene unas preguntas que plantear de manera oficiosa.

Lucy se le acercó más, de tal manera que probablemente pudieran olerse el aliento.

—Exacto. ¿Conoce el templo del Dragón Azul?

—Por supuesto, está en el distrito de Sanzhi, al norte de la ciudad. —El rostro redondo del hombre adoptó una expresión confundida—. ¿Por qué, pasa algo? Son conscientes de que alberga restos incinerados… no imagino…

—No, no con el templo en sí, sino con una zona situada al este del emplazamiento.

El ministro de Cultura arrugó la frente e inclinó un poco la cabeza.

—¿Qué ocurre allí?

—Hubo un problema a unos cinco kilómetros al este del terreno donde se levanta el templo del Dragón Azul.

Lucy siguió hablando, y Alicia se fijó en que su interlocutor había abierto más los ojos cuando había hecho mención a aquella zona.

Martin Lu se abanicó con la mano y negó con la cabeza.

—Lo siento, no sé nada sobre eso.

—Pero debe de conocer a alguien que sí sepa algo —insistió Lucy con firmeza.

—Sí, pero… —El ministro recorrió la sala con la mirada y abrió unos ojos como platos—. Ha tenido suerte. Casi nunca asiste a eventos como este, pero veo a Cheng Shin-lung. Yo no sabría decirle qué hay en ese bosque, pero él debería estar al corriente.

—¿Nos lo puede presentar? —pidió Lucy.

—Vamos, a ver si está de buenas. —El ministro se acercó hacia un individuo que estaba en el bar esperando su bebida. Vestía uniforme del ejército taiwanés.

Martin Lu se le acercó y le dio una palmada en el hombro.

—General, ¿podemos hablar un momento?

El otro se alejó del ministro con una mirada que dejaba claro lo que opinaba de aquella sugerencia. No tenía ningún interés.

Alicia se quedó boquiabierta al ver la cantidad de medallas y condecoraciones que el personaje llevaba en el uniforme. Fuera quien fuese, no era un don nadie.

Pasando por alto la mirada de desdén que le había dedicado el militar, Martin Lu señaló a las mujeres y dijo:

—Me gustaría presentarle a dos damas encantadoras que creo que tienen unas preguntas que quizá pueda responderles.

Lucy se le acercó y le tendió la mano, que él estrechó al tiempo que le dedicaba una inclinación de cabeza. Alicia hizo lo mismo mientras Martin Lu hacía las presentaciones.

—Señoras, les presento al general Chen Shin-lung. Es el jefe de estado mayor de las fuerzas armadas de mi país. —Y, dirigiéndose hacia él—: Estas damas son del departamento de estado de Estados Unidos y tienen unas preguntas que no he sabido responder.

—Encantado de conocerlas —El general hablaba un inglés entrecortado. Martin Lu se desvaneció en cuestión de segundos.

—General, no hace falta que se moleste en hablar inglés. —Lucy se le acercó más, sonrió y habló con voz susurrante en su lengua materna—. Las dos hablamos mandarín.

Un camarero dejó en la barra un vaso largo lleno de cerveza.

—Excelente. —El general sonrió, cogió el vaso y preguntó: —¿Desean tomar algo? Invita la República de China, por supuesto.

Lucy asintió y preguntó:

—¿Usted qué toma?

—Una lager de miel Sunmai. Es muy famosa.

—Suena deliciosa. —Lucy asintió hacia el camarero—. Para mí lo mismo que el general.

—Por favor —el general le tendió su vaso a Lucy—. Tome la mía. —Miró a Alicia—. ¿Y usted? ¿Qué desea?

Ella se quedó asombrada ante el repentino cambio de actitud.

—Supongo… —Se dirigió al camarero—: ¿tienen *amaretto*?

El larguirucho camarero asintió.

—Sí. Disaronno, de Italia.

—Me encantaría un *amaretto sour*, si puede ser.

—Enseguida. ¿Y otra lager de miel Sunmai para usted, general?

—Sí, gracias. —El general centró su atención en las mujeres y preguntó—: ¿Cuánto tiempo llevan en el país?

—Hemos llegado esta mañana.

—Oh, es un viaje largo. ¿Venían de la Costa Este?

Las dos asintieron.

—Deben de tener un *jet lag* terrible. En su país, ahora debe de ser por la mañana. En cualquier caso, habrá algo inquietante, si las han enviado hasta aquí. —Ladeó la cabeza hacia el camarero, que estaba sirviendo las bebidas—. Esperemos a tener nuestras copas antes de abordar las preguntas. Espero poder ayudar. ¿Cuánto tiempo estarán en el país?

—Dependerá de unas cuantas cosas. —Lucy sonrió, dio un sorbo a la cerveza y emitió un sonido que rozaba lo indecente mientras se deshacía en elogios—: Es deliciosa. Como ha dicho, muy refrescante.

Alicia observó a su compañera apoyarse en la barra y acercarse un poco más al general. A ella le resultaba obvio que era falsamente halagadora, bastante histriónica en su actitud, y que estaba más cerca del general de lo necesario. Se preguntó si ella sería capaz de comportarse así sin que le causara rechazo. La incomodaba sobremanera estar tan cerca de alguien del sexo opuesto.

En cuanto el camarero dejó las bebidas en la barra, el general le tendió a Alicia la de color ámbar:

—Espero que resulte de su agrado.

Apartando la fina rodaja de naranja que adornaba el borde del vaso, Alicia dio un sorbo, y enseguida notó las cálidas notas de la almendra en las papilas gustativas, seguidas de un toque agridulce que le llamó la atención. Asintió satisfecha.

—Está riquísimo.

—Excelente. —El general señaló un rincón con unos sillones de cuero vacíos—. Sentémonos a hablar.

Lo siguieron hasta fondo de la sala principal y, cuando se acomodaban en sus respectivos sillones, Lucy no tuvo reparos en acercar el suyo al del general.

Le dedicó una sonrisa tímida y dijo:

—Espero que no le importe que me acerque, pero es mejor que nadie escuche nuestra conversación.

El general recorrió la sala con la mirada y sonrió.

—Está lleno de gente, pero entiendo a lo que se refiere. Veamos, ¿en qué puedo ayudarlas?

Alicia se fijó en que la rodilla de Lucy y la del general casi se tocaban, y durante unos instantes se planteó si su amiga esperaba que ella acercara también la silla, aunque optó por recostarse en el asiento y observar. Al fin y al cabo, aquella era su función. Que Lucy llevara la iniciativa para que ella fuera aprendiendo.

Lucy se inclinó hacia delante y preguntó:

—Hemos venido desde Washington D. C. porque recibimos cierta información sobre actividades en esta zona del distrito de Sanzhi, al este del templo del Dragón Verdadero.

El general abrió los ojos un poco más y Alicia se dio cuenta de que sabía algo antes de que le dijeran más.

—¿A qué tipo de actividades se refiere? —preguntó el general.

Lucy vaciló un instante, probablemente como golpe de efecto, y luego se inclinó hacia delante, le tocó la rodilla al general y susurró:

—No debería decirlo, pero sabemos que ha habido muertes en la zona.

De repente, Alicia se sintió confundida. ¿Muertes en la zona? Ella solo sabía de un agente asesinado. ¿Acaso Lucy sabía algo más, o es que estaba improvisando?

—¿Muertes, dice? —El general ensombreció el semblante—. ¿Cómo es posible…? —Calló y frunció el ceño.

—También sabemos que sus soldados vigilan aquella área. En mi gobierno hay funcionarios preocupados por los ataques de nuestro vecino del oeste, y nos gustaría entender qué interés tiene en esa ubicación.

El general se recostó en el asiento y observó en silencio a las dos mujeres durante cinco largos segundos antes de hablar.

—Ustedes dos no son meras enviadas políticas de su departamento de Estado. Imposible. ¿Me enseñan sus documentos de identidad?

Siguiendo las indicaciones de Lucy, Alicia abrió su bolso y ambas mostraron su documentación, acorde con la presentación inicial.

—Lo siento, señoras, pero esta conversación ha tomado un rumbo que no me esperaba. —El general dio un buen trago a su cerveza y sacudió la cabeza—. ¿Qué quieren de mí?

—¿Qué esconde su país en los bosques situados al este del templo del Dragón Verdadero que tiene tan interesado a su vecino del oeste? —espetó Lucy de la forma más directa posible.

Contra todo pronóstico, el general se echó a reír y se encogió de hombros.

—Les diré lo que se me permite sin incumplir ninguno de los juramentos que he prestado; su información está un poco anticuada. Y, sin entrar en demasiados detalles, puedo decir que no sé qué puede haber o no en esos bosques.

Lucy movió la silla para situarse al lado de él y tan cerca que dio la impresión de que se inclinaba para besarlo.

—Alguien debe de saberlo. —Le puso la mano en el muslo al general y se inclinó aún más hacia él.

A ojos de Alicia, la escena rayaba en lo obsceno. Se le revolvió el estómago y se dijo que ella sería incapaz de hacer algo así. La idea de que un hombre quisiera flirtear con ella le daba ganas de esconderse, pero la de echarse encima de alguien… era impensable.

El general tenía la mirada clavada en Lucy mientras esperaba una respuesta. Miró más allá de ella y sonrió.

—Señorita, es usted sorprendentemente obstinada y afortunada. Si no estuviera casado, su dedicación a la causa, digna de una tigresa, me resultaría sumamente atractiva. —Miró a Alicia—. No se ofenda, jovencita. Usted también es una bella flor. —Apartó suavemente la mano de Lucy de su rodilla, se levantó y señaló en dirección al bar—. ¿Ve a aquel hombre del traje oscuro que está en la barra?

Las dos se giraron y asintieron.

No había nada extraño o especialmente característico en aquel individuo. Era asiático, de mediana edad, y llevaba un traje de vestir. Habría pasado desapercibido en cualquier grupo en un distrito de negocios.

—Me ha hecho unas preguntas muy concretas. —El general hizo un gesto hacia el discreto oriental—. Señoras, si hay alguien que pueda saber acerca de las motivaciones de nuestros amigos del oeste y de la zona de la que hablan, es él, Tsai Shih-ming. Es el director de la Oficina de Seguridad Nacional.

Alicia había leído un informe sobre la OSN. Era el equivalente de la CIA en Taiwán.

—¿Nos lo puede presentar? —pidió Lucy.

El general negó con la cabeza.

—Lo siento, pero ese hombre y yo no nos llevamos bien. Además, no resultaría apropiado. Tendrán que disculparme. Debo marcharme.

El militar se apartó de Lucy con suavidad, se mezcló con la gente y desapareció de su vista.

Alicia miró a Lucy, que a su vez se miraba en el espejo.

—¿Ha ido como esperabas?

—Al menos tenemos la confirmación de que algo pasa. —Lucy se encogió de hombros—. Y tenemos otra pista, así que sigamos tirando del hilo a ver qué descubrimos.

Alicia siguió a Lucy, sacó su identificación y se acercó al bar.

—¿Señor Tsai? —Lucy abordó muy sonriente al director.

Él se giró y miró a Lucy con suspicacia.

—¿Sí?

Lucy le mostró su carné de identidad y le tendió la mano.

—Soy Ruth Li, del departamento de estado de Estados Unidos. ¿Podemos hablar unos minutos?

Alicia siempre había mostrado interés por el lenguaje corporal y había pasado mucho tiempo observando a gente con su padre. Era como un juego al que jugaba cuando era más joven y, gracias a aquellos años de práctica, las reacciones de aquel hombre le resultaban muy reveladoras. El ceño fruncido, la tensión de los hombros y el modo en que se había molestado al ofrecerle Lucy la mano implicaban que no estaba para charlas.

Respiraba con pesadez, rechazó la mano tendida y negó con la cabeza.

—¿Por qué me aborda una persona del gobierno estadounidense en un evento público? Existen otros canales adecuados para eso y debería saberlo, «señorita Li». —Pronunció el nombre con tono burlón, como si supiera que no era el verdadero.

Lucy amplió su sonrisa y se le acercó más.

Alicia hizo una mueca. O bien Lucy no se daba cuenta de las señales que le estaban enviando o le daba igual y sabía que sería capaz de reorientar la situación.

—Señor Tsai, mi compañera y yo llegamos esta mañana y aún no hemos podido preparar el comunicado oficial con el NSB. —Se le acercó todavía más y le habló en un susurro—. Pero cuando he advertido su presencia aquí he pensado en aprovechar este encuentro informal. —Miró su vaso vacío e hizo un gesto hacia la barra—. ¿Le pido algo de beber?

El director miró a Alicia, que sintió un escalofrío al ver cómo arrugaba más la frente.

Le dedicó a Lucy una fría sonrisa y habló en perfecto inglés.

—Ya la he visto acosando al general Cheng. El viejo quizá mancille su honor por unas tetas y un culo baratos, pero yo no. Aléjese de mí. —Se volvió hacia el camarero y dio un toquecito a su vaso—. Otra agua de Seltz.

Lucy se alejó fríamente del hombre despidiendo ira por los cuatro costados. Lo que el jefe de inteligencia de Taiwán acababa de decirle

la había enfurecido.

—Tendré que ponerme en contacto con Mason para que abra la puerta principal —susurró.

—No es tan extraño, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Estas cosas llevan tiempo y no sé de cuánto disponemos teniendo en cuenta la información que manejamos.

Alicia susurró al oído de Lucy:

—¿Qué es eso que le dijiste al general acerca de varias muertes en el bosque? ¿Lo has improvisado o es verdad?

—Es verdad. —Lucy frunció el ceño al sacar el móvil y empezar a escribir un mensaje de texto—. Mason me dio unos informes que decían que el gobierno taiwanés había suprimido e incluso hecho desaparecer a familias enteras de un pueblo cercano. Es evidente que hay un montón de lugareños enfadados que afirman que el gobierno ha matado e incinerado a familias enteras que se refugiaron en los bosques. No sabemos hasta qué punto es verdad o solo habladurías, pero parece muy detallado.

—Está claro que asustaste al general al mencionarlo. —Alicia miró hacia el bar y vio que el director seguía allí, con su agua con gas entre las manos. Cada vez más frustrada, fue repasando mentalmente posibles escenarios mientras Lucy seguía escribiendo en el móvil, supuestamente a Mason o a alguien de la Panda—. Déjame probar.

—¿Probar qué…?

Alicia dejó a Lucy y fue directa a la barra.

El director se dio la vuelta justo cuando ella llegaba a su lado y sacudió la cabeza.

—Jovencita, no me ha oído bien…

—Señor Tsai, no estoy aquí para engatusarlo. —Alicia empezó a hablar rápidamente en inglés sin dejar que su interlocutor metiera baza—. Mi gobierno me ha enviado para conseguir una información que podría salvar innumerables vidas, pero el problema es que el tiempo apremia. Mi amiga ha intentado un acercamiento que a mí personalmente me horroriza. Es probable que funcione mejor de lo que debería con la mayoría de los hombres, pero yo prefiero hablarle

con franqueza. ¿Le importaría escucharme? Quizá podamos intercambiar información.

Por el rabillo del ojo, Alicia vio acercarse a Lucy, y le hizo un gesto para que se alejara. Para su sorpresa, le hizo caso: se fue al otro extremo de la sala, donde había mesas con comida para picar.

El hombre la miró con la misma expresión impertérrita que su padre siempre empleaba.

—Es usted muy joven, ¿verdad?

—Soy joven. Tengo veintitrés años. Pero…

—Un consejo, señorita. La gente de nuestro gremio nunca habla con franqueza. Siempre hay que guardarse un as en la manga porque nunca se sabe cuándo se necesitará.

—¿Podemos volver a empezar? —Alicia le tendió la mano—. Soy Alicia Yo… der —tartamudeó y se dio cuenta de que se había precipitado y le había dado su nombre real.

Se sorprendió cuando el director le estrechó la mano y la miró con curiosidad.

—Es un apellido raro para una chica asiática. —Más allá de un ligero acento extranjero, el hombre hablaba inglés a la perfección—. ¿Por casualidad conoce a un tal Levi Yoder?

Alicia dio involuntariamente un paso atrás y se sintió embargada por el miedo. ¿Cómo podía aquel hombre haber sacado el nombre de su padre tan rápido? En aquel momento se percató de varias cosas: que aquel hombre conociera a su padre podía ser muy malo o muy bueno. Además, de los miles de millones de personas que había en la tierra, ¿cómo podía ser que acabara de conocer a alguien en la otra punta del mundo que conociera a su padre? ¿Acaso era famoso en los círculos de inteligencia? Poco sabía ella de todos esos asuntos.

—Ya veo que sí. —Sin que ella respondiera, el hombre había interpretado su reacción—. ¿Qué relación tienen?

—Es mi padre. —El otro levantó ligeramente las cejas—. Me adoptó de pequeña.

—Interesante. —Levantando un dedo, dijo—: Espere un momento. —Sacó el teléfono y se lo acercó al oído.

Al cabo de unos segundos, asintió y empezó a hablar con alguien en japonés.

Alicia reconoció el idioma, pero no entendía lo que el hombre decía.

Se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Levi Yoder, de Nueva York?

Alicia asintió. Llegados a aquel punto, no tenía mucho sentido intentar engañarlo. Ya la había pifiado, pero ¿qué tenía que ver su padre con aquel hombre y por qué se había puesto a hablar de repente en japonés?

El señor Tsai asintió con brusquedad y dijo «*Hai*» a su interlocutor telefónico. Se volvió hacia Alicia y preguntó:

—¿Alguien de Japón le hizo un regalo al cumplir los dieciocho años?

Alicia se quedó boquiabierta.

—Sí. ¿Cómo lo sabe? Me regalaron un collar con un colgante. —Abrió el bolso, rebuscó y sacó la cadena con el colgante de Hello Kitty—. Este es. Casi siempre lo llevo. Es una especie de amuleto para mí.

El hombre se apartó el teléfono de la oreja, enfocó con la cámara el colgante que Alicia le enseñaba y le hizo una foto. Se instaló un silencio que se prolongó unos segundos y, luego, el jefe de la agencia de inteligencia de Taiwán asintió bruscamente hacia su interlocutor, dijo algo en japonés al activar la función de vídeo y le tendió el teléfono a Alicia.

—Tanaka-san quiere verla.

Ella cogió el aparato y vio a un viejo arrugado en la diminuta pantalla.

—Hola —dijo Alicia en inglés—. Lo siento, pero no hablo japonés.

—O sea… que eres la hija mayor de la que hablaba tu padre. —El anciano hablaba inglés con un acento muy marcado—. Recuerdo que mencionó el nombre de Alicia. Me alegro de conocerte, jovencita. Espero que mi pequeño regalo te haya aportado paz y seguridad. Saluda a tu padre de mi parte y dile que Tanaka-san está en deuda con él para siempre por lo que hizo por su nieta. —Sonrió e inclinó la

cabeza—. Es un honor para mí conocerte, pequeña flor de loto. Ahora, haz el favor de devolver el teléfono a su dueño.

Alicia devolvió el teléfono y el corazón se le aceleró mientras se preguntaba quién sería aquel hombre y qué diantre habría hecho su padre… ¿habría salvado a la nieta de unos criminales? ¿Le habría ayudado quizás a pagar un tratamiento médico para ella? No tenía ni idea. Su padre no le había dicho gran cosa sobre quien le envió el colgante de Hello Kitty para su cumpleaños, más allá de que era japonés. Aquello no era tan raro de por sí, puesto que Levi había vivido unos cuantos años en Japón mucho antes de que la adoptara.

El señor Tsai seguía hablando por teléfono a toda velocidad en japonés. Lo único que Alicia entendía era un «¡Oh!» o «*¡Hai!*» de vez en cuando, aunque no sabía qué querían decir. Sin embargo, cada vez, el jefe de la agencia de inteligencia hacía una pequeña inclinación de cabeza hacia no se sabía quién, lo cual resultaba un tanto fuera de lugar dado que había desactivado el vídeo.

Cuando se guardó el móvil en el bolsillo, se volvió hacia Alicia, juntó las palmas de las manos delante de su cara, como si rezara, y le dedicó una rápida inclinación de cabeza.

—Le pido disculpas por mi grosería.

El hombre parecía sincero y su conducta cambió por completo después de terminar aquella conversación con el misterioso anciano.

—Señorita Yoder, ¿quería hablar sobre algo?

—Sí, por favor, me encantaría. —Alicia señaló el teléfono, que él ya se había guardado en el bolsillo de la americana—. ¿Quién es Tanaka-san?

El señor Tsai sonrió y negó con la cabeza.

—Eso no es importante. Lo que importa es que le he prometido a Tanaka-san que la ayudaré en su causa todo lo que pueda.

Alicia notó un cosquilleo de alborozo por todo el cuerpo. Respiró hondo y exhaló lentamente, intentando disimular lo contenta que estaba por no haber estropeado el encuentro.

—De acuerdo, ¿dónde quiere hablar?

El hombre señaló unas puertas correderas de cristal de suelo a techo.

—Ahí, en el balcón. —Miró a Lucy, que los observaba desde lejos —. Mi promesa de ayudarla se aplica solo a usted, no quiero que su compañera nos oiga. Lo que le diga es solo para usted y, si decide compartir esa información, será cosa suya, no mía.

—De acuerdo. Voy a decírselo antes de salir al balcón.

El señor Tsai asintió y se dirigió a las puertas de cristal.

Alicia corrió hasta Lucy, le contó la situación y, al mencionar su conversación con alguien llamado Tanaka-san, abrió unos ojos como platos.

—¿Sabes quién?

Lucy señaló el balcón.

—Créeme, no es importante que sepas quién es. Ve, consigue los datos que necesitamos y, por el amor de Dios, no dejes que ese hombre te acerque demasiado a la barandilla del balcón. —Dedicó a Alicia una sonrisa pícara—. Lo único que me falta es tener que explicar que «saltaste» desde lo alto del Taipéi 101. Ah, por cierto… lo has hecho genial. Pero, bueno, ahora consigue la info.

CAPÍTULO DOCE

En el balcón hacía más fresco de lo esperado, aunque tampoco resultaba sorprendente teniendo en cuenta que estaban a trescientos metros por encima del nivel de las calles de la ciudad. Alicia miró al señor Tsai, que estaba ahuyentando a los últimos invitados que ocupaban el balcón para asegurarse la privacidad. Cerró la puerta de cristal.

Se colocó bastante cerca de ella, miró hacia lo lejos y dijo:

—¿Cinco kilómetros al este del templo del Dragón Verdadero, dice?

Alicia asintió.

—Voy a hablarle claro del objetivo de mi presencia aquí, de lo que sé y de la información que espero que me amplíe. Estoy aquí para ayudar a mi compañera a recabar datos sobre lo que es motivo de preocupación en algunos círculos. Estamos al corriente de la infiltración de espías de la China peninsular en su isla. Probablemente no sea un secreto muy bien guardado, es comprensible que se espíen entre sí. Pero al este del templo del Dragón Verdadero ocurrió algo que ha provocado muertes. Existen pruebas de que ciertos elementos de la inteligencia china están muy interesados en lo que hay en ese lugar. También sé que el ejército vigila un puesto de avanzada en esa zona. Todo eso sumado a las recientes amenazas que hemos recibido en suelo estadounidense de la República Popular China en forma de vuelos de globos de prueba

a gran altura. Como puede imaginar, a nuestra comunidad de inteligencia le preocuparía la posibilidad de que en el futuro esos globos contuvieran algo que no fuera polvos de talco. ¿Qué puede decirme de la situación actual en esos bosques?

El señor Tsai carraspeó y se alisó el cabello con los dedos.

—Tienen motivos para estar preocupados, igual que nosotros, de hecho. Esos globos no solo han cruzado su país. —La miró de soslayo y con cierto aire de diversión en el rostro—. Supongo que no debería sorprenderme que Estados Unidos tenga una red de espías potente en mi país. Intentaré pasar por alto lo que ello supone. A ver por dónde empiezo…

»En primer lugar, voy a pedirle que esta información no se haga pública. Si otras personas se enteraran de esto, resultaría muy embarazoso para quienes están en el poder, pero, más importante que eso es que podría provocar un malestar social de consecuencias inimaginables.

Alicia asintió.

—Le aseguro que casi toda la información que manejo es confidencial. Estoy convencida de que mi gobierno tratará todo lo relacionado con este tema como un asunto de seguridad nacional que solo se divulgará entre un grupo limitado de personas.

—Supongo que tendré que conformarme con eso. Esa ubicación ha tenido varios nombres en clave a lo largo de los años, ninguno de los cuales es especialmente importante…

—¿Nueva Arcadia? —preguntó Alicia.

—Sí, ese es uno de ellos. Era un complejo oculto donde se realizaban investigaciones médicas. No importan los detalles de la investigación, más allá de que durante la época en que el complejo estuvo activo por última vez se cometió un grave error.

»Resulta que hubo algún tipo de incumplimiento del protocolo que provocó la liberación de una cepa tóxica de un organismo.

—¿De un organismo? —Alicia frunció el ceño—. ¿Se refiere a una especie de animal?

—No, más bien un virus, aunque, si le soy sincero, no tengo claros los detalles del fenómeno. Carezco de formación médica. Supongo que podría verse como el mismo tipo de infracción que se

produjo en Wuhan con el virus del Covid. La cuestión es que, independientemente de cómo escapara, escapó y, fuera lo que fuera, fue virulento y letal.

»El caos que provocó acabó matando a centenares de personas que se habían infectado. Por desgracia, aunque matara a la persona, seguía siendo contagioso. La única forma segura de frenar la propagación de aquel horror era quemar el cuerpo del portador. —El hombre apretó los labios y adoptó una expresión ceñuda—. Se incineró a muchos niños para evitar la propagación. Pusieron en cuarentena a un grupo entero de niños excursionistas que resulta que estaban en el bosque en el momento de la fuga: se confirmó que se habían contagiado y acabaron incinerándolos. Sus restos se enterraron en el bosque, en unas fosas de escasa profundidad.

—Qué horror. —Alicia hizo una mueca al imaginar lo duro que debió de ser tener que matar a los niños. Sintió que la humedad de la noche le helaba los huesos. Fosas superficiales y ceniza. Sonaba a pesadilla. Por la forma en que había descrito la situación, habían evitado por poco otra pandemia que podía haber sido mucho peor que la del Covid.

—Cuando empezó la limpieza nos dimos cuenta de que alguien se había infiltrado en las instalaciones y había robado varios viales del patógeno.

La voz del hombre destilaba emoción contenida. Alicia respiraba cada vez más rápido y se sintió mareada por momentos. Empleando la técnica que le había enseñado su padre, se centró en los movimientos de su pecho al elevarse y descender con la intención de ralentizar los latidos de su corazón y, por consiguiente, su respiración. Mientras tanto, sentía una incomodidad creciente en la parte baja del abdomen, casi como dolores menstruales, aunque no le tocaba.

—¿Se sabe quién los cogió?

—Por supuesto, sospechamos de la República Popular China. A partir de aquel momento se colocaron carteles por el bosque prohibiendo la entrada. Y se dio la orden de disparar a matar a cualquier persona ajena que entrara en el perímetro de las instalaciones. Esperábamos que entre los carteles de advertencia y

la zona acordonada nadie se acercara más de la cuenta. Pero un día apareció un hombre a las tantas de la noche e intentó entrar en el recinto. Un francotirador lo abatió.

—¿Pudieron identificarlo? —preguntó Alicia.

El señor Tsai asintió.

—Pertenecía a la policía secreta china. Era una persona con un cargo muy similar al mío.

Alicia apretó la mandíbula, consciente del caos que aquello sembraría entre los miembros de la Panda. ¿Cuál sería su reacción?

—¿Sigue habiendo muestras del patógeno en las instalaciones?

El hombre soltó un bufido.

—Desde hace dos días, no. Hemos arrasado todo el sitio, lo hemos quemado hasta los cimientos. Era la única forma de estar seguros de que el patógeno quedaba neutralizado. —Sacó el teléfono, fue deslizando el dedo por la pantalla, accedió a imágenes aéreas de un incendio forestal y se las enseñó.

Alicia contempló la evidencia del infierno, tomada probablemente desde un helicóptero, o quizás incluso desde un dron que sobrevolaba el bosque. A lo lejos se veía lo que debía de ser el templo del Dragón Verdadero.

El señor Tsai deslizó el pulgar por la pantalla y le enseñó una captura de un periódico local cuyo titular describía una extraña tormenta de fuego al norte de la ciudad. Publicaba imágenes del devastador incendio que las brigadas de bomberos luchaban por contener.

—Las pruebas que esperabas encontrar se han destruido. Quizá pecamos de cautos, pero no teníamos otra opción. Estrictamente, no podemos estar seguros de que los viales que faltan los robaran; podría tratarse de un error administrativo. Y si los robaron, no podemos estar cien por cien seguros de quién los cogió.

»Sin embargo, antes de que nos despidamos hoy puedo ofrecerle una información interesante que a sus analistas podría parecerles digna de reflexión. Si lo recuerda, le mencioné que un espía de la China continental murió de un disparo. Entre sus posesiones encontramos algunos objetos inusuales, incluido un lanzallamas tipo 74 y casi una docena de granadas incendiarias.

Alicia inclinó la cabeza, asombrada.

—No parece que fuera a robar nada, sino más bien a destruir.

—Es curioso, ¿no?

—Si China ya lo había robado… —Ahogó un grito al ver que las piezas del rompecabezas empezaban a encajar—. Querían destruir cualquier muestra restante para que nadie tuviera acceso a ellas.

—Es una posibilidad. —El hombre suspiró—. Quienes tengan las muestras entre manos, sean quienes sean, pueden no ser conscientes de lo peligrosas que son. Igual que en el caso de Wuhan, basta con un pequeño error. —Se alejó de la barandilla y tendió la mano a Alicia para estrechársela—. Aunque me encantaría seguir hablando con usted, tengo que marcharme. Espero que esta conversación la haya ayudado, y rezo porque dé frutos positivos.

Abrió la puerta corredera y la cerró tras de si. Dejó a Alicia absorta en el frío y ventoso balcón.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de la chica en mil direcciones distintas.

Nueva Arcadia ya no existía. Había desaparecido.

Sin embargo, el peligro no se había neutralizado, sino que, en realidad, se había multiplicado de forma exponencial.

La puerta corredera volvió a abrirse para dar paso a Lucy, que salió al balcón.

—¿Le has sacado algo?

Alicia miró a Lucy con los ojos muy abiertos y dijo:

—Tenemos que salir de aquí y hablar con Mason.



Habían pasado unos días desde que el coronel Xi Bo consiguiera salir de la maraña de lodo de las marismas de un pueblo de pescadores. Al principio sus recuerdos eran como fantasmas nocturnos, susurros que prometían contar un cuento pero sin acabar nunca de desvelar sus secretos.

La estancia de un día en el hospital comunitario de Jinzhou le ayudó a tratar la deshidratación y los arañazos y moratones que

había sufrido, pero nada nuevo aparecía en su mente.

Aparte de fragmentos al azar relativos a los últimos años, seguía sin recordar buena parte de su pasado. Pasó mucho tiempo devanándose los sesos, intentando recuperar vivencias, pero no recordaba nada. Sí había cosas que sabía que habían ocurrido, pero las lagunas de su memoria eran impenetrables: no recordaba haber ido a la escuela, ni entrar en el ejército, apenas tenía una imagen vaga de sus padres. Lo único que conservaba eran unos cuantos recuerdos pasajeros de su misión más reciente, el ascenso a coronel y otros eventos claves que en aquel momento le parecían aleatorios y sin sentido.

Desde entonces, había hablado con varias personas que ocupaban distintos cargos en el Ejército Popular de Liberación tanto en persona como por teléfono. A partir de su interacción con ellos, pudieron hilvanar una cronología y los sucesos correspondientes. Un médico con quien habló por teléfono decidió que el mejor remedio para su amnesia retrógrada aguda sería regresar adonde lo habían destinado y ver si personas y lugares le ayudaban a reavivar los recuerdos perdidos. Habían dispuesto que viajara a la base original, que estaba casi a ocho horas de avión en dirección noreste, y ahora estaba al norte de Harbin dando botes dentro de un vehículo por un terreno agreste. Miró el mapa y contempló los alrededores.

Habían salido de Harbin hacía casi tres horas y circulaban por una región remota al este de Yuchin. Estaban a menos de ciento cincuenta kilómetros de la frontera con Rusia, avanzando por lo que parecía un laberinto de caminos antiguos y lechos de río que atravesaban el frondoso bosque. El terreno pedregoso suponía un reto para el vehículo y, aunque era mejor ir en coche que andando, aquel vehículo no era precisamente un alarde de comodidad.

Miró al conductor, un sargento, y se preguntó qué le habrían contado acerca de él. Había estado callado durante el trayecto y solo habló cuando se dirigió a él.

—¿Cuánto falta?

El conductor señaló hacia el norte.

—La base está a otros quince minutos. ¿Es el trayecto demasiado accidentado para usted, coronel? Puedo ir más despacio si quiere.

—Continúe como tenga costumbre. —El estómago se le revolvió cuando el vehículo bajó a toda velocidad por un terraplén—. ¿Circula mucha gente por este… camino?

El sargento negó con la cabeza. Sujetaba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—No tanta. La base está un poco aislada, pero así es como debe ser, ¿no? No queremos que se sepa lo que estamos haciendo.

—No, supongo que no. —El coronel no tenía ni idea de lo que hablaba, lo cual lo frustraba sobremanera.

El sargento lo miró y dijo:

—Mejor que se agarre, señor, el siguiente tramo es especialmente malo.

El coronel apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que el vehículo bajara por un empinado barranco. Durante unos instantes pensó que volcaría, pero el sargento lo manejó con destreza por encima de las rocas y sorteando los árboles y, al llegar al fondo, giró bruscamente el volante a la izquierda.

Se golpeó la cabeza con la pared del vehículo y, durante unos instantes, vio lucecitas delante de sus ojos.

El sargento se encogió de hombros y murmuró:

—Odio este camino.

El coronel aflojó la sujeción de su cinturón de seguridad y gritó:

—¿Entonces por qué demonios hemos venido por aquí?

El sargento lo miró con expresión sorprendida.

—Señor, porque la única forma de entrar y salir de la base es siguiendo este barranco una hora y media más en dirección contraria. Pero si vamos por aquí… —Señaló hacia delante—. ¿Lo ve? Ya hemos llegado.

Efectivamente, el barranco desembocaba en un valle rodeado de montañas por todas partes. Dejaron atrás a unos cuantos soldados armados que hacían guardia a la entrada del campamento militar, aislado de forma natural por los accidentes geográficos.

Cuando el sargento paró delante de una entrada con guardas de seguridad, los soldados del EPL se les acercaron por ambos lados del vehículo.

—¡Documentación! —exigieron.

Bo sacó el fajo de papeles que le habían dado en el hospital, que por el momento le servía como única identificación, y se los tendió al soldado que se acercó al lado del pasajero.

El soldado cogió los papeles, hizo una pausa y luego se cuadró y saludó:

—Coronel, bienvenido de nuevo. Temíamos lo peor.

¿Lo peor? Apenas recordaba retazos de su anterior misión. En la mente se le aparecían imágenes de bosques vistos con gafas de visión nocturna. La imagen lejana de una valla de seguridad rematada por alambre de espino y el olor a turba que perfumaba el ambiente.

El coronel hizo una mueca al sentir aquel dolor fantasma en el pecho. Los médicos del hospital lo habían examinado y no le habían encontrado nada. Ningún motivo para el dolor. Sin embargo, cuando pensaba en los últimos momentos de la misión, el recuerdo de un dolor punzante en el pecho le hacía tener la sensación de que lo habían apuñalado.

Bo devolvió el saludo y otro guarda asomó por la ventanilla del lado del conductor para dirigirse a él.

—Sargento, tenga la amabilidad de llevar al coronel Xi al edificio de investigación y tácticas, el general desea reunirse con él.

El conductor puso el coche en marcha en cuanto la barrera metálica se hundió en el suelo y les permitió entrar en la base militar clandestina.

El coronel se fijó bien en el entorno y, en su maltrecha memoria, solo encontró un par de edificios que le resultaban familiares. Los bloques de hormigón no lucían ningún cartel, pero sabía que el de la entrada verde era la cantina. Incluso recordaba su interior, sus bancos largos, y que la comida que servían era casi siempre rancho rehidratado. Uno de los efectos secundarios de encontrarse en una ubicación tan aislada era que las provisiones que se recibían casi nunca incluían alimentos perecederos. Hasta ahí recordaba.

Cuando el sargento pasó con el coche al lado de una zona abierta donde había soldados en maniobras, Bo vio el edificio del extremo oeste del valle. Tenía la puerta amarilla y ese sí que le resultaba muy familiar.

Se recordaba cruzando la entrada para llegar a una zona abierta con pasillos que se distribuían hacia el norte y el oeste. En la pared meridional había una gran imagen de Mao. Bo recordó recorrer el pasillo del norte y acabar en un laboratorio, pero no recordaba nada del mismo.

Sin duda aquel lugar formaba parte de su vida, pero le faltaba muchísima información y rezó por recuperarla como fuera.

El sargento aparcó delante del edificio y señaló la puerta amarilla.

—Señor, ha sido un placer traerlo.

—Gracias por haber conseguido que llegáramos sanos y salvos. —Bo bajó del coche, saludó al sargento con energía y entró en el edificio.

Era tal como lo recordaba. La imagen del camarada Mao estaba donde debía estar y todo lo demás, también en su sitio. Bo vaciló porque cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba el despacho del general, o de si había despachos en aquel edificio. Por el momento, aquella información se le escapaba.

Oyó unos pasos a lo lejos y, al cabo de unos segundos, vio a un hombre acercársele desde el pasillo occidental. Se dio cuenta de inmediato de que llevaba un uniforme de entrenamiento de camuflaje tipo siete.

Bo se miró e hizo una mueca. Iba con una ropa de paisano raída que le habían dado en hospital municipal donde lo habían tratado.

Cuando el militar se acercó más, se fijó en las dos estrellas y el manojo de trigo del cuello. Un general. Se cuadró inmediatamente y lo saludó.

El general le devolvió el saludo y desplegó una amplia sonrisa apoyándole la mano en el hombro.

—Bo, qué alegría verte de vuelta, aunque no estés precisamente indemne. —Frunció el ceño y puso cara de preocupación—. Me han dicho que has perdido la memoria. ¿Cuánto recuerdas?

Bo se encogió de hombros.

—Me temo que no tanto como me gustaría, general Hong. —Sabía el nombre del general porque lo llevaba en el uniforme en

letras claras—. Pero me aparecen recuerdos como por oleadas. A veces veo u oigo algo y eso reaviva un recuerdo.

—¿Me recuerdas?

Bo hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Me temo que no, señor. Lo siento.

—No hace falta disculparse. —El general echó a andar—. Vayamos a mi despacho para hablar.

Mientras recorrían el pasillo occidental, el general le fue haciendo preguntas, a la mayoría de las cuales Bo no sabía responder. Sin embargo, cuando le preguntó qué era lo último que recordaba antes de aparecer en la playa, Bo sintió revivir los últimos momentos de su misión.

—Era de noche cerrada, cuando incluso los insectos se han ido a dormir. La las nubes ocultaban luna y el mundo se veía verde con las gafas de visión nocturna. La neblina había descendido sobre el bosque y, al acercarme a mi objetivo, recuerdo que mis pies chapoteaban en el terreno mojado y levantaban olor a turba, un olor terroso, intenso, que me recordaba a la lana mojada, con un toque de podredumbre. Vi el alambre de espino a lo lejos.

»Agachado, seguí avanzando hacia el campamento. El terreno era más blando de lo normal, como si lo hubieran removido. Me quedé paralizado al oír un crujido y un restallido bajo mis pies. Temí haber pisado una mina terrestre. Pero no: eran huesos cubiertos de ceniza de un cadáver recién enterrado.

»Lo último que recuerdo es ir andando por un verdadero cementerio lleno de cadáveres, y luego… —Bo se llevó la mano al pecho al tomar asiento delante del escritorio del despacho del general—. Ocurrió algo. Aunque no tenga cicatrices ni lesiones que indiquen que me hirieran, recuerdo que me quemaba el pecho, como si me hubieran apuñalado o disparado. Lo siguiente que recuerdo es volver a ser consciente de mi persona en una playa lejana de un lugar llamado Jinzhou.

—Increíble… —el general negó con la cabeza—. Siento que lo pasaras tan mal en la misión y tengo intención de ayudarte en lo que pueda para que recuperes todos los recuerdos perdidos.

El tono y la expresión de Hong parecían sinceros, por lo que Bo se sintió un poco más cómodo.

—Acabamos de recibir una imagen vía satélite de Taipéi, en China. —El general se inclinó, extrajo una foto de una pila de papeles y la colocó ante Bo—. ¿Qué ves?

Bo cogió la foto brillante y la observó. Correspondía a la zona que rodea la ciudad de Taipéi y dirigió la vista hacia el norte, donde se fijó en el punto de referencia, un templo, cuyo nombre no acertaba a recordar en aquel momento.

Sin saber por qué, recordó que su objetivo estaba situado al este de aquel templo. Miró más de cerca y frunció el ceño. Se veía una zona claramente quemada donde creía que debía de estar su objetivo. Aunque la foto era en blanco y negro, se veía claramente una porción de terreno ovalada recientemente quemada. De hecho, una mancha difusa cubría el terreno a partir del lugar del objetivo, señal inequívoca de que cuando se tomó la foto aún salía humo. No había señales de la verja o del edificio que había espiado más allá.

—Parece que todo ha quedado reducido a cenizas.

—Exacto. —El general soltó una carcajada—. Siento que no salieras ileso de la misión, pero es obvio que conseguiste cumplir el protocolo del Aliento del Dragón, tal como se te pidió. Me aseguraré de que mis superiores estén al corriente de tu éxito. Bo se quedó mirando la foto y no sintió nada. La expresión «protocolo del Aliento del Dragón» no le decía nada, y no recordaba en qué consistía su misión.

Por lo visto, él era quien había quemado aquella parte del bosque, pero ¿por qué? La frustración crecía en su interior. Levantó la mirada hacia el general y reconoció:

—No recuerdo haberlo hecho.

Hong asintió.

—Tal vez sea esa la sensación de quemazón que has dicho que notas en el pecho. Un fragmento de memoria que ha quedado por el incendio que iniciaste en el lugar de la misión.

—Podría ser… —Bo se preguntó si era posible. Pero la sugerencia no le cuadraba.

El general se levantó y se acercó al coronel, que también se levantó del asiento. Hong le pasó el brazo por encima del hombro y le dio una palmada en el pecho.

—Voy a informarte de lo que hemos hecho con el resultado de tus esfuerzos y creo que, en cuanto vuelvas a la normalidad del trabajo, irás recuperando tus recuerdos.

—Sí, señor. —Bo no estaba seguro de que fuera a funcionar, pero era lo único que parecía razonable. Sin sus recuerdos, no era nada, y al coronel Xi Bo eso le parecía inaceptable.

Había llegado el momento de recuperar su identidad.

CAPÍTULO TRECE

Alicia y Lucy estaban en el SCIF de la embajada taiwanesa, viendo las imágenes de la cámara de seguridad de una sala de reuniones que emitía desde la sede subterránea de la Panda. Alicia se inclinó hacia delante y pulsó el botón de silenciar para apagar los micrófonos que colgaban del techo.

—¿Reconoces a todo el mundo?

Lucy negó con la cabeza.

—A todo el mundo, no. A ver, tú conoces a Mason y a Brice, que están en el extremo de la mesa. Ese africano sentado a la derecha de Mason es Sekou Cooper, director de inteligencia de todas las operaciones en África. Al lado de Sekou está Richard Wong, director de inteligencia para Asia y los países de la costa del Pacífico. A la mujer que tiene enfrente no la conozco, pero me atrevería a decir que será la que sustituye a Adam McCallister, el DI para América. Era muy mayor y, una de dos: o se jubilaba o le daba un patatús.

—Por curiosidad, ¿cuál es el título oficial de Mason? ¿Es el máximo dirigente de toda la organización?

—No, pero cuando lo oyes hablar a veces es fácil pensar que sí. —Lucy miró con amargura la pantalla de vídeo—. Oficialmente, Doug Mason es el jefe de la OCID, la División para el Crimen Organizado e Inteligencia. Su jurisdicción es un poco curiosa, porque se encarga de cuestiones que ocurren prácticamente en cualquier parte del mundo, pero sobre todo trata con efectivos de la Panda salidos del

crimen organizado. También es la persona de mayor rango en Estados Unidos, pero rinde cuentas a otras. No tengo ni idea de cuál es la jerarquía de la Panda por encima de Mason, solo sé que algo hay. Todo el mundo tiene que dar explicaciones a otros, Alicia. Esa es la primera constante en este negocio.

—Interesante. —Alicia reflexionó sobre lo que acababa de oír y le pareció lógico. El pasado de Lucy relacionado con el crimen organizado era lo que probablemente la había hecho acabar en la Panda, aunque fuera como autónoma.

Por la pantalla vieron entrar a otra persona en la sala de reuniones.

—Es Gregor Manheim —explicó Lucy—. El DI para Europa y Eurasia. Creo que cubre partes del bloque del este, incluidas las exrepúblicas soviéticas y la misma Rusia, mientras que Richard se encarga del resto de Asia y del subcontinente indio.

Alicia sintió los nervios en el estómago al darse cuenta de que probablemente todos los asistentes a la reunión habrían leído el informe redactado por ella sobre lo que el jefe de espías taiwanés le había contado. ¿Y si no era lo bastante bueno? O lo bastante claro. ¿Y si…?

—De acuerdo, chicos, estamos todos en D. C. —Mason habló con voz calmada pero firme—. Taipéi, veo que estáis preparadas. Alicia, supongo que Lucy te habrá informado de quiénes son los asistentes, con la excepción de Bridget Litchford. Es la nueva DI para América.

Alicia observó la consola de control, en la que se veía que los micrófonos aún estaban silenciados.

—¿Cómo lo sabe?

Lucy exhaló un suspiro.

—Ese tipo sabe leer los labios.

—Sí, sé leer los labios bastante bien, pero el resto del equipo no, así que mejor que activéis los micrófonos. Voy a blindarnos.

Alicia alargó la mano por encima de la mesa y conmutó el botón de silenciado. Oyó el sonido de metal deslizándose contra metal. Se volvió para mirar la puerta del SCIF y se fijó en que encima parpadeaba una lucecita roja, y en la pantalla táctil situada al lado

de la puerta ponía «Cerrado» en letras rojas. Todo hecho con un mando a distancia. «Buen truco».

—Bueno, todo el mundo ha leído el informe redactado por el equipo de Taipéi. Voy a resumir brevemente la situación:

»Tenemos información que apunta a que la República Popular China se ha esforzado al máximo por robar lo que parece una especie de agente biológico en el que los taiwaneses estaban trabajando. Y nuestros supuestos aliados del oeste estaban tan cagados de lo que aquello podría provocar, que acabaron asesinando a hombres, mujeres y niños para evitar una posible pandemia mundial. —Se volvió hacia Brice—. ¿Sabemos algo acerca de lo que esos idiotas estaban desarrollando en aquellos bosques?

Brice se aclaró la garganta y habló con voz nasal.

—Conseguí entrar en los sistemas del gobierno taiwanés, el equivalente a nuestro JWICS.

La Unión Mundial de Sistemas de Comunicaciones de Inteligencia, en sus siglas en inglés, era el sistema que empleaba el gobierno estadounidense para la transmisión de información de alto secreto compartimentada sensible.

—Teniendo en cuenta el poco tiempo que ha transcurrido desde que nos enteramos de este asunto, no he terminado de investigar. Hasta el momento los ordenadores no me han proporcionado demasiada información. Está claro que en el lugar anteriormente conocido como Nueva Arcadia se llevaba a cabo una investigación médica que yo calificaría de siniestra. Una de las cosas que investigaban era el uso de priones. Para quienes no estén familiarizados con el significado de esa palabra, diré que es lo que se supo que provocó la enfermedad de las vacas locas. Desde el punto de vista médico, hace que las proteínas del cerebro de un animal se junten y se replieguen de forma anormal. —Brice cogió la libreta y empezó a leer—. Algunos síntomas de la infección por priones son demencia de evolución rápida, dificultad para caminar, alucinaciones, rigidez muscular, confusión, fatiga y dificultad para hablar. Lo más grave es que las infecciones por priones no tienen tratamiento y son siempre mortales.

«Siempre mortales». Dio la impresión de que los asistentes se sobrecogían al oír esas palabras. A Alicia se le heló la sangre al imaginar lo que podía suponer el contagio.

—Por desgracia, esto es todo lo que he conseguido averiguar hasta el momento. Tengo a gente que sigue investigando y he echado mano de algunos recursos informáticos del departamento de Defensa para escanear las bases de datos taiwanesas.

»Un punto que debería resaltar es que en mi investigación descubrí que es prácticamente imposible destruir priones. Hervirlos, radiarlos, desinfectar con alcohol o incluso sumergirlos en ácido no sirve de nada. Los priones solo se destruyen a temperaturas superiores a los 500 grados centígrados.

—Cielo santo, ¡a esa temperatura se derriten las piedras! —exclamó Sekou con un agradable acento nigeriano.

—Por ese motivo redujeron el lugar a cenizas —dijo Alicia al recordar las imágenes del incendio que el jefe de espías le había enseñado.

—Exacto. —Mason asintió y se volvió hacia Brice—. ¿Pudiste consultar si esa sustancia podría rociarse con un aerosol?

—Hablé con un experto en armas químicas y me confirmó que se podría obtener una versión inhalable de esos priones. Y que bastaría con unas cuantas inhalaciones de esas partículas en el aire para que la dosis resultara potencialmente mortal. De hecho, tenía mucho que decir acerca de eso. La cuestión es que, cuanto más inhalas, más rápido aparecen los síntomas. Sería una verdadera locura que alguien utilizara los priones como arma, sobre todo porque serían muy difícilmente detectables y, además, si se pulverizara una zona grande, sería prácticamente imposible descontaminar.

A Alicia se le ocurrió que un misil nuclear sería la única forma de aplicar suficiente calor a una región entera para acabar con una amenaza así. Quedaba claro que era una opción poco práctica.

Mason desvió la atención hacia Bridget.

—Necesitamos que alguien que no sea un aficionado en el mundo de la política nos ayude con este tema de Taiwán. En primer lugar: ¿en qué demonios estaban pensando los taiwaneses con esa línea de investigación? Y para continuar, hay que pensar en cómo

nuestro gobierno podría implicarse más en las relaciones Taiwán-China. Lo último que nos falta es un aumento de las hostilidades, y esto tiene toda la pinta de ir a desembocar en eso.

—Entendido. —La mujer asintió—. El senador Martínez resulta útil debido a su veteranía, y tengo unos cuantos contactos entre los representantes de Utah que son de confianza y sabrán comportarse como adultos.

—Bien —Mason tamborileó en la mesa con los dedos y adoptó una expresión amarga—. Ahora que sabemos que la dichosa sustancia puede convertirse en polvo y rociarse en una zona considerablemente grande, ¿qué hay de lo que ha hecho China con sus dichosos globos? No hace falta que le pregunte a Bridget para saber que los americanos estamos bajo amenaza, pero Sekou, Gregor, Richard ¿han llegado globos a vuestras regiones?

Sekou negó con la cabeza, pero Gregor, con un ligero acento alemán, dijo:

—Esos globos de altura han cruzado el espacio aéreo de Europa del Este y Rusia en numerosas ocasiones. Hemos hecho un seguimiento de las comunicaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y China y los chinos siempre han esgrimido la excusa de que había sido un accidente. En nuestros casos, la UE nunca lo llevó más allá y los globos acabaron perdiéndose sobre el océano Atlántico. Se desconoce lo que sería de ellos.

—Tanto Taiwán como Japón han visto también su espacio aéreo invadido por esos engendros chinos del terror —dijo Richard mientras escribía algo en una libreta—. De hecho, ayer mismo un globo cruzó Hokkaido. China dijo que se trataba de una sonda meteorológica arrastrada por una corriente de viento aislada. De todos modos, fue abatido por un jet de las fuerzas de autodefensa de Japón y cayó en el océano Pacífico.

—Brice, ¿cómo está la situación con nuestro activo manchú? —preguntó Mason.

La mención del activo manchú enseguida llamó la atención a Alicia. Era uno de los aspectos más sombríos del informe que había leído en el vuelo a Taiwán.

—Tengo malas noticias al respecto. —Brice pasó varias páginas de la libreta—. Perdimos su señal de transmisión al este de una localidad llamada Yuchin, en el norte de China, muy cerca de la frontera con Rusia.

—¿Crees que han descubierto a nuestro agente? —preguntó Mason.

—Lo dudo, sobre todo porque ocurrió a solo diez minutos de una base militar que sabemos que está escondida en un valle enclavado entre dos cadenas montañosas. Llevaba viajando tres horas más o menos a una velocidad constante, o sea que, si lo hubieran descubierto, imagino que habría sido mientras viajaba. Además, esa parte del mundo es casi virgen. Es muy complicado llevar y sacar a agentes, y más yendo por la ruta que tomaron. No me extrañaría que durante el viajeencontraran un terreno accidentado y nuestro agente se golpeara la cabeza con el vehículo, lo que podría haber dejado el transmisor inutilizado. Y a juzgar por los mapas orográficos que tenemos de la zona, iban muy rápidos para ese terreno. No sé muy bien cómo lo hicieron.

Mason frunció el ceño.

—Entonces, ¿sabemos adónde iba nuestro agente?

—Sí. —Brice asintió—. Y teniendo en cuenta lo que sabemos es casi seguro que allí es también adonde se llevaron las armas químicas robadas.

—Un momento —intervino Lucy—. ¿Cómo sabemos adónde se llevaron las probetas con la sustancia?

Brice miró a Mason y el director negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo desvelarlo en esta reunión. Baste decir que tenemos información fiable al respecto.

—Eso nos lleva a los siguientes pasos —declaró Mason—. Supongo que no podemos activar al agente de forma remota, ¿no?

—Lo siento. —Brice negó con la cabeza—. Lo he intentado de distintas formas. No podemos.

—Lo que significa que tenemos que enviar a alguien a la base para que interactúe con él. —Mason se giró hacia Richard—. Sé que no tenemos a nadie en esa base militar en concreto, pero sí que tenemos agentes femeninas locales, ¿no?

Richard frunció el ceño.

—Si te refieres a candidatas que puedan compartir cama, no. Las mujeres que tengo en operaciones son casi todas de edad avanzada. Las pocas jóvenes que tengo que hablan mandarín no participan en operaciones, son administrativas.

—Oh, mierda… —Lucy refunfuñó y sacudió la cabeza.

—Ni lo pienses, Lucy —puntualizó Mason.

—No me has oído ofrecerme voluntaria, así que no me digas que no puedo ir si decido hacerlo.

—No. En esta ocasión me niego en redondo a que vayas. —Mason habló con rotundidad—. Tú no eres consciente, pero hay un auténtico avispero entre tus viejos amigos de la Tríada que quieren encontrarte. No pienso permitir que vayas de Guatemala a Guatepeor. Hay cámaras en prácticamente todas las esquinas de las zonas rurales de China, así que imagínate en las ciudades. Tus amigos te encontrarían y, aunque no pudieran atacarte directamente, encontrarían la forma de conseguir que todos los agentes de policía y los militares chinos te buscaran dentro de sus fronteras. No. Esta vez no.

—¿Qué quiere decir «compartir cama»? —preguntó Alicia.

—No. —Lucy negó con la cabeza y miró a Alicia con expresión de advertencia—. Te lo prohíbo. Tu padre se opondría. De ninguna manera.

Alicia notó cómo la ira le encendía las mejillas y miró a Lucy con mala cara.

—Lo único que pregunto es qué significa.

—Lo que significa es una chica joven y guapa que acaba acostándose con su enemigo —dijo Mason—. Puede parecer primitivo y ordinario, pero en ciertas partes del mundo no es raro que las mujeres superen controles de seguridad e incluso le saquen información a un hombre intimando con él. Incluso en bases militares de alto secreto.

—No vas a hacerlo, Alicia. —Lucy volvió a negar con la cabeza—. Ya te hablé de Doug, te pondrá en peligro. No puedo permitirte hacer esto.

A Alicia se le erizó el vello de la nuca por la indignación que la embargó al enfrentarse a la mujer que se había desvivido por ella.

—¿Hay alguna otra opción? ¿De verdad piensas que es viable esperar a ver qué hace China con esa arma química que ha robado? Yo no quiero que mi familia ni otras personas inocentes sufran ningún daño.

Lucy le devolvió la mirada de enfado.

—No todo es responsabilidad tuya. Aún estás en período de formación.

Volvió la mirada hacia el monitor, un tanto molesta porque el enfrentamiento se estuviera produciendo ante un montón de desconocidos.

—Director Mason, si no hay nadie más, estoy dispuesta a ir, pero necesito mucha más información sobre cómo actuar exactamente.

Mason asintió y se volvió hacia los demás.

—¿Alguien dispone de una agente de operaciones de origen asiático, joven y relativamente atractiva, con conocimientos de mandarín? —Cuando todos negaron con la cabeza, suspiró—. Lucy, voy a enviar a dos agentes de seguridad a la embajada para recogeros a las dos. Volveremos a hablar en cuanto tenga claras unas cuantas cosas por mi parte. ¿Alguien tiene algo más que añadir?

—Doug, Alicia no está preparada —espetó Lucy con tono gruñón.

—Bueno, vamos a dejarlo aquí. Gracias por asistir a la reunión habiéndoos avisado con tan poca antelación.

La transmisión de vídeo finalizó y la puerta del SCIF se abrió.

Alicia se levantó y, al ver a Lucy levantarse también de la silla, se dio cuenta de que las dos seguían llevando la misma ropa que en la fiesta del Taipéi 101. Intentó desesperadamente no pensar en lo comprometido que era llevar un vestido tan ajustado y escotado en una videollamada con gente del trabajo.

—Si Mason va a enviar a alguien a buscarnos, no voy a ir vestida así.

Lucy se volvió hacia ella y le habló con un tono que no dejaba margen para objeciones.

—No vas a ir a esa misión.

CAPÍTULO CATORCE

Anochecía cuando Alicia entró en una parte de la ciudad que parecía un tanto hostil. Había tanta gente en las calles que no cabían dos coches circulando sin que uno de ellos se subiera a la acera.

—¿Cómo demonios te orientas aquí? No hay ni un solo cartel —preguntó Alicia al conductor, que pertenecía a la Panda.

Él dio una palmada en el lateral del navegador.

—Los mapas aéreos son muy útiles para aprenderse las callas, pero conozco muy bien este lugar. —Señaló un edificio y dijo—: ¿Ves? Ahí hay un letrero escondido entre el toldo de los restaurantes Hot Pot y Pho. Vamos en dirección sur por la calle 123 desde East Nanjing Road.

Giró a la izquierda y la calle se estrechó aún más.

—Ahora estamos en el callejón 4. Muy sencillo.

Alicia sacudió la cabeza y dio las gracias a todo lo divino por no tener que conducir por ahí.

Las aceras junto a las que pasaban estaban llenas de pordioseros, prostitutas y alguna que otra banda de machotes callejeros. Curiosamente, aquel era el tipo de sitio en el que Alicia habría esperado encontrar la entrada a una de las propiedades de la Panda. Al fin y al cabo, la sede estadounidense se encontraba en una zona de D. C. muy sórdida, literalmente debajo de un viejo antro.

Empezó a llover y muchos transeúntes corrieron a guarecerse.

—Nos acercamos al *night-club* —dijo el conductor.

—¿Al *night-club*?

El conductor esbozó una sonrisa, la primera señal de emoción que transmitía, pero no dijo nada.

Se detuvieron delante de un edificio feo donde había dos hombres apostados a sendos lados de unas puertas dobles, protegidos de los elementos por un toldo rojo. Sonaba una música tecno procedente del interior.

El conductor no dijo nada, y Alicia cogió su bolsa y bajó del coche. En cuanto cerró la puerta tras ella, el conductor revolucionó el motor y se desvaneció en la noche.

«No vas a ir a esa misión».

La orden de Lucy se repetía en su cabeza y Alicia esbozó una sonrisa. Brice la había informado en la media hora de trayecto hasta aquel lugar y, aunque la misión era sin duda muy peligrosa, se sentía curiosamente cómoda con lo que se le pedía. Comprender lo que estaba en juego, los millones, por no decir miles de millones de vidas que corrían peligro, provocaba un sutil cambio de mentalidad y perspectiva. Para salir airosa de aquello necesitaría algo que sabía que, en lo más profundo de su ser, debía superar... y que superaría.

A esas alturas había desechado cualquier otra opción y había quemado un puente metafórico tras ella.

Alicia se acercó a la puerta. Los guardas eran del tamaño de luchadores de sumo.

—Tengo que reunirme con alguien aquí.

—Tendrá que mostrarme un documento de identidad, señorita Yoder —dijo uno de ellos. Su voz era tan grave que sonaba como el roce de dos piedras.

Alicia se preguntó cómo podían saber su nombre, pero sacó el pasaporte y vaciló, consciente de que en él figuraba otra identidad.

El portero negó con la cabeza.

—No ese tipo de documento, señorita.

Alicia tardó un segundo en caer en la cuenta. Sacó la moneda de su bolsillo y la sostuvo en alto. El matón la cogió por el otro lado y el led se encendió.

Los gorilas se hicieron a un lado dejándole paso.

Al abrir la puerta, Alicia se preparó para un atentado auditivo. Pero, a pesar del sonido de la música tecno que salía por la puerta, en el interior del edificio reinaba un silencio absoluto. Y cuando cerró la puerta tras ella oyó el sonido amortiguado de la música… procedente del exterior.

O, mejor dicho, de la puerta.

Era un montaje.

Alicia recorrió la entrada con la mirada y tuvo una clara sensación de *déjà vu*. Ella nunca había estado allí. Era la primera vez que estaba en Taiwán, pero ¿acaso había estado en un lugar parecido? No lo recordaba. Las lagunas de su memoria apuntaban a algo, pero quedaba fuera de su alcance.

Se quedó en un vestíbulo revestido de madera que olía a cera de lustrar y tabaco de pipa. Al otro lado de la estancia había una recepción regentada por una mujer mayor bajita, asiática, con el pelo laboriosamente recogido con unas horquillas.

—Señorita Yoder, me dijeron que vendría hoy. —Hablaba inglés con un ligero acento británico—. Su identificación, por favor.

Esta vez, Alicia sí supo qué hacer. Sostuvo la moneda y, cuando la recepcionista cogió el otro lado, la moneda empezó a brillar.

—Muy bien, señorita. Me alegro de conocerla. Soy la señora Yang, propietaria de este establecimiento.

Alicia miró a su alrededor.

—Lo siento, señora Yang, pero ¿qué es este lugar?

—Es una pregunta sencilla con una respuesta complicada. Este establecimiento satisface las necesidades de quienes buscan ayuda. Y creo que usted tiene esta necesidad.

—Bueno, estoy aquí para prepararme para una misión.

La señora Yang señaló un pasillo situado a la izquierda de Alicia.

—Ah, sí. El director Mason me dejó instrucciones. Sígame, por favor.

El pasillo estaba iluminado por candeleros de estilo antiguo con bombillas que titilaban como si tuvieran una llama dentro. Al final del pasillo había una puerta ligeramente entreabierta.

—Señorita, esta es la sección de nuestro intendente —informó la señora Yang—. Esta ala se abrió cuando usted llegó. —Se detuvo

ante la puerta, se apartó a un lado e hizo un gesto grandilocuente—: Adelante.

Alicia empujó la puerta y le sorprendió la lentitud con la que se movía. Tenía quince centímetros de grosor y debía de pesar casi cien kilos, pero las bisagras estaban bien lubricadas y no emitía ningún ruido al abrirse. Cruzó el umbral y se encendieron las luces de una habitación llena de casillas sin identificar. Alicia no veía la forma de abrirlas.

La señora Yang señaló un poste en el centro de la habitación. A la altura de los ojos había un visor, parecido a un periscopio de submarino.

Alicia acercó los ojos al visor. Una luz verde parpadeó y se oyeron una serie de clics. Retrocedió y miró a su alrededor. Varias casillas se habían abierto.

—Empecemos por esta parte de la habitación, ¿de acuerdo, señorita? —propuso la señora Yang, gesticulando.

Ella se quedó quieta, miró a la elegante mujer y recorrió el resto de la habitación con la mirada. Tenía la impresión de estar en una guarida oculta de película de John Wick. Entre la sede central y aquel sitio, quedaba claro que la Panda tenía debilidad por lo dramático.

La curiosidad de Alicia la llevó a acercarse a la primera casilla abierta. En el interior encontró una muda de ropa, incluidas unas botas de cuero negras, calcetines, un sujetador y ropa interior, junto con un uniforme militar que enseguida vio que era del EPL, el ejército chino. La insignia del collar indicaba que el uniforme pertenecía a un sargento primero. Bajo el uniforme había un pasaporte de color rojo de la China continental. Lo abrió y vio la cara que le devolvía la mirada.

—Interesante.

Había otro documento de identidad en un librito rojo, el carné militar también con su foto, y un carné de conducir chino.

—Es un elemento necesario para cualquier agente que trabaje tras las líneas enemigas —explicó la señora Yang—. Puede prescindir de su viejo pasaporte. Ya no lo necesita. Además, póngase el uniforme. Debería ser de su talla.

Alicia se giró para colocarse frente a la mujer. Con su pelo entrecano y rostro arrugado, aparentaba cerca de la setentena, pero tenía una voz poderosa, una postura perfecta y desprendía una energía juvenil.

—¿Cuánto tiempo lleva dedicándose a esto? —preguntó Alicia.

—¿Esto, señorita? ¿A qué se refiere?

—Acompañar a la gente en lo que estoy haciendo.

—¿Se refiere a prepararlos para una misión?

—¿Es de lo que se trata?

—Por supuesto. Y con respecto al tiempo que llevo dedicada a esto… —La señora Yang apretó los labios murmurando para sí—: Calculo que debe de ser ya mi cuarta década. Sí, unos cuarenta años.

Alicia abrió unos ojos como platos.

—Supongo que estoy en buenas manos.

—Sin duda, señorita.

—Puede llamarme Alicia.

—Muy amable por su parte, pero creo que, después de cuarenta años, es más probable que entre en combustión espontánea que que me salte el protocolo.

Alicia se echó a reír. Aquella mujer le caía bien.

—¿Tengo que cambiarme ahora?

—Creo que sería lo mejor. —La señora Yang señaló una mesa situada junto al escáner biométrico—. Por favor, mantenga la identidad asignada por la Panda, dado que está asociada a su firma biométrica. Déjeme el resto a mí y yo me encargaré con mucho gusto.

Cuando hubo terminado, la señora Yang señaló la siguiente casilla.

—¿Continuamos, señorita?

En la casilla había un chaleco ligeramente acolchado. Alicia se quitó la chaqueta militar y se enfundó el chaleco.

—¿Kevlar?

—Sirve para lo mismo que los que llevan los militares. Sin embargo, estoy segura —dijo la señora Yang, sonriendo—, de que le parecerá muy eficaz y fácil de disimular.

Alicia se ajustó las tiras y volvió a ponerse la chaqueta.

—No sé lo eficaz que será comparado con los que llevan los militares estadounidenses. Durante mi formación en la academia del FBI llevé un chaleco de batalla con SAPI y ESBI, placas de protección contra armas pequeñas, y placas balísticas laterales reforzadas, y lo cierto es que no se me habría ocurrido ponerme nada encima.

—Sí, bueno… la Panda ofrece a sus agentes lo mejor que existe. La categoría militar no es siempre la mejor, normalmente es lo contrario, en cualquier país. Lo mejor es lo que usted lleva. En cualquier caso, el ejército también tiene distintas prioridades según de lo que se trate.

La tercera casilla abierta contenía un cuchillo robusto con una hoja de quince centímetros y su funda. También había una cartera con dinero chino y una tarjeta Visa del Banco de China.

—Señorita Yoder, debo informarla de que las leyes sobre armas en China difieren de las de Estados Unidos. Observará que no se le entrega un arma de fuego, y está hecho a propósito. Llamaría una atención indebida hacia su persona y su misión, dado que casi ningún miembro del ejército o de las fuerzas policiales chinas lleva una, a no ser que haya un motivo concreto. Y el cuchillo, le recomiendo que lo esconda.

—De acuerdo, que no vaya blandiéndolo por ahí —dijo Alicia—. Entendido.

La señora Yang la condujo a la cuarta y última casilla. Contenía un teléfono móvil y un estuche para lentillas.

—Por favor, active el móvil pasando el dedo por el lector de huellas.

Alicia obedeció; el teléfono se encendió y empezó a sonar.

—¿Diga?

—Hola, Alicia, soy Brice. Esta es la segunda parte de la charla que te prometí que tendríamos. ¿Sabes cómo ponerte unas lentillas?

—Más o menos. Aprendí con mi padre un día que nos disfrazamos para Halloween.

—De acuerdo, desenrosca la tapa y ponte la lente. No está pensada para corregir la visión, no lo necesitas, ya verás para qué

sirve.

¿Para qué sirve? Alicia desenroscó la tapa y examinó la lente sumergida en la solución salina. Recorrían su superficie transparente unos hilillos plateados.

—¿Qué son esos hilillos plateados?

—Son canales de fibra óptica intercalados con matrices de nanotubos de carbono. Cuando te la pongas no los verás. Póntela en el ojo derecho, es del que tenía las mediciones.

—De-de acuerdo —tartamudeó, emocionada y cautelosa por igual.

Pescó la lentilla con la yema del dedo índice y observó la temblorosa lente. Aquella era la parte que odiaba. Cuando acercó el dedo al globo ocular, se preguntó cómo habría personas que optaban por las lentillas voluntariamente. La idea de colocarse algo en el ojo le parecía una locura, pero ahí estaba ella haciendo exactamente eso.

—Ya sabes cómo va, presiona ligeramente y la lente se adaptará sola al ojo. Basta con que parpadees unas cuantas veces y quedará bien colocada automáticamente.

Alicia obedeció y, cuando parpadeó para eliminar la solución salina sobrante, el mundo se tornó borroso. Se secó la zona dándose unos toquecitos y miró a su alrededor. No veía nada raro.

—Vale, ¿ahora qué?

—Mira el teléfono y ve a la página de inicio. Verás una *app* con el icono de un globo ocular.

—Qué bueno.

—Lo mismo pensé yo —bromeó Brice—. Bueno, dale un toque al ojo para activarla y ya está. Funcionará siempre que dispongas de conexión Wi-Fi.

Alicia miró su teléfono y, en cuanto tocó en la aplicación, apareció un mensaje de «conectando» ante su ojo derecho. Era como una pantalla transparente. Le producía una sensación extraña porque el texto parecía estar al alcance de su mano pero, cuando recorrió la habitación con la mirada, se dio cuenta de que, de alguna forma, la imagen se proyectaba en el interior de su ojo.

—De acuerdo, dice que está conectando.

Miró a la señora Yang y, de repente, en el rostro de la propietaria apareció un recuadro rojo bajo el que destellaba la palabra «desconocida».

—¡Uau! Cuando miro a la señora Yang enmarca su cara y dice «desconocida».

—¡Excelente! —exclamó Brice. Alicia oyó el sonido de unas teclas al otro lado de la conexión y notó que el móvil sonaba—. Mira el mensaje que te acabo de enviar.

Alicia miró el mensaje y vio el rostro de un desconocido. Ella no reconocía la cara, pero su lentilla enmarcó a aquel hombre, de calva incipiente, en un recuadro verde y apareció un texto en letras brillantes que decía «Larry Correia, autor». Mientras contemplaba la imagen, fueron deslizándose hacia arriba más datos biográficos.

—Qué guay. —Se giró y volvió a centrarse en la imagen. Empezaba por el nombre y la profesión—. O sea que identifica a quien estoy mirando y si sigo mirando me proporciona información biográfica.

—Sí, y te he codificado cosas con colores basándome en una valoración de tres puntos acerca de la procedencia de la identificación, las relaciones criminales y las órdenes judiciales u otros tipos de alertas. —Entusiasmado, Brice se dispuso a explicarle el invento hablando muy deprisa—. De hecho, colaboré con un amigo de tu padre, un tipo llamado Denny, al que quizá conozcas.

Alicia sonrió y recordó a aquel afroamericano alto y delgado que le servía bebidas en el bar de su propiedad. Conocía a Denny desde pequeña, pero ignoraba que fuera un as de la tecnología.

—Resulta que Denny y yo fuimos juntos a clase hace siglos. Pero volvamos a la lentilla. Esta tecnología es posible debido a los últimos avances en el silicio, que me permiten calcular rápidamente las funciones *hash,* que utilizo casi como una huella dactilar para la imagen que estás mirando, transmito la función *hash* al teléfono y entonces puedo hacer búsquedas rápidas…

Alicia sonrió y dejó que Brice se explayara con algo que escapaba a su comprensión e interés. Accedió a un navegador y fue mirando fotos al azar: todas las personas iban siendo identificadas rápidamente y recibió distintos niveles de datos biográficos de cada

una. En cuanto Brice agotó su retahíla de explicaciones, Alicia preguntó:

—Así que la lentilla puede distinguir a la mayoría de las personas cuya imagen veo en mi teléfono e identificarlas, pero no identificó a la señora Yang. ¿Hay algún…?

—Para la búsqueda, utilizo los API del modo administrador para acceder al NGI, el sistema de identificación del FBI de próxima generación, el NCIC, la INTERPOL, la base de datos de pasaportes que tiene el departamento de Estado y servicios de pasaportes de una centena de países. Joder, incluso recurro a la búsqueda de imágenes inversas de Google si es necesario. Sin embargo, como he borrado a prácticamente todos los miembros de la Panda de esos repositorios, la búsqueda no funciona bien con nosotros. Con una excepción.

El teléfono le volvió a sonar.

Alicia lo miró y vio en la pantalla a un hombre asiático. Su lentilla enseguida lo enmarcó en un recuadro verde.

—Ah, vale es este. ¿El coronel Xi Bo del EPL es nuestro candidato manchú?

—Es el objetivo del que te hablé —afirmó Brice—. Tal como te he dicho antes, rastrearé tu progreso a través del teléfono. Llévalo encima en todo momento. Y tendrás que reiniciarlo cada hora, porque si no la lentilla dejará de estar sincronizada con él, y solo tú puedes hacerlo. Teniendo eso en cuenta, cuando llegues a Harbin me aseguraré de que tu transporte esté listo. Mira el teléfono nada más llegar, te dirá qué vehículo buscar. ¿Alguna pregunta?

—No, por ahora no.

—Ten cuidado y que tengas suerte.

La línea quedó en silencio y Alicia se guardó el móvil en el bolsillo.

Se volvió hacia la señora Yang y dijo:

—¿Ahora qué?

—Sígame, señorita.

La señora Yang la condujo por el mismo pasillo por el que habían entrado, pero en lugar de dirigirse al vestíbulo las llevó por unas escaleras descendentes. Alicia estaba convencida de que el vestíbulo

estaba por ahí. Era un pasillo recto… no podían haber dado media vuelta.

—Un momento. ¿Dónde está el vestíbulo? —preguntó Alicia.

La señorita Yang hizo un sencillo gesto hacia las escaleras.

—Señorita, el tren la espera.

—¿El tren?

Mientras Alicia hablaba, oyó un clic detrás de ella y se dio la vuelta… y se encontró de cara a una pared vacía.

—Un momento —dijo—. ¿Dónde narices está el pasillo? ¿Dónde está la sala de las casillas? —Volvió a darse la vuelta y se dio cuenta de que estaba sola—. ¿Dónde está la señora Yang?

La señora había desaparecido.

—¿Qué demonios ocurre?

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Alicia al empujar un panel de madera aparentemente sólido. ¿Acaso los pasillos estaban en una especie de ruedecitas y se desplazaban en silencio mientras estaba de espaldas? De repente, tenía la sensación de estar en una casa encantada.

—¡Odio las casas de la risa! ¿Alguien me escucha? —Volvió a darse la vuelta rápidamente, pero no vio movimiento ni oyó respuesta alguna.

Alicia no sabía lo que estaba pasando pero no le quedaba más remedio que bajar.

Bajó por las escaleras. Desembocaban en un pequeño andén, de apenas tres metros de ancho, donde un vagón de tren aerodinámico la esperaba con las puertas abiertas. De nuevo, Alicia no tenía más remedio que subir.

Las puertas se cerraron detrás de ella y una voz incorpórea anunció:

«El tren partirá en diez segundos. Sujétese a un pasamanos o es probable que se vea impelida hacia atrás. Es todo cuanto debe tener en cuenta».

—Genial. —Alicia tomó asiento y se agarró a una de las barras verticales.

«Cinco segundos. Cuatro, tres, dos, uno».

Alicia se deslizó hacia atrás cuando el tren aceleró a una velocidad de coche de carreras. En cuestión de segundos, el viento silbaba ferozmente mientras el tren volaba a través de la oscuridad.

Dada la alta velocidad del tren, Alicia no tenía ni idea de cuánto tardaría en llegar a su destino. No obstante, los minutos iban pasando y lo único que veía era oscuridad. Consultó su reloj varias veces. Treinta minutos. Cuarenta. Una hora.

—¿Qué longitud tiene este túnel?

Alicia se despertó sobresaltada y durante unos instantes pensó que se había quedado ciega.

El vagón estaba casi completamente a oscuras y seguía circulando por la vía subterránea a una velocidad inimaginable. Cogió el teléfono y se percató de que no había hecho una pequeña siesta, sino que había dormido casi cinco horas.

La lentilla se reactivó y, con el ojo derecho, vio cómo iban apareciendo mensajes.

Después de haber dormido, Alicia se desperezó y se sintió como nueva. Habían transcurrido seis horas cuando notó una sacudida en el vagón. El aullido del viento cambió de intensidad a medida que el tren desaceleraba. La voz incorpórea volvió a oírse.

«Llegaremos al piso franco de Harbin en unos cinco minutos. Por favor, no baje del tren hasta que se detenga por completo».

—¿Harbin?

¡Uau! Aquello iba mucho más rápido de lo que había creído. Alicia pensó que quizá el tren había cruzado el estrecho de Taiwán hasta Hangzhou o quizá incluso Shanghái, pero ¿Harbin? Aquello estaba a más de dos mil kilómetros.

Hizo los cálculos mentalmente e imaginó que era posible… si la Panda tenía un tren subterráneo que cruzaba el Mar de China Oriental, bajo las dos Coreas, y hasta Harbin. ¿Era posible? ¿Y todo ello para uso exclusivo del personal de la Panda, un tren de velocidad equiparable a la del tren bala japonés?

Resultaba evidente que la Panda tenía precisamente ese tipo de tren.

Alicia se apeó en cuanto se abrieron las puertas. Un hombre mayor la esperaba en el andén y la recibió con un saludo.

—Señorita Yoder —dijo con un fuerte acento chino—, ¿me enseña su identificación, por favor?

Después de que Alicia repitiera el proceso de la mutua identificación con la moneda, el hombre señaló las escaleras que tenía detrás.

—Bienvenida a Harbin, señorita Yoder. Su transporte la espera en el exterior.

CAPÍTULO QUINCE

Desde la parte trasera de un taxi, Alicia contempló el entorno mientras circulaban por Yichun. La ciudad era famosa por la industria maderera y minera. Era una modesta ciudad rural, nada parecido a Taipéi o Nueva York, y resultaba curioso que se viera tanta gente teniendo en cuenta la relativamente baja densidad de población. Tal vez en la mentalidad china no se contemplara nada parecido a las zonas residenciales típicas de Estados Unidos. O estaban todas las viviendas apelotonadas, o pasabas a zonas rurales donde el vecino más cercano estaba casi en otro huso horario.

El conductor señaló a la derecha.

—Son los grandes almacenes Shunhe. Muy famosos. Muy, pero que muy famosos.

Alicia observó el abarrotado mercado al aire libre, lleno de cientos de diminutos puestos repartidos por una gran plaza que ocupaban todos y cada uno de los rincones libres que había entre los comercios de ladrillo. Aunque Alicia procedía de una región agrícola de Pensilvania, estaba convencida de que los amish habían montado mercados más grandes que aquel.

—Muy, pero que muy famoso. —El conductor señaló otro sitio, aparentemente al azar.

Alicia asintió, planteándose seriamente si lo que aquel hombre consideraba muy famoso tenía motivos para serlo.

El navegador sonó por un altavoz defectuoso que crepitaba.

«Diríjase al oeste por Daxue Road hacia Hongqi Street».

—Vamos a ir a la tienda de motos, ¿verdad?

—Sí, sí, sí. Un sitio muy famoso. Se lo enseñaré.

El navegador empezó a escupir una serie de confusas indicaciones a medida que se acercaban a una rotonda.

«En la rotonda, tome la segunda salida y manténgase en Hongqi Street en dirección a Xuefu Street, Keji Blvd, Technology Avenue, Guang fu Road, Bin Jiang Road, Wan xin Street, He da Hwy».

Daba la impresión de que al aparato le estuviera dando un ataque intentando describir todas las callejuelas que la rotonda conectaba.

«Gira a la derecha en Guang fu West Road».

El taxi tomó la primera a la derecha.

«Gira a la izquierda en Jian ye Lane».

Alicia vio a la derecha un logo que le resultaba familiar y exhaló un suspiro de alivio.

«Gira a la derecha en West Chang'an Road».

El taxi paró delante de la pequeña tienda de motocicletas Yamaha, emparedada entre una tienda de fideos y una librería. Cuando el conductor estaba a punto de hablar, Alicia señaló el comercio y dijo:

—La muy pero que muy famosa tienda Yamaha. Ya lo veo.

El conductor le dedicó una mirada que ella no supo cómo interpretar, pero parecía divertido. Dio un toque impaciente a la pantalla del ordenador, que mostraba el importe de la carrera.

Alicia pagó, bajó del vehículo y el taxi se marchó a toda velocidad.

Tiritando porque hacía mucho frío, agradeció que ya faltara poco para el verano en aquella parte del mundo. Si sus nociones de geografía no la engañaban, no estaban demasiado lejos de Siberia, y si ahora hacía frío, no quería ni imaginarse cómo sería en invierno. De repente, Alicia agradeció el aislamiento que le proporcionaba el chaleco que llevaba bajo la chaqueta del uniforme militar.

Entró en lo que se suponía que era el parking de la tienda, que no era más que un patio de cemento. Delante de la fachada había

veinte modelos de moto distintos y no pudo evitar sonreír ante los recuerdos que la asaltaron.

Tiempo atrás su padre había enseñado a todas sus hijas a conducir un coche con cambio de marchas manual, y las nociones básicas para llevar una moto, aunque se negó a dejarles conducir vehículos de dos ruedas si no estaba él presente.

Recordó sus palabras con claridad: «Al menos con un coche hay metal entre vosotras y el idiota que tengáis al lado. No es que desconfíe de vuestra capacidad para tomar buenas decisiones, sino que no confío en la gente que circula por la carretera».

Él no sabía que, cuando estaba en Princeton, una de sus compañeras de piso tenía una Honda Rebel 500 que Alicia cogía de vez en cuando. Había disfrutado llevando la moto por el campus y sintiendo el aire en la cara.

Al examinar las motos expuestas, agradeció ver las piezas que conocía en su sitio correspondiente. La palanca del freno derecho en la parte derecha del manillar, el embrague a la izquierda. El cambio de marchas y el freno trasero estaban cerca de los reposapiés izquierdo y derecho respectivamente. Pasó la mano por la consola central y sonrió.

Le sorprendió lo emocionada que estaba ante la idea de volver a llevar una moto.

Un hombre de mediana edad salió de la diminuta oficina acristalada y dijo:

—¿En qué puedo ayudarla?

Un recuadro verde enmarcó el rostro del vendedor y delante de ella fueron apareciendo el nombre y la profesión: *Kenly Xing, vendedor de Yamaha Motor China Co., Ltd.* Iba a tardar un tiempo en acostumbrarse a que la lentilla proyectase en su ojo información sobre las personas.

Alicia asintió.

—¿Cuál de estas es más todoterreno?

—¿A qué se refiere? —El vendedor estaba desconcertado.

—Pues, si quisiera ir en moto fuera de la típica autopista…

—No se recomienda.

Alicia frunció el ceño y continuó:

—De todos modos, si necesitara hacerlo, ¿cuál de estas tiene el motor más potente?

El hombre se acercó a una de las motos y dio una palmada en el sillín.

—Esta tiene un motor de 250 cc. Es la más potente que vendemos.

Alicia echó un vistazo a la moto y golpeó uno de los neumáticos con la bota.

—Esta tiene las ruedas muy lisas; ¿no resbalarán en tierra?

—No se recomienda —insistió.

—Ya sé que no se recomienda. —Alicia empezaba a hartarse de aquel hombre. Aquella no era manera de vender… tomó aire y exhaló lentamente, recordándose que estaba en China. Los comunistas no necesariamente tenían las mismas motivaciones a las que estaba acostumbrada en una sociedad capitalista. El tipo cobraba de todos modos, y probablemente le importara un bledo si vendía o no—. ¿Qué capacidad tiene el depósito?

—La capacidad del depósito es de 11,5 litros. Más que suficiente.

¿Cómo demonios sabe este hombre lo que es suficiente? «Respira, Alicia, respira».

Alicia calculó mentalmente hasta dónde necesitaba ir y se dio cuenta de que probablemente bastara.

—Vale, ¿cuánto cuesta?

—¿Tiene efectivo? —preguntó el hombre.

Tenía algo de dinero en metálico, pero seguro que no bastaba para comprar una moto.

—Tengo tarjeta de crédito.

El hombre negó con la cabeza.

—No aceptamos.

Alicia miró hacia la oficina y vio varios logos de tarjetas de crédito colgados en sitios bien visibles del cristal. Señaló hacia allá y dijo:

—La oficina de la que acaba de salir parece decir otra cosa. ¿Ve ese logo de Visa? Pues significa que aceptan Visa.

—Está mal. —El hombre ni siquiera miró hacia atrás—. Acepto efectivo. Si no tiene dinero en metálico, pues que pase un buen día.

—Se volvió, regresó a la pequeña oficina acristalada, se sentó en un taburete y se puso a toquetear el móvil.

Alicia se quedó boquiabierta y se sintió embargada por una ira irracional. Retrocedió varios pasos y luego se alejó de la tienda para respirar y serenarse.

El estómago le gruñó al ver un puesto callejero con un hervidor humeante y un wok en el que estaban salteando varios ingredientes para un cliente que esperaba.

Observó al cocinero que preparaba la comida en el wok ardiente. Era un hombre mayor y se dio cuenta de que debía de llevar cocinando así más años de los que ella tenía.

Cuando sirvió al cliente, la miró y dijo:

—Hoy cocino al estilo cantonés. ¿Quieres *chow fun* de buey?

Alicia asintió. Se le estaba haciendo la boca agua.

—Serán diez RMB.

Pagó al hombre, que aparentaba unos setenta y pico de años, el equivalente a un dólar y cuarenta centavos y lo observó sacar fideos de arroz del agua hirviendo. Enseguida manipuló los demás ingredientes, salteando las tiras de buey marinado en el wok humeante, añadiendo un chorro de líquido oscuro de una botella de plástico y una cucharada de salsa de un recipiente distinto. Lo saltó todo de manera infalible, como si estuviera dirigiendo una orquesta, y en cuestión de minutos sirvió un plato de fideos calientes en un cuenco de madera, cortó rápidamente en rodajas unos cuantos tomates, pepinos y pimiento rojo, y se lo tendió junto con unos palillos.

Mientras Alicia probaba la deliciosa comida, el cocinero ya preparaba el pedido de otro cliente. En aquel preciso instante, Alicia se dio cuenta de que un día le encantaría viajar y visitar lugares como aquel. Sitios pequeños fuera de los circuitos habituales, como aquella zona remota, que tenían tanto que enseñar a la gente que sabía mirar. Siempre había bondad en el mundo. Y siempre había gente con talento, verdaderas estrellas que solo eran conocidas por quienes vivían en la zona.

Engulló la comida y, aunque tenía el estómago lleno, apuró los últimos fideos que quedaban y le tendió el plato y los palillos a una

mujer mayor, que limpió el plato, lo roció con el líquido de una botella con pitorro y volvió a colocarlo en el carrito para el siguiente uso.

A Alicia se le revolvió el estómago al ver lo poco higiénico que era todo aquello y se dio la vuelta para ignorar lo que acababa de presenciar.

Cuando estaba a punto de sacar el teléfono para mirar si había algún otro lugar al que acudir para encontrar el transporte que necesitaba, oyó alboroto cerca.

—¡Cuidado con la enana!

—¡Cogedla, mirad cómo corre!

—¡No es más que un pato crecido, mirad cómo anda!

Alicia miró hacia el otro lado de la calle y vio a cuatro adolescentes riéndose de una niña que corría sin poder escapar de ellos.

Presa de la ira, gritó:

—¡Meteos con alguien de vuestro tamaño, cobardes!

—¡Venga, cállate la boca! ¡A ver qué haces para impedirlo!

Alicia salió disparada, cruzó la calle a toda prisa y tuvo que sortear un escúter que pasaba.

Los chicos se quedaron boquiabiertos al ver que la habían provocado y salieron corriendo en distintas direcciones. No habían estado lo bastante cerca como para que la HUD de su lentilla mostrara información, y la chiquilla apareció como «Desconocida». Debía de ser muy pequeña y aún constaba en ninguna base de datos.

Alicia se acercó a ella, que lloraba después de las burlas sufridas, y se dio cuenta de que era mayor de lo que había pensado en un principio. Probablemente rondara los trece años. Era una chica con enanismo y probablemente llevara toda la vida sufriendo aquel tipo de burlas. Alicia se agachó y dijo:

—Tranquila. No dejes que te afecte todo esto.

A la chiquilla le costaba respirar después de correr y Alicia le secó las lágrimas y meneó la cabeza.

—Los chicos ya se han ido. Son tontos y no se enteran.

La niña sollozaba y estaba muy afligida.

—Tienen razón. Soy pequeña e inútil.

—¡Tonterías!

A la niña le sorprendió la vehemencia de la respuesta.

Alicia ahuecó la mano bajo la mandíbula de la chiquilla y dijo:

—Quiero que recuerdes una cosa: Dios solo permite que las cosas crezcan hasta que son perfectas. Unas tardan más que otras… en tu caso queda claro que no tardó tanto.

La niña se quedó boquiabierta mirando a Alicia con los ojos muy abiertos, sin saber qué decir.

—Lin, ¿los niños del barrio han vuelto a meterse contigo?

Alicia se giró. El vendedor de motocicletas estaba de pie detrás de ella, y la niña estiró los brazos hacia él y lo llamó papá.

Él la levantó y le frotó la espalda mientras lloraba sobre su hombro. Miró a Alicia y suspiró.

—¿Sigues interesada en la moto?

Alicia se incorporó y se sintió esperanzada.

—Sí.

Él inclinó la cabeza en dirección a la tienda y dijo:

—Vamos a ver si encontramos una adecuada.

Alicia tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no sonreír ni reaccionar de forma externa. Siguió al hombre mientras cruzaba la calle con su hija a hombros, hacia la tienda.

El vendedor le dio su teléfono a la niña y dijo:

—Puedes jugar en la oficina hasta que acabe de atender a esta buena señora.

Se dirigió a Alicia con expresión avergonzada.

—Lo he comprobado y parece que se puede pagar con Visa —dijo—. Solo hay que hacer un poco de papeleo.

Alicia asintió y en aquel momento le dio igual el motivo por el que había cambiado de opinión. Señaló la motocicleta que había visto antes y dijo:

—¿Qué tal esta?

El hombre apretó los labios y dijo:

—¿La quiere para una conducción todoterreno?

Alicia emitió un sonido parecido a un graznido al ahogar la risa que estuvo a punto de salírsele.

—Sí. La necesito como todoterreno.

El vendedor le hizo una seña para que lo siguiera y la llevó al fondo del solar.

—Esta sería mejor.

Alicia sonrió al fijarse en las ruedas nudosas, que mejoraban el agarre en caminos de tierra.

—¿Motor de dos y medio?

—Sí, y depósito de 11,5 litros que tendré el gusto de darle lleno.

Alicia sacó su tarjeta de crédito, o más bien la de la Panda, y se la tendió al vendedor.

—Vendida.

El precio daba igual. Necesitaba lo que necesitaba.

—¿Tiene casco? Se exige por ley, aunque muchos policías no lo tienen en cuenta.

—Me llevo uno. Creo que necesito la talla mediana.

—Vamos a asegurarnos —el hombre sacó una cinta métrica y dijo —: mídase la circunferencia de la cabeza y dígame cuánto es.

Se rodeó la parte central de la cabeza con la cinta métrica y miró el resultado.

—Cincuenta y seis centímetros.

—Le sugiero una talla pequeña. Es más seguro llevar el casco más bien prieto que holgado.

Alicia asintió.

—De acuerdo, probaré la pequeña.

El vendedor dio una palmada a la moto, que era negra, y dijo:

—Creo que tengo uno de la talla adecuada a juego con la moto. Enseguida vuelvo.

Alicia dio una palmada en el sillín de la moto y no pudo evitar sonreír ante la idea de pilotarla, aunque al mismo tiempo se recordaba que tenía muchas cosas posiblemente desagradables por hacer en perspectiva. Aquellos pensamientos sombríos la ayudaban a mantener la excitación a raya.

El vendedor regresó con varios papeles y una caja grande, que le tendió.

—Primero, pruébate el casco.

Alicia abrió la caja, sacó un casco integral y sonrió. Era nuevo y brillante. No tenía ni una imperfección.

Sacó las instrucciones de mantenimiento del interior del casco, se lo puso y, aunque le quedaba bien ajustado, le resultaba cómodo. Levantó la visera y sonrió.

—Me va bien.

El vendedor asintió y le tendió su tarjeta de crédito y unos papeles para firmar.

Aunque no pagaba ella, sino la Panda, Alicia se fijó en el precio y le sorprendió ver lo relativamente barata que le salía la compra. Pensó en la posibilidad de comprarse una moto cuando volviera a Estados Unidos, aunque dudó que allí fuera tan asequible. Probablemente, el precio era el que era porque la moto era de fabricación china, independientemente de la marca. En cuanto acabó de firmar, el hombre le tendió un juego de llaves y le dio una palmada al depósito de gasolina.

—Ya está lleno.

Alicia le estrechó la mano al vendedor, que se veía cansado y mucho menos entusiasmado por la venta que ella.

El hombre regresó a su oficina y Alicia se despidió con la mano de la hija, que la estaba mirando.

La niña sonrió y, acto seguido, ocultó la cara detrás de la pierna de su padre.

Con el corazón desbocado, Alicia sacó su teléfono y dio un toque al icono del globo ocular. En esta ocasión le aparecieron varias opciones y seleccionó la segunda.

Alicia se montó en la moto, subió el caballete, introdujo la llave en el contacto, apretó el embrague y encendió el motor.

La moto se encendió enseguida y la sensación del rugido del motor debajo de ella le resultó fascinante.

Bajó la visera, metió la primera y soltó el embrague lentamente.

La moto avanzó unos centímetros y Alicia recorrió la calle con la vista. Por una vez, entendió un término que utilizaban muchos conocidos suyos aficionados a los videojuegos : realidad aumentada. Aquello había sido una idea abstracta para ella, pero ahora, con la

lentilla y la programación mágica que Brice había ideado, vio la calle tal como era, pero con una flecha señalando a la derecha.

Era la dirección que tenía que tomar.

Emocionada y asustada a partes iguales, Alicia soltó el embrague y avanzó por la calle. Empezaba la parte realmente peligrosa de la misión.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Alicia se encontraba ya a menos de dos kilómetros de su destino y le sorprendió ver lo bien que la moto había respondido por el terreno irregular. Los muslos era lo que se le resentía. Se había dado cuenta bastante rápido de que ir por un terreno pedregoso apoyada en el trasero como era lo normal resultaba ser una experiencia muy incómoda por el zarandeo. Para solucionarlo, tenía que aplicar más peso en los estribos y levantar el culo del sillín. Así, al pasar por los baches y surcos de los caminos irregulares, amortiguaba los golpes con las piernas.

La flecha verde seguía indicándole el camino, pero en un momento dado la hacía continuar recto mientras que el mapa aéreo mostraba que tenía que girar a la derecha para internarse en un valle oculto.

Aminoró la marcha y puso punto muerto para descansar un rato. Se quitó el casco y exhaló un suspiro de alivio al notar la fresca brisa del bosque. Se apartó el cabello sudado y se acercó el teléfono al oído para conectar con Brice.

El teléfono sonó una vez y la respuesta fue inmediata.

—Me estoy acercando.

—Ya lo veo. Buen avance, y confirmo que el general Hong está ahora camino de Pekín para asistir a una reunión de los jefes militares, tal como suponíamos.

Alicia asintió.

—Bien. Eso me facilitará las cosas. ¿Sabes cuánto tiempo tengo antes de que pueda volver y descubrirme?

—No te tomes eso como un factor limitante —advirtió Brice—. Tienes que entrar, cumplir tu objetivo lo más rápido posible y cruzar la frontera tal como dijimos. Recuerda, no le hace falta estar presente para descubrir tu verdadera identidad, le basta con una llamada a la persona equivocada. No confíes demasiado en ningún plan porque así es como las cosas acaban desbaratándose.

—Entendido. —Alicia se tomó la advertencia con calma—. Por un momento se había permitido pensar que aquello iba a ser fácil. Pero Brice estaba en lo cierto, tenía que comportarse siempre como si una o todas las partes del plan pudieran desbaratarse—. Voy a entrar. Probablemente no vuelva a comunicarme hasta que salga de aquí como alma que lleva el diablo.

—No creas que no va a pasar —aseveró Brice—. Obviamente, tú eres quien mejor puede juzgar las condiciones sobre el terreno, pero date cuenta de que, independientemente de cómo pienses escapar, es casi seguro que estarás en una situación complicada hasta que salgas del país. Que tengas mucha suerte y, para que lo sepas, haré lo posible por mantener ocupadas las líneas de teléfono de la base durante las próximas doce horas aproximadamente.

—Gracias. Te agradezco todo lo que hagas. Hablamos a la vuelta.

Alicia se guardó el teléfono en el bolsillo y decidió atar el casco a una agarradera del sillín. Se puso su gorra de camuflaje del EPL, metió la primera y fue soltando embrague.

Circuló con la moto a lo largo de un camino de tierra plano y trillado, lo cual le permitió dar un descanso a sus muslos. Apenas tardó dos minutos en llegar al desvío a la derecha.

El viento frío le alborotaba el cabello y se sintió vigorizada, incluso al atisbar a los primeros soldados, cuya única reacción fue mirar en su dirección cuando los rebasó.

Tardó poco menos de quinientos metros en reducir la velocidad al acercarse a la entrada de la base, que estaba custodiada.

Se le acercaron varios soldados cuyas armas colgaban inertes en el costado, más curiosos que preocupados.

Alicia apagó la moto, se apeó y se guardó las llaves. Uno de los guardas se dirigió a ella.

—¿Te has equivocado de camino, camarada?

Ella negó con la cabeza y desplegó una amplia sonrisa.

—Estoy aquí por orden del general Hong Zuocheng.

—¿Ah sí?

Se le acercó otro soldado, que preguntó:

—¿Puedes enseñarnos una copia de esas órdenes?

—No, no son ese tipo de órdenes. —De los cinco soldados que había en la entrada, tres se le habían acercado y uno estaba al alcance de la mano. Sus identidades parpadeaban en su HUD, catalogándolos para un informe posterior que suponía que tendría que redactar. Habló lo bastante alto como para que los tres la oyeran —. Me han enviado para que ayude al coronel Xi… a relajarse un poco.

El soldado que tenía más cerca se echó a reír y los otros dos sonrieron. Sabían que lo de «relajarse» era un eufemismo, o al menos lo suponían.

Aquel mismo soldado se la quedó mirando con la cabeza ladeada y una sonrisa lasciva. Se le acercó y la repasó de arriba abajo. De repente, alargó la mano, le dio un pellizco en el culo y amplió una sonrisa que puso al descubierto unos dientes torcidos y mellados.

—A lo mejor cuando acabes de «relajar» al coronel tienes ganas de saber lo que es estar con un soldado experto.

Alicia sintió en su interior un sutil clic cuando encajó una pieza de su rompecabezas mental. Propósito. El propósito de cumplir su misión y el creciente deseo de no ser prisionera de los temores de los que intentaba huir desde que la rescataran de las calles.

Le embargó una determinación serena, se encaró con el soldado y le miró el cuello de la chaqueta. Sonrió, le tocó la cara y le acarició la mandíbula con las yemas de los dedos.

A continuación, con un gesto rápido, le dio un cachete en la cara, se agachó y le hizo un barrido de piernas.

El cabo cayó al suelo.

—Soy sargento primera del Ejército Popular de Liberación, a mucha honra —gritó Alicia—. Y honro a mis superiores, oficiales y

suboficiales por igual. Tienes que recordar quién eres, cabo. Recuerda quién eres y qué papel desempeñas en el ejército. Si se te olvida, me aseguraré de que este incidente llegue a oídos del general Hong. ¿Me has oído? ¿Te queda claro?

—¡Sí! —El cabo se levantó como pudo y se cuadró ante Alicia—. Lo siento, sargento. Pido disculpas por mi comportamiento. ¡No volverá a suceder! Se lo juro.

Los otros soldados hicieron una seña a los guardas de la entrada y la barrera metálica empezó a descender.

Alicia miró a los otros dos soldados y se dio cuenta de que su rango era superior al de ellos.

—¿Dónde está el coronel Xi?

Uno de los soldados dio un paso adelante y respondió.

—Acabo de salir del edificio de investigación y táctica y estaba allí. Puedo acompañarla, si lo desea.

Alicia se montó en la moto y señaló el sillín con el pulgar.

—Sube, así iremos más rápido.

El soldado vaciló y puso cara de preocupación.

—Venga ya, no irás a decirme que te da miedo ir en moto con una mujer, ¿no? —A Alicia le divertía verlo reunir el valor para montarse detrás de ella.

Le dio al contacto y dijo:

—Si no quieres caerte, tendrás que agarrarte.

—¿Dónde?

Alicia entornó los ojos y dijo:

—Cógeme de la cintura.

En cuanto se sujetó, Alicia aceleró y el soldado gruñó, muerto de miedo, agarrándose como si le fuera la vida.

—Al fondo del valle. El edificio con las puertas amarillas.

Alicia asintió y aceleró por el terreno regular a más velocidad de la que había alcanzado jamás con la moto.

Notar el viento helado en la cara solía hacerla sonreír, pero el motivo por el que sonreía en aquellos momentos era la imagen de aquel soldado después de hacerlo caer de culo. Más que eso, sonreía por lo que tal acto implicaba.

Era una de las primeras veces en su vida que doblegaba a alguien que la maltrataba.

Le costaba imaginar cómo iba a progresar la misión pero, por lo menos, aquel momento le quedaría grabado en la memoria para siempre.



El llamado «edificio de investigación y táctica» se encontraba a ochocientos metros de la entrada de la base. Cuando Alicia bajó la pata de cabra y apagó la moto, el soldado que la había acompañado estuvo a punto de caerse al suelo al intentar bajarse.

Alicia hizo todo lo posible por disimular su reacción ante el comportamiento del soldado, a quien era obvio que las motos le daban miedo. La divertía y también la desanimaba ver lo acobardado que estaba. La fuerza con que la había agarrado de la cintura le provocaba un dolor palpitante en la parte inferior del abdomen, algo que parecía ocurrirle cada vez más a menudo. O bien se le iba a adelantar la regla o le pasaba algo ahí. Tendría que mirárselo… pero más adelante.

Mientras el asustadizo soldado se esforzaba por tranquilizarse, Alicia se alisó el pelo con los dedos y, con un poco de maña, consiguió recogérselo en una especie de moño bajo la gorra.

—¿Estás bien? —preguntó.

El soldado asintió y le sonrió con cara de mareado.

—Nunca había ido en moto.

—¿En serio? —Alicia sacudió la cabeza y le dedicó una sonrisa cómplice. Señaló las puertas amarillas—. Llévame ante el coronel.

Entraron en el edificio y lo primero en lo que Alicia se fijó fue en que un teléfono sonaba a lo lejos.

No, no era solo un teléfono, sino varios, a los que nadie parecía hacer caso.

«Haré lo posible por mantener ocupadas las líneas de teléfono de la base durante las próximas doce horas aproximadamente».

Alicia apretó los labios con fuerza, y también la mandíbula, para evitar echarse a reír. Brice estaba haciendo lo que había prometido.

Conociéndolo, probablemente hubiera infectado un puñado de ordenadores con un virus que marcaba automáticamente todos los teléfonos de la base.

El edificio olía a moho. No era el tipo de olor que cabría esperar en un lugar donde se investigaba sobre sustancias letales.

Caminaron por un pasillo de bloques de hormigón y Alicia prestó especial atención a la cantidad de intersecciones que iban dejando atrás. Enseguida llegaron a una puerta sin marcas que estaba entornada.

—¿Diga? ¿Diga? —Se oía la voz frustrada de un nombre desde el interior de la oficina, seguida por el sonido contundente del cuelgue del auricular.

Alicia le hizo un gesto al soldado.

—Puedes dejarme.

El soldado asintió y se fue por donde habían venido.

Alicia lo observó y vio que sacaba un teléfono de su bolsillo y se lo acercaba al oído.

—¿Diga? ¿Quién es?

Su voz resonó por el pasillo mientras se guardaba el teléfono, y Alicia oyó que el otro teléfono volvía a sonar en la oficina del coronel.

—¿Quién coño está llamando?

Alicia llamó a la puerta y entró. Sentado tras el escritorio encontró a un hombre con una cara que le resultaba familiar, aunque solo la hubiera visto en formato electrónico.

El coronel Xi dio un portazo y cogió el móvil, que también estaba sonando.

—¿Qué hay? —El hombre hizo una mueca de frustración—. ¿Diga? —Colgó el móvil y el teléfono del despacho empezó a sonar otra vez. Levantó la vista hacia ella. —¿Sabes qué está pasando con los teléfonos?

Ella sonrió y le pidió que lo siguiera.

—Coronel Xi, estoy aquí en nombre del general Hong. Vayamos a dar un paseo. Créame, mejor que deje el teléfono. Alguien estaba

haciendo unas pruebas de comunicación en Pekín y ha estropeado todas las líneas de teléfono de esta zona.

El coronel se levantó y sacudió la cabeza.

—No consigo hacer nada por culpa del ruido. —Rodeó el escritorio y se estrecharon la mano—. Estamos en desventaja, usted sabe mi nombre, pero yo no sé el suyo.

Alicia sonrió.

—Sargento primera Ye Ting. —Tuvo que hablar a voz en grito porque los teléfonos del edificio parecían sonar todos a la vez—. Puede llamarme Ting. Salgamos de aquí, el ruido también me está poniendo de los nervios.

Alicia lo guio por donde había llegado y, al salir del edificio, el coronel se fijó en la moto.

—¿Es suya?

Se acercó a la moto y se paró, inspiró la brisa vespertina y sonrió.

—¿Oye eso?

—¿El qué? —preguntó Alicia.

—Exacto. Ya no se oyen los dichosos teléfonos. —Se llevó una mano temblorosa a la cabeza durante unos instantes. Entonces miró a Alicia y dijo—. ¿O sea que el general Hong la ha enviado aquí?

—Sí. —Alicia asintió, un tanto nerviosa por estar mintiendo—. Coronel, me han hablado de sus problemas de memoria y estoy aquí para intentar ayudar.

—Ah, ¡menos mal! Por fin. —El coronel abrió más los ojos y sonrió—. Por favor, llámame Bo, me temo que mis problemas de memoria van en serio. Necesito… necesito recuperar mis recuerdos. Tengo flashes, pero lo único que consiguen es evidenciar las lagunas de forma más pronunciada.

Alicia conocía aquella sensación.

—Y el sonido incesante de los dichosos teléfonos no ayuda. Tengo la impresión de que me clavan cuchillos en los ojos. Disculpa… Ting, ¿has dicho? ¿Acaso nos conocemos, pero no me acuerdo?

Alicia se fijó en los soldados que salían de los edificios cercanos y señaló la motocicleta.

—Bo, ¿quieres ir a dar una vuelta rápida conmigo?

—¿Adónde? Quiero decir que sí, pero ¿adónde?

Alicia se montó en la moto y la puso en marcha. Señaló hacia el extremo norte del valle, donde no había edificios, solo un prado abierto hasta el borde de lo que parecía un barranco imposible de escalar en la ladera de una montaña.

—Allí. Así podremos hablar con tranquilidad.

Bo subió a la moto con pericia y se agarró suavemente a la cintura de Alicia cuando aceleró para alejarse del resto de los habitantes de la base.



Alicia y Bo caminaban lado a lado mientras el coronel le explicaba sus problemas.

—Ting, si te soy sincero, me parece una locura que la gente me conozca como alguien a quien yo apenas reconozco. Hablan de cosas que hemos hecho juntos y yo estoy totalmente en blanco. Me cuesta describir con palabras la frustración que siento.

Alicia le escuchaba y volvió a notar la extraña afinidad que sentía por la batalla que aquel hombre estaba librando. Ella también tenía lagunas de memoria y, cuanto más hablaba, más se preguntaba si habría sufrido algún tipo de lavado de cerebro. No tenía ni idea de cómo la Panda había conseguido borrar la historia de aquel hombre. Y aunque ella no sufría problemas tan graves como él, seguía teniendo molestas lagunas y preocupándose por su origen.

La explicación de Mason acerca de una especie de multiverso y el efecto del mismo en su memoria seguía resultando, cuando menos, dudosa. Parecía mucho menos creíble que lo que le habían hecho a aquel pobre hombre.

Pero ella tenía una misión, y parte de esa misión consistía en devolverle a aquel hombre lo que le faltaba. Lo que le habían contado era que sus recuerdos estaban ocultos tras pistas verbales multinivel que no diferían de la solución de un rompecabezas. Todo eran palabras o frases que era poco probable que escuchara en su

día a día, y ella estaba a punto de emplear la primera de esas palabras.

—Bo, ¿entiendes el inglés?

El coronel negó con la cabeza.

—No más de unas cuantas palabras sueltas. Nunca he tenido necesidad de aprenderlo. ¿Por qué?

—Hay una palabra en inglés, *providence*. Es una palabra que se refiere a la capacidad protectora de Dios o de la naturaleza como poder espiritual. Es un concepto en el que pienso a veces. Como que hay una fuerza superior que nos protege. Creo fervientemente que las cosas que ocurren, ya sea la pérdida de memoria o un acontecimiento trágico, pasan por algún motivo y, al final, todo es para mejor. ¿Qué opinas?

Bo dejó de caminar y se quedó mirando al suelo. Parpadeó varias veces y guardó silencio.

Ella le tocó la parte posterior del brazo.

—¿Estás bien?

Él se estremeció un instante y asintió.

—Sí, es que he tenido una sensación extraña, como si hubiera estado aquí con anterioridad. Hablando contigo… o quizá no fueras tú. Algo de esta situación —abarcó el entorno con ambas manos—, todo esto parece extraño y conocido a la vez. No sé. —Frunció el ceño y siguió andando.

El efecto de la palabra clave fue evidente y deslucido por igual. Alicia no sabía bien qué esperar, pero quizá la sensación de *déjà vu* fuera el resultado adecuado o esperado. Preparó la segunda palabra y preguntó:

—¿Siempre te has imaginado como militar? ¿Cuando eras pequeño tenías otras ambiciones?

—No recuerdo nada de mi niñez. —Bo hizo una mueca que intensificó el surco de su frente—. Mientras intento recordar, parece que veo algo. No, un momento… recuerdo ir a pescar. Es que… no estoy seguro. Lo siento.

Alicia se sintió culpable al ver lo palpable que era la batalla que aquel hombre libraba con sus pensamientos. Era algo con lo que ella se identificaba claramente.

—¿Sabes? De pequeño quería ser como mi padre. Era albañil y construyó la casa donde vivíamos.

Bo gruñó llevándose las manos a las sienes y apretó la mandíbula.

—¿Qué pasa? —preguntó ella viéndolo clavar una rodilla en el suelo, embargado por el dolor.

—Mi cabeza. Hay algo… raro. —Se le tensó la voz por lo que fuera que le estuviera pasando por la cabeza.

Torturada por la culpa de causarle aquella agonía, Alicia corrió a su lado y le susurró la tercera y última expresión.

—Chris Xiang.

El general ahogó un grito y habría caído de bruces si Alicia no llega a sujetarlo por los hombros para evitarlo.

Tenía los ojos cerrados, respiraba entrecortadamente y sudaba a borbotones.

—Bo, ¿estás bien? ¿Me oyes?

El general permaneció callado durante al menos treinta segundos.

Alicia acercó la mano a su pecho y notó que el corazón le latía más rápido de lo que era capaz de contar. Fuera lo que fuera lo que la Panda le había hecho, parecía inhumano, por muy voluntario que se hubiera ofrecido para la misión.

—Bo, ¿me oyes?

El general parpadeó y negó con la cabeza.

—¿Estás ahí?

Bo abrió unos ojos inyectados en sangre y la miró de hito en hito con la mandíbula temblorosa.

—Bo era mi hermano; yo me llamo Chris.

Se desplomó en brazos de Alicia y empezó a sollozar.

Bo, es decir Chris, lloraba desconsoladamente murmurando palabras sobre la muerte de su hermano.

—Noté su muerte en mi pecho. La he sentido desde que aparecí en aquella playa perdida.

Alicia no tenía ni idea de qué hacer para consolarlo. Le frotó la espalda y emitió sonidos reconfortantes como habría hecho con un niño.

—Todo irá bien.

—Era mi hermano gemelo. Nunca irá bien. —Era preso de sacudidas por todo el pecho y experimentaba un nivel de dolor inimaginable.

Un hermano gemelo. Probablemente eran idénticos. Todas las piezas encajaron y ocuparon su lugar en la mente de Alicia. Todos los informes de inteligencia. Los comentarios de pasada entre Mason y Brice. Ahora cobraban sentido. De alguna manera, la Panda había conseguido colar a uno de los gemelos en un cargo importante para la seguridad nacional. Seguramente nunca le explicarían el alcance completo del plan. O no de una forma que le resultara satisfactoria. Pero una pequeña pieza del rompecabezas que la atormentaba había encontrado su sitio. Tenía sentido.

Alicia le secó la cara a Chris con la manga y se encontró en la incómoda situación de hacerle de madre a un hombre mayor que ella.

Chris tardó varios minutos en serenarse y controlar su dolor. Al final, abrazó a Alicia y le susurró:

—Gracias.

Ella, incómoda, le dio una palmada en el brazo y sonrió.

—¿Estás bien? ¿Lo recuerdas todo?

—Lo recuerdo todo, incluso los recuerdos fantasmas que dejó mi hermano y que me implantaron. —Se levantó y sacudió la cabeza—. Pero no estoy bien, ni por asomo. —Miró a su alrededor y puso cara seria—. Tenemos que reducir estas instalaciones a cenizas.

CAPÍTULO DIECISIETE

Era de noche y Alicia y Chris estaban en el cuarto privado de él. El edificio había quedado en silencio cuando todo el mundo acabó por desconectar las líneas de teléfono y también los móviles. Efectivamente, el truco de Brice había dejado la base aislada, lo cual era brillante. Pero ¿ahora qué?

Alicia estaba sentada ante el diminuto escritorio de la habitación, y el falso coronel, en el borde de la cama, desde donde le sonreía.

—¿Por qué sonríes?

Se encogió de hombros.

—Supongo que es una suerte que el segundo oficial de mayor rango de la base tenga habitación propia. Si no fuera general, estaríamos en literas y con media docena de compañeros como mínimo. ¿Qué hora es?

Alicia consultó su teléfono, que probablemente fuera el único que aún no estaba desconectado.

—Falta poco para medianoche —dijo.

Ya habían considerado tácticas antes de volver al edificio, sabiendo que no podían descartar la posibilidad de la existencia de un micrófono oculto en la habitación. Tenían un objetivo común: destruir el contenido de las probetas que se habían robado en Nueva Arcadia y salir de allí como fuera sin que los apresaran o mataran. Nada de aquello estaba asegurado, pero lo primero era esperar a la medianoche.

Porque ese era el momento en que el guarda nocturno estaba de servicio y había menos gente patrullando.

Chris levantó el colchón y sacó un cuchillo de caza grande, que le recordaba mucho al que Rambo hizo famoso. Le ofreció el mango a Alicia, pero ella negó con la cabeza, se levantó el lateral de la chaqueta y le enseñó el arma que llevaba enfundada.

—¿Sabes cómo usarla?

Ella le dedicó una mirada asesina.

Él levantó las manos y sonrió.

—Oye, tenía que preguntar.

Chris se sujetó la funda del cuchillo al cinturón, sacó el cuchillo y luego volvió a enfundarlo.

—Estoy preparado.

Alicia se puso en pie de un salto y asintió.

—Tú guías.



Con el ruido de fondo de un generador de gasoil, Alicia intentaba descifrar la etiqueta de uno de los sacos de veinticinco kilos de fertilizante que tenía delante e hizo una señal a Chris. Él se encontraba en el exterior de la caseta de suministros, observando al vehículo que patrullaba el perímetro de la base.

—Oye, ven un momento. Dejé el chino a los diez años y no entiendo estas palabras. No las reconozco; ¿puedes decirme qué ingredientes contiene el fertilizante?

Chris se agachó cuando Alicia iluminó el saco con el móvil.

—Dice que es un fertilizante de nitrógeno hecho con piedra caliza molida, estiércol de vaca, sulfato de calcio, dolomita granulada, nitrato de amonio y urea. —Se volvió hacia ella y le preguntó—: ¿Estás segura de que funcionará? ¿No dijiste que el virus tiene que arder a más de quinientos grados para descomponerse?

—Suponiendo que sepamos lo que cogieron, no se trata de un virus, sino de una especie de proteína. —Alicia se encogió de hombros—. No acabé el posgrado, pero me pasé casi seis años en

una de las mejores universidades del mundo profundizando en mis estudios y recuerdo muy bien la química orgánica. Si conseguimos que el nitrato de amonio de este fertilizante se derrita e inicie una reacción exotérmica en cadena, la explosión debería elevar las temperaturas a más de mil quinientos grados dentro del alcance de la bola de fuego.

—¿Qué cantidad necesitamos?

Miró al otro lado del terreno vacío hacia la silueta sombría de un enorme edificio y luego otra vez al palé.

—Calculo que en este palé habrá unos sesenta sacos, lo que supone unas 1,5 toneladas de material. —Contó los palés y dijo—: Diez palés, o sea que unas quince toneladas de fertilizante rico en nitrógeno. Para ir sobre seguro, yo diría que lo necesitamos todo.

Chris abrió unos ojos como platos.

—¿Todo?

—Pues sí. Preferiría no correr riesgos con algo que tiene un índice de mortalidad del cien por cien. No soy especialista en física, los cálculos que hay que hacer para esas ecuaciones siempre me resultaron difíciles, pero me imagino que la onda expansiva que provocará hará que el edificio entero sea como una granada gigante. Más nos vale no estar cerca cuando explote. —Frunció el ceño—. La cuestión está en cómo vamos a llevar todo esto… —señaló el edificio situado a unos cien metros de distancia—: ¿allí?

Chris miró en dirección al coche patrulla que se acercaba como parte de su recorrido normal y rio.

—A ver si pueden ayudarnos. —Cuando estaba a punto de pasar por su lado, hizo gestos con los brazos para llamar la atención del soldado.

Los frenos del vehículo chirriaron cuando paró en seco.

Chris le hizo un gesto al conductor y gritó:

—Ven aquí, camarada.

El soldado bajó del vehículo, que seguía con el motor encendido, y se les acercó con expresión confundida.

Alicia reconoció al cabo. Era el soldado de dientes torcidos que le había pellizcado el culo al llegar a la base.

Abrió unos ojos como platos al verla al lado del coronel.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarle?

Chris señaló en dirección al cobertizo de suministros abierto.

—Necesitamos vaciar este cobertizo para un envío que llegará a primera hora de la mañana. ¿Sabes de alguien que esté de guardia y sepa manejar el toro?

—Señor, yo sé manejarlo y me encantaría ayudar, pero ahora estoy de patrulla. Puedo hacerlo cuando acabe el turno si le parece bien.

—Supongo que no has entendido que necesito que esté vacío a primera hora de la mañana. —Chris señaló con el pulgar los barracones más cercanos—. Despierta a alguien para que patrulle en tu lugar mientras haces esto. —Señaló el extremo del prado—. Necesito que el contenido de este cobertizo se deposite en la zona de recepción del edificio de investigación y tácticas, ¿entendido?

—Entendido. ¿Algo más, señor?

Chris asintió.

—Asegúrate de que los dos depósitos de combustible de los generadores de ese edificio estén llenos. No podemos arriesgarnos a perder energía, sobre todo allí.

—Delo por hecho, señor.

—¡Retírese, cabo! —Chris devolvió el saludo de despedida del cabo, que salió disparado hacia las barracas.

Alicia asintió y susurró en inglés.

—Eso ayudará con el material pesado. Y muy buena idea lo de rellenar los generadores, supongo que son diésel, ¿no?

Él asintió.

—Supongo que no tendrás temporizadores para detonadores de explosivos, ¿no? Y que tampoco conoces a nadie que pueda amañarlos…

Chris se encogió de hombros.

—Mi hermano quizá supiera, pero no conservo ninguno de esos recuerdos. Lo que sí sé es dónde se guardan las armas, podemos echar un vistazo y considerar opciones.

—¿Ah sí? —Alicia se sorprendió un poco pero enseguida se dio cuenta del papel que Chris desempeñaba en la base—. Supongo que, como número dos de aquí, podrás hacer lo que quieras.

Cuando dos soldados salieron corriendo de los barracones, desviaron la atención en aquella dirección. Uno de ellos era cabo y ocupó el lado del pasajero del vehículo, y el otro soldado se sentó al volante y aceleró en la oscuridad.

—No puedo hacer cualquier cosa —reconoció Chris—, pero creo que esto sí. Vayamos al depósito de suministros a ver si encontramos explosivos.



Cuando las luces parpadearon en el interior del pequeño almacén de hormigón, a Alicia le sorprendió ver los pocos suministros que había, sobre todo teniendo en cuenta que era el almacén de toda la base.

Varios artículos le llamaron la atención: cascos de visión nocturna, varias cajas de uniformes, botas y otros objetos. Al fondo del almacén vio el primer indicio de armas, aunque no eran más que alrededor de una docena de pistolas. No era exactamente lo que esperaba encontrar.

Cogió el equipo de visión nocturna, acoplado a un casco rojo, y se lo sujetó al cinturón. Le serviría más adelante.

—¿Este es el almacén de suministros de toda la base? Parece muy poca cosa.

—Si te soy sincero, hasta me sorprende que tengan tanta cosa. —Chris cerró la puerta con llave por dentro y recorrió los estantes con la mirada—. Ten en cuenta que esto está lejos de todo. En el campamento no hay electricidad ni ningún otro suministro público. Todo funciona con paneles solares, baterías y generadores. Si no recuerdo mal, existen una o dos conexiones de comunicación procedentes de la ciudad más próxima. Si no fuera por la entrega regular de gasoil y de comida precocinada, todo esto dejaría de funcionar en un mes. He intentado revisar los archivos que me dejó el general pero, por lo que puedo ver, este lugar es un proyecto particular suyo y de su comandante en jefe en Pekín. Funciona con un presupuesto ajustado. Me dijo que es parte del motivo por el que

está en Pekín, para conseguir más financiación sin que nadie sospeche.

—Entiendo. —Alicia se internó en el almacén, escudriñando los estantes por si veía algo que le pareciera útil. Encontró más pistolas; todas ellas se veían bastante genéricas y no las reconocía, pues probablemente fueran de fabricación china. Vio dos rifles cortos de estilo *bullpup* pero, cuando miró el cañón, vio que eran de calibre corto y que probablemente no sirvieran para lo que necesitaba. Empezaba a sentirse cada vez más angustiada ante la falta de opciones cuando sus ojos dieron con un pedazo de rifle. Llevaba un bípode fijado al cañón y un gran freno de boca. Esbozó una sonrisa y lo cogió.

—Uau, esta bestia pesa una tonelada.

Chris se acercó y pasó los dedos por el adhesivo del estante.

—Dice que es un rifle de francotirador de tipo 10 con cargador de 5 balas multifunción de 12,7 mm x 108 mm.

Alicia cambió de postura para sujetar el rifle, que debía de pesar casi quince kilos, y observó el diseño del arma, porque no le resultaba familiar. Presionó lo que parecía el botón de liberación del cargador y el pesado cartucho le cayó en la mano. Estaba lleno de munición con la punta roja.

—¿Qué es una bala multifunción?

—Podría ser cualquier cosa, pero por suerte hay también una descripción en ruso que aclara un poco las cosas. —Chris pasó el dedo por el texto en ruso, que claramente sabía leer—. Dice que las balas están hechas para atravesar armaduras y para su expansión lateral, lo cual entiendo que significa que se expanden o explotan después de penetrar en la armadura. Tiene sentido dado que un arma como esta se emplearía contra objetivos duros.

—Está bien. —Alicia volvió a introducir con fuerza el cartucho en el cargador y miró por la mira acoplada—. Lo único que necesitamos es la parte que perfora armaduras, pero va a ser arriesgado.

—¿Por qué? —preguntó Chris.

—No tengo la menor idea de si esta mira está calibrada y, si lo está, para qué distancia. —Alicia dejó la pesada arma unos instantes —. Solo hay una forma de descubrirlo.

—Buena… —el agente infiltrado la miró con amargura. —. Tenemos el rifle y algo de munición. —Señaló una caja de madera que había en un estante de la parte inferior—. En esa caja con el cartel escrito en ruso dice «granadas».

Alicia se acercó a la caja, miró dentro y vio lo que parecían un puñado de granadas de mano de plástico.

—Durante mi instrucción lancé dos granadas, y ahí quedó la cosa. Esa es mi única experiencia con ellas.

—¿Qué tal fue?

Alicia soltó un bufido.

—No maté a nadie, así que supongo que bien.

—Es lo máximo a lo que se puede aspirar, diría yo. —Chris cogió una granada y asintió—: Son bastante normales. Granada antipersona de alto poder explosivo Tipo 86.

Alicia observó el objeto.

—Pero parecen de plástico.

—Es que lo son, en su mayor parte. Las chinas tienen un diseño un poco distinto de las americanas. Esta tiene un núcleo de alto poder explosivo en el centro, y hay más de mil bolas de metal de 2,5 mm incrustadas en el plástico duro. Esas bolas tienen la mitad del tamaño de los proyectiles esféricos. Sustituyen a los fragmentos metálicos que suele llevar el diseño americano y, sinceramente, son terribles. —Dio un golpecito a la granada y añadió—: Estas diminutas piezas de metralla salen despedidas más rápido y más lejos de lo que es habitual en la mayoría de las granadas de fragmentación. Cualquiera que esté en un radio de seis metros de la explosión de una de estas probablemente lo pase fatal porque acabará convertido en un queso suizo.

Alicia escudriñó el resto de los estantes de su alrededor y no encontró otros explosivos ni otros rifles que pudieran ser útiles.

—Eh, ponte esto. —Chris le tendió una pistolera que cogió de otro estante.

Mientras Alicia se ajustaba el cinturón para colocarse la pistolera por encima de la cintura, Chris hizo otro tanto y le tendió una pistola de un estante cercano. Ella le echó un vistazo rápido, sacó el cartucho y volvió a colocarlo.

—Es una QSZ-92. Básicamente una semiautomática de 9 mm de fabricación china con cartucho de quince balas. —Chris deslizó la corredera y cargó una bala. Miró a Alicia enfundándose el arma—. Creo que deberías llevarla con una bala en la recámara. Cuando hay que disparar a alguien, lo último que quieres es tener que empezar a toquetear el arma para cargarla.

Alicia se sintió algo incómoda al cargar una bala y poner el seguro.

Chris la miró.

—¿Qué?

—¿Nadie te ha dicho nunca que, si llevas un arma, la llevas cargada? La intención es que transcurra el menor tiempo posible entre que la sacas y disparas. Por eso entrenamos tanto en la Panda. Si la pistola tiene seguro, lo cual es el caso de esta, practicas para quitárselo al desenfundar. Sobre todo si la llevas oculta. ¿Pero buscar a tientas para montar la corredera de la pistola cuando desenfundas en una situación crítica? ¿Cuando una fracción de segundo importa? Suicidio. Créeme, te salvará la vida, igual que me la ha salvado a mí.

Alicia negó con la cabeza y enfundó el arma. A su regreso se apuntaría a la clase de manejo de pistolas más intensiva que encontrara. El programa del FBI no era lo bastante bueno.

—Mira, yo soy quien lleva la moto, y si necesito el arma mientras estoy conduciendo para sacarnos de aquí querrá decir que los dos estaremos en una situación muy distinta a cualquier plan que hayamos hecho.

—Entendido. —Él sonrió agarrando el rifle de francotirador—. Yo llevaré esto y tú lleva la caja de granadas. Si alguien nos detiene, llamará menos la atención que sea yo quien lleve el rifle.

Alicia soltó un gruñido al levantar la caja de lo que parecían unas granadas de juguete. Pesaba mucho más de lo que parecía.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí.

Él giró la llave en la cerradura de la puerta y apagó las luces.

En la oscuridad, Alicia esperó a que sus ojos se acostumbraran. Tampoco interesaba que, al abrir la puerta, saliera un chorro de luz

hacia la noche oscura que pudiera delatarlos saliendo del edificio cargados con artículos dudosos.

Poco a poco, algunas de las sombras del interior del edificio empezaron a adoptar distintos tonos oscuros, señal de que los ojos se le estaban acostumbrando. A un metro y medio por delante de ella, Alicia vio lo que parecía la silueta de Chris.

—¿Sabes? Probablemente debería insultarte u ofenderme o algo así porque resulta que soy la que carga más peso.

—¿No te has enterado? —La silueta oscura rio en la penumbra—. Estamos en un nuevo mundo en el que las mujeres siempre demuestran que son mejores que los hombres.

Alicia sonrió y negó con la cabeza.

—Venga, calla y vamos ya.

Chris abrió la puerta a la oscuridad de la noche y a lo lejos oyeron el ruido de un coche que se acercaba.



Después de arrojar el último de los sacos de fertilizante en el gran espacio abierto del ala de investigación del edificio, Alicia se apartó los mechones de pelo sudados de la cara. Aquella ala estaba diseñada para llevar a cabo varios experimentos a la vez aislados unos de otros.

Cada laboratorio estaba conectado con un espacio de oficina central compartido, lo cual hacía que el ala pareciera más bien un cubo con ramificaciones, donde el espacio de oficina central era el cubo.

Recorrió el «cubo» con la mirada y lo vio lleno de una pila gigante de fertilizante rico en nitrógeno.

Chris introdujo otra granada hasta el fondo de la pila y luego soltó un gruñido al levantar un bidón de gasoil de veinte litros y verter su contenido por encima.

Alicia sonrió.

—Parece que estés plantando granadas y regándolas.

—Estoy contemplando lo que espero que sea una cosecha abundante. —La miró y dijo—: ¿Eres consciente de que aquí hay mucho más fertilizante que el que el tal McVeigh utilizó en el atentado de Oklahoma City?

—Lo sé. No te lo creerás, pero estudié ese atentado en química orgánica. Pero también tenía unos cuantos explosivos de alta potencia para desencadenar el proceso, y barriles grandes de fuel. —A Alicia le escocían los ojos por los vapores que emanaba el fertilizante, que olía mucho a amoniaco. Miró hacia la zona de recepción donde el soldado lo había depositado todo. Estaba a apenas seis metros, pero los dos se habían deslomado durante más de dos horas para trasladar los sacos al centro de la sala, vaciarlos y repetir el proceso casi seiscientas veces. Miró a Chris cuando estuvo a punto de resbalar al caminar alrededor de la pila de fertilizante empapado en gasoil—. ¿Tenemos el objetivo preparado?

—Iba a preguntártelo. —Chris sostuvo una placa plana con granadas adheridas con cinta de embalar y señaló la ventana situada por encima de las puertas enrollables de la recepción—. Esa es la ventana que tendrás delante, ¿te parece lo bastante grande?

Alicia observó el panel de explosivos y se encogió de hombros.

—Creo que no tenemos más opciones. Tendrá que bastar.

Levantó la vista hacia la ventana y recorrió la estancia con la mirada.

—¿Qué temperatura dijiste que necesita alcanzar el gasoilpara prender?

—Depende del tipo de gasoil, pero a entre 55 y 90 grados centígrados empieza a desprender un vapor que puede prender. A menos de eso, el diésel no suele inflamarse. —Alicia señaló la madera de los palés y dijo—: He pensado que podemos hacer una hoguera en ese lado de la sala para que vaya calentándola lentamente. Sin embargo, este edificio está hecho de hormigón y la llama activa durará poco, por lo que es una fuente de ignición poco fiable. Tenemos que encontrar el equilibrio entre largarnos de aquí y preparar las condiciones que hagan que el gasoil se caliente lo suficiente como para prender. —Señaló la ventana donde iban a

estar las granadas y dijo—: Necesitamos una fuente de ignición y serán las granadas, suponiendo que yo alcance a una de ellas.

Chris alternó la mirada entre la puerta de servicio y los palés.

—Vale, lo entiendo. Pero, y si no les das a las granadas, ¿este material entrará en combustión automática a cierta temperatura?

—Sí. —Alicia frunció el ceño al intentar recordar detalles de sus años de estudiante universitaria—. Si no recuerdo mal, a unos 200 grados. Pero dudo que el fuego caliente tanto esta sala.

El agente se dirigió a la puerta de servicio, la abrió y señaló la gran sombra del generador, que estaba apagado.

—No tengo ni idea de química, pero sé lo suficiente sobre el mantenimiento de estos aparatos como para saber que sus gases de escape no refrigerados alcanzan una temperatura cercana a los 370 grados.

—Pero ¿cómo sabes cuándo va a encenderse?

—Eso es fácil —dijo Chris tranquilamente—. Los generadores no funcionan todos los días a todas horas. En este caso funcionan el tiempo suficiente para cargar el banco de baterías que suministra energía a este edificio, y luego se apagan para el ciclo de enfriado. Basta con accionar un interruptor y encenderlo manualmente. Pero si desconecto un par de conductos de refrigeración puedo dirigir los gases de escape calientes a este sitio…

—Ah, y entonces posiblemente acabe calentando esa pila de mierda lo suficiente no solo como para encender el diésel sino para fundir el nitrato de amonio y hacerlo volátil, y entonces... ¡bum!

—Exacto. —Chris asintió—. Así que, a ver si lo he entendido. Encendemos el fuego aquí —señaló hacia donde estaba la pila de palés, junto a las enormes puertas enrollables—. Activo el interruptor del generador con el gas de escape canalizado y salimos a toda prisa. —Frunció el ceño—. Entonces, o bien le das al objetivo y todo esto salta por los aires, o… eso es lo que no acabo de entender…

—Alcanzo el objetivo y el sitio no explota de inmediato, o al menos eso espero. Pillaré el gasoil encendido porque una parte ya habrá llegado a la temperatura de ignición. Con el gasoil en llamas, el calor del edificio aumentará muy rápidamente, lo que en algún

momento debería desencadenar una reacción en cadena exotérmica y luego…

—¿Luego bum?

—Sí, entonces el bum. —Alicia sonrió—. Siempre y cuando todo funcione. Creo que así será, y lo de los gases de escape es una buena medida de seguridad. Sin embargo, no creo que debamos fiarlo todo a que sea el factor clave que desencadene la explosión. Tardará mucho más de lo que necesitamos. En realidad, nos hace falta una fuente de ignición o la duración del proceso será un poco rara. —Miró su teléfono, que estaba manchado de toda porquería imaginable—. ¿Cuánto tiempo tardarás en hacer lo de los gases de escape?

—Dame cinco minutos. Será rápido. —Señaló un conjunto de cajones metálicos—. Ahí hay herramientas. Iré a buscar la escalera, engancharé las granadas allí con más cinta de embalar y tú ya puedes ir empezando a dedicarte al fuego.

Alicia sacó un encendedor que habían encontrado en un cajón de la oficina y se alejó de la humeante pila de estiércol. Miró hacia Chris, luego a ella misma, y negó con la cabeza. Iban cubiertos de apestoso fertilizante de pies a cabeza. Los granjeros amish se ensucian de forma considerable cuando limpian establos y con otras tareas, pero lo más probable era que nunca hubiera ido tan sucia como en aquellos momentos.

Debido a la adrenalina que le corría por las venas, a Alicia le picaba la piel y le parecía tener todos los sentidos agudizados. Se sentía eufórica al poner en marcha los últimos detalles de su plan. Era como experimentar el subidón de una atleta sin tener que correr, cosa que odiaba.

De haber tenido siquiera un poco de sentido común, Alicia habría estado haciéndose pis de puro miedo, pero, por algún motivo, el peligro real que corría la tranquilizaba como ninguna droga podría conseguir.

Alicia sabía que, en menos de quince minutos, estaría muerta, encarcelada o corriendo como una posesa.

No había más opciones… y, sin embargo, la falta de posibilidades le resultaba liberadora. Un peso menos sobre sus hombros. Sus

miedos no la abandonaban, quizá nunca lo hicieran. Pero comprender que el miedo era tan solo una emoción más implicaba que podía controlarlo.

Control. Control sobre sí misma. Sobre su futuro.

O al menos sobre los siguientes quince minutos.

Formó una gran pila con los palés y sonrió al encender el mechero.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Alicia estaba tendida boca abajo en la oscuridad cuando Chris se movió. Ella llevaba el casco rojo con equipo de visión nocturna. La moto estaba a unos tres metros, era una sombra brillante en la noche. Levantó el visor de visión nocturna y atisbó por la mira del rifle. Vio el diminuto punto de luz en la parte derecha superior de la ventana y apuntó con precisión.

Ya había cargado una bala de calibre .50 y había quitado el seguro.

El cañón se sostenía por encima de la suciedad gracias a un bípode y Alicia reajustó las manos para sujetar el gran rifle. Nunca había disparado nada de aquel calibre que no estuviera montado en la parte posterior de un vehículo, y rezó porque las clases de Esther le sirvieran.

¿Y si erraba el tiro? ¿Y si la mira no estaba bien calibrada?

Se encontraba a unos ciento cincuenta metros del edificio y sabía que la bala cruzaría el prado oscuro y llegaría a su objetivo en menos de dos décimas de segundo.

Aquello no era nada… pero era un arma semiautomática. Todo era posible.

—¿Preparada?

El susurró de Chris le llegó desde detrás, entre la oscuridad.

Se introdujo unas bolitas de tejido rasgado en los oídos lo mejor que pudo para protegérselos y, tal como habían acordado, dio un par

de toques en el suelo con la punta de la bota sin perder de vista su objetivo.

Oyó y notó el roce de las botas de Chris y se lo imaginó echando el brazo atrás para lanzar la primera de las dos granadas a la entrada de la base.

La anilla de la primera granada cayó al suelo con un sonido metálico y todo pareció ponerse a cámara lenta.

Ella permaneció centrada tanto en su objetivo como en el tiempo transcurrido. «Cinco segundos para que explote la primera granada».

Miró por el objetivo y volvió a ajustar el tiro. Apoyó bien la culata en su hombro porque sabía que aquella arma iba a dar un culatazo y con una fuerza mucho mayor que la de calibre .308 que había disparado con Esther.

«Cuatro segundos para la primera explosión a mi espalda».

No podía preocuparse por nadie que estuviera detrás de ella, aquello era cosa de Chris. Pero aquel rifle iba a ser muy ruidoso.

Había hecho los cálculos mentalmente una docena de veces. La bala tardaría dos décimas de segundo en recorrer los más o menos ciento cincuenta metros hasta el objetivo.

El edificio más cercano que no se estaba llenando de gases de escape se encontraba a más de trescientos cincuenta metros. Era uno de los barracones y albergaba por lo menos a cien soldados.

«Tres segundos».

El sonido del disparo tardaría aproximadamente un segundo en llegar a aquel edificio.

Si alcanzaba una de las granadas, el sonido de la explosión llegaría a los barracones antes que el del disparo.

«Dos segundos».

Tendría tiempo para un disparo más sin preocuparse del ruido.

Notó los latidos de su corazón en ya yema del dedo que estaba en el gatillo.

«Un segundo».

Justo al llegar a cero, entre un latido y otro, y con el punto de mira bien centrado, apretó el gatillo.

El rifle emitió un sonido ensordecedor, y el fogonazo del cañón brilló cuando el arma retrocedió contra el hombro de Alicia.

Tras ella se produjo una explosión virulenta, pero todo seguía pasando a cámara lenta.

Era casi como si, a través de la mira, pudiera ver la bala cruzando el aire a toda velocidad y, en una fracción de segundo, cuando la bala fue a parar a casi treinta centímetros por encima de la ventana, vio un gran estallido de luz.

Con un pequeño ajuste, disparó otra bala sabiendo que era el último intento que podía permitirse.

Y casi de inmediato un estallido de luz y chispas explotó a escasos centímetros de la parte inferior de la ventana.

De manera instintiva, Alicia disparó una tercera bala, absorbió el choque y se incorporó cuando se producían distintas explosiones.

En aquel momento le pitaban los oídos y no estaba segura de nada. Bajó la visera de las gafas de visión nocturna, se subió a la moto, le dio al contacto y revolucionó el motor.

Chris se subió detrás de ella gritándole en sus maltrechos oídos:

—¡Vamos, vamos, vamos!

La moto aceleró bruscamente. El mundo tenía un tono verdoso cuando. Esquivó la barrera, que estaba levantada, y Chris disparó a uno de los guardas.

Dando gas a fondo, cruzaron disparados la entrada de la base y Chris gritó:

—¡Lo has conseguido! Salen llamas de la ventana del edificio de investigación.

—¡Adelante! —gritó Alicia cuando un par de soldados que patrullaban corrieron hacia ellos con las armas preparadas y les dispararon.

De repente, la noche se convirtió en día y Alicia chilló al quedar cegada momentáneamente.

Chris gruñó y Alicia notó que la moto casi caía de lado debido a la tremenda onda expansiva que los alcanzó.

Sintió un inmenso dolor en el pecho, pero aceleró por un camino de tierra, aun sin apenas ver lo que la rodeaba.

El mundo volvió a oscurecerse y Alicia parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos. La lentilla le mostró la ruta que Brice había programado.

—Agárrate fuerte, esto se va a poner feo.

Él la sujetó más fuerte y la moto cayó en picado por un barranco. Alicia tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no perder el control cuando estuvieron a punto de chocar con una roca gigante.

La fantasmagórica flecha apuntaba hacia el norte y a duras penas mantuvo la moto de pie al seguir un rocoso sendero por el bosque.

—¿Nos sigue alguien?

—No … La verdad es que dudo que noten nuestra ausencia durante unos días. Ya te dije que había mucho fertilizante.

Al hablar, Chris parecía sentir dolor.

—Tienes razón —gritó ella por encima del sonido del motor revolucionado y sin que los oídos le dejaran de pitar—. Era mucho fertilizante, quizá demasiado. ¿Estás contento?

—Lo que me pondría contento sería llegar a casa. —Chris se apoyó en la espalda de ella y le tembló el brazo derecho.

—¿Estás bien? —Alicia sintió una punzada de miedo al recordar el gruñido que él había proferido al alcanzarles la onda de choque.

—Estoy bien. Cansado, más que nada. Céntrate en que lleguemos sanos y salvos y te invitaré a cenar.

Alicia apretó la mandíbula, aceleró y subió como un rayo por la ladera de un barranco. Suspiró aliviada cuando salieron del bosque y entraron en un gran prado.

~

Alicia se bajó de la moto y se llevó el teléfono al oído.

—Brice, hemos llegado al río. Chris dice que el agua está congelada, demasiado fría para meterse. Estamos a oscuras, pero a la luz de la luna se ve que es un río muy ancho. ¿Hay algún puente cerca?

«Es el río Amur, y donde vosotros estáis tiene un ancho de unos ochocientos metros. No hay ningún puente que podáis cruzar sin que los chinos os intercepten. No os preocupéis, mantened los ojos abiertos, llegará alguien. Les he dado vuestras coordenadas».

Chris subió renqueando desde la orilla del río y Alicia advirtió una gran mancha negra en su uniforme militar.

—¡Estás sangrando! —Corrió hacia él y le ayudó a subir la pendiente—. Brice, Chris está herido. Y no pinta bien.

Oyeron unos gritos en ruso.

Chris contestó y se giró hacia ella.

—Viene alguien por el río. Vamos.

—Brice, ¿nuestro contacto viene por el río?

—Sí, va a cruzaros uno de los nuestros, Yuri. Infórmale del estado en que se encuentra Chris, él sabrá qué hacer.

Alicia ayudó a Chris a bajar hacia las oscuras aguas del río Amur.

Las gafas de visión nocturna habían empezado a parpadear a medio camino del trayecto hasta allí, que había durado una hora, y ya no funcionaban. Lo único que veía era la luz de la luna reflejándose en las ondas del agua y, cuando entrecerró los ojos para ver si distinguía algo más, oyó cómo se iba acercando un sonido de agua en contacto conmadera.

Y entonces vio la balsa.

Chris estaba cada vez más débil. Lo notó porque cada vez apoyaba más peso en ella.

Un hombre saltó al agua y le tendió el brazo a Chris, que apenas se mantenía en pie.

Otras dos personas bajaron de la balsa y, en menos de un minuto, los dos estuvieron tumbados en la plataforma flotante. Chris yacía boca abajo mientras que ella contemplaba las estrellas del cielo, aunque todavía le silbaban los oídos por los disparos del rifle y las demás explosiones.

Lo último que recordaba era el leve sonido de un motor eléctrico ronroneando mientras flotaban por el río hacia su libertad.



Alicia llevaba despierta una media hora y se había enterado de que los habían llevado a un edificio aislado en la periferia de una ciudad llamada Obluchye. Desde que estaba despierta había un médico examinando la herida de Chris. Estaba inconsciente y tenía una vía conectada en un brazo. No presentaba buen aspecto.

Ahora que la adrenalina había dejado de correr por su organismo, Alicia notaba todos los morados y arañazos que antes había pasado por alto. Incluso allí donde había colocado la culata del rifle notaba el morado punzante de los tres tiros rápidos que había disparado. Pero aquel era el menor de sus males.

El médico se dirigió a ella y le habló en un inglés macarrónico.

—Por favor, quitar camisa.

—No. —Alicia negó con la cabeza y señaló a Chris—. ¿Qué tal está?

El médico miró a Chris y sacudió la cabeza.

A Alicia se le cayó el alma a los pies.

—No estar bien —dijo el médico con su fuerte acento—. Necesitar cirugía. Necesitar medicinas. —Señaló el pecho de Alicia—. Tú gritar cuando examen dormida. Dejar ver problema.

Alicia hizo una mueca cuando fue a quitarse la chaqueta. El médico le desabrochó las tiras del chaleco y se lo quitó con cuidado junto con la camiseta interior. Teniendo en cuenta el dolor que sentía, la idea de estar sentada con los pechos al aire delante de aquel hombre ni siquiera le importó. En aquellos momentos no tenía espacio mental para la modestia.

—Esto duele. Respirar.

Alicia apretó la mandíbula mientras el médico le presionaba las costillas con suavidad, empleando solo la yema de los dedos y pasando de una costilla a otra. Su expresión no cambió al apretar cada vez más fuerte. Al final asintió.

—Buenas noticias. No haber costilla rota. Mucha suerte. —Cogió el chaleco y pasó el dedo por un agujero.

—¿He recibido un disparo? —Alicia abrió unos ojos como platos y recordó el momento en que habían salido a toda prisa de los restos destrozados de la entrada de la base y se habían encontrado con dos soldados.

Chris había disparado.

Los soldados habían disparado.

Y en aquel momento el mundo pasó de la noche al día y el caos subió de intensidad al explotar todo literalmente a su alrededor.

Fue entonces.

«Creo que el chaleco le parecerá muy eficaz y fácil de disimular».

La descripción de la señora Yang no podía haber sido más acertada.

Alicia bajó la mirada hacia el chaleco y vio por primera vez aquel morado del tamaño de un puño. De no haberlo llevado, probablemente no habría sobrevivido lo suficiente como para llegar al río, y mucho menos huir a Rusia.

El médico hablaba pero, por algún motivo, oía su voz como si hablara con interferencias.

El mundo se inclinó y Alicia notó cómo el médico la sujetaba y la tendía de nuevo en la improvisada camilla.

Él siguió hablando y el mundo oscureció.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Tres días después

El conductor que Mason había contratado para que la recogiera en el aeropuerto la dejó junto a la acera en una calle del centro histórico de Georgetown. Delante de ella tenía el conocido letrero con la silueta del gallo y la cabeza de toro de largos cuernos. El letrero estaba situado encima de la entrada de un antro llamado Rooster and Bull.

Aquel lugar conocido la hizo sonreír. Como siempre, la embargó el olor a cerveza rancia y cera para madera. Alicia recordó el tiempo en que aquellos olores la ofendían pero, después de haber estado llena de estiércol de pies a cabeza y de todo lo demás, eran como un perfume embriagador para ella.

Como de costumbre, en el local había una iluminación tenue y, para su sorpresa, unos cuantos reservados parecían estar ocupados. Detrás de la barra, un hombre secaba una copa. Asintió hacia ella cuando se dirigía al fondo del local.

Alicia entró tan tranquila en el baño de hombres y sonrió hacia el hombre de pelo cano que estaba sentado en un taburete junto al lavamanos. Él la miró por encima de sus gafas estilo John Lennon.

—Ya no eres la misma chica que apareció aquí por primera vez asustada de su propia sombra, ¿verdad?

Alicia sonrió.

—Harold, eres un encanto.

—¡Bah! —Harold le tendió una toalla blanca—. Confiaba en que siguieras teniendo miedo durante una temporada. Siempre es divertido meterse con los novatos.

Alicia cogió la toalla y entró en el tercero de los tres inodoros, el que tenía el cartel de «No funciona» en la puerta. Cerró la puerta tras ella, colocó la toalla especial en la palanca de vaciado de la cisterna y presionó.

El suelo se hundió de inmediato y en cinco minutos se personaba en la sala donde se desarrollaría la reunión con la AAR.

Sería su primera vez.

Tanto Mason como Brice se levantaron cuando entró.

—Me alegro de verte sana y salva —dijo Brice con una sonrisa—. ¿Qué tal el viaje?

—No me hagas hablar. —Alicia le puso mala cara y negó con la cabeza—. De Obluchye a Irkutsk, de Irkustsk a Bangkok, de Bangkok a Delhi y, por último, de Delhi a Washington D. C. Menudo agente de viajes de pacotilla te has buscado.

Mason sonrió, señaló la mesa de la sala de reuniones y dijo:

—Toma asiento. Intentaremos ir rápido para que puedas recuperarte y disfrutar de un merecido descanso.

Alicia se sentía un poco extraña; no apartaron la mirada de ella mientras rodeaba la mesa y tomaba asiento. No le gustaba ser el centro de atención. No había nadie más en la sala y había esperado que Lucy asistiera también. Probablemente siguiera enfadada porque hubiera ignorado su consejo y hubiera aceptado la misión.

Mason miró a Alicia y dijo:

—Como probablemente sabrás, al final de una misión solemos redactar informes de valoración para comprender mejor qué hemos conseguido, qué sigue sin resolver y qué no ha ido como esperábamos. —Se volvió hacia Brice—. Lo primero es lo primero, ¿cuál fue el resultado del objetivo de la misión?

Brice sacó una brillante fotografía vía satélite y señaló una mancha negra.

—Esto acaba de llegar, una imagen vía satélite de hace doce horas. Esa mancha negra es el epicentro de lo que parece una

explosión contundente. Por lo que vemos, hay un cráter de sesenta metros de ancho donde se encontraba el edificio. Y parece que todas las construcciones situadas a quinientos metros a la redonda también fueron destruidas. Teniendo en cuenta el objetivo, yo diría que misión cumplida.

—¿Alguna noticia de Pekín o de algún otro lugar relacionada con el incidente? —preguntó Mason.

—Habría cabido esperar algo. —Brice sacudió la cabeza—. Hemos estado atentos, pero nada de nada. En la vecina ciudad de Yichun algunos civiles llamaron a las autoridades. Evidentemente, la explosión despertó a cientos de personas pero, aparte de eso, nada. Estamos controlando todas las vías de comunicación y si la situación cambia me alertarán de inmediato.

—Chris dijo que el proyecto del general necesitaba financiación desesperadamente. Tal vez por eso no hayamos oído nada. —Alicia frunció el ceño—. ¿Alguien… sabe qué tal está Chris?

—Yo —respondió Mason con expresión inescrutable—. Hace doce horas que han acabado la cirugía. Lo que lo alcanzó y quedó alojado entre sus costillas era un pedazo de hormigón, proyectado por la explosión masiva. La buena noticia es que se recuperará y estará de nuevo en forma dentro de poco.

Aunque sabía que no era culpa suya, Alicia sintió cierto sentimiento de culpa.

—¿Te importa si hago algunas preguntas sobre Chris y sobre lo ocurrido?

—Adelante. —Mason asintió.

—A ver, lo de Chris y su hermano… ¿cómo va eso? Estando allí no acabé de entender lo que pasaba. ¿Cómo es que Chris estaba al corriente del trabajo de su hermano? ¿Y de verdad está muerto?

—Este caso en concreto es un poco extraordinario y exige que nos remontemos bastante atrás en el tiempo —explicó Mason tamborileando en la mesa con los dedos—. Se te informó acerca del concepto del candidato manchú, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, en pocas palabras, Bo y Chris eran gemelos, nacidos en China, aunque poco después sus padres se trasladaron a Estados

Unidos. Los dos progenitores eran académicos y lo único que puedo decir es que uno de ellos trabaja para la Panda y que ambos niños formaban parte de un experimento. Se les insertó un transmisor de ráfagas que nos permitió avanzar en algunas de nuestras investigaciones sobre lo que acabaría siendo lo que tú ahora crees sobre el proceso del candidato manchú.

»Uno de los progenitores decidió que quería volver a China y se esfumó con uno de los niños de la noche a la mañana. Obviamente, el niño era Bo. Con el paso de los años, recibimos datagramas de los patrones cerebrales de ambos niños, de lo que ninguno de ellos estaba al corriente.

Alicia se quedó boquiabierta pero, antes de tener tiempo de hacer una pregunta, Mason levantó la mano.

—Permíteme terminar de responder a tu pregunta. Durante años recogimos datos que sirvieron para las investigaciones. Nos ayudaron a entender y descifrar cómo funcionan los recuerdos y cómo se almacenan en la mente. Ahora bien, no pienses que teníamos acceso a sus secretos más oscuros o profundos. De vez en cuando recibíamos una nueva imagen. Un nuevo conjunto de sentimientos sin imágenes asociadas. Era bastante aleatorio.

—Y entonces Bo entró en el EPL, y más concretamente en la MSS, que es el equivalente chino de la KGB, la CIA y la Stasi juntas. Pudimos aumentar la frecuencia de las transmisiones, pero solo hasta cierto punto. Recogimos lo que pudimos e incluso conseguimos rastrear a Bo hasta Taiwán tanto la primera vez que fue como la última.

»La última fue cuando lo asesinaron. Y, al igual que pudimos transmitir recuerdos desde la mente de una persona a otra, también pudimos insertar fragmentos de los recuerdos de Bo en la cabeza de Chris.

—Pero él no recordaba quién era.

Mason asintió.

—Fue para protegerlo. Con los años hemos encontrado la forma de aislar recuerdos para que otros no puedan extraerlos a menos que tengan la clave adecuada.

Alicia frunció el ceño.

—¿Es ese el motivo por el que yo no recuerdo ciertas cosas? Sé que dijiste que era culpa del multiverso ese, pero…

Mason negó con la cabeza y sonrió.

—No, no funciona así. No tenemos capacidad para extraer fragmentos de memoria y aislarlos. Es todo o nada. Tal vez un día podamos hacerlo, pero en la actualidad no es posible.

Alicia no sabía si creerlo.

Brice se volvió hacia Mason.

—¿Multiverso?

Mason ignoró la pregunta.

—¿Lucy está bien? Perdí el contacto con ella después de Taiwán.

Mason sonrió.

—Ya me enteré de lo que pasó y, aunque parezca increíble, después de que no le hicieras caso la dama del dragón me culpó de tu comportamiento. —Se echó a reír—. Te juro que esa mujer me odia profundamente. —El director desvió la atención hacia Brice—. ¿Algo más por tu parte?

—Seguimos intentando sonsacarles a los taiwaneses con qué estaban jugando. Obviamente, estamos al corriente de lo de los priones, pero creo que les asustó tanto lo que estaban haciendo que destruyeron todos los registros. —Brice se encogió de hombros—. Parece un gran fracaso por mi parte pero, dadas las circunstancias, no sé qué otra cosa habría hecho. Fueron unos acontecimientos inusuales.

—Bah. —Mason hizo un gesto para restarle importancia—. Siempre son inusuales. —Miró a Alicia, que estaba al otro lado de la mesa, y le dedicó lo que parecía una sonrisa cálida y casi sincera—. Te mereces un descanso para recuperarte. He leído los informes médicos y tienes un montón de morados y traumatismos varios que precisan tiempo para curarse. Probablemente evitaste una pandemia que podría haber tenido consecuencias mucho peores de las que vivimos tras el accidente de Wuhan, por no hablar de otros accidentes del pasado.

—Creo que todos necesitamos un poco de descanso —afirmó Brice.

—¿Y el general? —preguntó Alicia—. ¿El general Hong? Destrozamos sus instalaciones, pero, fueran cuales fueran sus motivaciones, seguro que podría volver a empezar. ¿Sabemos siquiera qué se hacía exactamente en aquel lugar?

Mason y Brice intercambiaron una mirada y entonces Mason se inclinó hacia delante.

—No hace falta que te preocupes por él.

—¿Por qué?

Mason consultó su reloj.

—Tuvo un accidente hace diez horas. Me temo que mortal.

Alicia sacudió la cabeza confundida y se quedó boquiabierta cuando asimiló lo que Mason acababa de decir.

—¿Un accidente?

—¿Te acuerdas de cuál es el lema oficioso? —preguntó Mason.

Alicia negó con la cabeza.

—Si se puede hacer algo, lo hacemos. —Tamborileó en la mesa con los dedos—. Actuamos para mejorar la sociedad y el mundo, lo cual inevitablemente exige hacer cosas que nadie en las esferas de poder de los gobiernos actuales permitiría. Desde nuestra creación, supimos que eso era una debilidad del gobierno organizado, la incapacidad de decir «hacedlo» para acciones incómodas, por necesarias que fueran.

»Si a Chris no le hubieran alcanzado los escombros de la explosión, habría desaparecido un par de días, lo cual habría templado los ánimos, y habría regresado a la base para encargarse de Hong personalmente. Ese era el plan. No obstante, en ciertos casos, algunos planes tienen que revisarse sobre la marcha.

»Alicia, enviar a alguien a hacer un trabajo húmedo es más fácil de lo que imaginas. Sobre todo para la Panda. Tenemos a gente preparada para ello. A ti también te prepararemos. A veces quitar una vida sirve para salvar a millones de personas.

Lo de trabajo húmedo era un eufemismo para referirse a un asesinato. Algo con lo que podías acabar ensangrentada.

—Pero…

Él levantó una mano. Brice, a su lado, había estado asintiendo hacia su jefe todo el rato.

—Permíteme que te haga una pregunta. ¿El mundo es más seguro sin Hong? Solo responde sí o no.

—Sí —repuso Alicia de inmediato y convencida. Pero un asesinato…

—Ahí tienes la respuesta. Y ya la tenías. Tú misma dijiste que podía empezar otra variante del mismo programa. Tenías razón. Hace semanas que llegamos a la misma conclusión. Así que nos encargamos del asunto. Porque a eso se dedica la Panda. Si se puede hacer algo, lo hacemos. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí —respondió Alicia, aunque en su interior la Panda perdió cierto brillo.

Mason miró a Brice y dijo:

—Bueno, necesito que parte de lo ocurrido figure en un informe para compartir con la gente de D. C. Quieren saber las últimas novedades y necesito darles una versión suavizada de todo esto. Obviamente, por ahora nada sobre el general. Hagamos el primer borrador tú y yo esta noche.

—El trabajo nunca se acaba, ¿no? —se quejó Brice.

Mason corrió la silla hacia atrás para separarse de la mesa.

—Ya sabes que siempre hay algo acechando al doblar la esquina. —Miró a Alicia y dijo—: Jovencita, ahora tienes una pequeña idea de lo que hacemos aquí. Espero que estés preparada.

—No puede ser todo así.

Mason y Brice se echaron a reír como si fuera lo más divertido que hubieran oído en su vida y salieron de la sala.

—¡No, va en serio! —gritó Alicia—. Chicos, no siempre es así, ¿verdad? ¿Verdad?

Le sonó el teléfono. Miró el número y descolgó con alborozo.

—¡Papá!

—Hola, cielo, quería decirte que regresaré antes de lo esperado, probablemente la semana que viene. Me he enterado de que has vuelto de Taiwán. ¿Qué tal ha ido?

—Um… —Alicia imaginó el ataque que le daría a su padre si se enterara de lo que había ocurrido realmente—. Ha ido bien. Por curiosidad, cuando vas a una misión, lo que haces no siempre son locuras de tipo apocalíptico, ¿verdad?

Su padre se echó a reír y dijo:

—Oh, lo siento, tengo que dejarte. Me alegra saber que estás sana y salva… no hagas nada peligroso.

—¿Papá?

La línea quedó en silencio.

¿Nada peligroso? Alicia soltó una especie de bufido y negó con la cabeza.

Si él supiera.

NOTA DEL AUTOR

Bueno, así acaba *Nueva Arcadia*, y deseamos sinceramente que te haya gustado.

Esta es la primera, pero seguro que no la última, colaboración escrita entre Mike y Steve. Queríamos dedicar una sección del libro a presentarnos, explicaros brevemente quiénes somos y qué ideas teníamos en mente con respecto a este libro, e incluso adónde queremos llegar con lo que será una serie de obras protagonizadas por Alicia.

Cada uno de nosotros ha escrito una lista considerable de obras, pero no somos ni mucho menos similares con respecto a lo que nos llevó a dedicarnos a la escritura, ni en el tipo de obras que solemos escribir. Supongo que la forma más fácil de presentarnos será no andarnos con rodeos y empezar por la parte de Rothman del dúo formado por Rothman/Diamond.

Empecé a escribir por casualidad y con eso me refiero a que, hace años, tenía dos hijos pequeños a los que les gustaba que les contara cuentos antes de ir a dormir. Mis intentos por improvisar historias eran bastante concienzudos y, para no equivocarme, empecé a escribirlas. Ese fue el comienzo de mi escurridizo desliz en el mundo de la autoría.

Por lo que respecta a mi bagaje, he trabajado la mayor parte de mi vida en distintas disciplinas relacionadas con la ingeniería, derivadas de mi formación en ciencias puras. Me he pasado buena

parte de mi carrera en empresas de Silicon Valley como diseñador e inventor de cosas chulas. Durante esa larga carrera, he viajado por el mundo y he visto muchas cosas que me ayudan a dar vida a mi trabajo. Mi escritura ha evolucionado de forma natural hasta centrarse en historias cargadas de ciencia, acción y aventura.

Ahora paso la palabra virtual a Steve para que se presente:

Creo que siempre he querido contar historias. Un día, miré la biblioteca de mi madre y vi obras de Tolkien, Lewis y Brooks. Terry Brooks me llamó especialmente la atención porque sus obras se veían larguísimas al lado de las otras. Tenía que ver qué eran. Leí *La espada de Shannara* a los diez años y ya no volví a mirar atrás. Fantasía, ciencia ficción, westerns y *thrillers* sobre crímenes. Y de algún modo, todo ello me llevó al terror. ¿La consecuencia de todas esas lecturas? Me encantan las novelas de misterio y los *thrillers*.

Mi trayectoria es variopinta. Soy contable de formación. Viví en México durante un año. He sido editor, crítico literario y director artístico, y he publicado libros. Me gustan los deportes casi tanto como hacer barbacoas. Con respecto a escribir, tiendo a centrarme en el personaje. En lo que le encanta, odia, espera y teme. Me encanta crear personajes que «solucionan problemas», como Repairman Jack o Harry Dresden. También me gusta poner a héroes en situaciones límite. Pero, sobre todo, espero que las historias que escribo (¡o coescribo!) resulten entretenidas.

Ahora que ya nos hemos presentado, sigamos adelante.

Mike ha tenido bastante éxito dando un enfoque poco habitual a sus *thrillers*. Al describir sus obras, muchas personas dicen que se parece a Michael Crichton, en el sentido en que ambos tomaron la ciencia moderna como elemento central de sus historias de aventuras y acción. Podría decirse fácilmente que Crichton sentó las bases de lo que acabaría denominándose *tecnothriller*. Cuando hablé con Steve, la idea de combinar sus talentos parecía improbable pero original y posiblemente emocionante.

Ambos disfrutan escribiendo historias tipo *thriller* y, si bien el enfoque de Mike añade grandes cantidades de ciencia e intriga internacional, Steve consigue llevar la parte oscura de la naturaleza

humana al centro de la acción, hasta el punto de incluir fenómenos paranormales.

¿Podíamos convencer a un lector de *thrillers* de que disfrutaría con un libro que lleva la ciencia al límite? Creemos que es el caso.

Y, lo que es más, ¿podíamos combinar los puntos fuertes de ambos autores para crear algo que supusiera un reto para el público? A medida que esta serie se desarrolle, veremos que se despliegan elementos que desafían nuestra idea preconcebida de lo que es real y lo que no. ¿Acaso aquello que consideramos producto de nuestra imaginación podrían ser elementos de realidad científica? ¿Podríamos «cienciificar» (un término técnico) una novela que contuviera lo que siempre habíamos considerado fenómenos paranormales y atravesar ese fino velo entre la fantasía y la realidad?

Esta historia no ha sido más que el comienzo de una serie de novelas protagonizadas por Alicia Yoder. Aunque todas las historias transcurran en nuestro mundo, nuestra época y con muchos de los mismos personajes, pronto verás que las hemos planificado para que sean independientes entre sí. Es decir, cada historia empieza y acaba en cada libro, aunque los lectores de la serie serán testigos de la evolución de la protagonista y de quienes la rodean.

Una advertencia y un adelanto: a partir del segundo libro introduciremos en el universo de Alicia un nuevo miembro llamado Bagel. Bagel no es un personaje a quien haya que subestimar, y eso es todo lo que diré por ahora.

Esperamos pasárnoslo en grande escribiendo eso, y deseamos que disfrutes con la aventura… promete ser trepidante.

Gracias por leer *Nueva Arcadia*, que seguirá originando más lecturas.

- Mike y Steve

Si te interesa estar al corriente de las últimas novedades, accede a estos enlaces para darte de alta en nuestras listas de distribución.

M. A. Rothman: https://mailinglist.michaelrothman.com/new—reader

Steve Diamond: https://authorstevediamond.com/newsletter

P. S.: ¿De verdad creías que te dejaríamos con la intriga de un personaje de próxima aparición llamado Bagel sin darte un poco más de contexto? A continuación encontrarás el avance de *Encadenados* y quién sabe si allí aparece Bagel. Esperamos que lo disfrutes.

P. P. S.: Aunque técnicamente esta sea la primera novela de Alicia Yoder, no es la primera que aparece de forma destacada. Mike introdujo a Alicia por primera vez en la novela *Multiverso*, que dio pie a infinidad de correos electrónicos pidiendo que tuviera serie propia. ¡Por eso estamos aquí! Y para que sepas de qué va esa novela, aquí va también un pequeño extracto. Esperamos que lo disfrutes.

AVANCE DE ENCADENADOS

Alicia Yoder se retorcía de dolor e intentaba aliviar la sensación sujetándose el abdomen. Las ramas caídas que había recogido para hacer un refugio para ella y su padre se derrumbaron en el suelo empapado por la lluvia.

Se apoyó en un árbol y, al hundirse, se arañó la espalda con el tronco. Por un momento se olvidó de respirar, pero enseguida tomó aire una, dos veces para serenarse. El viaje a los Catskills debería haber sido una buena prueba de sus dotes de supervivencia. Sin embargo, al cabo de apenas ocho horas Alicia no estaba segura de poder aguantar hasta la noche.

El dolor le había empezado hacía uno o dos meses. Las náuseas no la afectaban mucho, ni tampoco las molestias de espalda que sentía de vez en cuando. Pero luego un dolor intenso y rabioso se había instalado en su abdomen y se le extendía por toda la región pélvica.

La alarma había saltado al regreso de su viaje desde el Lejano Oriente unas semanas antes. Había ido directa y conduciendo de forma temeraria al Hospital Universitario de Georgetown, en Washington D. C. En urgencias le hicieron una ecografía mediante la que le detectaron tumores en los ovarios. A continuación, tuvieron que hacerle un TAC, un análisis de sangre CA-125 y una biopsia.

Cuando Alicia se levantó, las náuseas tomaron forma y vomitó las dos tostadas que se había forzado a comer por la mañana.

«En fin —pensó, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. El pan estaba malísimo. ¿A quién se le ocurre hacer tostadas con pan integral?».

Unas cuantas respiraciones más y el dolor y las ganas de vomitar fueron remitiendo. No quería que su padre la viera débil. Una lección que había aprendido de pequeña en las calles de Hong Kong y que había corroborado en Nueva York era que nunca había que mostrarse débil. Recuperó las ramas, ahora ya rotas y prácticamente inservibles para construir de nuevo el refugio. Levantó la cara hacia el cielo y dejó que la lluvia se la mojara. Se sintió mejor. Tal vez arrastrara también sus preocupaciones.

Tumores.

El médico le había dicho que el cáncer de ovarios en mujeres jóvenes era poco habitual, pero aquello no le había servido de gran consuelo y estaba angustiada. Algo no iba bien en su interior y cada vez era más difícil de ignorar. Lo único que podía hacer era esperar el resultado de las pruebas.

Las ramas eran pesadas y sentía los brazos como si fueran plomo. Pero ni se daba cuenta y arrastró mecánicamente los restos de leña hasta el campamento. Su mente no dejaba de darle vueltas a lo que aquellas pruebas podrían revelar.

Levi Yoder, su padre adoptivo, ya había construido la estructura de un cobertizo y hecho una pequeña hoguera. Levantó la mirada y frunció el ceño al verla arrastrando las ramas.

—Alicia, si no te tomas en serio esta formación tan básica, no sé…

No terminó la frase porque, con sus penetrantes ojos azules, vio que algo ocurría.

—Perdona, papá. Es que… no me encuentro muy bien. Debo de haber pillado un resfriado o algo así. —No le había contado nada. No quería que se preocupara por ella mientras evitaba atentados terroristas o fuera lo que fuera lo que hacía en las misiones que le encargaba la Panda.

—Oye… oye, ¿por qué no te sientas un momento? Ya me encargo yo de eso.

Levi ayudó cuidadosamente a su hija a sentarse en el suelo del bosque y luego se puso a sujetar las ramas destrozadas a la estructura del cobertizo para formar algo parecido a un techo. Se internó corriendo entre los árboles y al poco rato volvió con unas ramas bien cortadas que completaron el refugio e impidieron en gran medida que entrara la lluvia. Alicia rio para sus adentros a pesar del agotamiento… que hacía un tiempo que se había convertido en su estado normal. Incluso estando en plena forma, sabía que habría tardado veinte minutos en encontrar los elementos adecuados para el refugio. Para su padre, aquel tipo de cosas eran pan comido.

Él se sentó al lado de ella con la vista fija en la pequeña hoguera. No lo habría hecho en circunstancias normales.

«No mires al fuego directamente —solía decir—. No puedes permitirte el lujo de estropearte la vista si te encuentras en una situación en la que tu supervivencia está en juego».

Alicia supuso que ahora incumplía la norma por ella. Era una manera de procurarle cierta intimidad cuando en realidad no la había.

Alicia apoyó la cabeza en el hombro de su padre, queriéndolo por la bondad que siempre había mostrado hacia ella y sus hermanas. Se secó una lágrima antes de que le rodara por la mejilla.

—Gracias.

Notó que él sonreía sin siquiera mirarlo.

—Ninguno de los dos quiere quedar empapado hasta la médula antes de ir a dormir.

Ella sacudió la cabeza ante la respuesta, pero no dijo nada. Los dos sabían que ella no le daba las gracias por eso. Pero su tacto, sobre todo en cuestiones familiares, era una habilidad que Alicia aún no había conseguido dominar del todo.

—¿Qué tal van las cosas en la Panda? —preguntó Levi, cambiando de tema.

La Panda era una agencia que no existía oficialmente, aunque formaba parte del gobierno. Más o menos. Su padre hacía encargos para ellos de vez en cuando y recientemente habían reclutado a Alicia. Sonrió al recordar la primera vez que había visto la sede

central de la Panda en Estados Unidos. Para ella, era como la agencia de la película *Men in Black*, de la que nadie sabía de su existencia hasta que necesitaba saberlo. Por desgracia, que ella supiera, la Panda no tenía nada que ver con alienígenas, lo que lo habría hecho todo mucho más interesante.

—Mi periodo de prueba de seis meses ya casi ha terminado. Supuestamente han acelerado el procesamiento de mi SF-86. Será oficial. Dentro de una semana debería tener la autorización para acceder a asuntos de alto secreto.

—¿Sin pasar por interina? Ya sabes que la Panda tiene ventajas, se les conoce por prescindir de las normas que valen para otros.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

Incluso después de su incorporación, hacía casi seis meses, aquella sociedad secreta seguía resultando un misterio para ella.

—Existen desde antes de la guerra de la Independencia, tirando de hilos y llevando a nuestro gobierno por el buen camino…

—Yo no diría tanto —interrumpió Levi.

—¿No crees en milagros?

Él vaciló un poco. ¿Se lo había imaginado?

—Puedo aceptar un milagro o dos —reconoció Levi—. Pero mantener al gobierno… ¿cómo has dicho? ¿Por el buen camino? Pues no es el caso.

Alicia se echó a reír y dejó que la conversación relegara sus preocupaciones.

—De acuerdo. Supongo que no entiendo su verdadero alcance. ¿Sabes a lo que me refiero? Por ejemplo, ¿cuánto tiempo se suele tardar en obtener acceso a lo que es alto secreto?

—Dos años.

—Pues eso. ¿Y a mí me lo dan en tres meses? ¿Con mis antecedentes?

—Sí… en ninguna búsqueda aparecerán tus antecedentes verdaderos. Cuando te adopté recurrí a algunos contactos. Tienes una historia inventada desde tu nacimiento hasta que te adopté.

—¿En serio? —Alicia no lo sabía. Después de que las salvara, a ella y a otras chicas, de una banda de tráfico infantil, no había hecho

demasiadas preguntas. En cierto modo, a pesar de todo, la bondad de su padre adoptivo la sorprendía.

—Bueno… qué bien. ¿Y con las demás igual?

—Por supuesto. Pero eso no es lo que has preguntado. ¿Qué quieres saber de la Panda? No sé cuánto puedo contarte. Lo que está claro es que no lo sé todo acerca de lo que hacen. Yo soy un colaborador independiente.

—¿Por qué necesito un permiso? Es obvio que ellos funcionan con reglas propias. ¿Qué tipo de acontecimientos han controlado a lo largo de la historia? —Se quedó callada—. ¿Mataron a J. F. Kennedy?

Levi se echó a reír. Como casi todo lo que venía de él, la carcajada resultó cálida y adorable. Incluso acurrucado junto a la débil hoguera para protegerse del frío, seguía pareciendo recién salido de un anuncio de material de montañismo.

—Pues no lo sé. Lo del permiso es la pregunta fácil. Aunque la Panda se salte las normas infinidad de veces, quizá acabes un día en el equipo de otra agencia que exija que estés en posesión de ese permiso. Es más fácil si se tiene.

—Tiene lógica —reconoció Alicia—. ¿Y JFK?

Levi volvió a reír.

—Ni idea, pregúntale a Mason.

Mason era uno de los directores de la Panda.

La lluvia fue amainando y las nubes fueron dejando paso a los destellos de las estrellas. Como estaban lejos de la ciudad, brillaban mucho. A ojos de Alicia, aquellos puntos de luz brillante en un mar de oscuridad parecían presagiar esperanza y promesa.

Notó un peso creciente en la parte baja del abdomen. El miedo volvió a ganar posiciones en su interior.

—Voy a buscar más leña para el fuego. Para alimentarlo un poco. —Cuando su padre se levantó, Alicia apoyó la espalda en la pared del cobertizo—. Hemos tenido un día intenso probando tus dotes de supervivencia y lo estás haciendo bien, más o menos. Como no te encuentras bien, es mejor que no vayamos más allá con la formación nocturna. Disfrutemos de la noche. Pronto volveremos a la ciudad y podrás prepararte para tu última evaluación con Mason.

—Sí, quizá tengas razón. —Que ella supiera, a la vuelta tendría un mensaje del hospital universitario de Georgetown. «No muestres debilidad». Alicia forzó una sonrisa, era especialista en ello—. Mason no es lo que me preocupa. Son los psicos.

—¿Los exámenes psicotécnicos?

—Dos veces por semana.

—Recuerda, cada vez que te pregunten si duermes bien…

—Como un bebé. Duermo como un tronco.

La señaló con dos dedos.

—No hagas eso.

—¿El qué?

Ella exageró el gesto de los dos dedos apuntando como una pistola.

—Me recuerda lo mayor que eres ya.

Levi sonrió dejando al descubierto su dentadura perfecta.

—Soy joven de espíritu. —Él volvió a poner los dedos en forma de pistola con un guiño antes de volver a meterse en el bosque.

«Joven de espíritu». Bromeaba, pero realmente no aparentaba tener más de treinta años. Alicia sabía que le faltaba poco para los cincuenta.

El suave tamborileo de las gotas que caían de los árboles sobre el tejadillo del cobertizo la arrullaron envolviéndola en una bruma cómoda. Hizo unas cuantas respiraciones profundas con los ojos cerrados. No era la meditación que solía practicar su padre, pero sí bastante parecida. Nunca había conseguido saber cómo lo hacía para aislarse por completo de lo que le rodeaba.

A Alicia, la paz le duró apenas unos minutos antes de volver a sentirse culpable. A pesar del dolor y el agotamiento, no debería quedarse ahí sentada sin hacer nada mientras su padre se había ido a buscar leña. Salió del refugio agachada y se incorporó lentamente. ¿Cuánto rato hacía que se había ido su padre? No debería tardar tanto en recoger leña.

Se ajustó bien la chaqueta y se encaminó en la dirección que había tomado Levi. Había dejado de llover, pero el frío del aire del bosque se filtraba por cada pequeño hueco de entre la ropa. Ya no le quedaba tan ceñida. La enfermera del hospital que había tomado

sus constantes vitales le dijo que pesaba cincuenta y seis kilos. Alicia no se lo comentó en ese momento, pero había adelgazado casi diez kilos en los últimos meses y con aquel peso estaba más delgada de lo habitual.

A pesar de todo, le encantaba pasearse por entre los árboles en los Catskills. No la juzgaban. No la miraban con lástima ni conmiseración por su educación. Además, el bosque no le recordaba a los callejones claustrofóbicos y camas hediondas que formaron parte de su niñez en las calles. A los árboles les daba igual su pasado, su presente o su futuro. Se limitaban a existir.

Caminó durante casi diez minutos buscando el rastro de su padre. Las pisadas en el barro o alguna rama rota recientemente guiaban sus pasos. Su padre no estaba ocultando su rastro, lo cual era raro en él. Alicia se preguntó si estaba más preocupado por ella que por él y si se había ido para despejarse. Ella nunca sabía qué le pasaba por la cabeza. No tenían ningún vínculo sanguíneo pero, en muchos sentidos, se parecían más que parientes de sangre.

Un murmullo de voces la hizo pararse en seco y ocultarse detrás de un gran abeto. Fue avanzando despacio, moviéndose entre árbol y árbol hacia las voces. Al acercarse, se dio cuenta de que la discreta conversación se reducía a dos voces diferenciadas. Una era la de su padre. La otra le resultaba desconocida.

A juzgar por el tono de Levi, era obvio que estaba preocupado o molesto por algo.

—Narmer, responde. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Acaso no puedo disfrutar de un poco de naturaleza? Levi, ya sabes qué relación tengo con el bosque. —Era una voz masculina. De persona mayor. Y… en cierto modo sonaba velada, como si no estuviera realmente allí. No obstante, el tal Narmer parecía juguetón. Alicia tenía facilidad para interpretar las voces. Sabía juzgar a las personas por su voz… captar las intenciones en el tono… de niña, ese don la había salvado unas cuantas veces.

—No —dijo Levi—. Tú no. No después de tantos años. Una persona como tú no aparece así como así.

Alicia se acercó más, con cuidado de no pisar ni tocar ninguna ramita. Su padre estaba hablando con el anciano en un pequeño

claro. Levi llevaba una brazada de leña para la hoguera, pero estaba alerta, el pie derecho hacia atrás y el peso bien equilibrado entre las dos piernas. Alicia advirtió la tensión de su cuerpo, preparado para explotar en cualquier momento.

El viejo, en cambio, desplegaba una sonrisa perezosa. Hizo un gesto de desdén con la mano y se agachó para sentarse en el tronco de un árbol caído. Llevaba la ropa raída, pero no parecía que notara el frío como ella. Llevaba un parche en un ojo y una prótesis de madera a partir de la rodilla en una de las piernas. Alicia parpadeó. Era una pata de palo. Era imposible desentonar más que aquel hombre allí o… en esa época. Todo él parecía fuera de lugar, como si no perteneciera a este mundo.

El viejo apoyó un bastón de madera pulida en un árbol y suspiró. Levantó la vista hacia las copas y habló en tono melancólico.

—Sabe usted, señor Yoder, donde me crie no teníamos bosques como este. Solo… arena y la maleza que crece en el desierto. La arena y los desiertos también tienen su belleza cruda y fluida… pero creo que prefiero el verde, como el de aquí. En mis viajes he visto casi todos los tipos de bosque. Nunca me canso de ellos.

Había algo en su voz que llamó la atención de Alicia. Recordó uno de los personajes de *Men in Black,* y un escalofrío le recorrió la espalda. Casi esperaba que aquel hombre mudara de piel y apareciera una cucaracha gigante por debajo de su ropa.

—¿Por qué estás aquí? —insistió Levi.

El lisiado suspiró.

—Mi vida toca a su fin. He venido a ver si te has replanteado tu lugar en la historia.

—¿Mi lugar en…? ¿Estás de broma? Estoy aquí enseñando a mi hija. No me creo ninguna de tus tonterías, y ya te lo dije hace años.

—Yo también tuve hijos. Esposas. —De nuevo la melancolía—. ¿No te parece que es una condena vivir más que tus hijos y tus esposas? Aunque supongo que no tiene que ser así necesariamente. Las cargas y los regalos suelen ser las dos caras de la misma moneda, creo yo.

Levi se puso tenso al oír las palabras de Narmer. No… Alicia se dio cuenta de lo que era en realidad. Furia.

—A mí no me vengas con lecciones sobre pérdidas… o regalos. —Levi escupió esa última palabra—. No tengo tiempo para acertijos, viejo. Mi hija no se encuentra bien y prefiero pasar la noche en su compañía que contigo. Dime qué quieres.

—Tiempo. Sí. Para la mayoría de las personas es finito. Pero no lo es tanto para ti. Aunque te niegas a aceptarlo. ¿No te miras en el espejo? ¿Acaso no se han ido haciendo realidad todas las ventajas que te mencioné?

—Ya me he cansado de escucharte. —Levi se dio la vuelta para marcharse.

—Espera. —El hierro de la voz de Narmer hizo que se parara en seco—. Ten. Toma esto. —Le tendió un trozo de papel. Era un pergamino grueso e incluso desde donde estaba Alicia percibió la textura. Le recordó a un viejo papiro que había visto expuesto en el Museo Metropolitano de Nueva York—. Estaré aquí unas semanas más. Ven a verme si cambias de opinión.

—No cambiaré de opinión. —Levi se acercó al viejo lisiado y le arrebató el papel. A continuación, se tranquilizó, su furia se desvaneció y fue sustituida por tristeza. Inclinó la cabeza hacia el hombre—. Adiós, Amar Van. —Entonces dijo algo en un idioma que Alicia no identificó y abandonó el claro del bosque.

Alicia no se movió de detrás de los árboles. Quedaba claro que su padre conocía a aquel anciano. Y, a juzgar por cómo había inclinado la cabeza al final, también estaba claro que lo respetaba. Pero el recelo de su padre también era evidente. ¿Quién sería el tal… Narmer?

—¿Piensas pasarte toda la noche detrás de ese árbol, jovencita? ¿O quizá preferirías entretener a un anciano viniendo a presentarte?

Alicia maldijo para sus adentros, preguntándose qué la habría delatado. El roce de su abrigo contra la corteza, ¿quizá? Tal vez había pisado una ramita sin darse cuenta. A sus cansados mente y cuerpo les apetecía volver a la calidez de la hoguera, pero le venció la curiosidad. Salió de su escondrijo y se dirigió al claro.

De cerca, al hombre se le veía incluso más harapiento que desde lejos. La ropa deshilachada parecía comida por bichos y le colgaba del cuerpo como jirones de una mortaja. Dio un golpecito en el sitio

que había a su lado en el tronco. Alicia tenía que haberse marchado. Tenía que haber salido corriendo. Pero aquella voz emanaba un magnetismo que la atrajo hasta que se sentó a su lado.

—¿Quién eres? —preguntó Alicia—. ¿De qué conoces a mi padre?

—Conocí a tu padre hace años. Cuando intentaba encontrarse a sí mismo. En aquel tiempo todavía arrastraba una gran pena.

—¿Una pena? ¿Por qué?

—Yo diría que esa pregunta tendrás que hacérsela a él. —Su risa transmitía una fragilidad seca—. Jovencita, yo me llamo Narmer. A lo largo de los años he tenido infinidad de nombres, pero este es el más auténtico. El que me gustaría llevarme al más allá. ¿Y tú, querida?

—Alicia. Alicia Yoder.

Le dio una palmada en la pierna.

—Encantado de conocerte, Alicia.

—¿Cómo supiste que estaba ahí?

—He oído tu respiración.

Alicia soltó un bufido y antes de pensar en callarse la boca, dijo:

—Imposible.

—Ay, querida, no tienes ni idea de lo que es posible o imposible. —Sus palabras fueron un reproche, pero no sonó desagradable. A continuación, el viejo olisqueó el aire y su mirada se posó en el abdomen de Alicia—. Ah, te compadezco.

—No sé a qué te refieres —dijo Alicia. Aunque sí que lo sabía. Pero es que era imposible que supiera que estaba enferma…

—Si tú lo dices. —Le sonrió y entonces adoptó una expresión curiosa—. Dime, querida, ¿crees en los milagros?

—No… no sé. Me gustaría pensar que son posibles. —Vaciló. Alicia no conocía de nada a aquel hombre, pero tenía algo que le hacía querer seguir hablando con él—. Creo… creo que a veces la gente espera milagros… pero no parece lo más sensato.

—¿Ah no?

Alicia asintió.

—Creo que la gente tendría que esforzarse. Siempre tendrían que intentar hacer las cosas lo mejor posible. Tal vez cuando trabajan para conseguir un objetivo tengan posibilidades, solo tienen que

identificarlas como las oportunidades que realmente son. Si aprovechan las oportunidades inesperadas, creo que mucha gente las considera milagros. Lo siento. No sé si lo que digo tiene sentido.

—Para mí, sí. —Narmer miró en la dirección por la que se había marchado Levi—. Luego están los que experimentan el milagro y se niegan a reconocerlo como tal.

Tras unos instantes de silencio, Alicia frunció el ceño.

—Narmer, ¿de qué conoces a mi padre?

—Tu padre es un hombre especial. Recibió un don. Seguro que te has dado cuenta de que es un poco distinto a la mayoría de los hombres, ¿no? Dime, Alicia, ¿quieres ser especial?

—No —respondió al instante, sin vacilaciones—. A menos que ser especial implique ayudar a otra gente. De lo contrario, ¿para qué? De todos modos, ¿qué significa ser especial?

—Sin duda se trata de una pregunta que exige consideración. —Volvió a darle una palmada en la pierna—. Bueno, ya te he robado suficiente tiempo. Ve con tu padre. Pasa tiempo con él. Señaló el abdomen de Alicia—. Y no te preocupes en exceso. Seguro que todo irá bien.

Narmer se levantó del tronco y se internó en el bosque renqueando sin mediar palabra ni mirar atrás. «Qué hombre tan raro», pensó Alicia viéndolo alejarse. Entró en la penumbra y desapareció.

—¿Qué hago aquí? —Alicia se levantó a su vez y miró en la dirección por la que el anciano se había desvanecido. Le embargó una gran sensación de preocupación al preguntarse si sabría por dónde ir. Exhaló un profundo suspiro y lo siguió.

Apenas había recorrido unos metros cuando de la misma penumbra en la que Narmer había desaparecido surgió un gatito.

Era negro como un tizón y tenía unos ojos amarillos brillantes que parecían captar la luz de las estrellas. Fue directo a ella, se le enrolló en el tobillo y empezó a ronronear.

Alicia se agachó, lo cogió y lo acurrucó contra su pecho. El gatito era muy pequeño y flaco, como falto de alimentos. Estaba muy hambriento.

Oyó a su padre llamarla desde lejos.

No había ni rastro de Narmer. Ni siquiera una huella de su pata de palo. Alicia sacudió la cabeza, confusa, y volvió al campamento que había montado con su padre, sin saber qué le diría acerca del encuentro con el anciano.



—¿Qué tal el viaje?

Alicia se encogió de hombros.

—No estuvo mal. Lo acortamos porque yo no me encontraba demasiado bien.

—Se nota. Te veo pálida. —Rebecca Baker abrió el maletero del coche y metió la bolsa de viaje de Alicia—. Probablemente tengas anemia y necesites hierro. ¿Has probado la plata coloidal? Va bien para todo. En serio. Yo la tomo para evitar la gripe. No he tenido el estreptococo desde que empecé a tomarla, hace seis años.

Rebecca siguió parloteando, pero a Alicia le daba igual. Subió al asiento del pasajero del viejo Jeep Wrangler y apoyó la cabeza en el reposacabezas. Becca era su vecina del otro lado del pasillo en su bloque de apartamentos, y tenía una actitud maternal con Alicia. Había perdido a su marido por culpa de un derrame cerebral el pasado noviembre, después de cuarenta años casados. Una mujer cariñosa. Era una de las pocas amigas de Alicia.

Salieron del aparcamiento de la estación de Acela en D. C. y se dirigieron a su apartamento por Wheeler. El trayecto en tren entre Nueva York y D. C. duraba unas pocas horas y su amiga la había ido a recogerla.

Becca se pasó el rato hablando, llenando cualquier oportunidad de silencio con recomendaciones de tratamientos naturales para distintas dolencias, sus últimos descubrimientos culinarios y cómo había encontrado la cadena de televisión que emitía *The Ray Bradbury Theater*. Alicia sonreía y asentía, pero no llegó a enfrascarse en la conversación.

El minino se acurrucó en su regazo, chupándose la cola. La bolita de pelo negro estaba casi siempre hecha un ovillo.

—Ese gatito es adorable —dijo Becca—. No sabía que te gustaban los animales.

—Pues no —dijo Alicia—. Pero lo encontré en el bosque y no podía dejarlo allí. Me refiero a que… míralo. —Lo acarició detrás de las orejas.

—Oye, yo no te lo voy a discutir. Ya sabes que me encantan los bichos peludos. ¿Te he contado que he enseñado a mi sheepadoodle a hablar conmigo?

Alicia enarcó una ceja con expresión incrédula.

—¿Y eso cómo se hace?

—Te lo enseñaré cuando lleguemos.

Entre unas cosas y otras, el trayecto entre la estación y su bloque de apartamentos en Wheeler Road pasó en un abrir y cerrar de ojos. Alicia no había prestado atención al entorno. Ya lo tenía todo muy visto y a lo largo de aquellos kilómetros no había nada que le interesara.

Al encender el móvil después del aterrizaje había visto una llamada perdida y un mensaje del hospital. Aún no se había atrevido a escucharlo.

—¿Cuántos años tiene tu perra? —Alicia hizo la pregunta sin que realmente le interesara la respuesta, pero no quería ser maleducada con su amiga.

—Solo dos años. Bueno… en años humanos. ¿En años caninos? No tengo ni idea. No sé si creerme eso de los siete años por cada año perruno. No. No lo sé.

Alicia sonrió mientras la mujer le soltaba el rollo de cómo había encontrado un artículo sobre los años caninos. Becca tenía unos sesenta y cinco años. ¿Habría sido siempre tan habladora? Alicia se estremeció al pensar en el pobre marido que tuvo que aguantarla cuarenta años.

Entraron en la plaza de parking cubierta de Becca y sacaron la bolsa del maletero. Becca insistió en llevarla hasta el ascensor, donde pulsó el botón de la tercera planta. Tras la breve espera, la puerta se abrió y, al llegar a su planta, Becca caminó con brío por el pasillo hasta su apartamento, el 310. Alicia estaba enfrente, en el 311. Su vecina abrió la puerta y la invitó a entrar.

Alicia estaba indecisa. O entraba en el apartamento de su amiga y escuchaba su interminable cháchara, o se metía en el suyo y escuchaba el mensaje que la esperaba. Se decidió por la izquierda, entró en el apartamento de su amiga y tomó asiento a la mesa de la cocina.

Becca ya había encendido el fuego para calentar la sidra Su perrita negra se levantó sobre las patas traseras al lado de Alicia para ver al gatito. Al ver a la perra, el minino sacó una pata y le arañó el hocico. Alicia se echó a reír y alargó la mano para rascar a la perrita bajo la mandíbula. Becca le había puesto el nombre de Brees en honor del antiguo *quarterback* de los New Orleans Saints. La mujer era una fanática del fútbol americano, pero odiaba a los Washington Commanders.

Al cabo de unos minutos, Becca sacó dos humeantes tazas de sidra caliente.

Becca se sentó y contempló a Alicia un buen rato. Frunció el ceño.

—Tienes mal aspecto. ¿Te encuentras bien?

La pregunta pilló desprevenida a Alicia. Su amiga raras veces era tan directa.

—Es que no me encuentro bien, Becca. Me… me hicieron unas pruebas en Georgetown antes de irme de viaje con mi padre. Tengo un mensaje de ellos, pero la verdad es que no quiero oírlo.

—¿Quieres que lo escuche yo? —Si lo hubiera dicho cualquier otra persona, la habría tomado por entrometida, pero viniendo de ella era un acto de bondad.

Alicia negó con la cabeza.

—No, aunque te lo agradezco. —Dio un sorbo a la sidra y cambió de tema—. ¿Así que estás enseñando a Brees a hablar?

—¡Sí! Mira. ¿Ves esa alfombrilla de la que sobresalen unos botones? —Becca señaló la zona contigua a la puerta corredera de cristal que conducía al balcón.

Alicia vio un pequeño hexágono de espuma del que sobresalían siete botones, cada uno con una sencilla imagen.

—A mi Breesy le compré esos botones en BabbelPet. Grabo una palabra sencilla en cada uno de ellos y mi cariñito puede

presionarlos para decirme qué quiere. —Miró a su perra y señaló los botones—. Ven a decirle a mami qué quieres, Breesy. Ven a decirle a mami qué quieres.

Para su sorpresa, la perra negra se acercó a la alfombrilla de espuma, miró los botones como si estuviera pensando y entonces presionó uno con la pata. La voz grabada de Becca sonó por el altavoz del botón: «Pelota». Brees levantó la vista expectante.

—Ah. Qué pasada. ¿Y qué pone en los demás botones?

—Mi perrita es sorprendente, ¿verdad? Distingue «pelota», «fuera», «premio», «palo» y «mamá». Utiliza la última para llamarme la atención, luego presiona una de las otras para decirme qué quiere. Lo vi en Internet. Una perra como mi Breesy pero más mayor tenía una alfombrilla con unos treinta botones. Podía mantener una conversación con el dueño. —Cuanto más emocionada estaba Becca, más se le notaba el acento sureño.

—Vaya… pues es alucinante. —El gatito se escabulló desde su regazo y saltó al suelo. Se acercó a los botones y los miró. Intentó darle un zarpazo a uno, pero no pasó nada. Pareció darse cuenta de que no lo había presionado con suficiente fuerza, y entonces cogió carrerilla y saltó en el botón de «Fuera» con las patas delanteras. Brees se apartó del gato con un gemido. El minino repitió la llamada para salir fuera y miró a Alicia.

Becca silbó.

—Vaya, ¡qué espabilado! ¿Sabes qué? Me sobran unos cuantos botones. Te los daré. A Brees le cuesta entender más de siete. ¡Pero a lo mejor el gatito también aprende palabras! —Se esfumó pasillo abajo y regresó con una caja que contenía dos alfombrillas de espuma hexagonales y suficientes botones como para llenarlas.

—Gracias, Becca. —Alicia cogió la caja. Los gatos que había tenido en la granja eran animales bastante caprichosos, por lo que dudó que aquel entendiera eso de los botones, pero no quería parecer maleducada—. Mira, gracias por el viaje y por la sidra. Me voy para casa a escuchar ese mensaje.

—De acuerdo, querida. Ya me dirás si necesitas algo. Lo que sea. Estoy a tu disposición.

—Gracias, Becca. Lo sé. Eres la mejor.

Alicia se levantó y abrazó con fuerza a la vecina. Cogió la bolsa de viaje y recogió al gatito, que había corrido por la cocina hasta terminar otra vez enroscado en su tobillo. Había llegado el momento de cruzar el pasillo para escuchar el mensaje que llevaba días temiendo.



Alicia observaba el móvil, demasiado asustada como para tocarlo. A su lado, el gatito se enroscó otra vez y se puso a lamerse la cola. Por algún motivo le recordó a un *bagel*.

—Creo que así es como te llamaré. —El gato levantó la vista, ladeó la cabeza y se acercó para sentarse en su regazo. En cuestión de segundos, volvía a estar hecho un ovillo con la punta de la cola en la boca y ronroneando con los ojos cerrados—. Bagel. —El gato abrió un ojo y luego lo cerró—. Ese nombre te pega, ¿verdad? —Ronroneó con más fuerza. Alicia desvió la mirada hacia el teléfono y respiró hondo.

Cogió el teléfono y accedió al buzón de voz.

«Hola, este mensaje es para Alicia Yoder. Soy la doctora Kim Reynolds. Debería llamarnos a la consulta. Ya tenemos los resultados de su biopsia, su análisis de sangre y su TAC. Por favor, llámenos lo antes posible».

Cuando el mensaje terminó, Alicia apartó el teléfono de su oído y lo miró.

—¿En serio? —Escuchó el mensaje dos veces más, preguntándose si se le había pasado algo—. ¿No podían tomarse la molestia de darme alguna pista? ¿Ahora tengo que llamarlos yo? Idiotas.

Su enfado no estaba justificado y lo sabía. Pero le daba igual. Marcó el número de la doctora Reynolds. A los cinco tonos, respondieron.

—Ha llamado a la consulta de la doctora Reynolds. Lance Andrews al habla.

Era el ayudante de la doctora. Fantástico. Era un imbécil que siempre hablaba con tono condescendiente.

—Hola, Lance. Soy Alicia Yoder. Me ha llamado la doctora y me ha dejado un mensaje diciendo que ya tiene los resultados.

—Sí, dejó un mensaje porque no contestabas al teléfono.

Alicia notó que sujetaba el teléfono con más fuerza.

—Estaba fuera.

—Ah, bueno. Un momento. Voy a ver si la doctora está disponible. Te pongo en espera.

En lugar de quedar en silencio, la línea siguió activa. Alicia oyó sonidos amortiguados de rozadura y se dio cuenta de que el idiota debía de haberse olvidado de pulsar el botón de «llamada en espera» en el teléfono de la oficina y que lo llevaba encima mientras caminaba.

—Oye, Kim… Alicia… der… fono. ¿Quieres que … diga?

Alicia solo captó algunas palabras entre tanto roce. Con el corazón en un puño, subió el volumen del teléfono al máximo. No alcanzó a entender la respuesta de la doctora.

—Vale, le diré… Yoder que venga… ñana. ¿Quieres que… positiva para cáncer de ovarios? Vale… dejo a…

No necesitaba escuchar la conversación completa. Cinco de esas palabras le cayeron encima como un jarro de agua fría. «Positiva para cáncer de ovarios».

—Señorita Yoder, ¿sigue ahí?

Cáncer de ovarios.

—¿Señorita Yoder?

Alicia parpadeó ante el móvil. Se le quedó la boca seca y no alcanzaba a articular palabra.

—S-sí.

—La doctora Reynolds está en una visita que no puede interrumpir. Le pide disculpas. Tendría que venir mañana para comentar los resultados. ¿Le va bien al mediodía, a las dos, por ejemplo?

—¿Qué… qué pasa?

—Me temo que es mejor que lo hable con la doctora. ¿Está disponible a las dos del mediodía?

—Sí.

—Pues hasta mañana a las dos. Adiós.

La línea quedó en silencio, pero ella apenas se dio cuenta.

Cáncer de ovarios.

Bagel se movió en el regazo de Alicia cuando le rodaron unas lágrimas por las mejillas que cayeron encima del gatito. La miró, con preocupación en sus ojos dorados, y luego frotó el vientre de Alicia con el hocico.

Alicia se dispuso a llamar a su padre, pero lo pensó mejor y no lo hizo. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a reaccionar ante la noticia? Cambió de idea, dejó el teléfono y abrió el portátil. Le bastó con unas cuantas búsquedas.

En caso de fase dos, el índice de supervivencia era de cinco años en el setenta por ciento de las pacientes.

En fase tres, el índice descendía al treinta y nueve por ciento.

En fase cuatro era solo el diecisiete.

Cerró el portátil y se recostó en el asiento. Todo se desmoronaba.

Aunque sobreviviera, era imposible que la Panda la dejara continuar como agente de operaciones, y menos sobre el terreno. La quimioterapia destruiría su sistema inmune. La Panda no podía enviar a alguien enfermo a una misión y era lo más lógico. ¿Le dejarían siquiera hacer trabajos de oficina?

Probablemente no, pensó. Yo no lo haría. Tenía que olvidarse incluso de trabajar. No había ninguna posibilidad de que le permitieran ser autónoma como su padre.

Se fue a su habitación, con Bagel en la mano, y se dejó caer en la cama.

Lloró hasta quedarse dormida.

~

Para Alicia los sueños eran algo curioso. De más joven nunca había tenido sueños, solo pesadillas. Pesadillas de hombres y mujeres siniestros que se cernían sobre ella, y que solo despedían una luz malvada y roja de sus ojos brillantes. Después de que la rescataran

de aquella vida, las pesadillas habían desaparecido en gran medida para dar paso a los típicos temores de estudiante. Sueños ansiosos acerca de suspender un examen o de aparecer en clase sin ropa. Pero, normalmente, sus sueños eran agradables e inocuos, sin mucho significado.

Había olvidado el sabor del miedo en las pesadillas. Pero habían regresado como un mal presagio.

Al principio eran solo sensaciones. Premoniciones y temores que intentaban sofocarla. Luego las pesadillas fueron tomando forma. Tumores gigantes y carnosos que la engullían, pedazo a pedazo. Luego los tumores se volvían oscuros y tenían los mismos ojos brillantes que sus maltratadores. Alicia intentaba huir, pero los pies se le hundían en un suelo reblandecido por el veneno del cáncer, que la apresaba.

Interpretó las pesadillas de un modo literal, pero su mente dormida no le permitía escapar de ellas haciendo que se despertase.

Las pesadillas relacionadas con los tumores fueron desvaneciéndose y quedaron sustituidas por sueños del anciano del bosque observándola, diciéndole que ella nunca sería especial ni volvería a ayudar a nadie. Aquellas palabras, aunque estuvieran en un sueño, le dolían más que el cáncer.

Incluso soñó con Bagel. El gatito trepaba a su vientre, la olisqueaba y le daba toquecitos con las patas en el abdomen. Alicia sabía que intentaba acceder a los tumores que tenía bajo la piel y la carne. Bagel era una silueta oscura como los fantasmas de las pesadillas pasadas, pero ella se centró en sus ojos brillantes y dorados que destellaban esperanza. El gato seguía tocándole la piel, aunque sin llegar a arañarla. Parecía que le entraban arcadas y vomitaba encima de su vientre, que estaba descubierto. El vómito parecía oro líquido y se le desparramaba por todo el abdomen, desplazándose en la oscuridad como si tuviera vida.



La luz del sol despertó a Alicia como un navajazo en los ojos. Aunque en los Catskills, con su padre, se había encontrado muy mal, ahora se sentía mucho peor. Le dolían todas las articulaciones, desde los dedos de las manos hasta los de los pies. Tenía los músculos doloridos y notaba tal bombo en la cabeza que tenía la sensación de sufrir la peor resaca de su vida. Peor que cuando, de niña, se despertaba después de que el traficante de sexo la drogara.

Bagel le lamió la mejilla. El pobre minino debía de estar hambriento.

Cuando Alicia se dio la vuelta en la cama para levantarse, las piernas le fallaron. Se desplomó en el suelo de madera laminada que había instalado el verano anterior. La ventaja fue que notó el suelo agradablemente fresco en contacto con su piel.

Se secó el sudor febril del rostro y entró a gatas en el salón. Bagel la siguió alegremente a su lado, restregándose contra ella. Alicia ni siquiera tenía fuerzas para ahuyentarlo. Llegó al sofá y a la mesa de centro donde había dejado el teléfono la noche anterior. Lo cogió y llamó a Becca.

—Hola, Alicia, ¿qué tal estás esta mañana?

—Por favor… —La voz de Alicia sonó como un chirrido—. Ven, por favor… ven.

En menos de un minuto, la vecina llamaba a la puerta. Una. Dos veces. Al no obtener respuesta, la mujer abrió con la llave de repuesto que guardaba y corrió al lado de la chica. Alicia notó la mano de Becca muy fría en contacto con su frente.

—Oh, querida. Estás ardiendo. No me hace falta termómetro para saber que tienes fiebre. Deja que te ayude a tumbarte en el sofá.

Alicia se dejó levantar y tumbar en el sofá. Su vecina era mucho más fuerte de lo que parecía. Al cabo de un momento, Alicia notó un paño frío en la frente.

—Gracias, Becca. —Su voz era un gruñido apenas inteligible.

—He dejado un vaso en la mesa con una pajita. Tienes que ir dando sorbitos. No sé, querida. Quizá deberías ir al hospital, estás ardiendo.

—Es que tengo fiebre —susurró Alicia—. Probablemente del cáncer.

A diferencia de lo que era habitual en ella, Becca guardó silencio durante lo que a Alicia le pareció una eternidad. Consiguió mantener los ojos abiertos. ¿Alguna vez había notado los párpados tan pesados? Cuando enfocó la vista, encontró a Becca sentada en el suelo a su lado, acariciándole el cabello con una mano y con la otra secándose las lágrimas.

—Cuánto lo siento, Alicia. ¿Qué… quiero decir… dónde?

—Ovarios.

—Lo siento mucho —repitió Becca.

—Hazme… un favor.

—Lo que haga falta, querida.

Alicia señaló al gatito con la mano.

—Cómprale comida a Bagel. Luego te la pago.

—¿Bagel, eh? No te preocupes. Ahora mismo voy a buscarla. Tú intenta descansar.

Alicia no oyó marcharse a su vecina. Fue teniendo sueños febriles interrumpidos durante todo el día. En algún momento, alternando entre el sudor de la ropa y los escalofríos que sentía bajo tres mantas, Becca la ayudó a entrar en la ducha, donde se sentó en el plato y dejó que el agua le cayera encima durante casi una hora. No sintió ningún tipo de vergüenza cuando su vecina la desnudó. El tiempo que había pasado en la calle había hecho que careciera de tales pudores.

—Parece que la fiebre te ha provocado una erupción, querida. Pero en un sitio un poco raro.

Alicia bajó la mirada con ojos amodorrados. Un terrible sarpullido le cubría todo el abdomen. Algo relacionado con la ubicación de la irritación cutánea quería abrirse camino en su exhausta mente, pero ella le impidió el paso.



Al día siguiente, Alicia sentía la mente más despejada, aunque reconoció que estaba especialmente lenta. Podía caminar más o menos. Ducharse, con esfuerzo. Becca le llevó más comida para Bagel, que hacía lo posible por comer el doble de su peso en atún. El gatito ya se veía más grande de cuando lo había recogido, aunque probablemente fuera una impresión producida por la fiebre que seguía teniendo.

Consiguió que el restaurante vietnamita del barrio, el Pho-nominal, le enviara un poco de *pho*. Había probado tanto los fideos de pollo como la sopa de bolas de pan, pero ninguna le apetecía cuando se encontraba mal, ni le sabían bien. Sin embargo, el *pho* siempre funcionaba. Sobre todo, con un poco de su pasta de chile casera.

Junto con el caldo sobrante de la sopa, Alicia se tragó unos cuantos ibuprofenos y algún Tylenol. Aún se sentía como si tuviera la peor gripe del mundo. Apenas podía moverse sin sentir dolor y tensión. Y lo peor era un pitido en los oídos que no la abandonaba. Había disparado pistolas y rifles sin protección auditiva, así que estaba familiarizada con los acúfenos. Aquello era igual, pero a lo bestia. Como si el pitido se mezclara con algún tipo de interferencias extrañas.

En un momento dado, el pitido era tan intenso que casi no oyó una llamada de teléfono. Descolgó y vio que el número pertenecía a la consulta de la doctora Reynolds.

—Mierda, se me olvidó que tenía visita. —Dio un toque al teléfono para responder—. Alicia, diga.

—Hola, Alicia. Soy la doctora Reynolds. Ayer te esperábamos en la consulta. Te llamo para ver si estás bien.

—Es verdad. Lo siento mucho, doctora Reynolds. He pillado algo. Apenas he podido tenerme en pie desde anteanoche. Ayer me pasé el día totalmente hecha polvo.

—¿Puedes describirme los síntomas?

La doctora hablaba con eficiencia. Alicia detectó preocupación.

Tomó un sorbo de agua y carraspeó.

—Disculpe. Eh… mucha fiebre. Dolor y tensión en todo el cuerpo hasta un nivel exagerado. Apenas podía pensar con claridad o abrir

los ojos. Dolor de cabeza continuo. Y tengo un pitido en los oídos que no se me va.

—Alicia, deberías haber pedido a alguien que te trajera al hospital. Especialmente en tu estado de debilidad.

A través de todo el dolor, la fiebre y el profundo malestar generalizado, la ira afloró a la superficie.

—¿Mi estado de debilidad? ¿Y a qué se debe ese estado, doctora? A lo mejor, si el imbécil de su asistente me dijera qué narices pasa con los resultados de mis pruebas, podría tomar alguna decisión. Así que, ¿qué me dice? ¿Hoy le apetece hacer su trabajo?

Alicia se arrepintió casi de inmediato de aquel exabrupto. Siempre había tenido carácter. Siempre esperaba que las personas dieran lo mejor de ellas y odiaba que la gente rehuyera sus responsabilidades. Sabía que gritarle a la doctora no serviría de nada. La imagen del rostro ceñudo y desaprobatorio de su padre le vino a la mente.

A la mierda. La doctora se lo tenía merecido.

Esa mentira no logró convencerla.

Reynolds exhaló un suspiro.

—Tienes razón. Te pido disculpas. Mira, Alicia, los resultados muestran…

—¿Cáncer de ovarios? Sí. Dígale a su ayudante que apriete el botón de silenciado la próxima vez que ponga a alguien en espera. —Muérdete la lengua, muérdete la lengua… bah. Que le den a ese tío—. ¿Sabe qué? Estoy convencida de que la perra de mi vecina sabe comunicarse mejor que él. Ella usa unos botoncitos. Los pulsa fácilmente con la dichosa pata. ¿Quiere que organice una sesión de formación para ese inútil de asistente que tiene?

—Hablaré… hablaré con él. Pero independientemente de las malas maneras con las que le dio la noticia…

—Me enteré porque lo oí de fondo.

—… la situación no cambia. La biopsia y los análisis de sangre confirman que los tumores son malignos. Cáncer.

—¿En qué fase? No suavice la realidad, por favor.

—El TAC mostró que los tumores no se restringían a los ovarios. Se han propagado y eran lo bastante grandes como para aparecer

en la imagen. Eso la coloca en la fase III.

—Menos de un cuarenta por ciento de posibilidades de sobrevivir cinco años. ¿Qué… qué opciones tengo?

—Siempre aparecen nuevos tratamientos que mejoran las tasas de supervivencia. Por eso queríamos que viniera ayer. Para comentarlos. —Alicia se dio cuenta de que la doctora Reynolds no la contradecía con respecto a la tasa de supervivencia—. Tendría que empezar un tratamiento de quimioterapia lo antes posible. Nuestro oncólogo, el doctor Sandoval, puede organizarlo todo. Le sugiero una visita lo antes posible, en cuanto se sienta con fuerzas.

Su ira se esfumó igual de rápido que había aparecido. Todos sus planes. Todos los objetivos y buenas intenciones. Todo desaparecía.

—De acuerdo. Necesito un par de días y a ver cómo me encuentro. El cáncer me está corroyendo por dentro, ¿no?

—Fiebre, náuseas, dolores, tensiones… es todo bastante habitual. Pero no hasta el punto que describe. Y el pitido en los oídos tampoco. Pero, mire, cada persona es distinta. Aunque la medicina está en constante evolución, no tenemos respuesta a todas las afecciones.

—Entiendo. —Alicia cerró los ojos y exhaló un largo suspiro—. Lo siento, doctora Reynolds. He tenido un mal día.

—No hace falta que se disculpe. Venga en cuanto pueda.

Alicia accedió y colgó. Bagel trepó a su regazo. El gato era un animalito muy demandante.

—¿Y ahora qué quieres? —El gato la miró con sus ojos dorados. Esos orbes brillantes tenían algo misterioso. Eran como de un oro líquido que fluía.

Oro líquido.

El sueño le vino de nuevo a la mente, primero borroso y luego un poco más claro. Alicia se subió la camisa y recordó vagamente que Becca había dicho algo sobre un sarpullido. La piel del abdomen se le veía irritada, pero solo ahí. Cuando ponía la mano encima de la zona enrojecida, notaba mucho calor. Miró a Bagel.

—¿Ha sido un sueño? O… —Ni siquiera era capaz de verbalizar el pensamiento. Era absurdo.

Cáncer de ovarios en fase III.

Pensar en ello la desmoralizaba. Alicia se hundió aún más en el sofá. De repente, el mundo le pareció muy grande e insensible. Ella no era más que un grano de arena en el desierto.

En la intimidad de su hogar, donde solo el gatito podía ver su vulnerabilidad, se dejó vencer por la tristeza y lloró hasta dormirse.



Tres días después de que la fiebre la tumbara como un volquete con un cargamento de ladrillos, desapareció como si nada. Sin fiebre, Alicia se sentía… de maravilla. Ningún dolor, ni tensión. Nada de náuseas. Toda la neblina mental que la había ofuscado se desvaneció, como llevada por una fuerte corriente oceánica. Después de aquellos tres días en cama, el mundo parecía realmente más brillante.

Se incorporó en el sofá y plantó los pies en el suelo de madera laminada. Encogió los dedos y notó las vetas, lo cual hizo asomar una sonrisa a su rostro.

«Comida».

La voz de Becca se oyó desde uno de los botones de BabbelPet.

«Comida, comida, comida, comida».

Bagel golpeaba una y otra vez el botón de la alfombrilla de espuma hexagonal con las patas delanteras, mirando a Alicia. Claro, el cuenco del gatito estaba vacío. En apenas tres días el animal había crecido de forma considerable. Parecía el doble de grande que cuando Alicia lo encontró en el bosque. Pero era imposible. Debía de ser que estaba muy desnutrido. A lo mejor no era un cachorro, sino un gato más adulto que necesitaba desesperadamente veinte latas de atún. De repente, algunas de sus hermanas le vinieron a la mente y recordó sus cuerpos casi esqueléticos cuando su padre las rescató a todas.

Se levantó poco a poco y luego se enderezó asombrada. Murmurando una pequeña oración de agradecimiento al poder divino que la había despojado de sus dolencias, Alicia estaba a medio

camino del baño para ducharse cuando Bagel golpeó otra vez los botones.

Primero «comida» y luego «ahora».

Alicia arqueó las cejas.

—Jolín, va en serio, ¿no? Bueno, pues más vale que no tenga esperando a su Bagel-Majestad. —Fue a la cocina y notó en sus pasos un vigor que había meses que no notaba. Abrió una lata de atún y lo vertió en el cuenco de Bagel. El gato se abalanzó sobre él, lo engulló todo en cuestión de segundos y luego levantó la vista hacia ella, relamiéndose.

—Bueno… supongo que quieres otra. —Vació otra lata en el cuenco y Bagel la atacó, pero sin tanta voracidad.

Como ya tenía al gato ocupado, Alicia se fue a la ducha. Al acabar, dedicó unos minutos a observarse en el espejo. El sarpullido había desaparecido y había recuperado su tono de piel sano, en sustitución de la palidez que la había caracterizado en los últimos tiempos. Su reflejo aún le devolvía la imagen de una doble demasiado delgada. Se tiró de la piel para ver si notaba algún dolor. Nada. Aparte de la pérdida de peso, parecía más ella que nunca.

A lo largo del borde izquierdo de la caja torácica tenía filas de cicatrices, marcas de sus horrendos días en la calle. En el lado derecho había dos pequeños tatuajes. Uno era el logo en forma de pony de los Deftones y el otro, el hombre búfalo de Jamiroquai. Se los había hecho en Princeton para acordarse de la música que había ahuyentado los pensamientos suicidas que albergó antes de que su padre la rescatara de las calles.

Se sentía como nueva.

Demasiado bien.

Pero, en lugar de sentirse feliz, notó que el miedo la atenazaba. Se sentía fantástica después de haber sentido que la muerte la rondaba durante los últimos dos días, pero seguía teniendo una sentencia de muerte encima. Aquello era la calma que precedía a la tormenta. Alicia corrió al teléfono y llamó a Reynolds para pedir visita antes de que la situación empeorara.

—fin del avance—

APÉNDICE

Aunque *Nueva Arcadia* es, básicamente, un *thriller* al uso, no hemos podido evitar incluir alusiones a la ciencia de un modo u otro. Por consiguiente, nos sentimos obligados a explicar parte de esas nociones, o a dar unos cuantos detalles más de lo que exigía el desarrollo de la historia.

Por supuesto, el objetivo de este apéndice no es dar un curso acelerado de ciencia a nivel universitario, sino ofrecer suficiente información o palabras claves para que el lector disponga de los datos necesarios para profundizar más en el tema si así lo desea.

La lentilla de Alicia:

La idea de una lente de contacto capaz de proporcionar información en tiempo real al ojo humano lleva años apareciendo en películas, y es habitual en muchos *thrillers*. Sin embargo, hasta hace poco esa tecnología no estaba lo suficientemente desarrollada como para fusionar del modo adecuado la matriz de la lente de contacto con algo capaz de enviar información visual al usuario.

Pero, durante el CES 2022 (la Feria de Electrónica de Consumo), la InWith Corporation presentó esa tecnología. Afirmaron ser la primera empresa en desarrollar la primera lente de contacto blanda electrónica. Las lentillas funcionan en combinación con un teléfono inteligente u otro dispositivo, conectados supuestamente vía Bluetooth, lo que permite que la lentilla ofrezca información en tiempo real.

Se conocen pocos detalles más, pero el verdadero triunfo de la tecnología es la conexión entre un dispositivo inteligente y la lente de contacto, de modo que puedan mostrarse elementos visuales en la que sería la pantalla de televisión más pequeña del mundo: la lente de contacto.

Aprovecha conceptos que ya existen, como la RA (Realidad Activa), que es una modalidad de Realidad Virtual que toma los sonidos reales y les superpone elementos que no están allí realmente.

Un ejemplo de ello en el mundo actual sería el juego Pokémon Go, al que juegan millones de personas en todo el mundo con sus teléfonos inteligentes y que permite a los usuarios mirar su entorno por el teléfono y que la aplicación superponga ciertos elementos del juego a lo que están viendo. Pueden estar mirando la playa que tienen delante y, por ejemplo, que aparezca un monstruo en la arena.

Bueno, con los desarrollos actuales, es fácil imaginar que la lentilla de Alicia sirva para objetivos más prácticos. En el mundo del software, disponemos de muchos algoritmos que permiten el reconocimiento facial y, en última instancia, funcionan de manera que captan una imagen de lo que alguien está mirando (la cara de una persona), la digitalizan y luego emplean ese algoritmo para convertirlo en una serie de números.

Esos números se transmitirían de la lente de contacto al teléfono con el que esté conectada de modo inalámbrico y, mediante una conexión a Internet, el teléfono usaría esos numerales, que representan la cara, y buscarían la coincidencia.

Cuando se encuentra una coincidencia, la información de esa persona puede extraerse de varias fuentes online, y la información encontrada se puede transmitir a la lentilla.

Es decir, la lentilla hace las veces de cámara y pantalla en miniatura.

Así pues, aunque lo que describo en el libro parezca fantasioso, no es ni mucho menos ciencia ficción. Incluso me aventuraría a afirmar que, en algunos departamentos secretos de la comunidad de

inteligencia, los agentes disponen exactamente de ese dispositivo sobre el terreno.

El multiverso, ¿existe?

En *Nueva Arcadia* hacemos referencia a lagunas en la memoria de Alicia. El director Mason da alguna pista y habla de algo relacionado con el multiverso. Dos comentarios acerca de esa referencia: una es ciencia real y la otra es una referencia velada a otro libro, llamado *Multiverso,* que, en realidad, es el primero en que Alicia Yoder aparece como protagonista. Leyendo esa obra se entiende el porqué de sus lagunas. Sin embargo, centrémonos en la parte científica de lo que denominamos «multiverso».

Hace años que en la comunidad de físicos se debate sobre la existencia del multiverso. Se trata de la hipótesis de que existen muchas (posiblemente infinitas) copias de nuestro universo, todas ellas en paralelo. Si tomamos la suma total de toda la materia, energía, tiempo y espacio en todos esos universos, obtenemos el «multiverso».

Aunque la idea se ha popularizado en las novelas de ciencia ficción y de fantasía, muchas figuras prestigiosas de la comunidad científica (por ejemplo, Stephen Hawking y Michio Kaku) respaldan el concepto. Una teoría relacionada, llamada «teoría de la contraparte», propone que, en múltiples copias de un mundo determinado, cada objeto o evento no es necesariamente idéntico, sino que es una copia en la que pueden existir variabilidades. Si vamos un paso más allá, existe algo llamado «la interpretación de los muchos mundos». Se trata de un mecanismo por el que se puede concebir que el mundo en que vivimos no es más que uno de los muchos posibles. En concreto, por cada forma diferente en que el mundo podría haber evolucionado hay un mundo distinto y separado que representa ese resultado.

Si todo esto parece confuso, bienvenido al multiverso.

Priones:

Aunque a una distancia prudencial, en el mundo de la ciencia existe una verdadera amenaza denominada «prion».

¿Y qué es un prion?, se preguntará el lector.

La definición técnica diría que se trata de un agente patógeno anómalo, transmisible y capaz de transmitir su forma mal plegada a proteínas celulares normales específicas que se encuentran principalmente en el cerebro.

En resumen: un prion es un tipo de proteína capaz de provocar que las proteínas normales del cerebro se plieguen de forma anómala. Dicho plegado anormal provoca varios tipos de daños cerebrales.

La afectación de las proteínas del cerebro mal plegadas no se comprende del todo todavía, pero esta anomalía provoca daños cerebrales y las señales y síntomas característicos de distintas enfermedades neurológicas provocadas por priones. Dichas enfermedades suelen ser de evolución rápida y siempre mortales.

Quienes ingieren estos agentes patológicos pueden mostrar distintos tipos de síntomas, como problemas de memoria, cambios de personalidad y dificultades para moverse.

Tal como aparece en el libro, estos agentes peligrosos son muy difíciles de eliminar. Aunque se traten con agentes químicos o se deshidraten, mantienen la capacidad de infectar a otras proteínas durante años.

Los priones no se destruyen con el calor al que no resisten otros patógenos. Tal como se especifica en el libro, una de las únicas formas seguras de destruirlos es mediante un calor extremo.

Exponer la materia contaminada por priones a temperaturas de unos 600 grados centígrados no destruye completamente su capacidad infecciosa; para eliminar del todo el riesgo se deben alcanzar los mil grados centígrados. Como comparativa, el aluminio se funde a 650 grados.

De manera que se trata de una amenaza resiliente como pocas.

Y la gente debería ser consciente de que no se trata de un concepto rescatado de los archivos, sino que afecta a las personas y a los animales. Muchos recordarán la enfermedad de las vacas locas, cuyo nombre científico es «encefalopatía espongiforme bovina», pero no es la única enfermedad provocada por priones. A continuación encontrarán una lista de enfermedades atribuibles a

infecciones por priones, y confiemos en que nadie tenga la descabellada idea de utilizarlos como se insinúa en *Nueva Arcadia*.

Enfermedades causadas por priones en humanos:

- Enfermedad de Creutzfeldt-Jakob
- Síndrome de Gertsmann-Straussler-Scheinker
- Insomnio familiar fatal
- Kuru

Enfermedades causadas por priones en animales:

- Encefalopatía espongiforme bovina (EEB)
- Enfermedad de desgaste crónico
- Tembladera
- Encefalopatía transmisible del visón
- Encefalopatía espongiforme felina
- Encefalopatía espongiforme en ungulados

Asuntos de armas:

En un momento dado, Chris le aconseja a Alicia que se asegure de llevar siempre el arma con una bala en la recámara. Se trata de un consejo muy valioso. Los entusiastas de las armas pocas veces están de acuerdo en algo, pero todos están convencidos de que ir con la recámara vacía es muy mala idea.

La mayoría de los encuentros letales se producen a una distancia inferior a los cinco metros. Imagínate tener que sacar un arma para protegerte (o a tu familia, o a un grupo de gente) y tardar uno o dos segundos más en accionar la corredera e introducir una bala en la recámara. O imagina que la persona que intenta protegerte tiene que hacerlo. En un encuentro letal, esos segundos implican que acabes muerto. Quizá suene duro decirlo de forma tan tajante, pero no es momento para andarse con remilgos. Se trata de logística y hechos. Los mejores instructores profesionales de Estados Unidos insisten una y otra vez en este punto. Steve ha asistido a esas

clases. Si quieres saber más sobre autodefensa y conciencia contextual, este recurso es fantástico:

https://citizensdefensesearch.com

Lavado de cerebro:

En esta historia mencionamos que los recuerdos de las personas pueden ser aumentados, bloqueados, etc. Se hace referencia al candidato manchú, que protagonizó una película relacionada con lo que ahora se conoce con el eufemismo «lavado de cerebro».

¿Qué hay en ello de verdad y de ficción?

Bueno, en esta historia los científicos hablan de cosas que parecen muy concretas sobre cómo funcionan los recuerdos y cómo son asimilados por nuestra conciencia.

Aquí tienes un fragmento del libro:

—Hemos descubierto que la repetición ayuda a fijar los recuerdos. Y no es una mera repetición. En la tercera pasada inducimos un sueño de baja frecuencia para consolidar el recuerdo…

—Pensaba que para eso se necesitaba la fase REM del sueño —comentó Mason.

—No. El sueño de baja frecuencia que sucede al momento en que nos quedamos dormidos es el que permite consolidar los recuerdos. Por ello induzco ese estado con una generación de bajas frecuencias y luego provoco ondas delta con unos diez miliamperios de corriente a través de los electrodos conectados a la frente y a la base del cráneo del agente.

Lo ahí se dice es correcto.

Los recuerdos se almacenan como depósitos electroquímicos en nuestra materia gris, y la forma en que el cerebro maneja la memoria es un ámbito de estudio en el que hoy día trabaja mucha gente.

En lugar de dar detalles supersesudos como éstos:

Las ondas delta pueden desencadenarse con un generador de ondas de frecuencia lentas, de una corriente de unos 10 miliamperios con electrodos en la frente y en la base del cráneo.

Inducir el sueño con ondas delta regulares. 1-4 Hz. Añadir algún estallido breve de 25Hz, muy breve, de solo 1/10º de segundos cada vez.

Vayamos un poco más allá y hablemos de cómo aprenden las personas. Los humanos codificamos los recuerdos de dos maneras: visualmente y a través de la memorización.

Si te pregunto el número de teléfono de la casa donde te criaste, probablemente lo recuerdes, aunque haga décadas que no vives allí; pero lo más probable es que no recuerdes el número de teléfono del restaurante chino local. ¿Por qué? Porque llamaste tantas veces a tu casa que, metafóricamente, se grabó un surco en tu cerebro que resultaría muy difícil de eliminar. Mientras que, en el caso del restaurante chino, probablemente lo consultes en el teléfono o tengas una agenda con el número y no necesites memorizarlo.

Es un ejemplo obvio de aprendizaje memorístico.

Un ejemplo de recuerdos visuales es cuando prestas atención a algo mientras te centras en estímulos visuales. Antes de la llegada de los navegadores y los ordenadores de mano, si tenías que llegar a un sitio a partir de unas indicaciones básicas, prestabas mucha atención a por dónde pasabas y al cabo de una o dos veces ya no te hacían falta las indicaciones. Sencillamente, sabías cómo llegar. Somos visuales… pero solo cuando nuestra mente está activa. Si lo comparas con la situación en la que has ido varias veces a un lugar, pero de pasajero y nunca has llevado tú el coche ni ido a ese sitio a pie, si de repente te preguntan cómo llegar, probablemente te cueste explicar el camino, porque tu mente no estaba visualmente activa.

Así, durante la sesión de «programación» del agente Xiang que Mason presencia en la primera parte del libro, el lector es testigo de lo que sería una versión de programación visual, con ciertas licencias.

Si deseas leer más sobre consolidación de la memoria, aquí tienes un artículo interesante que te ayudará a profundizar en ello:

https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3270580.

El gobierno chino, entre otros, ha experimentado lo que se describe en la película *El mensajero del miedo*. ¿Alguien ha descifrado realmente el código para reproducir tal hito? Creo que no. Sigue perteneciendo al ámbito de la ficción.

¿Podría concebirse la realización de algo así?

Sí.

Lo único que tenemos que hacer es analizar cómo funciona nuestro cerebro/memoria y aplicar una ingeniería inversa con la técnica para programar la CPU que llamamos «nuestro cerebro».

Como curiosidad y porque es relevante para esta cuestión, escribí una situación didáctica en la que demuestro cómo funciona la memoria visual. He dado una versión de esta charla a muchos grupos y, sin excepción, la gente se sorprende de lo bien que funciona la demostración.

Ejemplo: conversación entre un profesor y un alumno llamado Peabo Smith.

—Buenos días, señor Smith. Seguro que tiene un montón de preguntas. Veamos, en lugar de formularlas, enfrasquémonos en un ejercicio de visualización, ¿de acuerdo?

Peabo ni siquiera sabía qué significaba aquello, pero aceptó.

—Vale.

—Fantástico. Quiero que cierre los ojos y piense en la casa donde pasó su infancia. No se preocupe si vivió en distintos lugares, escoja el que recuerde mejor. Imagine que está en el exterior, delante de la casa. ¿Tiene esa imagen en la cabeza?

Peabo cerró los ojos y asintió.

—Sí.

—La siguiente parte quizá le resulte extraña, pero al final verá por qué lo hago. Imagine a unas cuantas personas desnudas montadas en versiones extragrandes de los triciclos típicos que teníamos de niños.

Con una sonrisa incómoda, Peabo evocó recuerdos que tenía de la única vez que había ido a una playa nudista. No le resultaba agradable.

—Ahora, imagine que esa gente desnuda pasa por delante de usted en sus triciclos. Sudados. Riendo. Muchos gemidos al pasar.

Van hasta su casa y, en vez de detenerse, se empotran contra la puerta y los cuerpos salen disparados en todas direcciones. Piezas rotas de los triciclos salen despedidas hacia usted.

»Se abre paso por entre esa extraña escena y entra en su casa. Se para para admirar los rayos de sol que se filtran en el interior y se da cuenta de que iluminan a Paco Pico. Sí, el que salía en *Barrio Sésamo*. Seguro que le suena.

»El gran pájaro amarillo de *Barrio Sésamo* le saluda desde su percha en un enorme caballo color canela. Nota un pequeño cosquilleo en la nariz, como si se le hubiera metido en la nariz una de sus aterciopeladas plumas amarillas.

Peabo negó con la cabeza mientras se preguntaba qué tipo de preparación era aquella.

—El interior de su casa huele un poco a caballo cuando entra en la cocina, donde encuentra al chef sueco de los Teleñecos, que suelta un galimatías mientras va picando verduras, que salen disparadas por todas partes.

»Se da la vuelta y entra en el salón, donde se encuentra a Madonna contorsionándose alrededor de la mesa de centro y cantando «Like a Virgin». Y entonces abre los ojos.

—Venga, abra los ojos.

Peabo abrió los ojos y vio que el profesor se paseaba de un lado a otro ante la clase.

—Señor Smith, ¿ha visto alguna vez a esas personas que son capaces de mirar una baraja de cartas, desplegarlas boca arriba, incluso quizá varias barajas, y que en cuestión de minutos pueden recitar en orden la disposición en que han aparecido? O quizá pueden hacer el mismo truco con cientos de números de teléfono o nombres de personas. ¿Ha visto alguna vez a gente realizar esas proezas en la tele?

—Sí. —Cuando estudiaba para los exámenes, Peabo había deseado muchas veces ser capaz de ese tipo de cosas.

El profesor acercó una silla, la giró y se sentó de cara a Peabo.

—¿Se sorprendería si le digo que esa gente no son un prodigio? La mayoría de las personas que hacen esas cosas tienen un intelecto normal y una memoria normal. Lo que pasa es que se han

entrenado con unas técnicas que yo le enseñaré. Y tampoco es que sean técnicas nuevas, es algo que los antiguos griegos hacían constantemente. Hace miles de años no teníamos acceso casi instantáneo a los conocimientos del mundo, y era mucho más habitual ejercitar la memoria de unas formas que ahora nos parecen innecesarias.

»Voy a darle un ejemplo: ¿recuerda el teléfono de la casa donde se crio?

Peabo asintió.

—Perfecto. Apuesto a que no recuerda la mayoría de los números que marca a menudo, si es que recuerda alguno. ¿Me equivoco?

Peabo sonrió y asintió. El profesor estaba en lo cierto. Llamaba cada semana a un restaurante chino, pero nunca había necesitado memorizar el número: lo tenía grabado en el teléfono.

—Piénselo —dijo el profesor—. Con los años, los humanos nos hemos facilitado la descarga de nuestra memoria en dispositivos externos. Ya sean pergaminos, libros, fotos, ordenadores o teléfonos inteligentes, hemos creado formas de almacenar nuestros recuerdos para que nunca se pierdan, siempre y cuando no perdamos el dispositivo donde los almacenamos. Pero antes de esos avances a la gente no le quedaba más remedio que recordar las cosas… u olvidarlas para siempre.

»Pero hay un inconveniente: ahora confiamos hasta tal punto en la tecnología, que hemos dejado de entrenarnos para recordar cosas. Porque tenemos acceso a los hechos —chasqueó los dedos—, siempre que los necesitamos.

Tamborileó con los dedos en el respaldo de la silla.

—Señor Smith, lo que voy a enseñarle forma parte de las capacidades humanas desde siempre. No es más que una herramienta que empleamos muy pocas veces. Y cuando acabemos, su manera de recordar las cosas habrá cambiado. Vamos a aprovechar las partes de su cerebro relacionadas con el reconocimiento espacial y visual, y a convertirlas en una especie de ayudante, un ayudante que le ayudará a recordar cosas como hacían nuestros antepasados de la Antigüedad.

»Podría hablar largo y tendido sobre la ciencia que hay detrás de la técnica, profundizar en la codificación elaborativa, pero vamos a centrarnos en algo más práctico, algo llamado «la paradoja del herrero/Herrero». Funciona así:

—Imagine que me acerco a una persona y le digo: «Por favor, recuerde que hay alguien que se llama Herrero». Y luego voy a otra persona y le digo: «Por favor, recuerde que hay un hombre que es herrero». Ahora imagine que al cabo de un tiempo vuelvo a encontrarme con esas personas y les pido que recuerden lo que les dije. Es mucho más probable que lo recuerde la segunda persona, a la que le dije que había un hombre que era herrero, que la primera, a la que le dije que había alguien que se llamaba Herrero. ¿Se le ocurre alguna teoría sobre por qué es así?

Peabo pensó en ello unos instantes.

—Bueno, cuando si me dicen que un tipo es herrero, supongo que imagino a alguien con un yunque o algo así, mientras que el apellido Herrero no me transmite ninguna imagen ni conexión.

El profesor sonrió.

—Exacto. El apellido «Herrero» no es más que un dato que entra en la cabeza, pero el concepto de herrero presenta una serie de conexiones cognitivas potenciales. Quizá recuerde el calor de una fundición, el yunque, hierro por todas partes. Todas esas cosas, esos detalles, imágenes, conexiones… le ayudan a recordar ese dato aleatorio que le piden que recuerde.

Peabo asintió. Tenía sentido.

—En general —continuó el profesor— a los humanos no se nos da bien recordar hechos y cifras al azar. Pero sí que contamos con una memoria visual y espacial excepcionales. Por ejemplo, si le pidiera que recordara las diez primeras palabras que le dije al entrar en clase, probablemente lo pondría en un apuro. Pero ¿y si le preguntara quién iba montado a caballo?

Peabo sonrió ante la imagen que apareció en su mente.

—Paco Pico. Y era un caballo color canela.

El profesor sonrió.

—Y ahora empieza la clase.